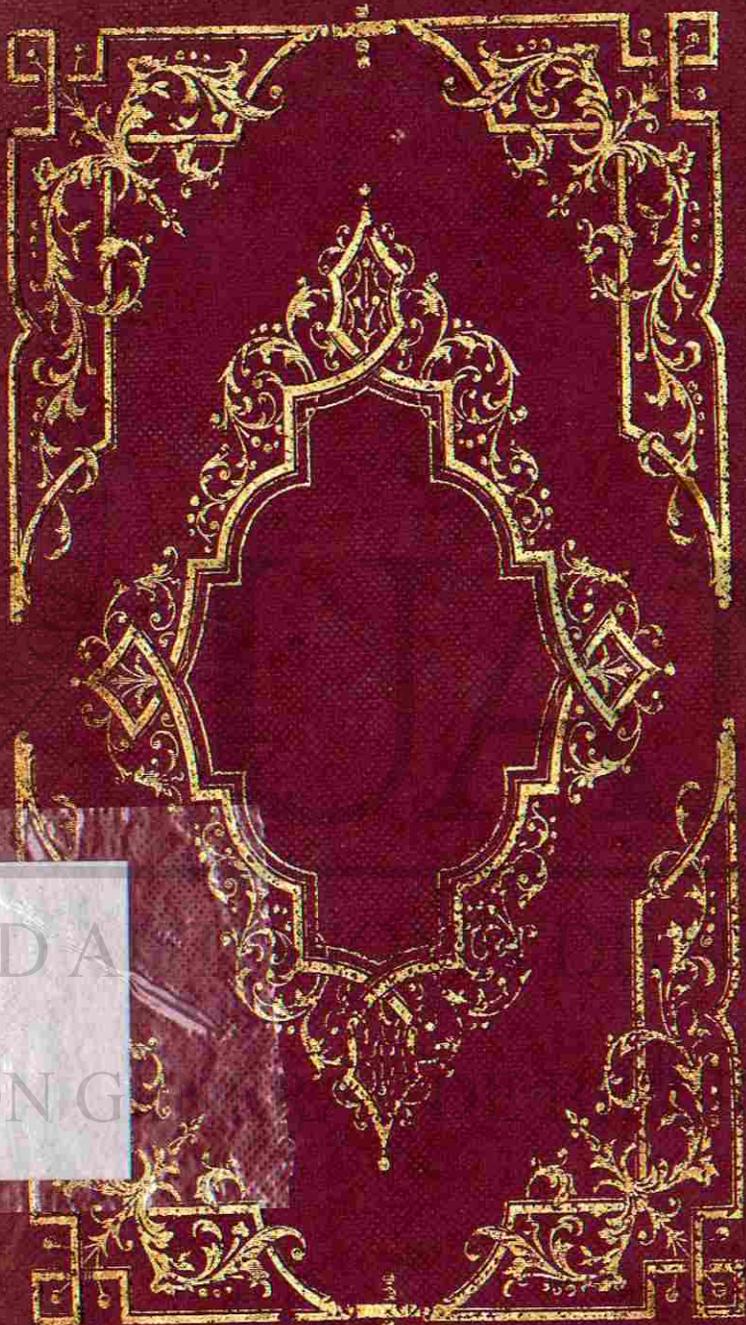


DAD A  
CIÓN G



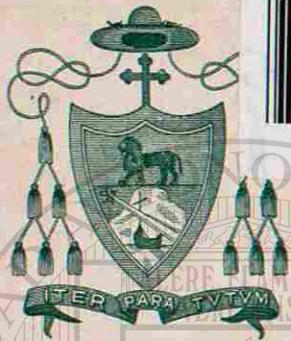
LA DIVINIDAD  
DE  
JESUCRISTO

BT301

N4

c.1

8



1080021118

EX LIBRIS

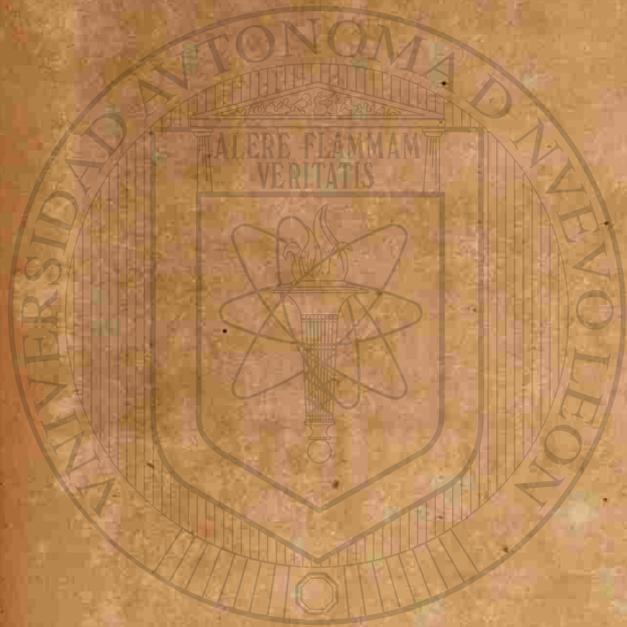
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA DIVINIDAD  
**DE JESUCRISTO.**

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA DIVINIDAD

DE

# JESUCRISTO,

NUEVA DEMOSTRACION

sacada de los últimos ataques de la incredulidad, y en especial de los dirigidos por MR. RENAN en su obra titulada VIDA DE JESUS,

POR

**M. AUGUSTO NICOLAS.**

*Traducida al castellano y anotada*

POR

**D. JOSÉ DE VICENTE Y CARAVANTES,**

Doctor en derecho civil y canónico.

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.)

Los pies de los que deben sepultarse  
están ya á tu puerta... (Actos, v. 9.)  
Y la verdad del Señor subsiste eternamente! (Salm. cxvi, 2.)

**BUXÓ Y AGUILAR,**  
EDITORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MÉJICO.

Imprenta de J. M. Aguilar, 1<sup>a</sup> calle de Sto. Domingo a<sup>o</sup> 5.

1865.

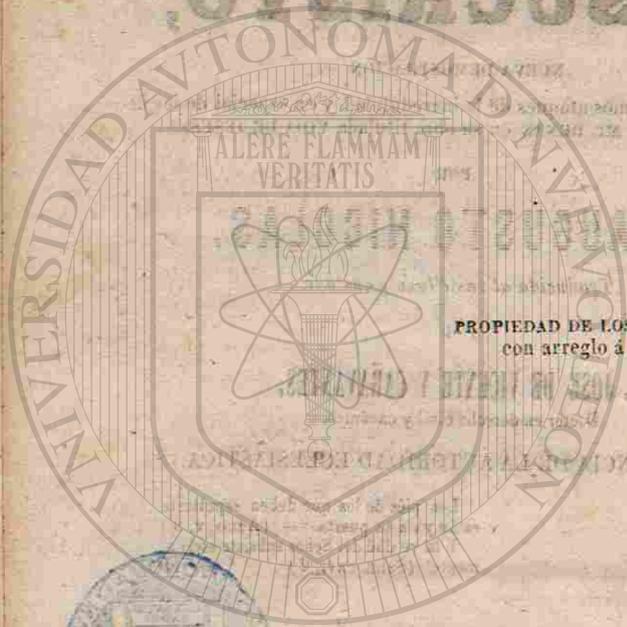


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA VALVERDE Y VALLEA

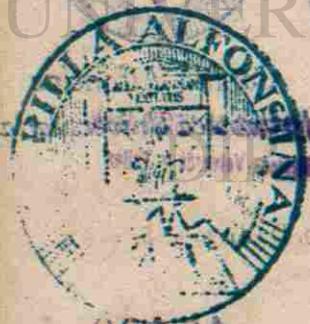
45488  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y LETRAS

B7301  
N4

IESUCRISTO



PROPIEDAD DE LOS EDITORES.  
con arreglo á la ley.



BIBLIOTECA  
FACULTAD DE ESTERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Y a los que se han  
quiso la obra no solo en el  
y se favorece al que se comience a dirigirse a

Esta nueva obra del ilustre autor de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, escrita no solamente contra la publicada por M. Renan sobre la *Vida de Jesus*, sino también contra los estudios dados á la prensa sobre este importante asunto, al examinar dicha obra, por MM. Scherer, Havet, Sainte Beuve y otros críticos de no menos popularidad, es una refutación convincente, radical y profunda de los nuevos argumentos que opone la incredulidad á ese carácter verdaderamente superior y divino, á ese supremo sello, y á esa aureola de sobrenatural y vivísima luz que se ostentan en todas las sublimes palabras, en todos los nobles y heroicos actos, en toda la vida y la personalidad del Redentor del Mundo.

Esta obra sale al encuentro y previene también contra los argumentos que se omiten en los ataques de los nuevos incrédulos, por medio de una demostración general y completa de la Divinidad de Jesucristo, atendiendo á las profecías, á los evangelios, á los milagros, á la persona y á la vida del Redentor, á su muerte, á su resurrección, á la institución de la Iglesia y á la delicada y purísima figura de la Virgen María.

Inútil es advertir que este nuevo trabajo de M. Augusto Nicolás se halla desempeñado con la superioridad de talento, la inmensa y esquisita erudición, la fuerza de lógica y la magia de estilo que sus demás obras. En él se encuentran páginas elocuentes y conmovedoras, llenas de luz y de calor, en que se dan á los problemas toda su grandeza, toda su profunda

003903

dad á los racionios, á las pruebas toda su fuerza, y en las que se habla no solo al corazon, sino al alma, y se razona al par que se conmueve, dirigiéndose á ese punto central en que se tocan la sensibilidad y la inteligencia.

Háse creído conveniente, no obstante, agregarle algunas notas que reclamaba el estado de nuestros entendimientos, no acostumbrados por fortuna á ver consignadas ciertas ideas sin el correspondiente correctivo. Para este trabajo se han tenido presentes las numerosas impugnaciones publicadas contra la obra impía de M. Renan, en especial la tan notable por los profundos estudios teológicos y filosóficos que revela y por su valentía de estilo de M. Plantier, obispo de Nîmes, quien en su enérgica pastoral en favor de Pio Nono lanzó contra el corazon y la conciencia de los mas poderosos Imperantes del mundo católico aquella sentenciosa cláusula de la oracion de los apóstoles "padeció bajo el poder de Poncio Pilatos;" la de M. Parisis, obispo de Arras, que la consignó, por su profundidad y fuerza de racionio, mover la pluma del emperador de los franceses para escribir á su autor una carta autógrafa, felicitándole por su trabajo; la del sábio é ilustre obispo de Grenoble; la del abate Freppel, cuyos continuos é incesantes escritos en favor del Catolicismo le han hecho designar justamente como uno de sus mas celosos defensores; la del eminente orientalista el P. Toulemont, de la Compañía de Jesus; las notabilísimas conferencias pronunciadas en el presente año en Nuestra Señora de Paris por el P. Félix, y otros trabajos no menos importantes. Estas notas van al fin del tomo para no interrumpir el contestó de la obra de M. Augusto Nicolás.

## PROLOGO.

M. Renan ha arrojado el guante á la fe del mundo civilizado, y yo he creído ser uno de los que debían recogerlo.

La *Vida de Jesus* atacó directamente lo que yo he defendido tambien directamente en mis *Estudios*, lastimando en mí no tan solo el honor comun del hombre y del cristiano, sino asimismo el del apolo-gista.

Yo debía, pues, vengar estos tres honores: hubiera deseado hacerlo segun mi costumbre, empleando, respecto de un hombre de la reputacion de M. Renan, miembro del Instituto, profesor de un elevado establecimiento, las mismas consideraciones con que he debido honrar á un personaje eminente en una polémica anterior;<sup>1</sup> pero M. Renan no me lo ha permitido.

El adversario quiere combate; y si he podido moderar la emocion y la indignacion de mi fe, no me ha sido posible contener el ímpetu de mi razon.

Y aun ha habido ocasiones extremas en que no creyendo digno emplear la razon en la lucha, he tenido que valerme de la ironía, de la ironía, que no es de mi gusto, pero que es la única que hiere al error cuando, por ser sobrado craso, es indigno de

<sup>1</sup> M. Guizot, en la introduccion de mi obra sobre el Protestantismo.

una discusion seria, y el cual basta reproducir para destruirlo, por medio de la ironía que viene á ser como su eco burlesco.

Sin embargo, esta lucha no es personal; no ataco á M. Renan al combatir su obra, y aun en ésta no considero tanto la obra misma como la incredulidad contemporánea de que es fruto reconocido.

Por eso he tratado de atacar al mismo tiempo que á M. Renan, y de hacer sentar á su lado en el banco de la crítica, á otros afamados representantes de la misma escuela que se han declarado mas particularmente sus sostenedores y auxiliares, ya para fijar mejor la solidaridad de todo el campo que le aclama, ya para acrecentar el triunfo de nuestra fe, con el número de adversarios y los diversos testimonios que saco de él.

Y aun ampliada de este modo, no es esta obra una mera polémica, sino al mismo tiempo una demostracion; una demostracion nueva de la verdad, construida, por decirlo así, con los escombros del error.

Esta verdad, espuesta ya en mis *Estudios*, debía ser esperimentada, y por eso, al terminarlos, pedia yo un adversario.

Y lo he encontrado, escediendo mi satisfaccion á mis esperanzas.

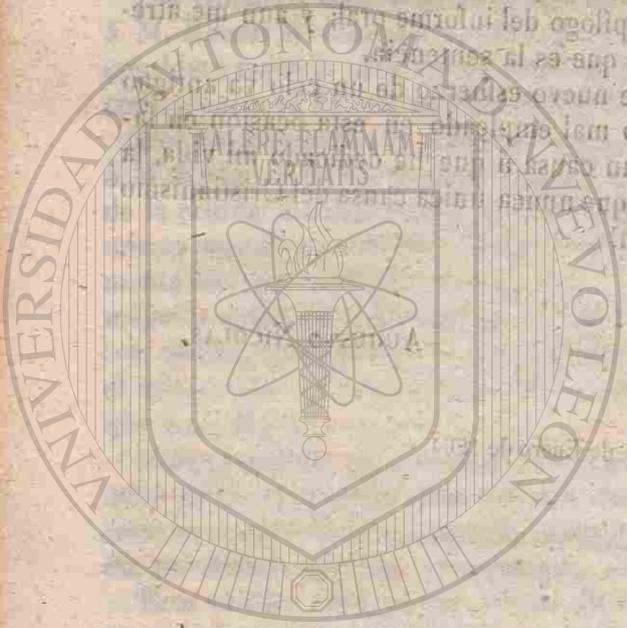
Porque, en efecto, no solamente se han esperimentado todas nuestras razones y nuestras pruebas, sino que se han reconocido y confesado respecto de los puntos principales, y en cuanto á los otros, han sido vengadas de la resistencia que se les oponía, por una debilidad superior al beneficio mismo que hubieran reportado de haber sido reconocidas y confesadas.

Aun cuando el trabajo actual es suficiente para su objeto, no debe considerarse demasiado aislado de mis *Estudios*, sino correlacionado con ellos y como sirviéndoles de complemento: es la réplica, suplemento y como epílogo del informe oral; y aun me atreveria á decir que es la sentencia.

¡Ojalá este nuevo esfuerzo de un celo ya antiguo no haya sido mal empleado en esta ocasion en favor de la gran causa á que he dedicado mi vida, la doble y mas que nunca única causa del Cristianismo y de la razon!

AUGUSTO NICOLAS,

Paris, 6 de Enero de 1864.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

# DIVINIDAD DE JESUCRISTO,

NUEVA DEMOSTRACION  
SACADA  
DE LOS ULTIMOS ATAQUES DE LA INCREDLIDAD.

## CAPÍTULO PRIMERO.

SITUACION.

La publicacion del libro de la *Vida de Jesus* de M. Renan es un acontecimiento importante; preciso es no aminorarlo ni despreciarlo; y esto por las mismas razones porque se le aminora y desprecia.

Por todas partes oigo decir: este libro no puede sostenerse: repugna al sentido comun; viene á apoyar la creencia que ha querido combatir; así lo juzgan, no solo sus adversarios sino los indiferentes y aun sus amigos; es un golpe en vago. Convenido. Pero esto mismo es lo que constituye su importancia, si se considera que esta debilidad suprema de la incredulidad es fruto de su esfuerzo supremo, con lo que nos da esta produccion su valor exacto.

Por eso no vengo á combatir la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesus*: esto seria supérfluo y llegaria demasiado tarde, despues de las numerosas refutaciones que ha encontrado por do quiera, y especialmente en vista de las que ella misma contiene y que suscita en el simple juicio de sus lectores. Mi idea es otra. Yo vengo á preservarla de su propio desercido para que no se sustraiga á sus consecuencias.

Seria un beneficio para la incredulidad librarse de tal descabro con solo el olvido; pero esto no seria conveniente para la verdad. Es necesario que la incredulidad rinda á ésta el homenaje de su impotencia, y mas aún, de su testimonio y de su confesion. No debe pasar semejante obra desapereibida; es preciso que permanezca espuesta á la razon, clavada á los *Rostra* de la crítica, como un trofeo de nuestra fe.



Hásenos dado la *Vida de Jesus* como una "obra de una belleza acabada y clásica pura, como el fruto escogido de un tallo lento que no ha cesado de madurar y como llevando el sello de las cosas definitivas."<sup>1</sup> Se nos ha presentado á su autor como "un pensador de una amplitud y elevación sin límites, como un filólogo consumado, un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo y de siríaco, dotado de tanta poesía como saber y fuerza, etc., etc."<sup>2</sup> Y estos panegiristas se hallan también apoyados por un crítico que no necesita apoyo, que pone diariamente el sello á las reputaciones literarias, y que no teme comprometer la saya diciendo que M. Scherer, que "es el juez mejor preparado que existe sobre tal asunto, y que su serie de artículos publicados en el *Tiempo* no dejan nada que decir" y "de M. Havet, que es un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos siempre una obra maestra de crítica en su género, y que ha publicado un ensayo de primer orden sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan en la *Revista de ambos Mundos*..."<sup>3</sup>

Tenemos pues en estos señores, según la apreciación que hacen de sí mismos, el valor crítico más elevado de este tiempo. De consiguiente, no pueden ya censurarme que los tome por lo serio y que apoye en ellos la gran verdad que se lisonjean tan imprudentemente de haber arruinado.

Si he de decir mi parecer sobre este particular, circunscribiéndolo al autor de la *Vida de Jesus*, M. Renan no es un hombre vulgar, y no hay duda que dejará rastro en la grande historia de la verdad cristiana. Si esta patente de ilustración por parte mía puede lisonjearle, yo se la espido, aunque sin asegurarle su duración; porque posee en primer lugar, respecto de la cuestión religiosa, un ardor poco común en nuestra época. En esta edad apocada ha tenido la incredulidad la fortuna de hallar en el un sectario en quien parece haber vuelto á la tierra el aliento de los Celsos, de los Julianos, de los Arrios y de los Socinos para exhalarse en esta solución: "Fuerza es que toda soberanía se incline ante la crítica, cuya audacia creciendo con el triunfo hegá un día en que se atreva á habérselas con el Dios de lo

<sup>1</sup> M. Scherer, en el periódico *El Tiempo* del 7 Julio de 1863.

<sup>2</sup> M. Havet en *La Revista de ambos Mundos* de 1º de Agosto de 1863.

<sup>3</sup> M. Sainte Beuve, artículo sobre *La Vida de Jesus*, inserto en *El Constitucional* del 7 de Setiembre de 1863.

"pasado y á mirar frente á frente á Aquel ante quien se han prosternado generaciones de adoradores."

Posee también M. Renan otra dote de la cual se lisonjea, y que pues él lo dice, haría yo mal en negarle: "la de haber creído en la religión y de no creer ya en ella,"<sup>1</sup> la de haber sido un Eliacin, y la de ser un Mathan y un Erostrato. Esto tiene un nombre que sin duda no asustará á M. Renan, pero el cual no permite trazar á mi pluma el respeto á la delicadeza y graduación. Por eso ha podido y se ha atrevido á decir: "Los que salen del santuario y combaten el dogma á que sirvieron, tienen en los golpes que descargan una firmeza de mano que no consigue nunca el seglar, un carácter especial de audacia y de firmeza; la audacia de un familiar."<sup>2</sup> En tercer lugar, M. Renan es un erudito. A fuerza de disentir sobre este punto, no se le aprecia tal vez en todo su valor, pues ha sido educado en la elevada escuela y á los pies de M. le Hir, el sábio y venerable profesor de San Sulpicio, y su ardor de sectario ha excedido en un duplo á su gusto de orientalista y de exegeta. Si no es siempre de buena ley su erudición, si se la coge en falsedad con frecuencia, si es más superficial que profunda, debe imputarse más bien al uso que hace de ella; pero una vez admitido este uso, es ya su erudición lo que debe ser. Finalmente, M. Renan es un escritor, y este es su gran poder. Su estilo es suelto y agradable; solamente, como dice él mismo respecto de la *leyenda*, aparecen "algo flojos ó indeterminados sus contornos;" á veces se apoya tan solo en una fraseología ampulosa y hueca, y quizá podría decirse de este estilo como del de las óperas de Quinault, que es un estilo *sin hueso*; pero en cambio tiene más flexibilidad y ligereza, debiendo imputarse su flojedad á requerirlo así los errores que sostiene. Solo le niego una cualidad: la de ser estilo de crítico, porque siendo propiedad de la crítica separar lo verdadero de lo falso, el estilo de M. Renan tiene la de confundirlos, con su famoso procedimiento de los matices ó diferencias, y no es este el arte de ejercer la crítica sino el de sustraerse á ella.

Consideradas todas estas dotes bajo el punto de vista de la impiedad, hacen de M. Renan uno de los más ardientes, uno de los mejor informados, uno de los órganos más hábiles y de más prestigio que ha opuesto jamás á la religión de Cristo; y de su

<sup>1</sup> *Libertad de pensar*, t. III, p. 366.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. 35.

<sup>3</sup> *Ensayo de moral y de crítica*, p. 141 y 142.

libro, preparado desde tan largo tiempo, publicado despues de todos los grandes trabajos de la exegesis y de la apologética modernas, erizado de un aparato de erudicion de tan variada forma, en el que se hallan iluminados por los fuegos del Oriente los sistemas nebulosos de la Alemania, la espresion mas atrevida é insidiosa de la incredulidad del siglo XIX.

Pues bien, la causa de la incredulidad se halla perdida en este libro en que se ha echado el resto.

Bajo el punto de vista de la razon, no digo creyente sino de buena fe, es esta misma obra un caos de contradiccion y de incoherencia, un paralogismo perpétuo, una monstruosa amalgama de aserciones sin fundamento, de negaciones gratuitas, de consecuencias sin premisas, de conjeturas sin razon, de invenciones sin verosimilitud, de discusiones sin método, de critica sin ley. La tema de negar á Jesucristo, de rebajarle elevándole, de blasfemar de él alabándole, de vilipendiarle saludándole, de ponerle encima y debajo de todo, y de rescatar las confesiones mas violentas y mas decisivas por medio de las esplicaciones mas miserables y las temeridades mas enormes, parecen dispensar al autor de las leyes del sentido comun, y á veces hasta del sentido moral: como si fuera la impiedad en sí misma, su sola razon y su sola conciencia, con desprecio de toda conciencia y de toda razon. Este libro no es la espresion de una conviccion personal formal, aunque falsa y enfermiza, es una conjuracion, una bateria disfrazada de respeto, cargada de altrajes y apuntada con la audacia mas fria y calculadora al corazon de la religion, pero que solo descarga contra sus autores. En esta sacrilega empresa pierde este libro no solamente todo valor racional, sino tambien todo valor artistico, todo interés en su lectura; y á pesar de algunas páginas y espresiones en que aparece el talento del autor sobre lo verdadero, cuando no se encarama á lo falso, no tiene ni el agrado de un libro frivolo ni el peso de un libro serio: ni es siquiera un libro por su forma ni por su carácter, sino un libelo disfrazado de novela.

Pero lo que importa advertir es que la incredulidad estaba condenada á semejante libro, por el designio que en él se ha propuesto y que lo caracteriza como una novedad estraña y como un ensayo fatal para ella en los fastos de la incensante é imponente lucha que reproduce desde hace diez y ocho siglos contra la fe.

Recomiendo esta reseña preliminar á toda la atencion del lector, porque de ella resulta una fuerte presuncion á favor de la verdad sobre que se cuestiona.

Hasta estos últimos tiempos solo habia presentado la incredulidad una polémica negativa; habíase limitado á combatir ó á eludir las esplicaciones y las pruebas históricas de la fe, pero en cuanto á dar ella misma bajo su punto de vista una explicacion del gran hecho cristiano, se habia abstenido prudentemente. Bien considerado, esto venia á ser una confesion implicita de la verdad que se le oponia; puesto que, bien mirado, entre la fe y la incredulidad en el cristianismo estaba el mismo cristianismo, quiero decir, ese acontecimiento notable, único, que llenó el mundo antiguo con su espectacion y todo el mundo moderno con su realizacion, y que, personificado en la gran figura de Jesucristo, subordinaba toda la historia á esta maravillosa existencia que la concentra y rige como su ley. Pues bien, este hecho esencialmente histórico, este fenómeno, el mas formidable de la historia, necesita una explicacion: nosotros hemos dado siempre la nuestra, ¿por qué no ha dado hasta hoy la suya la incredulidad? ¿por qué ha sido saludada en el siglo XIX una *Vida de Jesus*, bajo el punto de vista de la incredulidad, por M. Scherer como una novedad estraña, como si fuese *toda una revolucion*? y ¿por qué cree M. Havet deber consagrar la primera parte de su artículo *El Evangelio y la historia*, á investigar en qué consiste que nadie hasta M. Renan ha intentado *explicar la leyenda*; y sin limitarse á decir que no era necesario creer, á explicar cómo se habia creído y qué era lo que precisamente se habia creído? Esto, no obstante, era necesario y debia ser fácil. Y en efecto el mejor modo de desacreditar nuestra explicacion era dar la vuestra si era mejor, concurrir con nosotros á explicar el problema, mucho mas cuando nos llevábais la ventaja de ser mas fácil de explicar un hecho humano que un hecho divino. Pero no, la incredulidad se ha abstenido siempre de esto y ha combatido siempre negando y huyendo. ¿Por qué? Evidentemente porque ella misma creía el hecho humanamente inesplorable, y no se atrevia á tocarlo. Habia en este constante retraimiento de la incredulidad una confesion implicita de su debilidad, no menos decisiva que de su impotencia para hacer la menor mélla en nuestra demostracion, habiendo llegado por último al ridiculo expediente de suprimir de la historia general este gran hecho cristiano que ilumina todos sus horizontes, y de pasar de la historia antigua á la historia moderna sin hacer más mencion del drama evangélico y de la revolucion religiosa que cambió la faz del mundo, que la que hace Tácito cuando dice que cierto Cristo padeció el último suplicio bajo Poncio Pilatos.

Hagamos Justicia á M. Renan: él es el primero que ha tenido el valor de reconocer y de proclamar que "*es inexplicable la historia entera*, sin este Jesus á quien se relegaba fuera de la historia por no tener que dar esplicaciones sobre él,<sup>1</sup> y que el acontecimiento capital de la historia del mundo es la revolucion porque han pasado las mas nobles porciones de la humanidad, de las antiguas religiones, comprendidas bajo el nombre vago de paganismo, á una religion fundada en la unidad divina, la trinidad, la encarnacion del Hijo de Dios."<sup>2</sup>

¿Y no es este valor de M. Renan mas bien una temeridad envalentonada por la debilitacion de la razon en nuestra época? ¿No justifica el acontecimiento el prudente retraimiento de la incredulidad hasta el dia, y no confirma sumamente la esplicacion que de ella hemos dado? Asi resalta, con la mayor evidencia, de la *Vida de Jesus* y del destino de esta obra.

Es tan cierto, en verdad, que la incredulidad confesaba hasta aqui, con su reserva en esplicarse, la verdad que se limitaba á negar, que en el dia en que quiere salir de esta simple negacion cae en la esplicacion de nuestra fe, por medio de confesiones que no le permiten ya retroceder, ó se envuelve y arroja en esplicaciones tan imposibles, que solo debe juzgarla el sentido comun; y como dice muy bien M. de Sainte Beuve por boca de un creyente que se me parece: "Desde que pretende la critica de los Evangelios hacerse positiva, de negativa que antes era, se sentencia ella misma." Añadamos, y se pierde.

Esto es lo que da á la *Vida de Jesus* de M. Renan la importancia de un acontecimiento en la grande historia de la apologetica cristiana, y á aprovecharnos de ello en favor de la verdad es á lo que consagramos esta nueva obra.

M. Scherer termina su primer artículo diciendo, que este libro de M. Renan va á provocar muchas cóleras, que se hablará de impiedad, que se gritará ¡blasfemia! "Nosotros diferimos de opinion, se dirá, luego vos sois un hombre malo; no sois de mi modo de ver, luego sois perjudicial á la sociedad." Tal es, continúa, la lógica de esta hipocresía (*tartuferia*) que se da á si misma un privilegio de infalibilidad. ¡Oh, cuán lejos estamos aun del mútuo respeto que suponiendo rectitud en todas las investigaciones admite tambien el derecho de todas las convicciones, y aun el derecho de todos los errores! — Asi habla M. Scherer.

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIX.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. I.

Seame permitido, antes de entrar en disension, desembarazaria de estas imputaciones que revelan el temor que se la tiene y que solo la prejuzgan para evadirse de ella.

Paréceme, en primer lugar, que tratar de *tartuferia* el lenguaje de las personas antes de que hayan hablado, es ponerse en mala situacion para motejarles por faltar al *respeto mútuo* que se les predica. No hay duda que tiene la cólera sobrado motivo para ser franca cuando nos vemos asaltados en el honor comun de todo el que tiene *corazon racional*;<sup>1</sup> y si es permitido batir en brecha esta *pedra angular de la humanidad que no se puede arrancar de este mundo sin conmovier hasta sus cimientos*,<sup>2</sup> debe serlo tambien acudir con algun ardor á defenderla. ¿Cómo? Ha de insultarse á este Jesus, en cuya fe y amor se han dormido diez y ocho siglos, y que preside todavia los destinos del mundo; que ha sido el inspirador de la civilizacion y de todas sus glorias, y que lo es aún de todos los grandes sacrificios y de las mas heróicas virtudes; se insultará á este Cristo consolador de todos los padecimientos, salvador de todas las miserias, redentor de todas las servidumbres, á quien tiende los brazos la humanidad entera suplicante y reconocida; á este Dios de la patria y de la sociedad agrupadas al pié de sus altares para ofrecerle sus votos ó sus acciones de gracias; que es el Juez de nuestras justicias y el fiador juridico de nuestros juramentos, ante quien se inclina la arrogancia de nuestros ejércitos y se prosterna la magestad ejemplar del soberano, se le podrá insultar y escarnecer, se podrá decir de él que es un *cándido campesino*, el *mas delicioso de todos los rabis*, cuyas parábolas *hormiguean en imposibilidades*, un *utopista*, un *visionario*, un *anarquista*, etc., etc., y finalmente, un *loco* y un *impostor*; se podrá tratarle de este modo y ¿no ha de poder latir nuestra sangre cristiana mas vivamente en nuestras arterias? ¡Y no nos permitirá lo que se llama el *mútuo respeto* calificar todo esto con el único nombre que le pertenece! ¡Y se borrarán espresamente de nuestra lengua las palabras impiedad y blasfemia que deberian inventarse espresamente si no existieran! ¡Y será M. Renan mas inviolable que el HIJO DE DIOS!

¡Yo tambien supongo de buen grado, rectitud en todas las investigaciones, y admito el derecho de toda clase de convicciones; pero, libreme Dios de pasar de aqui como vosotros, al de-

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIX.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. 425.

recho de todos los errores, aun los mas subversivos y los mas sacrilegos, con exclusion del derecho preeminente y sagrado de la verdad!

Porque esto es lo que vosotros entendeis, si es que entendeis algo, por este derecho de todos los errores. No se trata, en efecto, del derecho comun de explicarse, del cual gozais sin limite y sin réplica, sino que se trata del derecho escepcional y antifilosófico de no admitir discusion, de no ser juzgado. Esto no es tolerancia, porque ya no la creéis suficiente, es inmunidad. Esta es la inmunidad que reclama en algun pasaje M. Renan cuando dice que la critica es como el hombre espiritual de San Pablo, que *juzga y no es juzgado*; pretension monstruosa, si no fuera aun mas ridicula de parte de los que nos acusan tan gratuitamente de darnos á nosotros mismos un privilegio de infalibilidad.

¡Fuera todas esas escepciones y exclusiones que revelan la miseria de una causa! ¡Paso á la discusion! ¡Plaza á la verdad. Nosotros no tenemos que juzgar al hombre: á otro tribunal le incumbe; pero su doctrina cae bajo el dominio de la critica, de esa critica con la cual se autoriza ella misma y de que tanto abusa contra nuestra fe.

Por lo demás, hemos creído deber revindicar la libertad y los ardores de la lucha, mas bien por honor á los principios que para nuestro propio uso; porque nosotros nos creemos bastante fuertes para estar tranquilos, y hemos de sacar demasiados servicios de nuestros adversarios contra ellos mismos, para no ser hasta corteses.

## CAPITULO II.

## LA CUESTION.

El primer servicio que ha prestado M. Renan al Cristianismo, ha sido el esponer y agitar la cuestion religiosa, sobrado adormecida en las conciencias, despertándola con el ataque y haciéndola vibrar en las inteligencias y en los corazones. ¡Ay, sin duda, de aquel hombre por quien viene el escándalo! Pero es necesario que haya escándalos! siendo mas funestas la incuria y la indiferencia que vuelven la espalda á la verdad, que el combate que la hace ver de frente.

Entre mil pruebas de la divinidad de nuestra fé, me impresiono especialmente esta profecia sobre el Niño-Dios. "Este niño ha sido puesto para la ruina y para la resurreccion de muchos, y como blanco de la contradiccion."<sup>1</sup> Profecia cuyo cumplimiento se renueva cada siglo con una fidelidad y una sabiduria admirables, y siempre por obra de sus enemigos que son los primeros instrumentos de su triunfo. M. Renan en el presente siglo, asi como Voltaire en el XVIII, y Socino, Arrio, Juliano, Celso y Marcion en los siglos anteriores, ha sido soldado contra esta enseña fijada siempre como blanco de contradiccion, porque la provoca siempre con su santidad y la vence siempre con su verdad y su poder. *Bandera de nuestras contradicciones*, la saluda el mismo M. Renan, *tú serás la enseña á cuyo alrededor se trabe la mas ardiente batalla*,<sup>3</sup> para ruina y confusion de tus enemigos, hubiera debido añadir con la profecia y con la historia, asi como para despertar y resucitar á tus fieles.

1 San Mat. XVIII, 7.

2 San Luc. II, 34.

3 *Vida de Jesus*, p. 426.

Hé aquí, pues, á Jesucristo que vuelve á ser otra vez, gracias á sus enemigos, la cuestion del dia, tan viva, tan ardiente como nunca lo fué entre los judios, cuando estaba visible en la tierra, puesto que no se halla hoy menos presente en ella: la *gran cuestion*, como la llama muy bien M. Havet; *el asunto mas grande que pueda ocupar una pluma*, como dice asimismo M. Scherer. Hé aquí, pues, esta cuestion encerrada hace sobrado tiempo en los templos, presentándose en el Instituto, en la *Revista de ámbos Mundos*, en los primeros articulos de fondo de los periódicos, en todas las conversaciones, en la atmósfera, y hé ahí á todo el mundo, desde el filósofo y el magistrado hasta el ocioso paseante y la mujer frivola, en actitud de pronunciar y de votar en cierto modo en pró ó en contra.

¡Qué cuestion, en verdad, si se la mide por sus consecuencias! Jesucristo no es Dios, en efecto; es solo un hombre; un hombre que engañó al género humano fingiéndose Dios; un hombre que lanzó á la humanidad en lazos de una moral falsa, puesto que se funda en el amor esclusivo que debemos tenerle, en el menosprecio de si mismo, la mortificacion, la crucifixion y la inmolation á su persona. Es un gigante sombrío que devora la vida en su raíz y que lo reduce todo á un horrible desierto: que ha hecho y hace perecer diariamente millares de hombres por la fé faláz de su divinidad, y que esclaviza y degrada á la multitud por la supersticion de su cadáver pendiente de un cadalso.

Si no es Dios, recobramos la libertad de todas nuestras malas inclinaciones que él ha contrariado, de nuestros ensueños de placer que ha prohibido, de nuestras idolatrias por las bellezas ó por las fuerzas de la naturaleza que él ha destruido. Podemos volver á levantar los altares de Venus, y renovar las *festividades de Adonis*, junto á la *Santa Biblos* y á las *sagradas aguas donde iban á mezclarse sus lágrimas las mujeres de los misterios antiguos*. No tenemos ya que atender á los pobres ni á los desgraciados, cuya causa ha defendido, y podemos restablecer la esclavitud por el derecho natural de la guerra, de la fortuna ó del interés, que coloca á las dos terceras partes del género humano bajo la forzosa dependencia de la otra tercera.

Si no es Dios, podemos rehacer el sermón de la montaña y las ocho bienaventuranzas, diciendo: Bienaventurados los ricos; bienaventurados los que rien; bienaventurados los fuertes; bien-

aventurados los que no padecen persecucion por la justicia; bienaventurados los que no miran el espectáculo de la miseria; bienaventurados los voluptuosos; bienaventurados los soberbios; bienaventurados los dichosos del mundo.

Si no es Dios, es cuestionable tambien si hay un Dios, al menos un Dios que se ocupe en el destino del hombre, y que le castigue ó pida cuenta en esta ó en la otra vida, de las debilidades de un momento.

Si no es Dios, existe una vehemente presuncion de que no hay Dios. ¿Cómo en efecto, se hubiera dejado usurpar este Dios su culto por una idolatria tan sacrilega y al mismo tiempo tan especiosa? ¿Cómo se hubiera dejado robar por este nuevo Prometeo el fuego del cielo, todos sus atributos de justicia, de misericordia, de santidad, de verdad y sabiduria?

Finalmente, si no es Dios, una revolución inmensa, semejante á la que sujetó el mundo al cristianismo, debe librarle de él: el mundo rueda en falso: nosotros hemos sido engañados, y victimas de una juglaria de diez y ocho siglos; hay que rehacerlo todo; costumbres, hábitos, instituciones, leyes, y al hombre mismo.

Por lo contrario, si es Dios, ¡oh! ¡si es Dios! su palabra es la verdad misma, sus mandamientos son la ley del mundo, sus preceptos, la regla forzosa de nuestras costumbres; sus juicios, infalibles é inevitables.

Si es Dios, ¡desgraciado el mundo, desdichados los sensuales, los opresores, los soberbios, los viles, los infieles, los impíos, los apóstatas!

Si es Dios, es preciso tomar su cruz y seguirle, aspirar al reino celestial y alejarlo contra todas nuestras malas inclinaciones.

Si es Dios, tenemos que darle cuenta, de un instante á otro, de nuestras vidas, y del uso que hacemos de sus dones, de nuestra inteligencia respecto de su doctrina, de nuestros afectos, relativamente á su moral, de nuestros bienes respecto de su caridad.

Si es Dios, y no le hemos servido, adorado, amado como tal, nos dirá en el dia en que sea nuestro único refugio: "no os conozco."

Si es Dios, es el árbitro de nuestros destinos, pudiendo distribuirnos bienes y males infinitos. En este mismo mundo tiene fuerzas, consuelos y alegrías que perdemos, no adhiriéndonos á él, quedando locamente lejos de su presencia, envueltos

en miserias, dolores y sonrojos, de que él es remedio específico, alivio infalible y libertador supremo.

Si es Dios, somos tan insensatos como culpables en arrostrar su ley, en jugar con su divinidad, en coligarnos contra él, en levantar contra nosotros la masa abrumadora de nuestras infidelidades y rebeliones, y en procurararnos tesoros de justicia, en vez de tesoros de gracia que él nos reservaba.

Hé aquí las consecuencias negativas ó afirmativas que lleva consigo esta cuestion.

De ella depende tambien enteramente la manera de ver las cosas y los acontecimientos de este mundo: el bien, el mal, la prosperidad, el infortunio, la vida, la muerte; de juzgarlos, de sufrirlos, de poseerlos, de conducirnos en las mil relaciones que de ellos resultan. Afecta toda la economia de nuestra existencia, y la hace insensata ó prudente segun su solucion. Es, en su consecuencia, eminentemente *perjudicial*, y suspendiéndolo todo, cada cual deberia entregarse á su estudio. Aun cuando se detuvieran sus consecuencias en el sepulcro, seria una gran locura terminar la vida ántes de haber examinado cómo debiera haberse comenzado, cuánto mayor no lo será, considerando que esta vida es en sí misma la menos importante de las consecuencias de esta cuestion, que toda su importancia se halla en el porvenir que la sigue, porvenir irrevocable, eterno; porvenir en que podemos caer á cada paso, y del que solo nos hallamos separados por ese pequeño soplo que se llama vida, por un hilo que se desgasta y que puede quebrar el menor accidente!

Esta cuestion es, pues, la mas grande, la mas seria, la mas urgente de todas las que pueden suscitarse en una conciencia humana, y nunca la examinaremos con demasiada religiosidad y sobrado de cerca. No es una cuestion facultativa y especulativa que hayan de resolver el doctor, el sacerdote ó el filósofo. Es la cuestion individual por excelencia, que se refiere ó incumbe á cada uno de nosotros; segun los diversos papeles que representamos en el mundo, y que afecta en nosotros al hombre mismo, como una cuestion de salud ó de enfermedad, de vida ó muerte, con la circunstancia, además, de que es mucho mayor su trascendencia: es el destino de la humanidad entera.

Tal es el carácter eminentemente personal y privado de esta cuestion suprema.

Finalmente, tiene un carácter soeial y público que no necesi-

to esplanar, pudiendo decirse que de ella dependen toda la sociedad, toda la civilizacion, todo el porvenir de la humanidad. Solamente haré una observacion sobre esto.

Hace cien años, para no ascender mas alto, que se halla trabada la guerra entre la Revolucion y la Iglesia. Esto es evidente; y por Revolucion no entiendo yo tal ó cual revolucion, sino ese espíritu antireligioso y antisocial que rechaza del mundo á Dios, y de la sociedad á la Iglesia. Siendo, pues, la Iglesia la institucion por la que se afirma y reina Jesucristo en el mundo, la Revolucion es la guerra abierta ó subterránea contra JESUCRISTO.

Y en esta cuestion sobre confesar ó tacer á Jesucristo se contiene y agita la cuestion de Dios, de lo sobrenatural, de toda religion. La Iglesia es Dios-reconocido y servido por la humanidad: la Revolucion es la humanidad emancipada de Dios, rebelada contra Dios, dando el asalto á Dios. Estas son las dos *Ciudades* cuyo cuadro trazó san Agustin en su obra inmortal, y que, siempre en guerra, bajo formas y nombres diversos, han llegado en nuestros días á su posicion mas avanzada.

Tal vez juzgarán algunos de mis lectores que exagero aquí las cosas. No me estrañaria: porque muchos entendimientos de hoy se detienen en la superficie, y atribuyen á las situaciones las intenciones reales que llevan á ellas. Hay, pues, en el campo de la Revolucion, en diversos grados, almas que están lejos de negar todo el orden divino y sobrenatural, y que limitan las cuestiones á la Iglesia ó á Jesucristo; pero que reservan la fé en Dios, á una vida futura, á algun futuro destino en fin superior, sin el cual les parecería hallarse la sociedad condenada á los abismos.

Pues bien: se engañan. En la cuestion de la Iglesia, se halla empeñada la cuestion de Jesucristo y del cristianismo, y en el cristianismo Dios y todo el orden sobrenatural.

En el fondo de todas estas cuestiones y de otras muchas que son sus corolarios, no háy mas que una sola: Dios, con todas las consecuencias que no necesito deducir para la salvacion ó la ruina de las sociedades.

“La Revolucion cree en la humanidad, la Iglesia cree en Dios,” dice M. Proudhon. Hé aquí los dos términos del antagonismo creado por la impiedad. “La Iglesia cree en Dios, “ repito; cree en él mejor que en ninguna secta: ella es la manifestacion mas pura, mas completa, mas patente y brillante

“de la esencia divina; y solo la Iglesia sabe adorarle.”<sup>1</sup> Por esto es forzoso hacerle la guerra.

Solo la Iglesia sabe adorar á Dios y conserva su nocion práctica en el mundo; porque solo ella es la única que afirma á JESUCRISTO, que conserva su doctrina, que comunica su vida á JESUCRISTO, que es la *forma de Dios*,<sup>2</sup> la *figura de su sustancia*,<sup>3</sup> Dios con nosotros, <sup>4</sup> Hijo adorable del Eterno por quien tan solo tienen nuestras adoraciones respecto de la divina Magestad, un valor infinito, y que son, en su consecuencia, dignas de ella.

La IGLESIA, JESUCRISTO, DIOS: tres verdades, tres creencias, prácticamente solidarias en el mundo; que hacen que no pueda ponerse en duda una tan solo, sin que lo sean las otras dos, y todo el orden social. “El que os desprecia á vosotros, dijo el mismo Jesucristo á la Iglesia, me desprecia á mí; y el que me desprecia á mí, añadió, desprecia á Aquel que me envía.”<sup>5</sup>

La guerra que se les hace es abierta ú oculta, y es mas funesta en un sentido cuando es oculta que cuando es abierta, mas funesta cuando se dirige á la Iglesia que cuando se dirige á JESUCRISTO, y cuando se dirige á Dios, porque se atrae á sí mas inteligencias fascinadas y de buena fé que huirian de ella si descubrieran su fondo.

Así, pues, resultará haber rendido M. Renan un servicio real á la causa del orden y del bien comun, descubriendo la cuestion de Jesucristo agitada implicitamente en la de la Iglesia, tanto mas, cuanto que, como mas adelante veremos, no puede atacar la creencia en Jesucristo sin dirigirse contra la de Dios, y por ello, contra la razon misma, y sin descubrir el verdadero fondo de la Revolucion y de la impiedad: el ateismo y la sinrazon.

Tal es la cuestion en toda su trascendencia y con todas sus consecuencias, con todos sus linderos ó confrontaciones.

<sup>1</sup> De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. 1, p. 27.

<sup>2</sup> San Pablo, Philip. II, 6.

<sup>3</sup> Idem, Hebr. I, 3.

<sup>4</sup> Is. VII, 15. San Mat. I, 23.

<sup>5</sup> San Luc. X, 6.

## CAPITULO III.

### EL MÉTODO.

### (EL NUESTRO.)

Los dos capitulos que vamos á dar sobre el método son los mas importantes, bastando por sí solos para hacer preuzgar la cuestion. A tal método, tal tésis; á tal camino, tal fin.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos; si esclarece la cuestion, si apela al juez y al adversario mismo, á su razon, á su conciencia; si, finalmente, pone en juego los principios elementales de toda conviccion, de tal suerte que prepara la condenacion manifiesta de quien de ellos se sirve cuando es falsa su tésis,—hay motivo para creer que esta tésis es verdadera, en virtud de la misma rectitud que presidió al método, y sobre todo del interés de quien no temió emplearlo.

Por la inversa, si se estralimita un método de las vias comunes del raciocinio; si se atribuye inmunidades y se abroga dispensas; si se atrinchera en su tema sistemáticamente; si se impone con su osadia ó se evade por medio de la insinuacion; si se vé reducido, á pesar de estas licencias, á recusar abiertamente la conciencia y el sentido comun, y á crear, por requerirlo así la causa, una moral y una lógica escepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia se tacharia de falta de probidad y de sinrazon, fácil es de juzgar lo que puede ser semejante causa!

Pues bien, el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo, el segundo es el de M. Renan.

*El cristianismo*, ha dicho Fontenelle, *es la única religion que tenga pruebas.* ¡Y qué pruebas! imponentes, numerosas, diversas, de naturaleza capaz de causar sensacion en toda clase

“de la esencia divina; y solo la Iglesia sabe adorarle.”<sup>1</sup> Por esto es forzoso hacerle la guerra.

Solo la Iglesia sabe adorar á Dios y conserva su nocion práctica en el mundo; porque solo ella es la única que afirma á JESUCRISTO, que conserva su doctrina, que comunica su vida á JESUCRISTO, que es la *forma de Dios*,<sup>2</sup> la *figura de su sustancia*,<sup>3</sup> Dios con nosotros.<sup>4</sup> Hijo adorable del Eterno por quien tan solo tienen nuestras adoraciones respecto de la divina Magestad, un valor infinito, y que son, en su consecuencia, dignas de ella.

La IGLESIA, JESUCRISTO, DIOS: tres verdades, tres creencias, prácticamente solidarias en el mundo; que hacen que no pueda ponerse en duda una tan solo, sin que lo sean las otras dos, y todo el orden social. “El que os desprecia á vosotros, dijo el mismo Jesucristo á la Iglesia, me desprecia á mí; y el que me desprecia á mí, añadió, desprecia á Aquel que me envía.”<sup>5</sup>

La guerra que se les hace es abierta ú oculta, y es mas funesta en un sentido cuando es oculta que cuando es abierta, mas funesta cuando se dirige á la Iglesia que cuando se dirige á JESUCRISTO, y cuando se dirige á Dios, porque se atrae á sí mas inteligencias fascinadas y de buena fé que huirian de ella si descubrieran su fondo.

Así, pues, resultará haber rendido M. Renan un servicio real á la causa del orden y del bien comun, descubriendo la cuestion de Jesucristo agitada implicitamente en la de la Iglesia, tanto mas, cuanto que, como mas adelante veremos, no puede atacar la creencia en Jesucristo sin dirigirse contra la de Dios, y por ello, contra la razon misma, y sin descubrir el verdadero fondo de la Revolucion y de la impiedad: el ateismo y la sinrazon.

Tal es la cuestion en toda su trascendencia y con todas sus consecuencias, con todos sus linderos ó confrontaciones.

<sup>1</sup> De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. 1, p. 27.

<sup>2</sup> San Pablo, Philip. II, 6.

<sup>3</sup> Idem, Hebr. I, 3.

<sup>4</sup> Is. VII, 15. San Mat. I, 23.

<sup>5</sup> San Luc. X, 6.

## CAPITULO III.

### EL MÉTODO.

### (EL NUESTRO.)

Los dos capitulos que vamos á dar sobre el método son los mas importantes, bastando por sí solos para hacer preuzgar la cuestion. A tal método, tal tésis; á tal camino, tal fin.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos; si esclarece la cuestion, si apela al juez y al adversario mismo, á su razon, á su conciencia; si, finalmente, pone en juego los principios elementales de toda conviccion, de tal suerte que prepara la condenacion manifiesta de quien de ellos se sirve cuando es falsa su tésis,—hay motivo para creer que esta tésis es verdadera, en virtud de la misma rectitud que presidió al método, y sobre todo del interés de quien no temió emplearlo.

Por la inversa, si se estralimita un método de las vias comunes del raciocinio; si se atribuye inmunidades y se abroga dispensas; si se atrinchera en su tema sistemáticamente; si se impone con su osadia ó se evade por medio de la insinuacion; si se vé reducido, á pesar de estas licencias, á recusar abiertamente la conciencia y el sentido comun, y á crear, por requerirlo así la causa, una moral y una lógica escepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia se tacharia de falta de probidad y de sinrazon, fácil es de juzgar lo que puede ser semejante causa!

Pues bien, el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo, el segundo es el de M. Renan.

*El cristianismo*, ha dicho Fontenelle, *es la única religion que tenga pruebas.* ¡Y qué pruebas! imponentes, numerosas, diversas, de naturaleza capaz de causar sensacion en toda clase

de entendimientos y de caracteres, de impresionar á un mismo entendimiento en las diferentes disposiciones en que puede encontrarse, sin dejarle jamás en una duda legitima. Pruebas colosales, palpables, irrefragables, para quien no quiere cerrar los ojos voluntariamente; las profecias, los evangelios, los milagros, la persona de Jesucristo, el establecimiento del cristianismo, su doctrina, sus frutos, su estabilidad y su perpetuidad invencibles en el milagro constante y creciente de la Iglesia. Y además de estas pruebas fijas y generales practicadas para los entendimientos de todos los tiempos y lugares, reserva aún el Cristianismo para cada siglo y para cada evolucion del espíritu humano, pruebas especiales que solo son apreciadas en el momento en que llegan á ser necesarias; y que responden de una manera exacta y paralela á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad.

El Cristianismo es un sistema de fé erizado de un aparato de pruebas. Hállase la fé en el centro de un batallon en cuadro y en marcha, que opone por todas partes á la incredulidad, los argumentos históricos y racionales de una demostracion invencible.

Argumentos históricos y racionales, digo, que nada quitan á la fe, que van á parar á ella, pero partiendo siempre de la razon; probando la divinidad de la institucion con hechos, estos hechos con testimonios, estos testimonios con la escritura y la tradicion; hechos, testimonios, escritura y tradicion, como todos aquellos sobre que descansa la historia, y que solo difieren de ella en que son incomparablemente mas ciertos, mas verídicos, mas auténticos y mas garantizados, hasta el punto de no poderseles recusar sin ver desmoronarse todos los fundamentos de la credibilidad humana.

¡Qué hechos, en efecto, los que han sido necesarios para convertir el mundo! ¡Qué testimonios aquellos cuyos autores se dejan degollar! ¡Qué escrituras, qué informaciones, qué documentos, los Evangelios, en que no han podido hacer mella diez y ocho siglos de discusion, y cuya autenticidad se confiesa en el dia por la crítica mas subversiva! ¡Qué tradicion, en fin, la que se adapta inmediatamente á los Evangelios por todas las iglesias que de ellos han salido, y que se prolonga hasta nuestros dias en la grande Iglesia!

No se necesitaba menos, convengo en ello, para determinar á creer á la razon; á creer cosas que no son contrarias á ella sin duda, que hasta la arrebatan cuando llega á penetrarlas,

pero que son superiores á ella. Dios se debía á si mismo y nos debía pruebas que no permitieran á la conciencia ilustrada dudar de su intervencion para que solo tuviera ya despues que creer en su palabra.

Pero á proporcion que debía dar pruebas, no debía amoldarse á las malas exigencias de la incredulidad sistemática, que solo invoca las pruebas para huir de ellas, y que solo busca en ellas pretestos para no rendirse á su fuerza. Dios no debía ser juguete del hombre.

El Cristianismo es, pues, eminente y sablamente *probativo*, llenando toda la medida de la conviccion humana que no se sustrae á él.

Este es el carácter que le ha distinguido desde su origen. Su autor, Jesucristo, aun afirmándose Dios, no pretendia dispensarse de probar su afirmacion, ni ser propio testigo de si mismo. *Si testimonium perhibeo de me ipso, decia, testimonium meum non est verum.*<sup>1</sup> Colocando el primero con sus divinas manos las columnas de la apologética cristiana apelaba de ella contra la incredulidad que se agitaba en torno suyo, primeramente al testimonio de Juan, su maravilloso precursor, de tanto crédito entonces en Judea;<sup>2</sup> despues al testimonio mayor de su Padre celestial, por los milagros que le habia concedido hacer;<sup>3</sup> al de las Escrituras y profecias que le habian anunciado;<sup>4</sup> al de sus apóstoles, testigos de su trasfiguracion y delegados de su potestad por toda la tierra;<sup>5</sup> á la revolucion universal que iba á verificar despues de su muerte atrayendo al mundo á su cruz;<sup>6</sup> y finalmente, á la esperiencia de su doctrina que atestigua su verdad con sus frutos.<sup>7</sup>

Los apóstoles mantuvieron al cristianismo este carácter tes-

1 San Juan V, 31.

2 Vos misistis ad Joannem, et testimonium perhibuit veritati. (San Juan, v. 33).

3 Ego autem habeo testimonium majus Joanne; opera enim que dedit mihi Pater, ut perficiam ea, ipsa opera que ego facio, testimonium perhibuit de me, quia Pater misit me. (San Juan, V, v. 36).

4 Scrutamini Scripturas: et illæ sunt, que testimonium perhibent de me (San Juan, c. V, v. 39). Si enim crederitis Moysi, crederitis forsitan et mihi: de me enim ille scripsit. (San Juan, c. V, v. 46).

5 Vos autem testes estis horum. (San Luc, c. XXIV, v. 26). Et eritis mihi testes in Jerusalem et in omni Judæa, et usque ad ultimum terræ. (Act., c. I, v. 8).

6 Quando exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.

7 Si quis voluerit voluntatem Patris mei facere, cognoscat de doctrina utrum ex Deo sit, an ego á me ipso loquar. (San Juan, c. VII, v. 17).

timonial y demostrativo, al que la falsa condición de la impiedad había ya intentado oponer sus quimeras. "Porque no os hemos hecho conocer el poder y la presencia de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas ingeniosas, sino después de haber contemplado con nuestros propios ojos su Magestad;—además, nosotros tenemos los oráculos de los profetas, cuya certidumbre es inatacable, porque en ningún tiempo fué dada la profecía por voluntad de hombre, mas los hombres santos de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.<sup>1</sup>—Lo que fué desde el principio, lo que vimos con nuestros ojos, lo que consideramos y palparamos nuestras manos del Verbo de la vida . . . Esto es lo que os anunciamos."<sup>2</sup>— "Porque muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han pasado entre nosotros, dice san Lucas, según la relación que nos han hecho los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la palabra; me pareció también á mí, exactamente informado de todas ellas desde su origen, escribirte las por su orden, muy ilustre Teófilo."<sup>3</sup> Y San Pablo anunciaba también el Cristianismo como apoyándose en el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y viniendo á trabarse en Jesucristo que es la piedra angular sobre que se levanta todo el edificio de la creencia.<sup>4</sup>

Con este carácter determinado, exacto, afirmativo; con este acento de sinceridad y de rigor histórico y antilegendario que no se advierte menos en san Mateo que en san Marcos, y hasta en san Judas, y en la admirable epístola de Santiago, es como se ofrecen á nuestros ocho historiadores ó testigos directos de Jesucristo, formando cuerpo, tanto por la diversidad cuanto por la uniformidad de su testimonio, sellándolo con su vida apostólica y con su sangre, y formando como el primer núcleo de la demostración evangélica.

Desde entonces, creciendo el Cristianismo, no ha cesado de siglo en siglo de producir sus demostraciones, sus apologéticas, sus testimonios y sus argumentos de todas clases, esponiéndolos á todo el fuego de la discusión. Y ¡cosa admirable y verdaderamente convincente! al paso que la incredulidad ha renovado mil veces sus armas, no se ha debilitado una sola de las pruebas

1 San Pedro, 2ª epístola, c. I, 16, 19, 20 y 21. Todo este pasaje de san Pedro se dirige á la persona de M. Renan.

2 San Juan, 1ª epístola, c. I, 1, 2, 3.

3 San Luc., I, 1.

4 San Pablo, á los Eplies, c. II, 20 y 21.

mas antiguas de nuestra fe, y su haz se acrecienta todos los días con las nuevas pruebas que le lleva cada movimiento y cada paso del entendimiento humano.

Un incrédulo del último siglo que experimentó mas que otro alguno la fuerza invencible, tanto como el número y la diversidad de las pruebas del Cristianismo, Juan Jacobo Rousseau, esponía y confesaba su poderosa economía de esta suerte:

"Teniendo los hombres cerebros tan diversamente organizados, no pueden impresionarse igualmente con los mismos argumentos, sobre todo, en materia de fe. Mientras el entendimiento de unos se impresiona con una clase de pruebas, al de otros le causa sensación otra clase enteramente diferente. Hay ocasiones en que todos pueden convenir en lo mismo, pero es muy raro que convengan en ello por las mismas razones.

"Cuando da, pues, Dios á los hombres una revelación que todos están obligados á creer, es necesario que la apoye en pruebas aceptables para todos, y que, por consiguiente, sean diversas, como las maneras de ver de los que deben adoptarlas.

"Según este raciocinio, que me parece sencillo y exacto, se ha observado que Dios dió á la misión de sus enviados diversos caracteres que la hacían capaz de ser reconocida por todos los hombres, pequeños y grandes, sabios é ignorantes, discretos y necios. El que tiene el cerebro flexible ó organizado para afectarse á un mismo tiempo con todos estos caracteres es sin duda afortunado; mas el que solo se impresiona por alguno de ellos, no es digno de lástima por eso, con tal que se impresione lo suficiente para quedar persuadido.

"El primero de estos caracteres, el mas importante, el mas cierto, se deduce de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su belleza, de su santidad, de su verdad, de su profundidad, de todas las demás cualidades que pueden anunciar á los hombres las enseñanzas de la suprema sabiduría y los preceptos de la bondad suprema. Este carácter es, como he dicho, el mas claro, el mas infalible, llevando en sí mismo una prueba que dispensa de las demás; pero es el menos fácil de consignar, y exige para que se sienta, estudio, reflexión, conciosos, que son instruidos y que saben raciocinar.

"El segundo carácter se halla en el de los hombres escogidos por Dios para anunciar su palabra; su santidad, su veracidad, su justicia, sus costumbres puras y sin mancha, sus virtude

"inaccesibles á las pasiones humanas, son juntamente con las cualidades del entendimiento, la razon, el ingenio, el saber, la prudencia, otros tantos indicios respetables; cuya reunion, cuando todo es concorde en ella, forma una prueba completa en favor suyo, y revela que son mas que hombres.<sup>1</sup> Este es el signo que impresiona con preferencia á las personas de rectitud y bondad que ven la verdad allí donde está la justicia y solo oyen la voz de Dios en boca de la virtud.

"El tercer carácter de los enviados de Dios, es una emanacion del poder divino que puede interrumpir y cambiar el curso de la naturaleza á voluntad de los que reciben esta emanacion. Este carácter es, sin contradiccion alguna, el mas brillante de los tres, el mas ostensible, el mas relevante, el que por medio de un efecto sensible parece requerir menos discusion y exámen; por eso es este carácter el que impresiona mas especialmente al pueblo.

"Aquí me detengo sin investigar si puede continuarse esta enumeracion, porque esto es inútil para la cuestion presente, por ser claro que cuando se hallan reunidos todos estos signos, son suficientes para persuadir á todos los hombres, á los buenos, á los sábios, y al pueblo; á todos, escepto á los locos, á los incapaces de razon y á los malos que no quieren convencerse de nada."<sup>2</sup>

Tales son nuestras pruebas, tal nuestro método: esencialmente, eminentemente lógico y racional; partiendo siempre de la razon; razon filosófica, razon moral, razon histórica, razon científica, razon social, razon práctica; enumeracion que podria seguir adelante, pero cuya indicacion es suficiente para demostrar que el modo de conducir y de elevar al hombre el Cristianismo á lo sobrenatural y á la fe, es adaptarse á su naturaleza, impresionándole ó apoderándose de él por todas sus facultades y por todos sus instintos.

Me confundo, en verdad, cuando leo en M. Havet estas lineas: "El filósofo parte de la razon, el creyente parte de la fe. Para él no necesita la fe producir títulos, sino que solo tiene á lo mas que defenderse de los que se pretendan presentar con-

1 Tal fué Jesucristo; tales fueron por su gracia los apóstoles, los doctores y los santos; mas que hombres; por la virtud divina que hizo de ellos héroes y en su consecuencia, sus testigos. "La señal especial de nuestra veracidad, decia Montaigne, es nuestra virtud."

2 Tercera carta de la Montaña.

3 Para él, es anfibológico; M. Havet ha querido decir: para éste.

"tra ella... Para el ortodoxo es sagrado el Evangelio y debe presumirse que todo en él es cierto... Cree el prodigio que en él se refiere, exige su creencia y pide la demostracion de que no se puede creer. Estas demostraciones á redopelo no son ni pueden ser siempre factibles, pero cuando se hacen, se las elude. Se sale de un mal paso á costa de una interpretacion violenta ó con una suposicion ú otro artificio, etc. Esta clase de libros pueden satisfacer á un lector que tiene la misma fe que el autor y que no quiere que se le turbe en ella; pero no á los verdaderos libres pensadores."<sup>2</sup>

Así es como juzga M. Havet esta clase de libros (nuestros apologéticos) despues de haber mencionado las bellas obras de M. Wallon, declarando que no compara con ellas el libro de M. Renan, y que si no entra en esta discusion, no es por desdeñar la autoridad de las personas ó las pruebas que aducen en estos libros, sino por la imposibilidad de verificarlo sin aceptar por este mismo hecho una suposicion inaceptable, la de que sea ni siquiera posible lo sobrenatural.

Aplazamos el exámen de esta última proposicion; mas la escepcion de incontestacion que de ella deduce M. Havet contra nuestros trabajos apologéticos, nos esplica la causa por qué no los ha leído y la falsa apreciacion que de ellos ha hecho.

Porque si efectivamente los hubiera abierto, hubiera visto que no son otra cosa que demostraciones históricas, criticas ó filosóficas, y todas esclusivamente racionales, del Cristianismo. Me bastará apelar al público que lee esta clase de libros contra la preocupacion de M. Havet que no los conoce sino por las cubiertas, sin que le llame la atencion siquiera su titulo, y que solo ve en ellos suposiciones, interpretaciones violentas, artificios, y especialmente cosas sobrenaturales.

En su excusable error, puesto que no los ha leído, y en su inensurable temeridad, puesto que lo confiesa, confunde el método de los creyentes entre si y el método de los creyentes con respecto á los filósofos. Estos dos métodos, que se emplearon siempre en la sociedad cristiana, no se han confundido nunca.<sup>3</sup> Solamente en nuestros tiempos ha prevalecido de tal modo el método racional, que ha desterrado casi enteramente el método creyente, y que han subido hasta al púlpito la razon y la filoso-

1 Todos estos se son tambien anfibológicos.

2 Revista de ambos Mundos, p. 570.

3 Su distincion aparece en la gran Suma de Santo Tomás, y su Suma contra los gentiles.

fia, relegando la fe detrás del altar. ¿Quién no conoce las inmortales conferencias del R. P. Lacordaire, cuyos terribles golpes han descargado sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan, anticipadamente, al descargar sobre la *Vida de Jesus* del doctor Strauss? Si algo puede censurarse á estas conferencias, censura que recaerá con mas motivo sobre sus imitaciones, es haber sido superiores al movimiento de fe que produjeron, y haber sido el predicador mas filósofo que su auditorio.

Hablo de los predicadores: y ¿qué diré de los escritores y de los escritores seculares? Séame permitido decir en cuanto á mí, que creo haber justificado, respecto del método, el título de *Estudios filosóficos*, dado á mis trabajos, aun á los que (perdóneme M. Havet) tienen por asunto la *VIRGEN MARIA*, segun espero probar en breve valiéndome del mismo método.

En todos estos trabajos parten siempre los apologistas de la razon y no llegan á la fe sino por medio de buenas pruebas lógicamente deducidas. La esposicion, la observacion, la discusion histórica ó filosófica, y la fe que brota al fin como el fruto maduro de la razon, he aquí nuestra marcha. No decimos, como se imagina M. Havet; *es libro sagrado, luego es verdadero*, sino que probamos primeramente que el libro es verdadero, y despues añadimos que tiene carácter sagrado. Tomamos un texto, un hecho ó un principio, haciendo abstraccion de su carácter ó de sus consecuencias sobrenaturales, y ponemos á prueba su verdad histórica ó racional, como las de cualquier otro hecho, ó de cualquiera otro principio humano. Lo juzgamos todo y no juzgamos nada.

“Para el creyente, dice M. Havet, no necesita presentar títulos la fe, sino lo mas que tiene que hacer, es defenderse de los que pudieran presentarse contra ella.” ¿Cómo? ¿No presentamos títulos nosotros? ¿Y qué hacéis vosotros, pues, desde hace diez y ocho siglos? ¿Qué es lo que combatis si no es nuestros títulos, nuestras Escrituras, nuestras profecias, nuestros Evangelios, nuestros milagros, la persona de nuestro divino fundador, el establecimiento del Cristianismo y su historia; títulos inviolables que llamaba Voltaire ingeniosa y exactamente, *las probanzas, el protocolo de la parte contraria*, y que no hemos cesado de oponeros, abrumándoos con él sin cesar, sin que háyais podido vosotros aminorarlo en un solo documento?

¿Lo mas que tiene que hacer la fe es defenderse de los títulos que pudieran presentarse contra ella!” Plácese en extremo la cláusula, *que pudieran presentarse*, porque es modesta y pru-

dente, y le sienta á maravilla su carácter condicional. Y en efecto, falta cierto requisito para que la incredulidad presente títulos contra la fe, y es que los haya tenido nunca. Ya lo he advertido y es decisiva la consecuencia. Hasta nuestros dias, no solamente no ha presentado nunca la incredulidad título alguno que pudiera destruir los nuestros, sino que se ha abstenido de arriesgarse á dar la menor esplicacion del gran problema histórico, cuya clave solo nosotros poseemos. Ha eludido la Esfinge, de que nosotros hemos quedado siendo los únicos Edipos. Y únicamente en el dia se arriesga M. Renan en su *Vida de Jesus* á presentar en fin una esplicacion y títulos en su apoyo. ¿Y qué títulos son estos? Los nuestros, solamente los nuestros. ¿Nuestros Evangelios reconocidos ó desnaturalizados, he aquí vuestros títulos!

Resulta, pues, que nuestro método es el gran método racional, que no parte de lo sobrenatural y de la fe, que ni aun los supone, pero que tampoco se desentiende de ellos, y finalmente, que solo los admite cuando no es posible desecharlos sin desconocer la razon misma.

Pero todo esto resultará con mas claridad examinando el método de nuestros adversarios; ellos mismos van á vengarnos efectivamente, con usura, de sus falsas imputaciones.

## CAPÍTULO IV.

EL MÉTODO.

(EL SUYO.)

M. Renan tiene un método que no necesitamos deducir de su obra, porque lo confiesa, lo profesa y lo publica él mismo; lo cual nos libra de una gran dificultad, la de que se nos crea sin atribuirnos malevolencia. Por otra parte, en caso necesario nos servirían de abono sus panegiristas M. Scherer y M. Havet.

¿Cómo hubiéramos, en efecto, persuadido, sin sus propias declaraciones, que en una *Vida de Jesús* en que se trata de presentar al verdadero Jesús, y de destruir todo el edificio religioso, moral y social fundado sobre el Evangelio, se haya desterrado sistemáticamente la prueba, la discusión, la certidumbre, armándose tan solo con la suposición, la alegación y los *tal vez* y *quizá*?

No quiere decir esto que no haya entrevistado el autor de la *Vida de Jesús* lo difícil que era hacer surgir, al cabo de mil ochocientos años, un nuevo Jesús, y que fuese aceptado en lugar del que adoran los siglos, y esto sin ningún documento histórico, contra todos los documentos históricos; no, M. Renan no desconoce que esto es una grande empresa; pero tiene sus modos de proceder peculiares y que no son menos de cinco, á los cuales vamos á pasar revista.

I "En cosas que requieren tanto esfuerzo, dice; debe permitirse alguna parte de *adivinación* y *conjetura*."<sup>1</sup>

Alguna parte; esto ya es mucho, sobre todo cuando vemos cuán grande es la que se toma M. Renan. ¡Pues bien! nos con-

1 - *Vida de Jesús*, introducción, p. EV

duele, en honra de M. Renan, que solo sea *una parte* y que no sea enteramente todo *adivinación* y *conjetura* en su obra, porque ya veremos que lo que no lo es, ó lo que hay en ella que no sea *adivinación* y *conjetura*, es mucho peor que esto.

Adivinación y conjetura: esto es lo mas racional y mas aceptable que tiene el método de M. Renan.

¡Adivinación! ¿Qué significa aquí esta palabra? Una manera de imaginar, de crear un personaje ó un acontecimiento, prescindiendo de los hechos, del suceso real, de la certidumbre histórica, adecuado á la concepción histórica y al ideal que se ha formado el escritor. No es una figura real que deja su huella en la historia, como Jesús en el Evangelio, sino una figura imaginaria que modela el escritor en su cerebro; un Jesús al modo de M. Renan. Figúraos, pues, á M. Renan con todas las garantías de imparcialidad que sabéis y que él mismo exhibe cuando nos dice que para escribir la historia de una religión *es necesario haber creído en ella y no creer ya*; figuráosle, repito, á todas sus anchuras, cerrando los ojos á la historia, ó entreabriéndolos solo á medias, y sacando de su imaginación y de su pensamiento un Jesús, como una creación de su fantasía y de su arte, por no decir de su impiedad y de su odio.

El mismo lo confiesa: "Una gran vida es un todo orgánico que no puede esponerse, ó darse á conocer, por la simple aglomeración de *hechos pequeños*; forzoso es que abrace su conjunto y constituya su unidad un sentimiento profundo. Para tal objeto es una buena guía la *razón artística*, siendo digno de aplicarse á él el fino tacto de Goethe. La *creación del arte* consiste en formar un sistema viviente, todas cuyas partes se auxilian y se dirijan. En las historias de esta clase, la gran señal de que son verdaderas, es haber conseguido *combinar los textos* de suerte que constituyan un relato lógico y verosímil, en que nada desentone. A cada instante deben consultarse las leyes íntimas de la vida, de la marcha de los productos orgánicos, de la degradación de los matices, diferencias ó visos, porque *lo que se trata de encontrar aquí no es la circunstancia material*, imposible de comprobar ó registrar, es el alma misma de la historia; *lo que debe buscarse no es la pequeña certidumbre de las minuciosidades*, sino la justicia, la exacti-

1 Estas frases ampulosas, de que abunda la obra de M. Renan, causan efecto á los ojos de los lectores. Gran lengua de Pascal y de Bessuet. ¿qué ha sido de tu nitidez y tu claridad? Pero es verdad que como dijo Vauvenargues, *la claridad es la buena fe de los filósofos!*

"tud del sentimiento general, la verdad del colorido... Y no se ha vacilado en tomar por guía este sentimiento de una viva "organización en la coordinación y exposición de este relato." <sup>1</sup>

Esto quiere decir evidentemente, traducido á la práctica: no se han tenido en cuenta los hechos, no se ha tratado de encontrar la realidad histórica, y no se ha pensado en la certidumbre. Todo esto es pequeñeces, minuciosidades. Háse atendido únicamente á una creación de arte.—Y aun traduciendo así aquellas palabras procedemos con generosidad, según se verá en breve.

Esto en cuanto á la adivinación.

Ahora vamos á la conjetura.

La conjetura ocupa un gran lugar en la *Vida de Jesús* y hace un gran papel. Toda su narración está tejida con ella; tal es los *quizá, parece que, sin duda, es probable, se dice, pudiera creerse, puede ser, es verosímil, es imposible decidir si*, y otras locuciones de esta especie.

Es de extrañar esta manera timorata y reservada de expresarse en una empresa de la naturaleza de la de M. Renan, y es cosa de preguntarse cómo es que no omitió la conjetura, puesto que se permitió la invención. Pero volvemos de esta extrañeza, y nos reponemos al advertir que la invención es más temeraria aun que la conjetura en la *Vida de Jesús*, y que ambas coadyuban perfectamente á la maniobra. En efecto:

Queriendo escribir M. Renan una vida de Jesús, tenía que recurrir á los Evangelios, so pena de limitarse á decir con Josefo y con Tácito, que "Jesús fué crucificado por orden de Pilatos y á instigación de los sacerdotes," ó de confesar abiertamente ser su libro una pura novela. Esta necesidad de apelar á los libros sagrados, la explica en la página XVIII de su introducción "rogando tengan en cuenta esta circunstancia de ser necesario recurrir á ellos, á las personas que juzgen que presta una confianza exagerada á las narraciones en gran parte leyendarias."

Partiendo de aquí, parece que debía valerse con suma frecuencia de nuestros Evangelios, único terreno histórico de su narración y de su crédito, al mismo tiempo que debía en realidad prescindir de ellos, puesto que era su objeto destruirlos.

Esto es lo que verifica por medio del doble proceder de la adivinación y de la conjetura.

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, introducción, p. LV.

"Si solo se atiende á las indicaciones que se hallan al pie de sus páginas, atestadas de citas, su narración se funda en los Evangelios, pues no se ve otra cosa que *Mat., Luc., Márc., Juan*; pero en estas mismas páginas presenta sus visiones por realidades de la *Vida de Jesús*, desnaturalizando los hechos, mezclando en ellos invenciones enteramente gratuitas, y dejando traslucir ó haciendo creer que los mismos Evangelios autorizan estas invenciones y delirios. Esto en cuanto á la adivinación, á la cual se entrega con toda osadía.

Pero como despues de haberle así servido sobre este punto, estos mismos Evangelios le esterban respecto de los otros, y como no puede rechazarlos abiertamente sin desacreditar su propia narración, que viene á apoyarse en ellos, trata de desvirtuarlos y destruirlos por medio de la conjetura, deslizándose en ellos la duda é insinuando la descomposición. Por ejemplo, no niega que se ahorcara Júdas flevorado de remordimientos, porque esto sería desmentir sin fundamento alguno el Evangelio con que acaba de autorizarse; sino que dice: "tal vez pasó Júdas retirado á su campo de Hakeldama, una vida oscura y tranquila, mientras conquistaban el mundo sus antiguos compañeros, sembrando en él la noticia de su infamia. Quizá también el odio espantoso que pesaba sobre su cabeza le impulsó á violentos actos en que se vió el dedo del cielo."<sup>1</sup>

Así, cuando se trata de sus propias invenciones, no presenta pruebas, y no obstante no hay duda ni conjetura alguna, bastando para autorizarlas la adivinación coloreada por el Evangelio. Pero cuando se trata de hechos evangélicos, surge entonces la duda, y aeude la conjetura y desaparece el Evangelio con el esfumino de la crítica que mezcla la luz y la sombra, lo claro y lo oscuro, ostentando mentida imparcialidad.

En una palabra, M. Renan forma su Jesús por medio de la adivinación y se deshace del verdadero por medio de la conjetura.

Este es uno de los primeros procedimientos del método que emplea en la *Vida de Jesús*. Este fantasma, que se confiesa haberse formado solamente por medio de adivinación y conjetura, y que sale hoy día del cerebro de M. Renan, es el que se intenta sustituir al Jesús del Evangelio, á ese Jesús lleno de vida, á ese VERBO DE VIDA á quien hemos oído, á quien hemos visto con nuestros ojos, á quien han tocado nuestras manos, y

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 433.

á quien oímos, vemos y tocamos aun en el Evangelio y en la Iglesia por medio del testimonio de los apóstoles y la vía histórica de la tradición. ¡Será posible! ¿Es este, señores, el Evangelio de vuestra incredulidad? ¿Os apoyais en tan bello fundamento para no creer y para proponernos que no creamos?

¡Ah! ¡si se hubieran formado de esta suerte nuestros Evangelios, cómo os saciariais de tratarlos de *leyendas*! Pero todo es bastante bueno para no creer en el Evangelio, aun cuando se tenga que creer en la mas tosca novela.

Debe tambien sentarse, que nuestros criticos toman sobre este punto gallardamente su partido, al menos respecto de ese cándido público, al cual se lisonjean ganar por medio del libre pensamiento. No se contentan, en efecto, con engañarle; llegan hasta decirle cara á cara que le engañan, y que le presentan este libro por lo que vale.

Oigase sobre este particular á M. Scherer, que nos ha elogiado la belleza acabada y clásica de la obra:

“Solo hay dos modos de escribir la historia de Jesus. — El *partido mas digno* seria tal vez *reconocer que es imposible una biografía propiamente dicha.*<sup>1</sup> A falta de informaciones auténticas sobre tantos puntos importantes, habria que limitarse estrictamente á lo que se sabe, etc., etc.” Continúa M. Scherer, trazando aquí este primer modo, algun tanto severo y desnudo, y despues prosigue:

“El otro modo seria mas agradable y animado, á saber: el de *dar el autor una gran parte á la conjetura.* Deberia tratar de reproducir, no tanto los documentos cuanto la impresion que hicieron en su entendimiento. *A falta de la realidad literal que no tenemos, nos diria cómo ha comprendido las cosas, supliendo, de esta suerte, la adivinacion del artista á la insuficiencia de la historia; ó mas bien, tendríamos una historia de un género mas elevado, en la que reemplazaría á la verdad la verosimilitud. No estaríamos precisamente seguros de poseer el original, pero tendríamos á lo menos el espíritu general de los hechos, una de las maneras como pudieron acontecer.*<sup>2</sup> Añadamos á esto, que *por mas errónea que fuera la conjetura, no dejaría de tener ventajas.*<sup>3</sup> Al público no le

1 Este es el partido, segun ya hemos dicho, que habia adaptado la incredulidad hasta nuestros dias y sabia por qué.

2 Una de las maneras, es curioso.

3 Tanto mejor, pero lo que sigue es inefable: renuncio á marcarlo en cursiva.

“gusta la duda, resignándose difícilmente á la forma suprema de la ciencia de saber que no se sabe nada. Quien quiera escribir la historia de Jesus, no se apoderará de la imaginacion de sus lectores ni causará en ellos un efecto seguro, profundo, sino con la condicion de presentar á su vista una personalidad inteligible y perceptible. El análisis de los testimonios, la graduacion y apreciacion de las pruebas, la confesion de la insuficiencia de las noticias é investigaciones, todo esto puede ser procedente con respecto á las personas ilustradas, á los sábios, pero no es lo que conviene al público. Asi lo ha creído M. Renan; por eso ha *reconstruido* pieza por pieza el Cristo que le rehusaba la historia. No ha temido desarrollar ante nosotros aun los años de juventud y de silenciosa preparacion, y hasta aquel encantador idilio de Nazareth que á nadie habia ocurrido todavia la idea de escribir. Ha creído poder distinguir muchas épocas en la carrera del Gran Reformador, la del entusiasmo cándido y la de la grandeza inconsistente; despues la de la acción, de la esperanza, del buen éxito, y por último la de la pasión y la lucha. Asi ha prestado el autor á su libro, no solamente forma palpable, unidad, cuerpo, sino tambien interés dramático. Ha formado con él una obra de arte, es decir, algo infinitamente mas duradero y mas universal que la obra de pura ciencia — Por otra parte, M. Renan ha dado sus hipótesis por lo que valen. “Se observará, dice, la reserva de los giros y rodeos de que nos servimos cuando esponemos el progreso de las ideas de Jesus. Puede el lector, si le es preferible, ver solo en las divisiones adoptadas sobre este particular, los cortes indispensables para la esposicion metódica de un pensamiento complicado y profundo.” — Entendido de esta suerte, el sistema adoptado no puede dar lugar á objeciones formales; y avisado asi el lector, no tiene mas que dejarse llevar por el encanto de esa interpretacion delicada, plausible, elegante de los enigmas de que permanecerá sin duda eternamente rodeada la vida de Jesus.”<sup>2</sup>

Despues de esta confesion, confesamos tambien por nuestra parte que la *Vida de Jesus* no puede dar lugar á objeciones serias, por lo cual deberíamos dejar aquí la pluma; porque ¿qué

1 Este *re* sobra evidentemente, puesto que no ha existido este Cristo en la mente de M. Scherer.

2 Final del segundo artículo de M. Scherer sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan, en el periódico *El Tiempo* de 14 de Julio de 1863.

es lo que nosotros queremos probar? ¿que la *Vida de Jesus* no es una obra digna y seria, una obra científica, una obra sincera; que solo es una novela arrojada por pasto al público que pide libros de esta clase, pero que no puede ser presentada á los sábios y á los criticos? Esto se nos ha concedido ya; y mas aún, pues M. Scherer, con su cándida sinceridad, lo advierte al mismo público, á quien estima ó desprecia lo suficiente para declarar tal verdad.—Si, de las dos maneras que hay de escribir sobre Jesus, dice, ha elegido M. Renan *la menos digna* aunque *la mas agradable*;—á falta de *la realidad* ha apelado á *la conjetura*, dándole una gran parte en su obra; en vez de historia ha escrito novela;—pero ¿qué importa? *Aun cuando sea errónea la conjetura, no dejará de tener su ventaja*: ¿cuál? la de entretener al público á costa de la ciencia y de la verdad;—la verdad, en efecto, es la duda, *forma suprema de la ciencia*; pero al público no le gusta la duda, es preciso *apoderarse de su imaginación, crear y producir á su vista un personaje; el análisis de los testimonios, la graduación de las pruebas, la confesión de la insuficiencia de las investigaciones, todo esto puede ser bueno como método de la verdad y puede presentarse á las personas instruidas, pero nada de esto conviene al público, ni al autor, ni al librero. Tal lo ha creído M. Renan.* Avisado así el lector, no tiene mas que dejarse dominar del encanto de la *novela de Jesus*.

No nos esforzamos en el trabajo que hemos emprendido en considerar á nuestros adversarios por lo serio y en sostenerlos á la altura de una verdadera discusión, dando valor á sus ataques; pero es preciso convenir en que hacen muy difícil nuestra tarea: sin embargo, no la abandonaremos, porque seria favorecer á la impiedad, pues en efecto no parece sino que ha especulado con dos clases de desprecio, el que se permite para con el público y el que espera que se le manifieste á ella misma, lisonjeándose de poder ejercer, á favor de este, libremente aquel desprecio. Pues bien, ¡no! no la despreciaremos; continuaremos honrándola, por honor, por amor, por interés á la verdad de nuestra fe, que consagra á sus enemigos para triunfar de ellos.

Continuemos:

II. La *Vida de Jesus* es pues una novela, en cuanto no es una obra que contenga la verdad, pues seria concederle demasiado admitir que tenga siquiera el mérito de una novela. No,

es un libelo; segundo carácter del método que á ella ha presidido.

Concibese en efecto la novela como la ficción de circunstancias verosímiles, dando cuerpo á una individualidad histórica que las da forma con su carácter y que revive en ellas á nuestra vista: es una obra de arte, cuyo objeto es deleitar y aun instruir, y la primera de cuyas reglas es el *simplex duntaxat et unum* de la poética de Horacio.

M. Renan no se ha propuesto, pues, el arte, sino la impiedad, sacrificando aquel á ésta. Así como se ha dicho de las novelas de Walter-Scott que eran mas verídicas que la historia, puede decirse de la *Vida de Jesus* de M. Renan, que es mas falsa que la novela y menos interesante que el Evangelio: un soplo árido ha secado en ella todas las flores, estinguido toda la claridad, y borrado todos los sublimes y conmovedores caracteres del nacimiento, de la infancia, de la vida y de la muerte del Salvador, sustituyéndoles aquel empalagoso idilio de Nazareth, que seria el contrasentido moral histórico mas ridiculo y mas disonante, si no fuera la duda mas insultante y mas sacrilega. En todas sus páginas se advierte una preocupación oficiosa, un cálculo miserable, diré casi una obsesión satánica; la necesidad de degradar á Jesus de su divinidad y de envenenar con este objeto hasta el elogio, de convertir el himno en blasfemia. Hay en esto algo parecido á la tentación de Jesus en el desierto, cuando elevándole el diablo al pináculo del templo, le dijo: ¡Te daré todos los reinos de la tierra y su gloria, si te prosternas ante mí y me adoras! De la misma manera, solo eleva á Jesus M. Renan al pináculo de la humanidad para humillar su divinidad en el alma del lector y para hacer adorar la humanidad en el mismo Jesus, para tentarnos con la idolatría y la apostasía. Daré á vuestro Jesus todos los honores y todas las grandezas de la tierra, nos dice, si adorándole como Hombre, renegais de él como Dios; designio malévolo que imprime á la *Vida de Jesus*, aun respecto de aquellos en quienes no vibra la fe, un carácter repugnante de conspiración contra la verdad y de tentación contra la conciencia, quitándole el de obra de arte.

Pero lo que quita sobre todo á la *Vida de Jesus* este último carácter, es la falta de sencillez y de unidad que requería este impio designio. Efectivamente, M. Renan ha tenido que hacer en su obra una maniobra de contradicción y duplicidad que pone al lector en tortura. Exaltando á Jesus con el solo objeto de humillarle, nos lo representa alternativamente como un ser, el

primero y el último de todos, como un sábio y un loco, como un hombre divino y un charlatan, como un *Creador de la religión eterna de la humanidad* y un *jóven aldeano que solo ve el mundo por el prisma de su candidez*, ó un *gigante sombrío á quien lanzaba mas y mas fuera de la humanidad una especie de presentimiento grandioso*; y esto desde el principio al fin de su obra. Esto es lo mas contrario á una obra de arte, tal como la ha definido él mismo cuando dice que debe ser—*un todo orgánico,—un sistema viviente, en el que todas sus partes se auxilién y se rijan,—una relacion lógica, verosímil, en donde nada desentone y en que deben consultarse á cada instante las leyes de la graduación de los matices*. Esto se verifica hasta lo sumo en los Evangelios, que serian la obra artistica por excelencia si no fueran la obra única de la verdad. En ellos es siempre semejante á sí misma la divina figura de Jesus, aunque presentada en circunstancias diferentes, y es siempre incomparable, no tan solo en cada Evangelio, sino en los cuatro Evangelios, que por esto constituyen el *Evangelio*. En estas cuatro vidas solo aparece un Jesus, al paso que en la única *Vida de Jesus* de M. Renan aparecen muchos, y muchos que se diferencian y contradicen, que desentonan, que infringen, que violan las leyes del arte y de la poética, porque violan las de la lógica y del sentido moral.

III. Así, para conciliarlos, se ha visto M. Renan impulsado á erigir esta violacion del sentido moral y del sentido comun en principios de su método y de su critica, y este es el tercer carácter de su obra.

He aquí, en efecto, respecto de la moral, los principios que ha tenido que profesar en su *Vida de Jesus*.

“*Toda idea pierde algo de su pureza en cuanto aspira á realizarse.*”

“*Jamás se consigne buen éxito sin que se lastime algun tanto la delicadeza del alma.*”

“*Es tal la debilidad del entendimiento humano, que por lo comun las mejores causas solo se ganan con malas razones.*”<sup>1</sup>

Y despues, esta página que recae sobre su autor con todo el peso de la conciencia humana que se la devuelve: “*Es imposible la historia si no se admite en voz muy alta que hay muchas*

1. *Vida de Jesus*, p. 258.

“*modos de medir la sinceridad... Todas las grandes empresas se ejecutan por el pueblo, y al pueblo solo se le guía prestándose á sus ideas. El filósofo, que sabiendo esto, se aísla y se atrinchera en su nobleza, es altamente laudable; pero no debe censurarse al que toma á la humanidad con sus ilusiones y trata de obrar sobre ella y con ella. César sabia muy bien que no era hijo de Vénus; Francia no seria lo que es si no hubiera creído durante mil años en la Santa Ampolla de Reims. Nosotros podemos fácilmente, en nuestra impotencia, llamar á esto mentira, y enorgullucidos con nuestra tímida honradez, tratar con desden á los héroes que aceptaron en otras condiciones la lucha de la vida. Cuando hayamos hecho con nuestros escrúpulos lo que ellos hicieron con sus mentiras, tendremos el derecho de ser severos con ellos... Por lo menos, es forzoso distinguir profundamente las sociedades tales como la nuestra, en que todo pasa á la luz de la reflexion, de las sociedades cándidas y crédulas, donde nacieron las creencias que dominan los siglos. No hay fundacion grande que no se apoye en una leyenda. El finio culpable, en semejante caso, es la humanidad que quiere ser engañada.*”

Así pues, segun M. Renan, no solamente mintió Jesucristo, sino que debió mentir; la mentira fué una condicion licita de su obra, como ha sido tambien el carácter de todas las grandes empresas de la humanidad.

Nos limitamos aquí á denunciar esta teoría, que juzgaremos en otro capítulo.

Veremos, particularmente, que es tan absurdo como odioso aplicarla á Jesucristo, de quien tienen nuestras sociedades modernas precisamente ese elevado sentimiento moral de sinceridad que la rechaza. Por ahora me limito á consignar que esta teoría inmoral, es uno de los procedimientos del método empleado en la *Vida de Jesus*.

Solo debo decir, que la responsabilidad de tal asercion recae únicamente en M. Renan, puesto que la declinan sus panegiristas; pero ya veremos que les es imposible negar, sin recurrir á ella, la divinidad de Jesucristo, lo cual no será una de las menores pruebas de esta divinidad.

No era suficiente la teoría de la impostura; M. Renan debía agregar á ella la de la locura, que le era no menos necesaria.

1. *Vida de Jesus*, p. 253 y 254.

para su objeto. Así lo verifica, en especial en la siguiente página, digna, no obstante, de la que acabamos de citar.

Después de haber presentado la *santidad* como sinónima de *extravagancia*, dice:—"Guardémonos, pues, de mutilar la historia para satisfacer nuestras mezquinas susceptibilidades. ¿Quién de nosotros, pigmeos, podría hacer lo que hizo el extravagante Francisco de Asís y la histérica Santa Teresa? <sup>1</sup> Poco importa que tenga nombres la medicina para espresar estos grandes desvarios de la naturaleza humana; que sostenga que el grande ingenio es una enfermedad del cerebro; que vea en cierta delicadeza de moralidad un principio de tisis; que clasifique el entusiasmo y el amor entre los accidentes nerviosos. Las palabras de sano y de enfermo son relativas. ¿Quién no preferiría estar enfermo como Pascal, á estar sano como un cualquiera? Las ideas *limitadas* que se han difundido en nuestros días sobre la locura, estravian del modo mas grave nuestras apreciaciones históricas en las cuestiones de este género. Un estado en que se dicen cosas que no se sienten ó de que no se tiene conciencia; en que se produce el pensamiento sin que lo llame y regule la voluntad, espone en la época presente á cualquiera á ser recogido como alucinado. En otro tiempo se daba á esto el nombre de profecía é inspiracion. Lo mas bello que hay en el mundo se ha verificado con calentura; toda creacion eminente entraña una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana."<sup>2</sup>

Tales son, sobre el sentido comun, lo mismo que sobre el sentido moral, las teorías que M. Renan se ha formado para escribir su *Vida de Jesus*. Harémosle el honor de creer que no las adopta en su conducta particular, y que, como dice Sainte-Beuve, el empleo que de ellas ha hecho en su obra, le ha dejado tan poco satisfecho á él mismo como á sus lectores. Pero, como increíble, no podía hacer mejor uso de ellas. Si no se le conceden estas teorías, si se le oponen los eternos principios de la razon y de la conciencia, no puede sostenerse su obra.

El mismo conviene en ello: "Si se parte del principio, dice, de que ha sido loco ó charlatan todo personaje histórico á quien se atribuyen actos que hoy tenemos por poco sensatos ó de charlatanismo, está falseada toda mi crítica."<sup>3</sup>

<sup>1</sup> ¡Honra es para Santa Teresa y San Francisco merecer dietarios de M. Renan!—N. del T.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. 452 y 453.

<sup>3</sup> *Vida de Jesus*, p. 267.

Y en efecto, me obligo á demostrarlo, no se puede renegar de Jesucristo sino valiéndose de una moral y de una lógica cuya aplicacion, en cualquier otra materia, conduciría á una cárcel ó á una casa de locos.

IV. Pero aun no hemos dicho nada del gran expediente del método de M. Renan, que es como el eje sobre que gira todo su libro.

La negacion dogmática de lo sobrenatural.

Este es el santo y seña de toda la conjuracion. Todo el mundo lo obedece como un convenio. M. Renan, M. Scherer, M. Havet y hasta M. Sainte-Beuve.

—La negacion de lo sobrenatural. Pues bien, sea; esta es una opinion como cualquier otra; discutámosla.

—¡Disentirla! ¡Audacia sacrilegal! ¿No considerais que es un dogma, un dogma de incredulidad, así como es vuestra afirmacion un dogma de fe? Vosotros los creyentes partis de la fe; nosotros los filósofos y libres pensadores, partimos de la razon que no admite lo sobrenatural, que lo considera imposible; por consiguiente, no puede haber discusion sobre esto entre vosotros y nosotros.

Tal es, en efecto, el lenguaje de estos señores. Oídles, permitiéndonos algunas observaciones para hacer resaltar qué es lo que entienden por este método que llaman *partir de la razon*.

—Desde que hay seres, dice M. Renan, todo cuanto ha pasado en el mundo de los fenómenos, ha sido el desarrollo regular y natural de las leyes del ser, leyes que solo constituyen *un orden de gobierno*, que es *la naturaleza*. Quien dice sobre ó fuera de la naturaleza, en el orden de los hechos, dice *una contradiccion*, así como quien dijera sobre-divino en el *orden de las sustancias*.<sup>1</sup>

—¿Cómo ha de ser esto una contradiccion? ¿Por ventura, lo contrario, es decir, la naturaleza legisladora de sí misma, y en su consecuencia, efecto y causa de sí misma, ó mas bien efecto sin causa, tiene la evidencia de un axioma? ¿No es esto mas bien un absurdo evidente?

—No hay que razonar, nos contesta el crítico. Este gran resultado: no hay sobrenatural, no proviene de un raciocinio, si no del conjunto de las ciencias.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Libertad de pensar*, t. III, p. 465.

<sup>2</sup> *Ibid.*

M. Renan reproduce la misma doctrina en su *Vida de Jesús*. "La noción de lo sobrenatural, con sus imposibilidades, dice en ella, aparece siempre donde nace la ciencia experimental de la naturaleza." 1—"Cerca de un siglo antes de Jesús, cristó, espresó Lucrecio de un modo admirable la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza. La negacion del milagro, la idea de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores, era de derecho comun en las grandes escuelas de todos los países que recibieron la ciencia griega. Jesús no supo nada de este progreso." 2

—Si fuera permitido el raciocinio, si se atendiera á la razon, nos bastaria decir, que descubriendo la ciencia experimental de la naturaleza las leyes admirables que la rigen, descubre por ello mismo, la sabiduría sobrenatural que se las dió, así como la marca descubre el sello que la hizo; y que la inflexibilidad de estas leyes en el sugeto á que se aplican que es la naturaleza, no prueba su inflexibilidad en su autor, que es Dios, sino que prueba, al contrario, el supremo poder que las mantiene, y que, como no son metafísicamente necesarias, debe admitirse, á no ser que se niegue abiertamente esta omnipotencia, que la misma inflexibilidad que las prueba, prueba tambien que aquella puede derogarlas. De donde se sigue, á mi parecer, que lejos de poder desentenderse de la cuestion de lo sobrenatural y de los milagros por una escepcion de incontestacion, deducida de la imposibilidad de discutirse, es necesario destruir la proposicion, y decir con Juan Jacobo Rousseau: "Tratar seriamente esta cuestion, seria impío, ya que no absurdo; y se honraria demasiado á quien la resolviere negativamente, imponiéndole un castigo, debiendo bastar con encerrarle. Pero tambien, ¿qué hombre negó jamás que pudiera Dios hacer milagros?" 3

—¡Pues bien, sea dice M. Renan. "Nosotros no decimos: es imposible el milagro," nosotros decimos: "Hasta hoy no ha habido milagro probado." 4

—Nueva cuestion, replicamos nosotros, animados con esta concesion; cuestion que no es ya filosófica, sino puramente histórica, y sobre la cual pedimos que se oiga á nuestros testigos

1 *Libertad de pensar*, p. 41.

2 *Ibid.*, t. III, p. 40.

3 *Cartas de la Montaña*.

4 *Vida de Jesús*, introduccion, p. LI.

oculares y á los historiadores fieles de los milagros de Jesús, al mismo Jesús, que los invocaba como pruebas de su divinidad; y á los pueblos de la Judea y al mundo entero derribado y convertido á vista de estos prodigios.

—"De ninguna manera, dice M. Renan. Es necesario que el taumaturgo que se anuncia, como pudiendo, supongamos, resucitar á un muerto, comparezca ante una comision compuesta de fisiologistas, de físicos, de químicos, de críticos; que esta comision escoja el cadáver, designe el local, regule las precauciones que deben tomarse, y si se verifica la resurreccion con tales condiciones, habrá una probabilidad casi igual á la certidumbre. Sin embargo, como debe poder repetirse siempre un experimento... deberá ser invitado el taumaturgo á repetir su maravilloso proceder en otras circunstancias, con otros cadáveres, ante otro concurso. Si se verificase cada vez el milagro (¿cuántas veces?), se habria probado dos cosas: la primera, que acontecen en el mundo hechos sobrenaturales; la segunda, que la potestad de obrarlos pertenece ó se halla delegada á ciertas personas... Hasta nueva orden, pues, termina M. Renan, sostendremos este principio de critica histórica; que no puede admitirse un relato sobrenatural como tal, y que implica siempre credulidad ó impostura." 1

Dejó al buen sentido del lector, mientras yo lo juzgo en el capítulo de los milagros, el proyecto de esta comision, fuera de cuya presencia no podria Dios hacer milagros ni creer en ellos el género humano. Sin embargo, M. Renan no se sujeta tan absolutamente á este proyecto, que no se digne discutir el milagro de la resurreccion de Lázaro. Pero lo hace tan felizmente que espanta á M. Scherer y á M. Havet, los cuales han tenido que intervenir para poner orden en todo este escándalo de discusion y de raciocinio.

M. Scherer moteja desde luego, que concediendo M. Renan no ser imposible el milagro, no tome bastantes precauciones contra las consecuencias de esta concesion, limitándose á decir que no ha habido ningun milagro probado. Debiera haber avanzado mas, afirmando, que es imposible probar rigurosamente el milagro, aun por medio de su comision. ¿Qué resultaria, en efecto, de la resurreccion plenamente probada de un muerto y aun de muchos? Únicamente "que habria un hecho sin ejemplo, inesplicable, que no podria comprenderse por

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. LII.

“las leyes conocidas de la naturaleza.” Pero ¿sería un hecho sobrenatural, un milagro? De ningún modo. Por la inversa, “debería deducirse lo contrario,” dice M. Scherer; debiendo decirse: “Todo fenómeno tiene una causa, y hasta que haya prueba en contrario, debe tenerse esta causa por natural.”<sup>1</sup>

Preciso es convenir ahora en que M. Scherer ha echado el resto, y que ha puesto á Dios en grande aprieto. Tal vez se hubiera Dios resignado á descender ante la *comision*; pero ¿cómo probar, despues de resucitar á los muertos, que estas resurrecciones son milagros? ¿No debe considerarse como cosa natural la resurreccion de un muerto....?

¿Y qué dice M. Havet de todo esto? M. Havet, mas franco ó mas imprudente, como verdadero discípulo atrevido de M. Renan, repite lo que oyó profesar siempre á su maestro, sin que parezca comprender por qué emplea éste en su *Vida de Jesus* algun miramiento.

“Es el *principio dominante*, dice, de la verdadera historia, “así como de toda ciencia verdadera—y sin la cual puede decirse que esta no existe—que lo que no está en la naturaleza, *no es nada* y que no debe tomarse en cuenta para nada, si no es “por una *idea*....”

“Este *principio*, continúa M. Havet, ha puesto entre lo pasado y lo porvenir en el orden intelectual, un abismo insuperable. Los que rehúsen admitir este principio, no deben hacer caso del libro de M. Renan, quien por su parte, no debe inquietarse con su oposicion y su censura, porque no escribe “para ellos.

“No se extrañará, pues, que no coteje su obra con otras obras “escritas en sentido distinto. Si no entro en esta discusion, es “por la imposibilidad de verificarlo, sin aceptar por ello mismo “una suposicion inaceptable, la de que *sea siquiera posible lo “sobrenatural*. El filósofo parte de la razon, el creyente parte de la fe. El ortodoxo no necesita probar el milagro;<sup>2</sup> se “contenta solamente con que no se le obligue, ó con no creerse “obligado á negarlo.... Para él es sagrado el Evangelio, y todo lo que contiene debe presumirse verdadero.<sup>3</sup> Esta clase de

1 Tercer artículo sobre la *Vida de Jesus* por M. Renan, inserto en el periódico *El Tiempo* del 23 de Julio de 1863.

2 “Nosotros! ¿que os perseguimos con esta prueba!”

3 Para vosotros es para quienes, por ser sagrado el Evangelio, debo presumirse que todo es falso en él, y este es el eje de vuestra manobra. Nosotros no vamos del carácter al hecho; sino del hecho á su carácter. Vamos á verlo.

“fibros (nuestras demostraciones evangélicas), puede satisfacer “á un lector que tiene la misma fé; pero no responden á los “verdaderos libres pensadores. Ambas criticas carecen de acción una sobre otra; son lineas que no pueden encontrarse, “aunque no sean enteramente paralelas, porque no están en el “mismo plano.

“Compréndese, pues, que no me empeñe mas adelante en esta via, y que entre en el terreno filosófico. La *imposibilidad “y la nada esencial del milagro*, la indefectibilidad de las leyes naturales, la naturaleza siempre semejante á sí misma, en “el mundo moral, lo mismo que en el mundo físico,<sup>1</sup> el nacimiento del Cristianismo y la aparicion de Jesus, puros fenómenos históricos, magníficos fenómenos, en buen hora, pero “fenómenos como los demás, y cuyo estudio debe hacerse por “los mismos procedimientos, de la misma manera que cualquier “otro estudio, tal es la base sólida sobre que se ha levantado el “libro. Mi exámen se apoya en los mismos principios y he debido proclamarlos desde luego, sin esfuerzo y tranquilamente “como cosas sencillas, pero no sin altivez y sin gozo, puesto que “puede graduarse su valor por lo que ha costado conquistar- “los.”<sup>2</sup>

Todo se lo paso á M. Havet, menos el invertir las situaciones y acumular las que se escluyen, como hace en esta declaracion de principios. Que elija: que acepte la discusion ó que renuncie á llamarse *libre pensador*, y á hablar de su *altivez* y de su *gozo*, y especialmente, que no se permita prestarnos su papel, para apoderarse mejor del nuestro.

Nosotros aceptamos la discusion; mas aún, la proponemos, la provocamos. Solo tememos que no se discuta con nosotros lo suficiente, no obstante estarse discutiendo desde hace diez y ocho siglos. Velamos y esperamos al pié del trofeo de nuestra fe que vengan á tocarle con su pluma temeraria algun nuevo descreido, para medirnos con él y herirle con nuestros argumentos. No partimos de la fe en lo sobrenatural, y no nos escudamos con la escepcion de incontestacion, respecto de la afirmacion de este, cualquiera que sea el juicio que ésta tenga

1 Craso error filosófico: pues el mundo físico, esencialmente contingente, no tiene en sí el carácter absoluto del mundo moral, esencialmente necesario. Por lo demás, ¿cómo pueden hablar estos señores de la indefectibilidad del orden moral, ellos que profesan, al ménos M. Renan, que hay muchas medidas para la sinceridad!

2 *Recist nre ambos Mundos*, del 1º de Agosto de 1863 p. 570.

á favor suyo. La ponemos y la volvemos á poner á cada instante en discusion con todo justador leal y sincero. Para esto, hacemos precisamente lo que nos oponéis y aquello de que desistais: consideramos la *aparicion de Jesus y el nacimiento del Cristianismo como puros fenómenos históricos cual los otros, y cuyo estudio debe hacerse por los mismos procedimientos que cualquier otro estudio.* Ponemos á prueba los hechos de la vida de Jesus, lo mismo que los de la vida de César y de Alejandro; y si luego que resultan probados, tienen estos hechos un carácter sobrenatural, tenemos bien adquirido el derecho de valerlos de ellos. Procedemos por el método científico, el método empírico y experimental de la observacion, yendo de la justificacion del hecho á su carácter, del testimonio á la afirmacion, del fenómeno á la idea, de lo conocido á lo desconocido, de la razon á la fe.

Pero vosotros que os llamais racionalistas y libres pensadores: ¿cuál es el método que tenéis? ¿De dónde partís? Partís de lo que está en cuestion, de la raíz del problema, de lo desconocido, de lo sobrenatural negado, de la fe en la *imposibilidad y en la nada esencial del milagro*, y lo oponéis á los testimonios, á los hechos, á las pruebas, á la experiencia, á la razon; mas aún, hacéis de ello una escepcion de incontestacion dogmática, escepcionais el no discutir ni razonar, porque decís, que *no podeis hacerlo sin aceptar por este mero hecho, una suposicion inaceptable, la de que sea siquiera posible lo sobrenatural.* Cesad, pues, de decir que partís de la razon; confesad que partís de la preocupacion, de un partido preconcebido, de la incredulidad *a priori*; y que no quereis oír, como dice Tertuliano, porque odiais anticipadamente; *malunt nescire quia jam oderunt.*<sup>1</sup>

1. Es curioso hallar empleado estos dos métodos en el mismo Evangelio, con ocasion de un milagro del SALVADOR; tan cierto es que la incredulidad enemiga, la incredulidad farisáica es siempre la misma! Atendamos á lo que pasó despues del milagro de la curacion del ciego de nacimiento. Los fariseos, como puede verse estensamente en este admirable relato, buscaban todos los medios de eludir la evidencia de este milagro. "Hicieron, pues, acudir por segunda vez al que habia sido ciego y le dijeron:—Glorificad á Dios, *nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.*" Hé aquí el método que parte de lo desconocido, de lo cuestionable, y que opone la preocupacion al examen del hecho. ¿Qué responde ahora el que habia sido ciego?—*No sé, les dice, si es pecador; solamente sé que habiendo estado ciego, ahora veo.*" Hé aquí el método de observacion que parte del hecho, prescindiendo de sus consecuencias. Por el mismo

No decís como nosotros, comencemos examinando los hechos naturales ó sobrenaturales, los testimonios, los documentos, su existencia, su verdad, su autenticidad; experimentémoslos, discutámoslos; sino que los suprimís por preocupacion; es decir, suprimís todo juicio y toda critica para encerraros en el dogma, en el fetiquismo de vuestra negacion.

¿Pero qué estado tan ridiculo os preparais con esto! Porque en fin, no basta cerrar los ojos para suprimir el sol; pudiera ser respecto de si mismo, mas no respecto de los demás. En vuestra fanática incredulidad llegais á no querer leer los libros de vuestros adversarios. ¿Y qué sucede entonces? Que habiendo sido refutados desde hace diez años, veinté años, siglos enteros, no os dais por entendidos, y vais á estrellaros contra demostraciones pasadas en autoridad de cosa juzgada; que, como os dice con sumo juicio Montaigne, "además de que condenar una cosa por falsa é imposible es atribuirse el mérito de poseer, respecto de ella, los limites y señales de la voluntad de Dios y del poder de nuestra naturaleza, una de las mayores locuras del mundo, cuando despues de haber establecido segun el peregrino entendimiento del que así procede, los limites de la verdad y de la mentira, se encuentra con que tiene que creer cosas mucho mas estrañas que las que niega, se ve por ello obligado á abandonarlas."<sup>1</sup>

*Ambas criticas*, dice M. Havet, carecen de accion una sobre otra; *son dos líneas que no pueden tocarse* (así lo creo, si huiis de la nuestra), y M. de Sainte-Beuve, adoptando esta táctica, dice tambien: "Entre los que admiten lo sobrenatural y el milagro y los que no lo admiten, *no hay punto de discusion; no hay mas que creer ó no creer.*" Así evitan estos señores la dificultad. Todo ó nada, y ellos escogen nada. Esto es fanatismo, el fanatismo de la nada. Es apagar del modo mas perfecto el entendimiento humano. Es poner lo sobrenatural y el milagro, y por consiguiente el poder que los obra, Dios, fuera de la ley, fuera de discusion: es poner fuera de la ley hasta la razon, puesto que no tenéis la evidencia. Semejante método es en dialéctica lo que la revolucion es en política. La critica es el tri-

estilo nos dicen los fariseos modernos: *Sabemos que son imposibles los milagros, á lo cual contestamos como el hombre del Evangelio: No sé si son ó no posibles los milagros; solo sé que Jesus dió vista á los ciegos y resucitó á los muertos, y apelo á la discusion de las pruebas que lo acreditan.*

<sup>1</sup> Ensayos, lib. I, cap. XXVI.

bunal revolucionario; la Religion está fuera de la ley, aplicándose á la Razon la ley de los sospechosos, como hallándose de inteligencia con la Fe.

Si obráramos así respecto de nuestra fé, si prohibiéramos discutir sus bases por medio de esta escepcion de indiscusion ¿qué diriais de nuestra debilidad de entendimiento? ¿Y sois vosotros, los filósofos, que os atrincheráis detrás de ella, los que soplais sobre la discusion? Pero este método es muy cómodo y puede llegar á mucho. Porque vosotros no tenéis mas que decir á todo: "entre los que admiten la afirmativa y los que admiten la negativa, no hay discusion posible;" y entonces no necesitamos papel ni pluma. ¿Y los que no afirman ni niegan? ¿Y los que se reservan afirmar ó negar, despues del resultado del exámen concienzudo? ¿Y los que ofrecen deducir las razones de su afirmacion y someterlas á la discusion; qué haceis de ellos? ¿Por qué no se ha de poder discutir filosóficamente la posibilidad, é históricamente la existencia del milagro? Podríamos decirlo, nosotros que tenemos á nuestro favor la fe universal del género humano. Pero no lo decimos. Consentimos en poner, por millonésima vez, en discusion, los fundamentos de nuestras creencias. Nosotros ponemos nuestro tanto en el juego, y vosotros que nos atacais y que empeñais la partida, ¿no poneis el vuestro?

Porque repito, si os abstuviérais, si os defendiérais siquiera por medio de vuestra negacion de lo sobrenatural *a priori*, solamente careceriais de razon; pero vosotros atacais, y de esta suerte careceis de razon doblemente. Usais á guisa de arma, de vuestro broquel; sacais de vuestra imposibilidad teórica, respecto de los milagros, un argumento contra el hecho de los milagros de Jesus; este es vuestro único argumento, la razon de todas vuestras razones. Hacedis que cedan todas las pruebas de la certidumbre evangélica, que no podeis combatir en sí mismas, mas aún, que llegais á confesar, y que en buena lógica, deberian haceros deducir la existencia de los milagros, y de esta existencia, su posibilidad, á la sola preocupacion de la imposibilidad de los milagros, y cuando queremos discutir esta preocupacion, se reviste con la inviolabilidad dogmática de una creencia ó mas bien con el fanatismo de una supersticion. Citais al género humano á vuestro tribunal y no quereis oírle.

Este método es intolerable, y es desacreditarlo, quitarle la máscara. Libre sois finalmente, en no creer como nosotros en creer, á riesgo y peligro de nuestra conciencia y de nuestra ra-

zon; pero lo que yo no podria admitir, y contra lo que me sublevo con toda la fuerza del derecho y de la lógica, es que erijais vuestra incredulidad en principio, cuando yo pongo mi fe en cuestion, y que os oculteis vosotros, cuando yo me presento al descubierto. Haciendo esto, estais juzgados.

Hé aquí, por lo demás, cómo lo habeis sido por uno de los vuestros, por nuestro mas franco enemigo, M. Proudhon, que se esplica así sobre nuestros dos métodos: "En estos últimos tiempos, decia espresamente una declaracion emanada de la Santa Sede, en contestacion á la objecion famosa de la imposibilidad de conciliar la razon con la fe, que no era cierto que la fe católica tuviera en sí misma nada que fuese irracional; que los dogmas fundamentales, tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la necesidad de una religion, se demostraban por la razon, al mismo tiempo que se apoyaban en la revelacion; que los dogmas secundarios se deducian de los primeros con la misma lógica, y se confirmaban con los mismos testimonios; que en su consecuencia, la censura hecha á la Iglesia por cierto filósofo de sacrificar la razon á la fé, era una calumnia manifiesta.

"Háanse elevado por parte de la filosofia reclamaciones contra esta asercion del Santo Padre. Ha llegado á acusársele de tergiversar y equivocar los hechos, por no decir otra cosa peor; sin que haya tenido mas consecuencia este incidente. Mas yo pregunto tambien á mi vez, ¿quién es el que engaña aquí é impone su opinion, la filosofia ó la Iglesia?

"A riesgo de escandalizar á los racionalistas y de pasar por falso hermano, diré que, segun mi parecer, el papa es quien tiene razon. Pero es preciso entenderse."

Considerando aquí M. Proudhon la cuestion relativamente á la ciencia, dice, que no satisface la Iglesia las condiciones de ésta, porque no son los hechos en que se apoya *constantes*, sino hechos producidos por escepcion, notados por casualidad y señalados por testigos privilegiados.—Ya contestarémos á esto debidamente en su lugar, y en especial en el capítulo de las profecias. Léjos de eludir la cuestion, rogamos al lector que se acuerde de ella. Aquí nos basta decir, que difícilmente podria ser milagroso un hecho constante; y que sin embargo, el Autor de nuestra fe ha hallado el secreto de darnos en apoyo y en cumplimiento de su palabra, en las profecias y en la Iglesia, hechos milagrosos por su constancia misma, milagros universales y perpetuos. Esto es lo que el mismo Proudhon va á reconocer en lo que sigue.

"Inclinense aquí los nuevos místicos ante su señora y su madre.

"Mas sabia, en efecto, la Iglesia que sus imprudentes impugnadores, jamás ha pretendido como Fichte y Hegel partir de "lo desconocido á lo conocido, del sea de las cosas á su estado de fenómeno,<sup>1</sup> explicar lo observable por lo invisible, el orden de la naturaleza por el de la Providencia, la historia por la teodicea y al revés que el oráculo de Delfos y el método de Descartes, conducir al hombre al conocimiento de sí mismo por el conocimiento de Dios.

"La Iglesia ha dado en primer lugar, á su fe mística una especie de empirismo; tales son sus libros, su tradición, sus profecías, sus milagros; y hasta cierto punto, la serie de las revoluciones humanas; en una palabra, el conjunto de la revelación.

"La revelación, segun el verdadero espíritu de la Iglesia, no es la identidad de lo real y de lo ideal, como enseña la filosofía hegeliana; es una porción del fenómeno creado expresamente para afirmar despues la realidad ultrasensible y el reino transcendental de lo absoluto.

"Yo tambien tengo mi experiencia, dice la Iglesia; experiencia anterior y superior á todos los experimentos inciertos sujetos eternamente á la comprobacion de los sabios,<sup>2</sup> experiencia decisiva que proviene del mismo Dios, y á la cual han asistido mis autores; tal es la creacion del mundo que jamás podrá explicar la ciencia; tal es la formacion del hombre que no sabe explicar la fisiología; tal es la primera educacion por medio de los ángeles; las revelaciones reiteradas durante una larga serie de siglos, de Adán, de Henoch, de Noé, de Abraham, de Moisés, de los profetas, de Jesucristo.

"En esta venerable experiencia, cuyo recuerdo se ha conservado en todos los pueblos, se apoyan mi teología y mi enseñanza. Yo tampoco creo en el absoluto metafísico destituido de toda manifestacion sensible; lo recuso, lo censuro, como origen de toda ilusion. Se dirá, que no renovándose ya mi revelacion, no tiene otra garantia que testimonios. Pero yo existo

<sup>1</sup> Como va M. Havet de la imposibilidad y de la nada esencial de los milagros, es decir, del sea de los milagros, contra su carácter de fenómeno histórico y evangélico.

<sup>2</sup> Aquí M. Proudhon rinde completo homenaje á la verdad contra la que ha dicho anteriormente.

"y mi sola existencia es una revelacion incesante, un milagro perpetuo."<sup>1</sup>

Todo esto conduce á lo que ya hemos dicho, sobre que el cristianismo, la Iglesia, es un sistema de fe revestido de un aparato de pruebas sensibles que constituyen la revelacion, y que conforme al gran método racional y científico, nosotros vamos á la fe, partiendo de la revelacion, partiendo de fenómenos históricos y evangélicos, de los hechos y de todas las pruebas y testimonios que los establecen, en una palabra, partiendo de la razon; al paso que nuestros adversarios parten por la inversa, de la incredulidad ideal, para dirigirse sin discusion contra los hechos, contra las pruebas, contra la esperiencia, y por consiguiente contra la razon.

Esto se halla superabundantemente probado.<sup>3</sup>

V. Pero lo que resta que explicar, es el por qué de esta conducta de nuestros adversarios. Y aqui llegamos al quinto carácter del método de la *Vida de Jesus*, su verdadero fondo en el cual se resume.

Porque, bien examinado, esta proscripcion de lo sobrenatural y del milagro, con el cual se forman un principio, con el que todo lo apartan ó derriban, no podria tener por sí este carácter. En efecto, no tiene la propiedad de un axioma, la evidencia; y no se apoya en un principio anterior que la tenga. Debiendo ser esto pura cuestion de experiencia, ¿en qué consiste que la convierten en cuestion de filosofía? Mas aún, ¿de dónde proviene que no quieren ni aun hacer de ella una cuestion, y que quieren ponerla encima y al abrigo de toda discusion, como un dogma?

Es verdad que dice M. Renan, "desterramos de la historia al

<sup>1</sup> De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. II, p. 309, 310 y 311.

<sup>2</sup> Si insisto contra mis adversarios sobre este procedimiento de su método, es menos por lo que son, que por lo que representan. En ellos se agita, en efecto, el espíritu crítico moderno que bajo sus formas múltiples de filosofía, de historia, de política, de literatura y de novela, podria llamarse Legion, con la diferencia de que en el Evangelio el espíritu de este nombre era exorcizado por la fe y por la oracion; el del día lo es por la razon y por la discusion. La sola sombra del raciocinio le hace huir. Solo tiene valor para atrincherarse detrás de afirmaciones sentenciosas que son otras tantas ostentosas negaciones. He tratado de arrancarle esta careta de oráculo, de oráculo de la nada. Lo que sigue va á concluir de ponerlo desnudo.

“milagro, no en nombre de tal ó cual filosofía, sino en nombre “de una experiencia constante.”<sup>1</sup> Pero esto es una evasiva, porque en el hecho de apelar de el milagro á la experiencia y á la historia, las recusa, por la razon de ser imposibles los milagros, que hace, no obstante, resultar de ellas. Y ademas, debe recordarse lo que ha dicho anteriormente de un modo tan filosófico y tan dogmático: “*Las leyes del ser no constituyen mas que un solo orden de gobierno que es la naturaleza.*” Quien dice sobre ó fuera de la naturaleza, en el orden de los hechos, dice “una contradicción, así como quien dijera sobre divino en el orden de las sustancias.”<sup>2</sup>

En cuanto á M. Havet, profesa abiertamente lo que se llama, en términos que se rechazan, siendo en esto imagen de su doctrina, la *NADA esencial del milagro*, y forma de ello realmente un principio cuando dice: “Es el principio dominante de la verdadera historia, así como de toda verdadera ciencia, que lo que no está en la naturaleza, es *nada* y no debe tenerse en cuenta para nada, sino es por una idea;—y este principio ha “puesto entre lo pasado y el porvenir, en el orden intelectual, “un abismo insuperable, etc.”

Esto encierra indudablemente una doctrina.

¿Cuál?

Preciso será nombrarla por estos señores, que no tienen el valor de hacerlo; es el Ateísmo.—Nombrarla es explicar, por que no quieren que se la discuta. Este es el *sancta sanctorum* que debe permanecer velado por el principio de lo sobrenatural, el cual se oculta también con la escepcion de incontestacion que se nos opone.

Pero es preciso que brote la luz, y que tenga cada cual el valor de sostener su bandera.

Por lo demás, es bastante trasparente el misterio. Decir que “lo que está en la naturaleza es *nada* y no debe tenerse en cuenta para *nada* sino es por una *idea*,” es decir, que Dios, concebido fuera de la naturaleza, es *nada*; no es mas que una idea. Decir que solo hay un orden de *gobierno*, que es la *naturaleza*, es negar la Providencia.

Quien dice Dios, dice Ser superior á la naturaleza y por consiguiente *sobrenatural*.—Así, pues, Dios implica lo sobrenatural en esencia y en potencia.—Y ahora bien, no puede ser cuestio-

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, introduccion, p. LI.

<sup>2</sup> *Libertad de pensar*, t. III, p. 465.

nable el lazo de posibilidad de la potencia al acto. *Esta cuestion seria impropia, si no fuese absurda*, como dice muy bien Rousseau. Negar la posibilidad *esencial* de lo sobrenatural, es pues negar lo sobrenatural en potencia, es negar á Dios.

En otros términos: Dios es el milagro en potencia, y el milagro es Dios en acto. Decir que no es posible el milagro, es decir que no hay Dios. De manera que la negacion teórica y sistemática de lo sobrenatural y del milagro, equivale rigurosamente á la negacion teórica y sistemática de Dios.

Ateísmo: he aquí, pues, la palabra en que poneis lo que es el punto de partida de vuestro método. Y á esto llamais *partir de la razon*. Luego para vosotros la razon es el ateísmo, que es sin razon.

He aquí lo que quereis que pase sin discusion; solo teneis razon en esto, pues así demostrais que careceis de ella.

Por lo demás, M. Renan no lo oculta siempre, ni aun en su *Vida de Jesus*; porque ¿no es profesar efectivamente en ella, al modo de *Lucrecio*, la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, la *idea* de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores?<sup>1</sup>

Sobrado cierto es, que tenemos que habérnoslas con el ateísmo; él es el alma, por decirlo así, de la *Vida de Jesus*, y para referirnos al objeto de este capítulo, también es su método.

Se dice que no hay sobrenatural, porque se quiere decir que no hay *ser superior á la naturaleza*; y por el solo hecho de negarse lo sobrenatural, se quiere decir que todo lo sobrenatural que se contiene en los Evangelios es legendario, cualesquiera que por otra parte sean las razones que haya para creer en ello.

Así procede M. Renan; esta es su única deducción; su sola critica, segun la cual lo juzga todo y á la que lo refiere todo.—“Es evidente, dice, que los Evangelios son en parte legendarios, puesto que están llenos de milagros y de sobrenatural,”<sup>2</sup> los cuales son imposibles.

Esto equivale á decir: “Es evidente que *Jesus* no es Dios, puesto que no hay Dios.”

Planteadó el ateísmo, es fácil de plantear todo lo demás, así como la *nada*, pero la nada de la razon y el caos del pensamiento.

Cierto que M. Renan no se pone así en descubierto, puesto

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 49

<sup>2</sup> Introduccion, p. xv.

que se vale algunas veces de la palabra *Dios* y muchas de la de *divino*.

Pero en cuanto á la palabra *Dios*, sabida es la clave que ha dado de ella: "Buena palabra pero antigua, un poco tosca, que la filosofía interpretará en un sentido cada vez mas refinado. Esta palabra tiene en favor suyo una larga prescripción; suprimirla sería descaminar á la humanidad y separarse en el lenguaje de los sencillos que adoran también á su manera."<sup>1</sup>

En cuanto á la palabra *divino*, requiere otra explicación.

Debo una satisfacción á M. Renan: no es ateo, es panteísta.

Es verdad que ateo es el que niega que tenga el universo un Autor y un Señor, y que panteísta es el que niega que tenga el universo un Autor y un Señor, en lo cual se confunden, según se advierte.

Pero el ateo se limita á negar á Dios, y el panteísta le hereda en esta negación; el primero le destrona, y el segundo le pone en su lugar: aquel le suprime y éste le absorbe.

El panteísta guarda de Dios lo que le es necesario para divinizar al hombre; la sustancia, lo *divino*; lo divino de que ha dicho: "la humanidad forja lo divino, como la araña hila su tela;"<sup>2</sup> y del cual, son la expresión mas ó menos elevada la humanidad y ciertos hombres en la humanidad. Por eso ha dicho M. Renan de la persona de Jesús: "que es permitido llamarle divino, no en el sentido de que *haya absorbido Jesús todo lo divino* (pues aun ha quedado algo), sino en el de que Jesús es el individuo que ha hecho dar á su especie el paso mas avanzado hacia lo *divino*."<sup>3</sup>

En una palabra, para recordar la definición de Bosuet, completándola, el panteísta es un ateo disfrazado de Dios mismo.

De aquí resulta una gran ventaja, de que ha sacado mucho partido M. Renan. Y es, que al paso que el ateísmo lleva consigo la idea repugnante de monstruosa impiedad, el panteísmo, siendo la religión de lo divino en el hombre mismo, respira su sentimiento y habla su lenguaje mas aún que el cristianismo y que el misticismo.

Bajo este concepto M. Renan, que sin duda absorbe mucho divino, tiene conque embalsamar á todos los ateos. Por eso se les muestra generoso, borrando toda distinción entre él y ellos.

1. *Libertad de pensar*, t. VI, p. 348, y *Estudios de historia religiosa*, p. 418 y 419.

2. Job. XC.

3. *Vida de Jesús*, p. 457.

"El enorme error que transforma en blasfemadores de la Divinidad á sus adoradores mas sinceros, dice, es ante todo un error gramatical. No se entienden en las palabras. *¿Qué himno vale lo que el poema de Lucrecio?*"<sup>1</sup> — Ninguno sino es la *Vida de Jesús* por M. Renan. — Asimismo, según él, los ateos declarados del siglo XVIII que negaban á Dios, no eran ateos "sino que predicaban el verdadero Dios." Pero retrocedían como los materialistas "ante las fórmulas elevadas."<sup>2</sup> — Y en esto solo difiere de ellos M. Renan. — Finalmente, hablando de M. Feuerbach, que ha sido la personificación mas avanzada del ateísmo alemán en este siglo, reclama en favor suyo contra la calificación de ateo, —ó si fué ateo, dice, lo fué "devotamente y con cierta especie de unción."<sup>3</sup>

No acusamos á M. Renan de serlo de otra suerte, ó mas bien, le acusamos precisamente de serlo de esta manera, mucho menos franca y mas peligrosa.

Negar á Dios descubiertamente, sería demasiado; sería chocar con el género humano. Otros lo han intentado y se han estrellado; hay pues que proceder de otro modo. Tal es, negar á Dios en Jesucristo y lo sobrenatural en el Evangelio, por medio de una presuposición que implique la negación de Dios en la de lo sobrenatural, haciéndola pasar sin discusión; pero "con unción y devotamente..." ¡Oh! ¡qué maniobra tan franca!

Así, la *Vida de Jesús* sorprende la religiosidad del lector frívolo. Oculta el horrible semblante del Ateísmo entre el humo del incienso, pero lo denuncia la misma profusión de lo *divino*.

Si gustais de lo divino,  
Por do quiera se prodiga.

A la manera que esas esencias perfumadas de que habla Juvenal, que revelan por su excesiva abundancia el mal que sufre el que abusa de ellas:

*Qui bene olet, male olet.*

He aquí el fondo de la *Vida de Jesús*.

Este es su método.

Tal es la cuestión.

1. *Revista de ambos Mundos*, Abril, 1858, p. 504.

2. *Idem*, Abril, 1858, p. 504.

3. *Libertad de pensar*, t. VI, p. 347.

El método tiene por procedimientos auxiliares la adivinación y la conjetura; la novela y el libelo, la teoría de la impostura y de la demencia. Pero tiene por *criterium* la negación indiscutible de la posibilidad y de la esencia de lo sobrenatural: el ateísmo. Este es el crisol en que se vuelve legendaria la historia más verídica, y en que el Cristo que adoran los ángeles se convierte en el que patrocina M. Renan.

¡La cuestión! No es ya que Jesús sea Dios, sino que exista Dios. No es ya saber si debemos volver al paganismo, sino si debemos volver á lo que horrorizaba al mismo paganismo.

Demostremos que debemos volver al Dios del Evangelio, al HIJO DE DIOS VIVO.<sup>1</sup>

1 MM. Renan y Havet se dan la mano con M. Proudhon, en su libro de la *Justicia en la revolución y en la Iglesia*. Este libro, en efecto, gira sobre la eliminación de Dios, bajo el nombre de *absoluto*, de la conciencia humana, así como la *Vida de Jesús* gira sobre la eliminación de lo *sobrenatural*. Esto es lo que Proudhon llama la *Doctrina de la revolución*. No es decir que la revolución sea atea, según defiende Proudhon, diciendo: "La revolución no es atea, es *anti-teísta*," no niega lo *absoluto*, lo espulsa, *quiere librar de él á la Francia*. M. Renan y M. Havet avanzan más que M. Proudhon; para ellos, lo sobrenatural, lo *absoluto no es nada*, no debe tenerse en cuenta para *nada*. No hay que eliminar á Dios, haciéndole la guerra; no existe, ó mejor, es la misma humanidad. Esto es mucho más sencillo: "Lo absoluto de la justicia y de la razón solo se manifiesta en la humanidad. Considerado fuera de la humanidad este absoluto, es solo una abstracción; mirado en la humanidad, es una realidad. *Lo infinito solo existe cuando se veiste de una forma finita.*" (Artículo de M. Renan sobre la *metafísica* de M. Vacherot.)

## CAPÍTULO V.

JESUCRISTO ES DIOS.

(DEMOSTRACION PRELIMINAR SACADA DE LO QUE PRECELE.)

Esta obra no debe ser, según nuestro propósito, una simple polémica: no debemos limitarnos en ella á refutar únicamente la obra de M. Renan, de suerte que produzca tan solo el efecto de quedar borrado un libro por otro libro, el cual quede también eclipsado conseguido aquel objeto.

Queremos dar á nuestra obra un efecto duradero y que sobreviva; y por tanto, concluyente y afirmativo. Refutando la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesús*, queremos destruirla al mismo tiempo que conservarla; rechazarla y servirnos de ella; impedir que dañe y hacer que sirva á nuestra fe.

Ya en el capítulo segundo, en que hemos presentado en todo su valor la importancia de la cuestión, y en el capítulo tercero, en que hemos espuesto nuestro método, hemos preparado este trabajo de polémica en nuestra obra, ya en capítulos distintos, ya en el mismo capítulo.

Ahora, después de haber consagrado á la polémica gran parte del capítulo anterior, debemos en el presente deducir y desprender de ella nuestras primeras afirmaciones.

Serán cortas, pero sencillas y sólidas, porque son las afirmaciones del buen sentido.

Jesucristo es Dios, decimos; esto resulta ya de la cuestión propuesta y del método que se emplea para negarlo.

He aquí cómo resulta de la cuestión.

Quiero conceder que sea esta una cuestión, lo cual es una verdadera concesión si se considera seria é imparcialmente el fondo de las cosas; porque, en fin, todas las grandes intelligen-

El método tiene por procedimientos auxiliares la adivinación y la conjetura; la novela y el libelo, la teoría de la impostura y de la demencia. Pero tiene por *criterium* la negación indiscutible de la posibilidad y de la esencia de lo sobrenatural: el ateísmo. Este es el crisol en que se vuelve legendaria la historia más verídica, y en que el Cristo que adoran los ángeles se convierte en el que patrocina M. Renan.

¡La cuestión! No es ya que Jesús sea Dios, sino que exista Dios. No es ya saber si debemos volver al paganismo, sino si debemos volver á lo que horrorizaba al mismo paganismo.

Demostremos que debemos volver al Dios del Evangelio, al HIJO DE DIOS VIVO.<sup>1</sup>

1 MM. Renan y Havet se dan la mano con M. Proudhon, en su libro de la *Justicia en la revolución y en la Iglesia*. Este libro, en efecto, gira sobre la eliminación de Dios, bajo el nombre de *absoluto*, de la conciencia humana, así como la *Vida de Jesús* gira sobre la eliminación de lo *sobrenatural*. Esto es lo que Proudhon llama la *Doctrina de la revolución*. No es decir que la revolución sea atea, según defiende Proudhon, diciendo: "La revolución no es atea, es *anti-teísta*," no niega lo *absoluto*, lo espulsa, *quiere librar de él á la Francia*. M. Renan y M. Havet avanzan más que M. Proudhon; para ellos, lo sobrenatural, lo *absoluto no es nada*, no debe tenerse en cuenta para *nada*. No hay que eliminar á Dios, haciéndole la guerra; no existe, ó mejor, es la misma humanidad. Esto es mucho más sencillo: "Lo absoluto de la justicia y de la razón solo se manifiesta en la humanidad. Considerado fuera de la humanidad este absoluto, es solo una abstracción; mirado en la humanidad, es una realidad. *Lo infinito solo existe cuando se veiste de una forma finita.*" (Artículo de M. Renan sobre la *metafísica* de M. Vacherot.)

## CAPÍTULO V.

JESUCRISTO ES DIOS.

(DEMOSTRACION PRELIMINAR SACADA DE LO QUE PRECELE.)

Esta obra no debe ser, según nuestro propósito, una simple polémica: no debemos limitarnos en ella á refutar únicamente la obra de M. Renan, de suerte que produzca tan solo el efecto de quedar borrado un libro por otro libro, el cual quede también eclipsado conseguido aquel objeto.

Queremos dar á nuestra obra un efecto duradero y que sobreviva; y por tanto, concluyente y afirmativo. Refutando la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesús*, queremos destruirla al mismo tiempo que conservarla; rechazarla y servirnos de ella; impedir que dañe y hacer que sirva á nuestra fe.

Ya en el capítulo segundo, en que hemos presentado en todo su valor la importancia de la cuestión, y en el capítulo tercero, en que hemos espuesto nuestro método, hemos preparado este trabajo de polémica en nuestra obra, ya en capítulos distintos, ya en el mismo capítulo.

Ahora, después de haber consagrado á la polémica gran parte del capítulo anterior, debemos en el presente deducir y desprender de ella nuestras primeras afirmaciones.

Serán cortas, pero sencillas y sólidas, porque son las afirmaciones del buen sentido.

Jesucristo es Dios, decimos; esto resulta ya de la cuestión propuesta y del método que se emplea para negarlo.

He aquí cómo resulta de la cuestión.

Quiero conceder que sea esta una cuestión, lo cual es una verdadera concesión si se considera seria é imparcialmente el fondo de las cosas; porque, en fin, todas las grandes intelligen-

cias de buena fe han abrazado la afirmativa, y la parte mas ilustrada del género humano marcha hace diez y ocho siglos por la verdadera civilizacion sobre esta afirmativa, creida, profesada y practicada hasta la adhesion y el sacrificio. Nuestros adversarios, y especialmente M. Renan, vienen á convenir en esto con nosotros, y agotan todas las palabras de admiracion y de entusiasmo en homenaje á esta verdad. Todo lo que dicen para preconizar la influencia moral y social de Jesús en el mundo, ha tenido efecto solamente por la fe en su divinidad; fe que ellos repudian, pero que siempre ha sido la condicion de esta influencia. La afirmativa de la cuestion tiene pues á su favor el voto del mundo y de la humanidad. En cuanto á la negativa, no sé si ha atraido muchos partidarios, porque no considero como tales á los que dudan; y la *duda*, segun M. Scherer, respecto de esta cuestion, es *la forma suprema de la ciencia*.

En tales condiciones, entre una afirmacion y la duda, tengo derecho para decir que es una concesion presentar la cuestion seriamente; en testimonio de lo cual solo citaré el efecto general que ha producido en la masa del público el libro de M. Renan, considerándolo como una temeridad y una paradoja, y todas las protestas manifiestas ó secretas que ha suscitado.

Pero en fin, concediendo que sea una cuestion formal la divinidad de JESUCRISTO,<sup>1</sup> por el solo hecho de poder serlo, esta cuestion se resuelve afirmativamente por el buen sentido; ella implica su afirmativa.

La implica bajo dos puntos de vista con relacion á JESUCRISTO y con relacion á nosotros.

Y en primer lugar, se concibe muy bien lo que significa con respecto á un ser el poder ser formalmente objeto de tal cuestion: el suscitarse ésta y sostenerse desde hace diez y ocho siglos; el poder mantener seriamente á la humanidad en-suspension sobre si es ó no realmente Dios.

Segun una observacion juiciosísima que se atribuye á Napoleón, al dar sobre esta cuestion un parecer que es digno de su gran ingenio, Jesús es el único que se ha atrevido á decir claramente, *no, yo soy un Dios; sino lo que es muy diferente, yo soy Dios*. La historia no menciona á ningun otro individuo que se haya calificado á sí mismo con este titulo de Dios en sentido absoluto.

<sup>1</sup> Cuando digo una cuestion, quiero decir, no en sí, mas en hecho, y en el estado de los entendimientos.

Y en efecto en este sentido absoluto, es tan grande la idea que tenemos de Dios, tan abrumadora, tan formidable, es, la distancia que de ella separa al hombre mas eminente, tan insuperable á la imaginacion misma que el medirse con este ideal hasta identificárselo y personificárselo, es el colmo de la locura en cualquier otro sugeto que no sea Jesucristo, y no puede resistir una mirada de la razon. ¿Cómo se concilia esta afirmacion en Jesús solo, entre todos los mortales, con una sabiduria que debería escluirla mas que en otro alguno, si nó la justificara?—¿Cómo pudo ser objeto de cuestion un solo instante en torno de él, como lo vemos en el Evangelio, cuando paseándose Jesús bajo el pórtico de Salomon, le rodearon los judíos diciéndole: “¿Hasta cuándo tendrás nuestro espíritu en suspenso?” *¿Quousquam animum nostram tollis?*<sup>1</sup>—¿Cómo, en una nacion en que era tan celoso y tan inviolable el culto de la Divinidad y en que lo fué con respecto al mismo Jesús, hasta el punto de ahogar con el último suplicio su pretension que se juzgaba blasfemadora, cómo volvió á levantarse esta pretension de su aniquilamiento hasta presentarse al punto ante el consejo de los doctores y de los sacerdotes, y á hacerse tolerar allí segun el parecer del mas eminente de ellos: “Cuidado con que al fin, no os encuentreis “haber luchado con Dios mismo?”<sup>2</sup>—Cómo, partiendo de allí, con la rapidez de la luz y del rayo, fué á presentarse esta cuestion á un tiempo mismo, en todos los grandes centros de la civilizacion griega y romana: en Atenas, en Corinto en Efeso, en Alejandria, en Antioquia y en Roma, y barriendo ante sí todas las repulsiones del entendimiento, de los sentidos, de la política, de la supersticion, y de la naturaleza; ¿cómo prevaleció la solucion que hizo caer el mundo á los pies del HOMBRE DIOS?—¿Cómo, habiendo sido embestida con el encarnizamiento de la rabia, del odio y del interés, por los judíos, los filósofos, los sacerdotes y los Césares, se mantuvo y se afirmó á los golpes que se la dirijian? ¿Cómo ha triunfado tantas veces, puesta nuevamente en cuestion por todas las heregias que no han cesado de agitarla durante diez y ocho siglos?—¿Cómo, en la única época, en el único siglo en que se negó abiertamente la divinidad de Jesús, fueron negadas y abismadas con ella y en ella toda religion y toda sociedad?—¿Cómo se han colocado entre los primeros discipulos de esta creencia, de-

<sup>1</sup> San Juan, X, 24.

<sup>2</sup> Actos, V, 29.

biéndole las mas bellas inspiraciones de ingenio ó de virtud, todos los mas grandes ingenios y héroes de la humanidad?— ¿Cómo, finalmente, en esta hora en que el progreso de las ciencias, de la industria y de la critica, ha pasado por el tamiz del entendimiento humano todos los errores, todas las ilusiones, todos los abusos, y en que la audacia de la impiedad, acrecentándose con el feliz éxito, *se atreve á atacar al Dios de lo pasado y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han prosternado generaciones enteras de adoradores, ¿cómo no se ha destronado definitivamente á este Dios de lo pasado? ¿Qué digo? ¿Cómo es esta misma impiedad, la primera que se inclina ante Jesús, y que exalta en él al hombre hasta la divinidad, para rehusarle su título legitimo, no pudiendo hacer mas que sustituir la idolatría de Jesús á la verdadera religion de Jesús?*

Es, pues verdad: despues de haber JESUCRISTO presentado y hecho prevalecer en el mundo la afirmacion de que es Dios mismo, ha sostenido y desplegado este título por espacio de diez y ocho siglos, al través de cuantas pruebas pueda imaginarse; y en la hora presente, aun respecto de los que no adoran en él este carácter, lo equilibra lo suficiente para que sea objeto de cuestion, y para que esta no pueda resolverse contra él sino á costa de Dios mismo.

No: "No hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con tan buen éxito el proyecto gigantesco de "atraer á sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios."<sup>1</sup>

Pero, ¿qué es esto, si observamos que este nombre de Dios, este carácter, este ideal de divinidad tan elevado, tan abrumador, tan formidable, no solamente lo equilibra y lo sostiene Jesús, sino que es el autor de su nocion en el mundo?

Y como dice muy bien M. Renan, en su lenguaje.

"El principio de toda su fuerza, fué, en cierto modo, una elevada nocion de la divinidad que no debió al judaismo, y que "parece haber sido enteramente la creacion de su grande alma."<sup>2</sup>

Antes de Jesús solo era conocido Dios en la Judea. En las demás partes, solo era un fantasma, obra variable de todos los delirios filosóficos del entendimiento humano, que solo se elevaba sobre la idolatría para desvanecerse en el escepticismo y en el ateísmo. En la misma Judea, en que se habia mantenido mi-

<sup>1</sup> Juicio de Napoleón sobre Jesús.

<sup>2</sup> Vida de Jesús, p. 74.

lagrosamente la nocion de unidad de su potestad creadora y de su providencia, estaba restringido su culto á solo el templo de Jerusalén, limitado en su principal sancion á los beneficios de la tierra y envuelto en sombras y figuras. Era, sobre todo local y sin virtud de expansion en el mundo.

Solo Jesucristo reveló á Dios á los hombres, con todos los misterios y todos los atributos de su ser: su Trinidad, su paternidad, su santidad, su poderío, su sabiduria, su justicia, su misericordia y la conciliacion maravillosa de todos estos atributos aplicados á la salvacion del mundo en la encarnacion de su Verbo y la redencion del género humano. El conjunto de toda esta revelacion es lo que constituye esta sublime nocion que tenemos de Dios, aun fuera de la fe en los misterios de donde ella emana, y sin la cual, no obstante, se desvaneceria esta nocion. Pues bien, Jesús es su autor: él es el fundador del culto de Dios. Mas aún; es su objetivo, si es licito hablar así, soberano; puesto que es en él y por él, Hijo encarnado é inmolado para la salvacion del mundo, por quien es el PADRE conocido, invocado y adorado.

Citando M. Renan aquella gran palabra de Jesús á la Samaritana: "Mujer, creeme; ha llegado la hora en que no se adorará ya en esta montaña ni en Jerusalem, sino donde adoren los verdaderos creyentes al PADRE en espíritu y en verdad," no puede menos de decir: "El dia en que pronunció "Jesús estas palabras, fué verdaderamente Hijo de Dios. Dijo "por vez primera la palabra en que descansara la religion "eterna."<sup>1</sup>

No sé si por haber hecho lo que dijo, realizando la nocion y el culto de Dios verdadero en el mundo, dejó de ser Jesús Hijo de Dios; pero lo que quiero decir únicamente aqui es, que la consecuencia que sacamos ya en favor de esta verdad de la única cuestion, de la única suposicion formal de que fuera Jesús Dios, se fortifica sumamente con la consideracion de que el mismo Jesús es el autor de esta nocion sublime de Dios, término de la ecuacion constitutiva del problema.

Si se la debemos, en efecto, ¿cómo disputársela? ¿no justifica por esto mismo su atribucion? ¿no es adecuada á su propia revelacion? ¿quién si nó Dios puede revelar á Dios? "Nadie conoce al PADRE sino es el Hijo,"<sup>2</sup> dijo el mismo Jesús.

<sup>1</sup> Vida de Jesús, p. 234.

<sup>2</sup> San Mateo, XI, 27.

Mas aún refiriéndose este ideal de Dios á la atribucion que de él se hizo Jesus como Hijo, por quien y en quien se reveló así el Padre, no hay ecuacion que establecer; esta nocion de Dios es inherente á Jesus; es su sugeto revelador é irradiador en el mundo; y atribuyéndosela, no hacemos mas que referirla, no solamente á su autor, sino á su foco y á su esencia.<sup>1</sup> Y en su consecuencia, Jesus tanto es Dios, cuanto que esta concepcion de Dios, está en Jesus, es Jesus mismo; y así pudo decir muy bien: "el Padre está en mí y yo en el Padre;"<sup>2</sup> y mas aún: "Yo y el Padre somos una misma cosa."<sup>3</sup>

En una palabra, la nocion de Dios por la cual graduamos á Jesus, nos viene de él, está adherida á él, es él mismo. Es preciso, atribuirse la si no se la repudia, y M. Renan viene á confirmar esta consecuencia por medio de su método.

No es esto hablar teológicamente, nótese bien; ni aun es hablar filosóficamente; es referir historia; la historia, el génesis de la nocion de Dios en el mundo, considerada en su relacion con JESUCRISTO.

Hé aquí lo que contiene y á dónde conduce la simple cuestion empeñada sobre la divinidad de JESUCRISTO, considerada con relacion al mismo.

Considerémosla ahora con relacion á nosotros.

La nocion de Dios, tal como la reveló al mundo él mismo JESUCRISTO, y tal como se personifica en él, es, por su santidad y por las condiciones de salvacion que nos impone, una verdadera declaracion de guerra á la naturaleza humana corrompida á quien viene á curar. La palabra de Jesus es: "aquella espada acerada y de dos filos," que el apóstol de las visiones "vió salir de su boca."<sup>4</sup> "No penseis que vine á traer paz á la tierra; dice el mismo; no vine á traer paz sino guerra. Porque vine á separar al hijo de su padre y á la hija de su madre.... "Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que perdiere su vida por causa mia, la hallará."<sup>5</sup>

Este lenguaje, que tan divinamente se armoniza con aquel en que habla Jesus de la dulzura y de la suavidad de su yugo, no lo ha comprendido M. Renan, porque no le ha tomado el

1 Digo el foco, como se dice el sol por su rayo.

2 San Juan, X, 38.

3 San Juan, X, 30.

4 Apocal, I, 16.

5 San Mateo, X, 34—39.

gusto. Así como en este lenguaje solo ha visto al "sutil y afable moralista de los primeros tiempos," así en aquel, solo ha percibido "al gigante sombrío á quien una especie de presentimiento grandioso lanzaba fuera de la humanidad, devorando "la vida en su raiz, y reduciéndolo todo á un horrible desierto."<sup>1</sup>

Esta impresion de M. Renan es la de la naturaleza humana, tal como se ofrece en Jesus. Hacerse reconocer y aceptar por esta naturaleza, hacerla volver de los *Misterios de Adonis* á los del *Crucificado*; hacerse adorar y amar por ella, Dios en la Cruz, revelar la Divinidad solo produciéndola bajo el aspecto mas saludable, pero el mas horrible para el mundo, *escándalo al judío, locura al gentil*, era, fuerza es confesarlo, además de la gigantesca empresa de hacerse adorar como el Dios único con exclusion de todos los dioses, un designio sobrehumano, tanto por su santidad como con respecto al poder, segun vino á justificar su ejecucion.

Por la santidad, cuyo signo venia á ser la Cruz, debía este proyecto sublevar todas las rebeliones de la naturaleza humana, las cuales debía dominar el poder; pero especialmente y cosa admirable! sin violentar esta naturaleza noble hasta en su corrupcion, respetando y experimentando su libertad.

Con estas condiciones debía ser *puesto* el adorable autor de esta maravilla, JESUCRISTO, como *blanco á la contradiccion* de los hombres, para su ruina ó su resurreccion por medio de la prueba.

Segun lo espuesto, el ponerse en cuestion la divinidad de JESUCRISTO prueba hasta lo sumo esta divinidad: esto la implica.

Porque, en efecto, ¿qué prueba mejor de que habia en Jesus una potestad verdaderamente divina, que contrapesar toda la naturaleza humana sublevada por el horror de su Cruz, como acabamos de ver que contrapesaba todo el ideal de la naturaleza divina? ¿Cómo pudo sostener mano á mano esta guerra que vino á declarar al mundo para salvarlo? ¿Se pone en cuestion su divinidad! Pero esto es lo que constituye su carácter, lo que forma su evidencia: la rebelion de la naturaleza humana suscitada contra él incesantemente, sin poder jamás prevalecer contra su Cruz que domina todas sus sublevaciones. Está en cuestion, como la roca sacudida por las olas. Este estado de JESUCRISTO prueba doblemente su divinidad; como testimonio de

1 *Vida de Jesus*, p. 312.

su santidad que suscita, y como testimonio de su potestad que domina, todas las rebeliones del mal.

Hé aquí lo que resulta de la cuestion propuesta.

## II.

En cuanto al método de la impiedad para resolver negativamente esta cuestion, no prueba ni implica menos la afirmativa.

Si no fuera Jesús, Dios, si solo fuese hombre; y su obra un hecho humano, nada debería ser mas fácil de probar. Concibo que sea difícil hasta lo imposible probar que un hombre sea Dios; pero debería ser sumamente fácil probar que un hombre es hombre. ¿Quién ha empleado seriamente tiempo alguno, no digo entre nosotros, pueblos ilustrados, sino aun entre los pueblos que obedecieron á las supersticiones, para demostrar que no eran verdaderos dioses Mercurio, Apolo y Baco? Jamás se ha suscitado controversia alguna sobre esto. Alejandro se llamó hijo de Júpiter; pero toda la Grecia se rió de esta superchería, y asimismo jamás fué cosa seria para los romanos la apoteosis de los emperadores romanos. Mahoma solo se presentó como un simple instrumento ó agente de la Divinidad, y no presentando otra prueba que el sable, sin que le hiciera el honor de discutir sobre ello, jamás pluma alguna.

¿Cómo es para nosotros la divinidad de Jesucristo una cosa, no solamente tan seria sino tan insuperable? Porque hace ya mil ochocientos años que se trabaja para destruirla. ¿Cuántas plumas no se han gastado desde Celso hasta Strauss, cuántos volúmenes se han acumulado, cuántos trabajos se han emprendido, se han hecho, desecho y vuelto á hacer; cuántas armas se han renovado, cuyos trozos han caído al pié de este yunque que ha quebrado todos los martillos, y donde yacen confundidos con una celebridad peor que el olvido, todos los temerarios agresores de esta divinidad invencible!

Al fin, viene M. Renan. Toda soberanía va á postrarse ante su crítica; vá á atacar al Dios de lo pasado, y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han inclinado generaciones de adoradores. Oigámosle.

*En tamaño esfuerzo, debe permitirse una parte de adivinación y de conjetura. Y aun segun M. Scherer, una gran parte; y de adivinación novelesca y de conjetura errónea: en lugar del análisis de los testimonios, de la apreciación de las pruebas, y de informaciones auténticas que seria el partido mas*

digno que pudiera tomarse, pero que tiene el inconveniente de ser imposible.

¡Qué confesion! ¡qué homenaje!

Pero aun hay mas. *En tamaño esfuerzo, deben suspenderse las leyes eternas del sentido moral y del sentido comun: mas aun; deben destruirse. Es imposible la empresa si no se admite en voz muy alta que la sinceridad tiene muchas medidas, etc., y si segun las limitadas ideas que se han divulgado sobre la locura, se considera como no sano á quien dice cosas de que no tiene conciencia ó que no sabe fijamente y en que se produce el pensamiento sin que le llame y regule la voluntad.—Toda la critica se falsea si se parte del principio que todo personaje histórico á quien se atribuyen actos que tenemos por insensatos ó de charlatanismo, ha sido un charlatan ó un loco.—Todo esto es preciso conceder al critico para que pueda salir adelante con su empresa contra Jesucristo.*

¡Qué confesion mas paladina, qué prueba mas manifiesta de que se apoya la divinidad de Jesucristo en los fundamentos de la razon y de la conciencia, el no poder atacarla sin destruir tambien estos fundamentos de toda critica, de toda certidumbre, de toda conviccion. ¿Nunca fueron nuestros apologeticos tan concluyentes ni tan probativos?

Pero no es esto aún todo. Para poder contradecir ventajosamente las obras sobrenaturales por las que manifestó Jesucristo su divinidad, y los testimonios históricos que las refieren, es preciso presuponer que son siempre imposibles tales obras y falsos tales testimonios. Y es preciso partir de esta presuposición como de un principio que no puede discutirse. Con esta sola condicion se tendrá razon contra los milagros de Jesús y los Evangelios. Es decir, con la condicion de negarlos simplemente sin prueba, contra toda prueba; de partir de lo desconocido á lo conocido, y de erigir en solucion lo que está en cuestion. Con la condicion, sobre todo, de no tolerar la discusion del gran punto de partida de esta nueva dialéctica, la imposibilidad de lo sobrenatural, y la idea de Lucrecio sobre que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores: el ateismo.

Así: ¡gloria á nuestra fe! ¡confirmacion la mas patente que haya recibido jamás! Hállanse Dios y Jesús de tal suerte ligados juntamente uno á otro en entendimiento, y en la verdad, que para negar que Jesús sea Dios, es preciso suprimir á Dios; es preciso atacarle en Jesús como en sí mismo. Es forzoso ata-

car al Hijo en el PADRE, y al PADRE en el Hijo; tan cierta es, según la táctica curiosa del error, esta gran palabra ya citada de JESUS:—"El PADRE está en mí y yo en el PADRE; yo y el PADRE somos una misma cosa."

Jesucristo es, pues, Dios, si es que hay un Dios; puesto que el único principio de donde se hace derivar su negación es la de Dios mismo. No hay, pues, lugar para el deísmo entre la fe en Jesucristo y la fe en Dios; hasta tal punto se penetran y se confunden estos dos objetos de la fe, no digo en el culto de los creyentes, sino en la guerra de los impíos.

"¿Creeis en Dios?—Dice M. Proudhon,—si la afirmativa, "sois cristiano, católico... si la negativa, atreveis á decirlo; "porque entonces, declarais la guerra, no solamente á la Iglesia, sino á la fe del género humano. Entre estas dos alternativas, solo hay lugar para la ignorancia ó la mala fe.<sup>1</sup>

"Jamás hubiera contradicho la autoridad de la Iglesia, si yo admitiera lo sobrenatural; antes me hubiera postrado ante una fe tan antigua, fruto de la elaboracion mas sabia y mas prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio humano."<sup>2</sup>

"¡Oh! ¡el Cristianismo es sublime, sublime en la magestad de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás se concibió ni organizó entre los hombres pensamiento mas elevado, ni sistema mas vasto. Y yo juro aquí, que si llega la Iglesia á destruir la tesis (antítesis) que yo le opongo, abjuro mi filosofía y mi credo en sus brazos."<sup>3</sup>

"Si reconocéis un Ser Supremo, ¡de rodillas ante el Crucificado!"<sup>4</sup>

Admitido Dios, es preciso proclamar que JESUCRISTO es Dios, que el cristianismo es la religion verdadera, que el catolicismo es su foco conservador. No hay otra razon para no ser verdaderamente católico que ser ateo, que eliminar lo sobrenatural, lo absoluto, Dios; así como no hay otro medio práctico de negar á Dios que negar á JESUS, á CRISTO, á Dios con nosotros.

Esta es la empresa de nuestros nuevos Titanes que escalan el cielo y la conciencia humana para arrancar de él á Dios; amontonando la negación de JESUCRISTO sobre la de Dios, y la

1 De la justicia en la Revolución y en la Iglesia, t. I, p. 33.

2 *Ibid.*, t. I.

3 *Ibid.*, p. 164.

4 *Ibid.*, t. II, p. 237.

de Dios sobre la de JESUCRISTO, y solo consiguen con estas dos reciprocas negaciones, afirmar y confirmar estas dos verdades una con la otra, y rodar al peso de sus propios argumentos.

JESUCRISTO no es solamente Dios para los que creen en Dios, sino que prueba que lo es, aun respecto de los mismos que no creen en él.

Esto es lo que vamos á ver por medio de M. Renan en los capitulos siguientes.

“maravilloso.<sup>1</sup> De suerte que coloca en la misma línea la profecía, el milagro, lo maravilloso.

“El ortodoxo, dice también M. Renan, no necesita probar el milagro; se contenta solamente con no verse ó no creerse obligado á negarlo: un ejemplo hará esto más perceptible. El crítico abre un Evangelio y encuentra en él la predicción precisa y circunstanciada de la toma de Jerusalén y de la ruina del templo. Y en seguida deduce de aquí y sin preguntar más, que este libro, ó por lo menos este pasaje, se escribió después del acontecimiento á que se refiere, el cual tiene por justificado, á menos que se le presente prueba en contrario.”<sup>2</sup>

Así, es tal el carácter sobrenatural y milagroso de la profecía para el incrédulo, que cuando se presenta en un libro, deduce de este solo hecho que este libro fué escrito después del acontecimiento.

M. Havet alude aquí al Evangelio de San Lucas y á lo que dice M. Renan respecto de la profecía sobre la ruina de Jerusalén que hace Jesucristo en este Evangelio.

En efecto, M. Renan, de quien es aquí un mero eco M. Havet, profesa y practica la misma doctrina que reconoce en una profecía bien caracterizada un testimonio sobrenatural.

Deduce de la profecía de Jesucristo, referida en el capítulo XXI de San Lucas, que puede fijarse con mucha precisión la fecha de este Evangelio y que de seguro fué escrito después del sitio de Jerusalén; é insiste en ello por cuatro veces en su obra, tan perentoria y decisiva le parece esta razón.<sup>3</sup>

Y nótese cuán preciso le es que lo sea, para prevalecer sola contra todas las razones que asignan al Evangelio de San Lucas una fecha anterior; nótese también que en esta fecha anterior al acontecimiento la profecía de Jesús, prodigiosa seguramente, lo es menos, no obstante, en cuanto á la anterioridad, que las demás profecías. ¡Cuán sobrenatural debe ser, pues, el carácter que tienen estas!

Así, relativamente á una de ellas, la de Daniel, en la parte concerniente á las revoluciones de los imperios, no vacila M. Renan en hacerla descender con posterioridad á los acontecimientos de que habla, al tiempo de Antiocho Epifanes, por la princi-

<sup>1</sup> Revista de ambos Mundos de 1º de Agosto de 1863, p. 63.

<sup>2</sup> Ibid., *ibid.*, 570.

<sup>3</sup> Vida de Jesús, p. XVII, XXXIX, XLI, y p. 418.

<sup>4</sup> Véase la obra *Ladner's Credibility of the Gospel's history*, part. II.

## CAPÍTULO VI.

## LAS PROFECÍAS.

En efecto, principiando por esta primer prueba de nuestra fe, las profecías, consideradas en todos los caracteres que presentan, son cosas sobrenaturales y milagros de primera clase. Si se hallan bien demostradas, prueban pues un poder sobrenatural y sin intervencion en el mundo para atestiguar en Jesucristo.

Ya he desarrollado esta prueba en un extenso capítulo del cuarto volumen de mis *Estudios*. No intento reproducir aquí este trabajo; solamente me permitiré remitir á allí al lector que desee convencerse de uno de los asuntos más grandes y más dignos de él.

Supuesto este trabajo, solo me propongo mostrar la confirmación que recibe en la *Vida de Jesús* de M. Renan, confirmación, en mi concepto decisiva, y después de la cual no hay cuestion.

Esto no es decir que hubiera cuestion seria hasta el día sobre el valor de las profecías, sino que habiendo negado la incredulidad esta prueba, lo mismo que todas las demás, habia eludido su fuerza. Hoy se decide, en fin, á abandonar este papel por demasiado insignificante y gastado, arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la esplicación, cae fatalmente en una confesion, de la que trata de librarse de un modo ridiculo, según vamos á ver.

## I.

Nuestros adversarios están conformes con nosotros desde luego en este punto capital: que cuando reune una profecía todas las condiciones de tal, es un hecho sobrenatural y equivale al mayor milagro.

M. Havet lo dice espresamente: “M. Renan borra de la *Vida de Jesús* toda profecía, todo milagro, en una palabra, todo lo

pal razon de hallarse claro y determinado en ella el anuncio de estos acontecimientos.<sup>1</sup> Y llega hasta á llamar á esta profecía, por este motivo, una falsificación.<sup>2</sup>

Así pues, el autor de la *Vida de Jesus* y M. Havet profesan, que la profecía pertenece á la clase ú orden del milagro.

Séame permitido demostrar has qué punto tienen razon, recordando una página en que yo mismo he espuesto esta verdad.

"Es tal, decía yo, la fuerza de las profecias, en concepto de quien examina atentamente su antigüedad, su número, su repetición, su precisión y exactitud con los acontecimientos á que se refieren, que puede decirse que el milagro que ponen en evidencia es tan grande como el de la resurrección de un muerto. Devolver la vida á quien no existe ya, no supone mas poder que precederla en quien no existe todavía, cuando la predicción es de tal suerte anterior, tan lejana, tan circunstanciada y puntual, que solo el Autor de la vida puede haber confiado el secreto de su cumplimiento. El poder de *predecir* se confunde en tal caso con el de *producir*, del que es una derivación. El tiempo opone á las investigaciones del hombre un velo tan espeso y un silencio tan mudo como la muerte: son dos abismos igualmente cerrados; son como las dos manos de Dios, con las cuales da el ser ó lo retira... Solo él puede abrirlas y descubrir lo que solo él puede hacer.—No se diga que la prevision del hombre y el cálculo de las conjeturas pueden á veces adivinar algo: esto no es exacto sino cuando el suceso futuro se refiere por algun punto al suceso presente, y entra en las leyes generales bajo las cuales nos hallamos colocados, porque entonces no es propiamente futuro este suceso puesto que existe ya en el momento presente como en su germen; solo se trata de desprenderlo de él; de la misma manera que la medicina puede detener la vida en un cuerpo que ésta no abandonó aún enteramente y en alguno de cuyos órganos reside todavía. Pero cuando no existe en él absolutamente la vida; cuando se halla de tal suerte sepultada en el tiempo ó en la muerte, que no subsiste ningun principio ni relacion de ella en lo presente; cuando es su objeto tan singular é individual que escapa á toda inducción sacada de las leyes generales, y finalmente, se halla arrojado lejos de toda posibilidad conjetural en las profundidades del porvenir, entonces la predicción es un verdadero prodigio y el poder de profetizar, de suscitar

1. *Vida de Jesus*, introducción, p. XI.

2. *Ibid.*, p. 253.

en cierta manera el suceso, es absolutamente igual al de *resucitar*.<sup>1</sup> ¿Qué será pues cuando el suceso no es solamente lejano y extraño á toda relacion con las leyes generales, sino contrario á estas leyes, contrario hasta á las leyes naturales, una concepción, un fenómeno, un prodigio? Si profetizar es una prodigio, ¿qué será profetizar prodigios?<sup>2</sup>

Tales son pues, decíamos, nuestras profecias. Despues de esto, las desarrollámos.

Debíamos esperar que M. Renan contestase á esta segunda parte de nuestra demostración, tanto mas, cuanto que se hallaba de acuerdo con nosotros sobre la primera. Reconociendo el carácter sobrenatural de la profecía, debia contradecir su existencia, á no pasarse enteramente á nuestro campo. Así es que ha combatido la existencia de las dos profecias que he mencionado mas arriba, la de la profecía de la ruina de Jerusalén por JESUCRISTO en San Lucas, y la de la revolucion de los imperios por Daniel.

Pero ¿quién lo creería? esceptuando estas profecias (y aun insisto sobre la negación de la primera) confiesa todas las demás, ¡tan bien consignadas y demostradas se hallan y tan incontestables son! hasta tal punto, en cuanto ha querido salir del vacío de la negación, para poner el pié en el terreno positivo de la historia, las ha visto levantarse ante él y envolverle con su realidad, abrumarle con su certidumbre y deslebrarle é inundarle con su claridad!

Y así, no las refiere y las espone una sola vez y como de paso, sino estensa y determinadamente y en términos que no dejan nada que desear.

Vamos á cederle la palabra, limitándonos á apuntarle por medio de citas en notas, con los textos á que él mismo nos remite.

"La raza semítica, dice, es la que tiene la gloria de haber hecho la religion de la humanidad. Mucho mas allá de los confines de la historia, debajo de su tienda, que permaneció pura de los desórdenes de un mundo ya corrompido, preparaba la fe

1. Por esto la calificación de *profeta* envolveria la de *taumaturgo*. En el capítulo LXVIII del *Ecles.* leemos, que el cuerpo de Eliseo profetizó despues de su muerte, porque su contacto resucitó á un muerto que habia sido colocado en la misma fosa. Asimismo, al ver los milagros que obraba Jesucristo decian los judíos: "Ha aparecido un gran Profeta entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo." (San Luc. XVI, 7.)

2. *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, t. IV, p. 159.

"del mundo el patriarca beduino.<sup>1</sup> De todas las tribus de los "semitas nómadas, la de Beni-Israel estaba ya designada "para inmensos destinos.<sup>2</sup> Una ley ó *Thora*, escrita de muy "antiguo en tablas que atribuían á su gran libertador Moisés, "era ya el código del Monoteísmo, y encerraba, comparada "con las instituciones del Egipto y de la Caldea, poderosos "gérmenes de igualdad social y de moralidad." M. Renan "menciona en seguida la institución del Arca y del sacerdocio. "No provino, sin embargo, de aquí la institución que decidió el "porvenir. Además de sus sacerdotes, cada tribu nómada te- "nia su *nabí* ó profeta, especie de oráculo viviente, á quien se "consultaba para la solución de las cuestiones oscuras que su- "ponían gran penetración. Los *nabí* de Israel fueron los ver- "daderos instrumentos de la primacía religiosa del pueblo judío. "Anunciaron de muy temprano esperanzas ilimitadas. Procla- "maron que le estaba reservado un reino sin límites, que un "día sería Jerusalén la capital del mundo entero y que se ha- "ría judío el género humano. Apareciéronseles Jerusalén y su "templo como una ciudad colocada en la cima de una montaña. "hacia la que debían correr todos los pueblos, como un orácu- "lo de donde debía salir la ley universal, como el centro de un "reino ideal, donde el género humano, pacificado por Israel, "hallaría las delicias del Eden.<sup>3</sup> Un sueño gigantesco perseguía "hacia siglos al pueblo judío, que creyó poseer las promesas di- "vinas de un porvenir sin límites. Antes del cautiverio, cuando "se dispó todo el porvenir terrestre de la nación por medio de

1 El Señor Dios dijo á Abraham: *Haré salir de tí un gran pueblo; y todos los linajes de la tierra serán benditos en EL QUE SALDRA DE TÍ.* Génes., cap. XII, 3 y cap. XXII, v. 18.

2 "Entonces Jacob (que en su lucha con el ángel recibió el nombre "de Israel) llamó á sus hijos y les dijo: Reuníos todos para que os anun- "cie lo que debe acontecer en los últimos días. No será quitado de Ju- "dá el cetro, y habrá siempre jefes de su raza hasta que venga EL QUE HA "DE SER ENVIADO, Y SERÁ LA ESPECTACION DE LAS GENTES. (Génes., "cap. XLIX, v. 8, 9 y 10.) Esperaré al SALVADOR QUE HAREIS DE EN- "VIAR, Señor. (Génes., cap. XLIX, v. 18.) Durarán mis bendiciones "hasta QUE HAYA VENIDO EL DESEADO DE LOS COLLADOS ETERNOS." (Génes., cap. XLIX, v. 26.)

3 *Vida de Jesús*, p. 5, 6, 7 y 8. "En los últimos tiempos, se elevará "sobre collados la casa del Señor y afuirán á ella TODAS LAS NACIONES. "Y la multitud de los pueblos irán á ella diciendo: Venid y mostraos en la "montaña del Señor y en la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará las "vías, y marcharemos por sus senderos PORQUE LA LEY SALDRA DE SION, "Y LA PALABRA DEL SEÑOR, DE JERUSALEN." (Isaías, cap. II.)

"la separación de las tribus del Norte, se soñó en la restauración "de David, en la reconciliación de las dos fracciones del pueblo, "en el triunfo de la teocracia y del culto de Jehová sobre los "cultos idolátricos. En la época del cautiverio un poeta henchí- "do de armonía vió el esplendor de una Jerusalén futura, de que "habían de ser tributarios los pueblos y las islas remotas, con "tan suaves y delicados colores que parecía haberla penetrado, "á distancia de diez siglos, un rayo de las miradas de Jesu- "cristo."<sup>1</sup>

1 *Vida de Jesús*, p. 49 y 50. "Los ojos soberbios del hombre serán "humillados y será abolida la altivez de los grandes, y solo el Señor apa- "recerá grande en aquel día, y LA IDOLATRIA SERA ENTERAMENTE DES- "FRUIDA. (Isaías, cap. II, v. 11, 17 y 18.) Desde donde nace el sol hasta "donde se pone, su nombre será grande entre las naciones, y en todo lu- "gar se sacrificará y OFRECERÁ EN MI NOMBRE UNA HOSTIA PURA. (Ma- "taquías, cap. I, v. 11.) Escuchadme vosotros que sois mi pueblo, porque "la ley saldrá de mí y mi justicia será establecida para luz de los pueblos. "—Venrá un día en que diré: VEDME AQUÍ PRESENTE á mí que hablé "en otro tiempo. El Señor ha hecho ver su brazo á los ojos de todas las "naciones, y todas las regiones de la tierra verán al SALVADOR QUE DE- "BE ENVIAR NUESTRO DIOS. El rociará muchas gentes; y los reyes per- "manecerán ante él en silencio, porque aquellos á quienes no fué anun- "ciado le verán y los que no habían oído hablar de él, le contemplarán. " (Isaías, cap. LI, v. 4 y cap. LII, v. 6 y 14.) Envía, Señor, EL CORDERO "DOMINADOR DE LA TIERRA. (Isaías, cap. XVI, pág. 1.)—Por Sion no "callaré hasta que salga su Justo como un resplandor.—Y verán las gen- "tes á tu Justo, y todos los reyes de la tierra verán á tu ISCLITO (ó prin- "cipe deslumbrador de gloria) y te será puesto un nombre nuevo. (Isaías, "cap. LVII, v. 1 y 2.)—Cielos, enviad rocío de lo alto y las nubes huevan "al Justo; ábrase la tierra y brote al SALVADOR. (Isaías, cap. XLV.) "He aquí lo que dice el Señor que creó los cielos, el Dios que creó la "tierra: Yo no he hablado en oculto. Yo soy quien anuncio desde el prin- "cipio lo que no debe acontecer hasta el fin. (Modo de caracterizar la pro- "fecia que se manifiesta frecuentemente.) Yo he jurado por mí mismo "que toda rodilla se doblará ante mí, y que toda lengua jurará por mi "nombre. Todas mis resoluciones son inmutables, y toda mi voluntad "será ejecutada: Lo he dicho y lo haré; formé el designio y lo realizaré. "(Admirable carácter de resolución!) Próximo se halla el tiempo de en- "viar mi justicia, no la diferiré y NO TARDARÁ YA EL SALVADOR QUE HE "DE ENVIAR. (Isaías, cap. XLV y XLVI.)—Cercano está el JUSTO QUE "DEBO ENVIAR; EL SALVADOR QUE HE PROMETIDO va á parecer, y mi "brazo hará justicia á las naciones. (Isaías, cap. LI.)—Un poco tiempo "aún, y yo comoveré el cielo y la tierra y la mar y todo el universo; y "moveré todas las gentes, y VENDRÁ EL DESEADO DE TODAS LAS NACIO- "NES. (Aggeo, cap. II, v. 7 y 8.)"

Concíbase, que en vista de tales textos, cuya autenticidad nos garanti- "zan los judíos; la traducción de los setenta la letra; y las paráfrasis cal- "daicas, el sentido, haya tenido M. Renan que condenarse á sí mismo.—Y

M. Renan espone en seguida aquel famoso capítulo LIII de Isaías, en que traza el profeta un retrato tan prodigiosamente parecido á *Jesus*, considerado bajo su doble carácter de padecimiento y de gloria, que le ha valido la calificación de *el quinto Evangelista*.

“Háuse oído ya acentos desconocidos, dice M. Renan para exaltar el martirio y celebrar el poder del *hombre de dolor*. —“A propósito de alguno de estos sublimes pacientes, que como Jeremías, teñían con su sangre las calles de Jerusalén, compuso un inspirado, un cántico sobre los padecimientos y el triunfo del servidor de Dios, en el que parece haberse concentrado toda la fuerza profética del gran génio de Israel. —*Elevábase como un débil arbusto,* como un tallo nuevo que se alza de una tierra árida, y no tenía gracia ni belleza. Abrumado de oprobios, abandonado de los hombres, todos volvían de él su rostro; cubierto de ignominia, era tenido por nada. Y es que se había cargado con nuestros padecimientos y había tomado sobre sí nuestros dolores. Parecía un hombre herido por Dios, y señalado ó tocado de su mano. Cubriéronle de heridas nuestros crímenes, y destrozáronle nuestras iniquidades: el castigo que nos ha valido el perdón, ha pesado sobre él, y sus cardenales han sido nuestra curación. Nosotros éramos como un rebaño errante, cada cual se había extraviado y Jehovah descargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Abrumado, humillado,

cuidado que esto solo es una pequeña parte de nuestras profecías. M. Renan ha evitado hablar de aquellas en que se presenta en los términos mas enérgicos la reprobacion de los judíos como concomitante á la vocacion de los gentiles. Ha eludido ó no ha dicho mas que una palabra equívoca de la admirable é incontestable profecía *Ecce Virgo concipiet*, etc., etc. Véase sobre esto nuestros *Estudios*.

1 Nos reservamos hacernos cargo de este á propósito, así como sobre el génio de Israel, que termina esta frase, únicos atenuantes que M. Renan ha tratado de oponer á la fuerza abrumadora de esta prodigiosa profecía.

2 El texto dice: *se elevará, ascendet*. M. Renan espone toda esta profecía en tiempo pasado, excepto su final; pero la verdad es que se refiere ya á lo futuro, ya á lo pasado, ya á lo presente, que es el verdadero carácter de la profecía cristiana, por la doble razon de que todos los tiempos son indiferentes para la luz de Dios y que los efectos de la expiacion de Cristo han refluído sobre todos los tiempos *Agnus occisus est ab origine mundi*. Es tambien notable, en esta maravillosa profecía, que todo cuanto se dice de los padecimientos expiatorios del Salvador está en tiempo pasado, y que todo lo que se refiere á su triunfo evangélico, está en futuro.

“no desplegó los labios; dejóse llevar á la inmolacion como un cordero; como una oveja silenciosa ante el que la trasquila, no abrió la boca.” Considerábase su sepulcro como el de un delincuente, y su muerte como la de un impio.<sup>3</sup> Pero en el momento que haya ofrecido su vida, verá nacer una posteridad numerosa y se verán favorecidas las miras de Jehovah en su mano.”<sup>4</sup>

Tiene razon M. Renan en ver toda la fuerza profética concentrada en este *Ecce Homo* que presenta Isaías ochocientos años antes que lo fué por Poncio Pilatos: seguramente es esto prodigioso y sobrenatural. M. Renan, que niega que las profecías de Daniel fueran escritas durante el cautiverio, por anunciarse en ellas los acontecimientos relativos á la revolucion de los imperios de un modo claro y determinado<sup>5</sup> (razon que le abruma en las demás profecías que reconoce), confiesa no obstante que aparecieron bajo el reinado de Antiocho Epifanes, ciento setenta y cinco años antes de Jesucristo.<sup>6</sup>

1 Si fué ofrecido, dice aquí la profecía, es porque quiso serlo.

2 Murió en angustias, habiendo sido condenado por jueces. “Otro rasgo que se omite muy importante.” (Isaías, LIII, 8.)

3 Pero tendrá el premio de estos padecimientos y será lleno de él y justificará á gran número de hombres con el conocimiento que tendrán de él, habiendo llevado sobre sí los pecados de ellos. —“El Señor le dará por su porcion á muchos, porque él mismo fué entregado á la muerte; y con los malvados fué contado, y él cargó con los pecados de todos y rogó por los transgresores.” (Isaías, cap. LIII, v. 11 y 12.) —“Concíbese, despues de tales profecías que llegan en Daniel á la precisión cronológica del sacrificio de la cruz, que venga á decirnos M. Scherer: “Lo cierto es que el Antiguo Testamento no contiene una palabra relativa á un Mesías que padece, muere y expia los pecados!”

4 *Vida de Jesus*, p. 58. “Se habia mandado sepultarle con los malvados, ha estado con el rico en su muerte.” (Isaías, cap. LIII, 9.) Admirable rasgo profético de la circunstancia evangélica de José de Arimatea, hombre rico, *homo dives*, que obtuvo de Pilato el cuerpo de Jesus, y lo puso en un sepulcro nuevo que habia hecho abrir para él en una roca. (San Márcos, XV, 46.) Este sepulcro profetizado glorioso. *Et erit sepulcrum ejus gloriosum.* (Is., XI, 10.)

5 *Vida de Jesus*, introduccion, p. XI.

6 M. Renan, tanto en esta negacion como en esta confesion, solo es un eco de Porfirio, sin tener en cuenta las refutaciones antiguas y modernas que confundieron á este escritor; pero es favorable esta negacion en cuanto que señala la medida de su confesion. Ya lo hacíamos notar nosotros hace veinte años, en nuestros *Estudios*: “Las profecías de Daniel sobre este pasaje de Jesucristo, se nos ofrecen con dos garantías decisivas: la primera es la confesion forzada del pagano Porfirio, que en la fuerza de su prevencion, interesada en prescindir de la primera profecía de Daniel relativa al reinado de Antiocho Epifanes (tan bien justificada por los sucesos, que mas parece haber referido cosas pasadas, dice él, que

También reconoce su valor en lo relativo al Mesías.

“El libro de Daniel, dice, apareció durante las persecuciones de Antioco Epifanes, produciendo el efecto de un renacimiento del profetismo, pero bajo una forma muy diferente de la antigua y con un conocimiento mucho más vasto de los destinos del mundo. El libro de Daniel dió en cierto modo su última expresión á las esperanzas mesiánicas. No fué ya el Mesías un rey, á la manera de David y de Salomón, un Ciro teócrata y mosaista; fué un *Hijo del Hombre*, que aparecía en la nube, un ser sobrenatural revestido con la apariencia humana, encargado de juzgar al mundo y de presidir la edad de oro.”<sup>1</sup>

M. Renan nos remite al texto que quiere indicarnos. Autorizados así por él para consultarlo, vamos á reproducirlo por cuenta de su confesión.

He aquí este texto, verdadero espejo profético en el cual aparece, quinientos treinta y siete años antes de su venida (ciento setenta y cinco años, según Porfirio y M. Renan) la gran figura del Hijo del Hombre, que recibe de esta suerte, por medio de esta anticipación prodigiosa, un testimonio deslumbrador de divinidad.

“Miraba yo estas cosas, en la visión de la noche, dice el Pro-

“descrito acontecimientos futuros), se atrevió á alegar, sin sombra de prueba, que el libro de Daniel fué escrito por un desconocido, durante el reinado de aquel príncipe. (*Porphyr. apud Hieronym. prefat. in Daniel.*) Desmentido y confundido al momento por los judíos, su imputación carece de importancia, pero quedó subsistente su huella para manifestar el más alto punto á que había osado llegar la incredulidad respecto de las profecías, y en justificación de las otras dos de Daniel sobre Jesucristo, que aquel insensato ataque dejó subsistentes con una anterioridad muy bastante, aunque no completa; ataque semejante á esas crecidas de los ríos que cubren por un momento los machones de un puente sin llegar hasta sus arcos, y cuya impotencia y pasajera furia solo sirve para acreditar la prudencia del arquitecto, que supo prever este caso y arrostrarle.

“La segunda garantía, decíamos, está en la siguiente declaración del historiador judío Josefo: “Todas estas desgracias, dice, cayeron sobre nuestra nación durante el reinado de Antioco, como había predicho Daniel MUCHO TIEMPO ANTES—habló también del poder de los romanos y de su imperio,—y predijo los males que debían abrumar á nuestra nación.—Aun se leen en nuestras asambleas todos los escritos que nos ha dejado Daniel. (*Antiq. Judaica*, lib. X, cap. XII.) Todos estos escritos de Daniel forman, por lo demás, parte de la traducción de los Setenta, y así existían notoriamente en el mundo desde cerca de trescientos años.” (*Estudios filosóficos*, tomo IV, pág. 250 de la 16.<sup>a</sup> edición.)

1 *Vida de Jesús*, p. 15.

“feta, y vi cómo el HIJO DEL HOMBRE que venía con las nubes del cielo, y que se llegó hasta el Anciano de los días. Y sus ángeles se presentaron delante de él y él le dió potestad, honor y reino, y todos los pueblos y todas las tribus; diciendo: “que todas las razas y todas las lenguas le servirán, que su potestad es una potestad eterna que no le será quitada, y su reino no será destruido, no tendrá fin.”<sup>1</sup>

¿Qué profecía cuando se la compara con la inscripción romana que cada siglo que pasa la graba más profundamente: *Christus vincit! Christus regnat! Christus imperat!*

¿Dónde está lo sobrenatural, dónde está el milagro, dónde está la intervención manifiesta de la Divinidad si no es en los dos prodigios de semejante cumplimiento, multiplicados en cierto modo, uno por el otro, para elevarse á la más alta potestad? Y si profetizar acontecimientos naturales es un prodigio, ¿qué será profetizar prodigios?

Pero no es esto todo.

Este mismo Daniel profetizó no solamente este poder prodigioso de Cristo, sino que predijo su inmolación, que lo hace aun más prodigioso. Predijo la gloria del CRUCIFICADO.—Y verificó esta predicción con tal exactitud en las fechas y circunstancias, que se han apoyado en ella la historia y la astronomía.<sup>2</sup>

Todo el mundo conoce aquella célebre profecía de las *Semanas*, que sin duda por esta razón no ha citado M. Renan, pues

1 Daniel, VII, 13 y siguientes.

2 Un joven astrónomo del último siglo, arrebatado á la ciencia por una muerte prematura, y cuyos especiales y numerosos conocimientos, dice el sabio naturalista Bonnet, se hallaban realizados por una modestia, un candor y una piedad aun menos comunes, M. DE CHESEAUX, hizo en las profecías de Daniel descubrimientos astronómicos que pasaron á dos de los primeros astrónomos de este siglo, MAIRAN y CASSINI. “No es posible dejar de convenir con las verdades y descubrimientos que se prueban en vuestra disertación, le escribía Mairan; pero no puedo comprender (era incrédulo) cómo y por qué se hallan tan exactamente contenidas en las Sagradas Escrituras.” Sin detenerse Cassini como Mairan, en el cómo y por qué, declaró muy poco después haber hallado todos sus métodos para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna deducidos del cielo de Daniel y de la llegada de los equinoccios y del solsticio en el meridiano de Jerusalén, completamente demostrados y perfectamente conformes con la más exacta astronomía. “¿Hubierase sospechado, dice Bonnet, que enriquecería la astronomía trascendental el estudio de un profeta, y que nos procuraría sobre ciertos puntos muy difíciles de esta bella ciencia un grado de precisión muy superior al que había dado el cálculo hasta entonces!” (*Investigaciones filosóficas sobre las pruebas del Cristianismo*, por C. Bonnet: Amsterdam, 1783, p. 163, nota.)

por lo demás forma parte de la del *Hijo del Hombre* que acaba de esponer. Conviene, no obstante, reproducirla. Es la siguiente:

“Oye la palabra, dice el Espíritu de Dios al profeta, y ve la vision:

“A setenta semanas<sup>1</sup> se reduce el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad santa para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecia, y sea ungido el Santo de los Santos.<sup>2</sup>”

“Sabe pues y nota atentamente:

“Desde la salida de la palabra (ó desde la publicación del Edicto) para que Jerusalén sea reedificada hasta Cristo Principe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas (sesenta y nueve semanas de las setenta del cómputo general) y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia.<sup>3</sup>”

“Y despues de las sesenta y dos semanas<sup>1</sup> será muerto el

1 Semanas de años, que siendo cada una de siete años, forman cuatrocientos noventa años, duracion exacta, partiendo del punto que va á fijar la profecia hasta la muerte de CRISTO.—Véanse las justificaciones respecto de pormenores, por otra parte incontestables, en nuestros *Estudios*, tomo IV, p. 253.

Ahora se comprenderá el interés de M. Renan y de Porfirio en pretender que el libro de Daniel, obra de un desconocido segun ellos, compuesto en el reinado de Antiocho Epifanes, no ascienda mas que á 175 años antes de Jesucristo, en lugar de su fecha verdadera; pues con esto se destruye todo el cálculo de las semanas. Pero además de ser puramente gratuita esta pretension, existe siempre contra ellos el prodigio de los acontecimientos profetizados, cuya precisión es tan prodigiosa como la de las fechas, y esto es lo menos que reconoce M. Renan.

2 Este es el cuadro general de la profecia, en que se define ó marca claramente (y en qué términos!) el fin total del advenimiento de Cristo (la redencion del género humano del pecado original, objeto de todas las profecias que hallaron en él su consumacion).

3 Aquí aparece, con la mayor exactitud la precision cronológica, el punto de partida (el edicto de Artaxerxes Longi-Mano) y el punto de llegada (la aparicion de CRISTO). Observemos aquí que llega á ser pueril el sistema de la incredulidad, de posdatar la profecia, porque no parte el cómputo de las semanas de la fecha de la profecia, sino de la del Edicto.

4 De esta division de semanas en 7 y 62 resulta que se dan para la construcción de Jerusalén en tiempos de angustias, 7 semanas, es decir, 49 años, lo cual se realizó á la letra bajo la direccion de Nehemias, (Esdas, lib. II, cap. 4, 5, 6 y 7) y las otras 62 á todo el tiempo trascurrido despues hasta la muerte de CRISTO. Queda la semana septuagesima que va á ser, por sí sola, objeto de la segunda parte ó segundo término de la profecia.

“Cristo y no será mas suyo el pueblo que lo negará.<sup>1</sup> Y un pueblo con su caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y dispersará sus restos (fin devastador!) y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada.<sup>2</sup>”

“Y afirmará su alianza (Cristo) con muchos en la última semana (que es la setenta); y en medio de esta semana serán abolidos los sacrificios, y será en el templo la abominacion de la desolacion y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.<sup>3</sup>”

Apenas puede creerse á los ojos cuando se lee este oráculo, que podria considerarse como una cronologia compuesta des-

1 ¡Qué rasgo! Por lo demás, viene á reanudarse ó ligarse con todas las demás profecias que hacen coincidir igualmente la repuracion de los judios con la vocacion de los gentiles, por la muerte de CRISTO.

2 No solamente se predice en general este misterio tan inimaginable, sino que se relata aquí con sus pormenores, y se convierte en historia la profecia. Los romanos, Tito, el sitio de Jerusalén, la ruina y la devastacion del templo, la desolacion del pueblo judío, perpétuamente aparecen aquí quinientos años antes del suceso en la vision de Daniel, tales como se han descrito en la obra *De bello judaico*, de Josefo. Y el mismo Josefo, con la misma pluma que refiere el acontecimiento, confiesa tambien la profecia. “Todas estas desgracias cayeron sobre nuestra nacion como predijo Daniel, mucho tiempo antes del reinado de Antiocho. . . . Tambien habló del poder de los romanos y de su imperio, y predijo los males que debian abrumar á nuestra nacion.” Finalmente, oid, no solo al historiador, sino al ejecutante de la profecia, á Tito, predicho tambien por ella (*Aucc venturo*) esclamar: “He hecho esta guerra conducido por Dios. . . . No soy yo quien ha vencido; yo solo he prestado mis manos á la venganza divina.” (*Jos. de bello Jud. lib. VII, cap. XII*)

Es esto sobrenatural!

¡Siempre para no ver tendrás los ojos, Ingrato pueblo!

3 El profeta lleva aquí la precision ó exactitud á la precision misma. Despues de haber, en efecto, dividido las 70 semanas, en 7, 62 y 1, despues de haber hecho caer la muerte de CRISTO despues de las 62, es decir, las 69 del cómputo general, y por consiguiente en la semana septuagesima, ó sea, entre el año 33 y el 37 de la era cristiana, como aconteció en efecto, vuelve á ocuparse de esta última y septuagesima semana como siendo digna, por su importancia, de considerarse separadamente; y concentrando nuestras miradas en este fondo de la perspectiva profética, determina así su objeto: “Y afirmará CRISTO su alianza con muchos en una semana.”—Y en efecto, al año trigésimo de su vida, abrió JESUS con sus predicaciones el reino de la nueva alianza.—“Y en medio (ó á la mitad) de esta última semana, (es decir, á los treinta y tres años y seis meses), serán abolidos los holocausto y los sacrificios, como lo fueron en efecto, en todo el universo, por el único Sacrificio de JESUCRISTO, de que solo habian sido figuras. Despues, “será en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin,” como vemos que dura aún y prosigue á nuestra vista.

pues del acontecimiento, y se experimenta aquel asombro que hizo caer á Nabucodonosor á los piés de Daniel esclamando: "Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este areano."<sup>1</sup>

Hemos citado y hecho resaltar esta gran profecía, porque se relaciona estrechamente con la del HIJO DEL HOMBRE que señala M. Renan al hablar de este "Libro de Daniel" que *dió, dice, en cierto modo su última expresión á las esperanzas mesiánicas*;—y porque, por otra parte, no sufre el menor menoscabo de la única objeción que se hace á este libro, de no haberse compuesto hasta el reinado de Antioeo Epifanes.

M. Renan reconoce ó confiesa, sin disimularlo, otra magnífica profecía: la de Malaquías, sobre el Precursor: "El profeta Malaquías, dice, anunció enérgicamente un precursor del Mesías que debía preparar á los hombres á la renovación final, un mensajero que vendría á allanar los caminos ante el escogido de Dios."<sup>2</sup>

Para apreciar el carácter de esta profecía es necesario observar que es la última. Estaba reservado al último profeta predecir una circunstancia de la venida de JESUCRISTO deseñada hasta entonces, á saber, que tendría un Precursor.—Malaquías que por una parte termina la cadena de profetas que asciende hasta los patriarcas, se inclina por la otra, en cierto modo, como para dar la mano al través de cuatro siglos de silenciosa expectativa á Juan Bautista, precursor inmediato de JESUCRISTO. Los términos del profeta corresponden admirablemente con este carácter finalmente indicativo:

"Hé aquí yo envío mi Ángel que preparará mi camino ante mi faz; y luego vendrá á su templo el DOMINADOR á quien buscaís, y el ANGEL DEL TESTAMENTO (ó alianza), que tanto deseáis. HELE AQUI QUE VIENE."<sup>3</sup>

Abusando M. Renan de la ercencia judía sobre que debía volver al mundo el profeta Elias para preparar los caminos al Mesías, y tomándola en un sentido *judáico*, se esfuerza en desviar de Juan Bautista la aplicación de esta profecía. Reconoce, no obstante, que Juan *hacia recordar efectivamente esta extraña figura de la antigua historia de Israel*,<sup>4</sup> que era tam-

1 Daniel, II, 47.

2 *Vida de Jesus*, cap. 199.

3 Malaquías, cap. III, 1.

4 *Vida de Jesus*, pág. 201.

bien otro Elias.—"Si quereis comprenderlo, Juan es Elias que debe venir,"<sup>1</sup> decia Jesus á los judios y en ellos á M. Renan.—M. Renan acaba al fin por comprenderlo, y tan perfectamente, que la belleza del carácter y de la misión de Juan Bautista le inspira las líneas mas bellas, en nuestro concepto de su *Vida de Jesus*:

"Juan permaneció siendo en la leyenda cristiana lo que fue en realidad, el austero preparador, el predicador melancólico de penitencia antes de los regocijos de la llegada del Esposo, el profeta que anuncia el reino de Dios, y muere antes de verlo. Gigante de los orígenes cristianos, este hombre que se mantenía con langostas y miel silvestre, este reparador de injusticias, fue el ajeno que preparó los labios á la dulzura del reino de Dios. El degollado de Herodias abrió la era de los mártires cristianos, y fue el primer testigo de la conciencia nueva. Los mundanos que reconocieron en él á su verdadero enemigo, no pudieron permitir que viviese; su cadáver mutilado, tendido en el umbral del Cristianismo, trazó la sangrienta vía por donde debían pasar despues que él tantos otros."<sup>2</sup>

Este es el precursor predicho por Malaquías y de quien decia: *Hé aquí al que viene*.

Despues de esta profecía indicatoria, no hubo ya mas hasta Juan en el espacio de cuatro siglos. "Dios otorgó á la magestad de su Hijo, dice Bossuet, que hiciera callar á los profetas durante todo este tiempo, para tener á su pueblo en expectación respecto de Aquel que debía ser el cumplimiento de todos los oráculos."<sup>3</sup>

No faltó el pueblo á esta grande expectacion, y M. Renan lo demuestra perfectamente.

"Israel sostuvo admirablemente esta vocacion, dice, al través de numerosos desilientos. Sucédese, para la defensa de las antiguas instituciones una série de hombres piadosos, Esdras, Nehemias, Onias, los Macabeos, devorados del celo de la Ley. La idea de que es Israel un pueblo de Santos, una tribu escogida por Dios y ligada á él por un contrato, echa raíces cada vez mas hondas. Llena las almas una expectacion inmensa. Toda la antigüedad Indo-europea habia colocado el paraíso en el origen (del mundo); todos los poetas habian llorado una edad de oro desvanecida. Israel ponía la edad de oro en el

1 San Mateo, XI, 14.

2 *Vida de Jesus*, pág. 202.

3 *Discurso sobre la Historia Universal*, part. II.

“porvenir,<sup>1</sup> Israel llega á ser verdaderamente y por excelencia el “pueblo de Dios; en tanto que las religiones paganas se redan “cen mas y mas en torno suyo en Persia y en Babilonia, á un “charlatanismo oficial; en Egipto y Siria, á una tosea idolatría; “y en el mundo griego y latino á ostentosos alardes. Los ju- “dios hicieron durante los dos siglos precedentes á la era cris- “tiana lo que han hecho los mártires cristianos en los primeros “siglos de nuestra era, lo que han hecho las victimas de la or- “todoxia perseguidora en el seno mismo del Cristianismo hasta “nuestro tiempo.<sup>2</sup> Fueron una protesta viva contra la supersti- “cion y el materialismo religioso, haciendo de ellos en esta épo- “ca, un movimiento extraordinario de ideas que iba á parar á “los resultados mas opuestos, el pueblo mas notable y mas ori- “ginal del mundo.”<sup>3</sup>

M. Renan no nos deja el cuidado de consignar otro fenómeno inexplicable, si no es sobrenatural; á saber, que esta prodigiosa espectacion del Mesias, que no se cansó ni precipitó jamás durante cuatro mil años; que jamás se detuvo ni distrajo sobre ningun objeto, ni en ninguna época con anterioridad á Jesucristo, profetizó en cierto modo ella misma su término, en el momento en que iba á llegar á él ó mas bien para hablar con mas exactitud, reconoció este momento en las marcadas señales que de él habian dado las profecias.

“La Revolucion<sup>4</sup> ó en otros términos, el mesianismo ocupa- “ba entonces todos los entendimientos. Creianse en visperas de “ver aparecer la gran renovacion; la Escritura, atormentada en “diversos sentidos alimentaba las mas colosales esperanzas. Veia- “se en cada linea de los simples eseritos del Antiguo Testamen- “to la seguridad y en cierto modo, el programa del reino futuro “que debia traer la paz á los justos y sellar para siempre la obra “de Dios.<sup>5</sup> Los reinados de los últimos Asmoneos y el de Hero- “des, vieron aumentarse mas la exaltacion, verificándose una

1 No la ponía ménos en lo pasado, con la diferencia, de que ponía la reparacion de su pérdida en el porvenir, y de él habrían recibido las demás naciones este recuerdo y esta esperanza, en el que era llamado el *deseado de todas las naciones*.

2 Conservamos esta frase en obsequio á la fidelidad de la cita. Hay clases de mártires, como respecto de otras cosas: *hay mártires y mártires*; y se les conoce en sus *frutos*, como á las demás cosas.

3 *Vida de Jesus*, páj. 12.

4 Estraño anacronismo de lenguaje, en el sentido absoluto y subversivo que da M. Renan á esta palabra.

5 *Vida de Jesus*, p. 63.—No es este el *de la Revolucion*.

“série no interrumpida de movimientos religiosos. Distruido el “mundo con otros espectáculos, no tiene ningun conocimiento de “lo que pasa en este rincon olvidado del Oriente. Sin embargo, “las almas al corriente de su siglo, se hallan *mejor enteradas*. “El tierno y *perspicaz* Virgilio parece responder, con un eco “secreto, al segundo Isaias; el nacimiento de un niño parece ar- “rojarse en sueños de palingenesia universal. Estos sueños eran “frecuentes y comunes, y formaban como una especie de litera- “tura que se encubrió con el nombre de Sybilas. La reciente “formacion del imperio exaltaba las imaginaciones; la grande “era de paz en que se iba entrando y esa impresion de sensibi- “lidad melancólica que experimentan las almas despues de largos “periodos de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas “esperanzas.<sup>1</sup>

La espectacion se hallaba en su mayor auge en Judea; per- “sonas santas, entre las que se cita á un anciano Simeon, que “segun la leyenda tuvo á Jesus en sus brazos, y á Ana hija de “Phannael, considerada como profetisa, pasaban su vida alrede- “dor del templo, ayunando, orando, para que pluguiese á Dios “no llevárselas del mundo sin haber visto el cumplimiento de las “esperanzas de Israel. Siéntese en todo esto una poderosa in- “cubacion, precursora de algun acontecimiento desconocido.

“Esta mezcla confusa de vistas lucidas y de sueños, esta al- “ternativa de *decepciones* y de esperanzas, estas aspiraciones

1 Todo esto se halla insinuado muy hábilmente para disminuir el prodigio al confesario; tan grande es la trascendencia de esta confesion. Pudo suceder, que imprimiera en el mundo de las almas el nacimiento del Hijo de Dios, por oscuro que fuese, como una especie de estremecimiento, cuya impresion hubiera manifestado Virgilio, el alma mejor templada para sentirlo, en su célebre égloga, notable en este sentido, por cierta especie de énfasis que estaba en oposicion con el gusto siempre tan moderado del divino poeta. No obstante, considerando friamente las cosas, no me parece estar mas *enterado* ni haber sido mas *perspicaz* Virgilio que Ciceron, Suetonio, Tácito y Josefo, quienes autorizándose con los oráculos judíos, como ellos dicen, oráculos recojidos con el nombre de Sybilas, repitieron ellos tambien, la grande espectacion del género humano. Hay además en esto de particular, acerca de Virgilio, según el relato de Josefo (*Antigüedades*, lib. 19, cap. 25, y lib. 15, cap. 13), que Herodes el Grande fué á Roma en 714, el mismo año en que compuso Virgilio su égloga, y que habitó con Pollion, amigo de Virgilio; Pollion, cuyo nombre lleva la égloga, y á cuyo consulado se hace el honor del prodigio que en ella se canta. ¿Cómo dudar que no influyera un contacto tan inmediato con el rey de los judíos, tan preocupado entonces con la venida del Mesias en el giro y el colorido de esta égloga, y no le imprimiese un sello de *actualidad*?

“contrariadas sin cesar por una odiosa realidad<sup>1</sup> encontraron al “fin su intérprete,<sup>2</sup> en el hombre incomparable á quien confirió “la conciencia universal el título de Hijo de Dios,<sup>3</sup> y esto con “justicia, pues que hizo dar á la religion un paso con el cual “ningun otro puede y probablemente no podrá jamás compa- “rarse.”

No pidamos ya mas á M. Renan. Estas confesiones son sufi- cientes. Ahora, veamos en primer lugar, cómo ha sido induci- do á hacerlas, y en segundo lugar, cómo ha tratado de librarse de ellas.

## II.

Esta es la primera vez, desde el origen del Cristianismo, que ha hecho la incredulidad tales confesiones, y que han sido al fin reconocidas y admitidas en sus caracteres esenciales nuestras profecías, siempre victoriosas de la discusion, pero tambien siem- pre eludidas. Es asimismo la primera vez, y no creemos llamar sobrado la atencion del lector sobre este punto, que la incredulidad se ha hecho positiva y esplicativa, cuando solo habia sido negativa.

La esplicacion que la historia da de Jesucristo cuando le pre- senta como el *Deseado de todas las naciones*, el *Salvador*, el *Señor*, el *Dominador* y el *Cristo* prometido y esperado desde el origen del mundo; y cuando muestra en estas profecías tan prodigiosas, títulos sobrenaturales de su divinidad, es tan verdadera, que la misma incredulidad no puede empeñarse en este terreno histórico, sin caer desde el primer paso en esta explica- cion inevitable.

“En cualquier punto de vista que nos coloquemos, dice muy “bien M. Scherer, es cierto que se anuncia Jesus como el intér- “prete autorizado de la ley, y el libertador *prometido* por los “profetas. Han llegado los dias de una ciencia imparcial, y no

1 Fraseología evasiva para no decir: profecías claras, confirmadas, se- guidas y acrecentadas. Jamás ha habido *sueño* ni *decepcion* con respecto al Mesias, hasta su venida, ni posteriormente, sino es para aquellos que lo han desconocido y lo desconocen.—Pero no pueden hacerse tales con- fesiones sin violencia.

2 Porque era objeto de ellas.

3 No ha conferido este título la conciencia universal, sino que lo ha confesado. El mismo Dios fue quien, en el bautismo de Jesucristo y en su transfiguracion, se lo confirió con estas palabras: *Este es mi HIJO ama- dísimo, en quien he puesto todas mis complacencias: escuchadle.*

“sé por qué se ha continuado en *eludir la dificultad*.<sup>1</sup> No es “menos cierto que Jesus se creyó el Mesias y se anunció como “tal, y que este día fué el decisivo, y este hecho fue el hecho ca- “pital en la historia de su pensamiento. Este fue el sentido que “dió á su mision, y es preciso colocarse absolutamente en este “punto de vista, si se quiere comprender su vida y su enseñan- “za.... Jesus se proclamó el Mesias. ¿Y qué es el Mesias? “*El Mesias es el libertador que prometió Jehová á su pueblo; “es el personaje sobrehumano, cuyos rasgos han sido desarro- “llados ó detenidos por la profecía y el Apocalipsis durante “siete siglos: es el rey (no significa otra cosa Mesias), que debe “venir á resucitar á los muertos, á juzgar á los hombres, á vol- “ver á colocar á los judios á la cabeza de las naciones, y reinan- “do eternamente sobre ellos, á establecer para siempre en la “tierra ese reino de Jehová, que consiste en la verdad y la jus- “ticia. Hé aquí lo que es preciso saber para comprender lo que “correlaciona á Jesus con las creencias del Antiguo Testame- “nto, el lugar que ocupa en los anales de su nacion, el papel que “tambien hace en la historia religiosa de los hombres: el cumpli- “miento de la profecía mesiánica, hé aquí la clave de la vida “de Jesus, y hé aquí por qué es una narracion de los destinos “de la idea mesiánica, la introduccion indispensable á la biogra- “fia del fundador del Cristianismo”<sup>2</sup>*

No se podía esplicar mejor nuestro pensamiento. Hasta hoy se *habia continuado eludiendo la dificultad*; pero al fin, háse arriesgado á acometerla. Han venido al fin los dias de la *ciencia imparcial*. Aquí os esperábamos. Es verdad que esta expectativa ha sido larga; mas no importa; siempre nos tenemos por felices en haber visto salir de vuestros labios esta confesion de tanto mas valor, cuanto mas largo tiempo ha sido retenida, á saber: que el que quiera hablar del fundador del Cristianismo, deberá partir de las profecías; y que es *absolutamente necesari* colocarse en el punto de vista de la profecía mesiánica y de su cumplimiento en Jesus, si se quiere comprender la vida y la enseñanza de Jesucristo. M. Scherer llega en su candor hasta á censurar á M. Renan *por no conocer suficientemente el fondo de las cosas*. Nosotros no somos tan exigentes, bastándonos las confesiones que ha hecho.<sup>3</sup>

1 Tiene candor esta admiracion de M. Scherer, y la confesion que de- ja escapar.

2 Periódico *El Tiempo* del 14 de Julio y del 11 de Agosto de 1863.

3 Dispensamos á M. Renan, entre otras profecías que ha omitido, la

Réstanos ver cómo se libra de ellas. Así comprenderá tal vez M. Scherer por qué se ha continuado eludiendo la dificultad, y que hubiera sido mejor continuar eludiéndola.

Porque en verdad, la situación me parece embarazosa. Las profecías son manifiestamente prodigios, hechos *sobrenaturales*; en esto se conviene y hasta nos lo oponen. *Toda profecía, todo milagro, en una palabra, todo lo maravilloso*, dice M. Havet, ha debido borrarse de la vida de Jesús como imposible. De tal suerte, que de la predicción precisa y circunstanciada de la toma de Jerusalén referida en el Evangelio de San Lucas, se deduce *en seguida y sin mas averiguaciones*, que este libro se escribió después del acontecimiento, *á no presentarse prueba en contrario*. No necesitamos presentar tal prueba con respecto á las profecías de Malaquías, de Daniel, de Isaías, de Jacob, de Abraham. Porque es evidente, y lo habeis confesado de un modo terminante, que fueron escritas antes del acontecimiento, á cual dominan, no en algunos años, como la predicción de Jesús sobre Jerusalén, sino en muchos siglos. Tenemos, pues, aquí verdaderas profecías, y por consiguiente, según vosotros mismos, verdaderos testimonios sobrenaturales.

¿Cómo se libra de esto M. Renan?

Me cuesta trabajo decirlo, por respeto á la razón y á los lectores; pero hélo aquí:

“Gracias á una especie de sentido profético que hace por momentos al semita maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir, dice, el Judío hizo entrar á la historia en la religión.”<sup>1</sup>

Aquí podria trabarse un diálogo entre el lector y el crítico,

EL LECTOR.

Esta esplicacion corta en verdad muchas dificultades, ¿cómo la habeis encontrado?

EL CRÍTICO.

Nosotros, los libres pensadores, sabemos desde luego las co-

gran profecía: *Ecce virgo concipiet et pariet*, de que ha hablado insidiosamente en la pág. 241, reservándonos no obstante, volver á ella, cuando tratemos de la Virgen María.

1. *Vida de Jesús*, p. 47.

sas. Otro se hubiera quedado embarazado y os hubiera dicho: es esto, es lo otro; pero yo, yo toco en el punto de la dificultad desde luego, y os enseño que el semita es maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir.

EL LECTOR.

Si, pero quisiera me dijerais en qué consiste esto.

EL CRÍTICO.

Nada mas fácil: esto consiste en que tiene sentido profético.

EL LECTOR.

Muy bien; pero ¿por qué tiene sentido profético?

EL CRÍTICO.

Muy sencillo: por la virtud de prevision que tiene. Por esto precisamente es el semita profeta.

EL LECTOR.

Os pareceis mucho en este instante á un *crítico á palos*;<sup>1</sup> y habeis tenido fortuna en que no tuviera Moliere sentido profético.

Verdaderamente, esta es la única manera de caracterizar el ridículo, por cuyo medio se libran estos señores de sus confesiones.

¿Qué es esa especie de sentido profético que, con veinte siglos de distancia, pudo anticipar la vista de los acontecimientos mas inimaginables, y no obstante del modo mas circunstanciado; ese sentido con que se hallaria *maravillosamente dotado por momentos* el semita, tan solo de toda la raza humana, el cual, á decir verdad, solo se hubiera dispensado á una docena de semitas? ¿No seria esto una derogacion de la *inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*, derogacion mil veces mas inconcebible que el milagro, puesto que partiria del seno mismo de la natu-

1 Así tradujo Moratin el título de la comedia de Moliere, *le medecin malgré lui*.—(N. del T.)

raleza y no de la omnipotencia que la rige? Y además, ¿había de ser este semita, que precisamente es un prodigio de ceguera en el mundo durante diez y ocho siglos, quien se hallara dotado de tal penetración y perspicacia, quien tuviera el sentido de prever, él que no ha tenido el sentido de ver su propio desastre. Finalmente, ¿cómo es que considerais la profecía como un verdadero prodigio, como un verdadero milagro, que rechazais por ello, cuando creéis poder negar la anterioridad de la predicción, como la de Jesús sobre Jerusalén, y que deja de serlo en el momento en que es incontestable esta anterioridad? ¿Cómo, pues, es á vuestro juicio mas prodigiosa la predicción á cincuenta años del acontecimiento, que á cinco, siete y veinte siglos de distancia? ¿y cómo al adquirir magnitud, se aminora? Verdaderamente que no se deben discutir estas cosas, sino solo aprovecharse de ellas.

Porque, en efecto, demuestran los absurdos que hay que creer cuando no se quiere creer en maravillas, y que las pruebas de nuestra fe son tales, que es preciso rendirse á ellas so pena de desatinar.

Las profecias particularmente se hallan dispuestas con el fin espreso de reducir á la impiedad al extremo de callar confundida, quitándola toda esensa, y dejándola, no digo sin razon, sino sin pretesto.

El mismo autor de las profecias se ha explicado de esta suerte:

“Anunciad y venid, dice al impío, y consultad á una; ¿quién hizo oír esto desde el principio y desde entonces lo predijo?  
 “¿Por ventura no soy yo el Señor?<sup>1</sup> Yo, que anuncio desde el principio lo postrero y mucho tiempo antes lo que aun no ha sido hecho, diciendo desde el origen del mundo; subsistirán mis decretos, y mi voluntad será ejecutada.<sup>2</sup>

“Yo predije y salvé; yo he hecho solo estas maravillas á vuestra vista; vosotros sois testigos de mi divinidad, dice el Señor.<sup>3</sup>

“Yo hice predecir largo tiempo antes lo que ha acontecido despues; yo lo publiqué desde luego primeramente y lo hice en seguida, porque supe que érais duros y nervio de hierro vuestra cerviz y vuestra frente de bronce; por esto quise anunciar estas cosas antes del acontecimiento, para que no pudiérais decir que fué obra de vuestros idólos y efecto de orden suya, y reconociérais que yo soy el Eterno.”<sup>4</sup>

1 Isaías, cap. LXV, 21.

2 Idem, cap. XLVI, 10.

3 Idem, cap. XLIII, 12.

4 Idem, cap. XLVIII, 3 y 4.

M. Renan no tenia que explicarse solamente sobre las profecias; debia hacerlo tambien sobre su cumplimiento. Nuevo escollo, porque si el haber sido predicho el Mesias, asi como todos los grandes acontecimientos de que es centro, es ya un prodigio el haber cumplido tan magnificamente Jesucristo por su parte el objeto de estas profecias, es otro prodigio que corresponde al primero, y que no puede explicarse sino por su sobrenatural correlacion y por la verdad del carácter mesiánico que se encuentra en Jesús. Segun M. Renan, no hay nada de esto, y Jesús solo fué un hábil y feliz intérprete de las profecias.

Nadie habrá que no se admire de la imposibilidad de este sistema. Que haya aparecido un hombre que no fuera realmente el Mesias, en la hora predicha desde el origen del mundo y en que el mundo le esperaba; que no haya tenido rival en la empresa de representar este papel, ó mas bien, que solo hayan servido los falsos mesias que se presentaron entonces, para testificar que debia existir uno verdadero y que solo él lo era; que haya estado, desde el primer dia, á la altura de esta prodigiosa mision; que haya cumplido punto por punto su programa gigantesco, en su duplo carácter de oscuridad y de gloria, de inmolacion y de triunfo; que se hayan realizado por él de tan literal y colosal manera la conversion de los gentiles y la repobacion de los judíos, este misterio de anuncio tan brillante como de tan impenetrable cumplimiento; que tanto los acontecimientos que siguieron á su muerte como los que marcaron su vida, se hayan ordenado universalmente para la justificacion y consumacion en el de las profecias; que haya cesado para siempre desde su venida la incesante espectacion que le precediera; en una palabra, que haya satisfecho esta espectacion profética de tal suerte que no hubiera podido estar mas acorde el acontecimiento con la profecía, si se hubiera hecho la profecía despues del acontecimiento, y que no sea éste el verdadero Mesias, hé aqui un prodigio mas grande que el que se quiere evitar, porque repugna y confunde á la razon, cuando el otro solo es superior á ella.

Pues bien, M. Renan no disminuye en nada este gran carácter mesiánico de Jesús; lo confiesa y reconoce, haciendo el ridículo papel de hacer resaltar sobre él sus consecuencias.

Segun M. Renan, no vacila Jesús en manifestarse como objeto de las profecias. Sus ideas y sus resoluciones se espresan sobre ello con perfecta nitidez. “Será abolida la ley, y él es quien la abolirá. Ha venido el Mesias; y él es quien lo es. En

“breve se revelará el reino de Dios, y por él es por quien se  
 “revelará. Sabe muy bien que será víctima de su arreo; pero  
 “no puede conquistarse el reino de Dios sin violencia, debiendo  
 “fundarse por medio de crisis y dislaceraciones. El Hijo del  
 “Hombre vendrá con gloria despues de su muerte, y los que le  
 “hayan rechazado serán confundidos.<sup>1</sup> Algunos partidarios de  
 “las ideas mesiánicas habian ya admitido que traeria el Mesias  
 “una ley nueva, que seria comun á toda la tierra. Parece que  
 “los Esenios, que eran apenas judíos, miraron con indiferencia  
 “el templo y las observancias mosáicas. Pero esto no eran mas  
 “que arrojios, atrevimientos aislados ó no confesados. Jesus fué  
 “el primero que se atrevió á decir que desde él, ó mas bien des-  
 “de Juan, no existia ya la ley.... Y sobre este punto se valia  
 “de comparaciones enérgicas. No se compone lo viejo con lo  
 “nuevo; no se echa el vino en odres viejas. He aqui prácticamen-  
 “te sus actos de señor y de creador ... Llama á todos los  
 “hombres á un culto fundado en su sola cualidad de hijos de  
 “Dios. Proclama los derechos del hombre, no los derechos del  
 “judío; la liberacion del hombre, no la del judío. ¡Ah! ¡cuán  
 “lejos estamos de un Judas Gaulonita, de un Matias Margaloth  
 “(falsos Mesias) predicando la revolucion en nombre de la ley!  
 “Fundada está la religion de la humanidad sobre el corazon, no  
 “establecida sobre la sangre. Moisés ha sido superado; el tem-  
 “plo no tiene ya razon de ser, y se halla condenado irrevoca-  
 “blemente.”<sup>2</sup>

He aqui cómo confiesa M. Renan el gran carácter mesiánico de Jesus; carácter que corresponde á la dimension de las profecias y que completa la demostracion que de ellas resulta.

### III.

Pero lo que no confiesa tan bien, aunque sin embargo lo confiesa lo suficiente para que podamos sacar partido de ello, son las profecias del mismo Jesus.

La gran señal de que era JESUCRISTO objeto de las profecias, son las que hizo sobre si mismo, probando con su realizacion que era divino y verdadero el cumplimiento en él de las profecias antiguas. De esta suerte demostraba en si el mismo espíritu

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 236 y 237.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. 221, 222 y 223.

conque se anunció en sus profetas, de modo que se justificara, si es licito hablar así, su identidad, y para poder decir, segun ya lo habia predicho: “Héme aqui presente á mi que hablé en otro tiempo.”<sup>1</sup>

Con este fin todo ha sido profecia en JESUCRISTO.

Ya lo era al verse él mismo y anunciarse en la oscuridad de su advenimiento, por la inspiracion profética que él hizo prorrumpir en torno de su cuna en boca del Ángel, de Isabel, de Juan Bautista, de Zacarias, de Simeon y de su divina Madre. ¡Qué admirable coro el que elevaron todos estos santos personajes á la llegada de Jesus! ¡Qué profecias las de las palabras del Ángel y de Isabel, y el estremecimiento precursor de Juan Bautista! ¡Qué cánticos como el *Benedictus*, el *Nunc dimittis* y el *Magnificat*! y ¡cuán poco sentido de lo verdadero, de lo bello y de lo santo es preciso tener para no arrebatarse con el acento, y quedar convencido con el prodigio de estas deslumbradoras profecias! ¡Qué diremos ahora de las profecias del mismo Jesus, anunciándose punto por punto hasta en la ignominia de su suplicio, como el objeto de las profecias, dirigiendo él mismo, con este fin, los acontecimientos á que parecia sucumbir, y cortando en cierto modo su destino por el patron de las profecias! No debiendo estas profecias hallar su cumplimiento final sino con su sacrificio, es decir, con lo que debia, humanamente hablando, aniquilarse, era mostrarse verdadero señor y regulador de ellas, profetizar desde este aniquilamiento su triunfo, y volver á echar ó haciendo retoñar, como dice bien M. Renan, las *grandes pruebas despues de su muerte*.<sup>2</sup> Pues bien, esto es lo que hace Jesus constantemente en el Evangelio; y si no nos conmueven ó nos causan sensacion estas profecias de Jesus, como las antiguas profecias y las de los santos personajes evangélicos de que hemos hablado, consiste en que son sus caracteres mas eminentes: la serenidad y sencillez divina conque anuncia las mayores maravillas y la grandeza del acontecimiento en el que aquellas han como desaparecido.

—*Seguidme*, dijo á Simon y á Andrés, que echaban sus redes al mar, y *os haré pescadores de hombres*.<sup>3</sup>

—*Dejadla*, dijo á los que censuraban á la Pecadora por haber derramado perfumes á sus piés: *En verdad os digo, que*

<sup>1</sup> Isaías, LII.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. 291

<sup>3</sup> San Marc. I, 18.

donde quiera que se predique este Evangelio, y LO SERÁ EN EL MUNDO ENTERO, se publicará en alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer en este momento.<sup>1</sup>

—Será echado afuera el príncipe de este mundo, y yo cuando sea levantado de la tierra, ATRAERÉ Á MÍ TODAS LAS COSAS.<sup>2</sup>

—Recibireis la virtud del Espíritu Santo, que bajará sobre vosotros, y me rendireis testimonio en JERUSALÉN, EN TODA LA JUDEA, EN LA SAMARIA Y HASTA EN LOS CONFINES DE LA TIERRA.<sup>3</sup>

—Llegará tiempo, dijo hablando del templo á los que le hacían notar la belleza de su fábrica, en que lo que veis aquí será destruido de tal suerte, que NO QUEDARÁ PIEDRA SOBRE PIEDRA. Y como le preguntaran la época de este acontecimiento, contestó: en verdad os digo que no pasará esta generación sin que se hayan realizado estas cosas; después predijo el sitio y saqueo de Jerusalén, y será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones, y la desolación de Jerusalén por no haber conocido el tiempo en que fué visitada.<sup>4</sup>

—Al mismo tiempo que predice que no quedaria en la Sinagoga ni en Jerusalén piedra sobre piedra, funda y profetiza la Iglesia en aquella incommensurable profecía que anuncia á todo el universo la cúpula de San Pedro en Roma: TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECEÁN CONTRA ELLA.<sup>5</sup>

—Y finalmente, al dejar la tierra, nos da aquella postrera é invencible profecía, que fué como el impulso divino que comunicó á la Iglesia el movimiento que le hizo atravesar los siglos, descubrir toda clase de escollos y hollar todo género de obstáculos á nuestra vista: "SE ME HA DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA. ID, PUES POR TODO EL MUNDO Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES, BAPTIZÁNDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO: ENSEÑÁNDOLES Á OBSERVAR TODO LO QUE OS HE MANDADO; Y MIRAD QUE YO ESTOY TODOS LOS DIAS CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS."<sup>6</sup>

—PASARÁN EL CIELO Y LA TIERRA, PERO NO PASARÁN MIS PALABRAS.<sup>7</sup>

1 San Mat. XXXVI, 13; San Márc., XIV, 9.

2 San Juan, XII, 31 y 32.

3 Act., I, 8.

4 San Lúc., XIX, 44, XXI, 24.

5 San Mat., XVI, 18.

6 San Mat., XXVIII, 18, 19, 20.

7 San Lúc., XXI, 33.

—Al oír semejante lenguaje y al ver la universal y eterna obediencia que le prestan los acontecimientos, aparece Dios; *Patet Deus*; y desdichado aquel que no cae, la faz á tierra, para adorarle.

## IV.

¡Por qué hemos de tener que añadir ya una sola palabra! Sin embargo, conviene manifestar á lo que se ve reducido sobre este punto M. Renan y la incredulidad en él.

Omite, sin negarlas, es decir, elude las profecías relativas á la revolucion universal anunciada y verificada por Jesucristo desde lo alto de su Cruz, y á la mision que se dió á los Apóstoles y á la Iglesia de ir á predicar el Evangelio á los confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos: ¡y esto en una vida de Jesús!

Reconoce y confiesa las profecías relativas á la trasformacion de los pescadores en apóstoles; — á la gloria universal de la Magdalena; — y á la fundacion de la Iglesia.

Y finalmente, niega y confiesa á un mismo tiempo la profecía relativa á la destruccion del templo y á la ruina de Jerusalén.

Pero lo que da peso á estas confesiones es el esfuerzo de M. Renan por disminuir su importancia, revelando de esta suerte hasta el ridiculo, lo embarazado que para esto se halla.

Y en primer lugar, respecto de la trasformacion de los pescadores en apóstoles:

"Jesus, dice, que gustaba del juego de palabras, decia á veces que haria de Simon y Andrés pescadores de hombres. En efecto, de todos sus discipulos, estos le fueron los mas fielmente afectos."<sup>1</sup>

Véase ya esta sencilla y sublime profecía reducida á un juego de palabras, y fuera de esto, no teniendo razon de ser. Juego de palabras en efecto, pero empleado por Aquel que puede hacer de él un juego de cosas, como se vió cuando Simon convirtió en su primer predicacion tres mil hombres, y en su segunda cinco mil,<sup>2</sup> y cuando en breve convirtieron estos pescadores de peces y guardaron en sus redes, no ya á hombres, sino á ciudades, á provincias, al imperio, al mundo entero!<sup>3</sup>

1 *Vida de Jesus*, p. 150.

2 Actos, II, 41; IV, 4.

3 Lo que parecería mas bien un juego de palabras seria esta frase: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*; y á ella alude sin du-

A veces, dice también M. Renan, como para disminuir la importancia de aquellas palabras que dijo tan solo en esta ocasión, para dar á entender que las decía con frecuencia y en la familiaridad de la conversacion.

En efecto. ¿Quién no creerá que refiriéndose este en efecto á lo que precede, no induzca la consecuencia: fueron en efecto pescadores de hombres? Pero nada de eso: de todos sus discipulos, estos le fueron los mas fielmente afectos. ¿Qué lindo escamoteo! M. Renan, solo deja ver esta idea, que en verdad no es cierta, puesto que renegó San Pedro de Jesús: ¡Y no dice nada de la grande, de la prodigiosa maravilla de la pesca evangelica! ¡Oh! ¡qué cosa mas bella es la critica!

Vamos ahora á la pecadora glorificada.

Después de una innoble página en que transforma el autor de la *Vida de Jesús*, en efecto teatral, el mas bello impulso de corazon que ha registrado la humanidad en el postramiento de la pecadora á los pies del Salvador, y en la que hace un reclamo á favor de la reputacion de Jesús, quien, dice, se prestó á ello porque era favorable á su objeto que se le tributaran honores, M. Renan, inspirando á Jesús de un sentimiento de ambicion contrariada por la observacion de los asistentes, sobre la prodigalidad de que era objeto en aquella circunstancia, dice: "Así, cuando se le habló de los pobres, contestó con bastante viveza: —Siempre habrá pobres entre vosotros; pero á mi no siempre me tendreis.—Y exaltándose despues, prometió la inmortalidad á la mujer que en aquel momento critico (porque estribaba en él la reputacion de Jesús) le dió una prueba de amor."

Prometió la inmortalidad. Ya se ha visto, y debe volver á verse, en qué terminos. ¿Y sobre el cumplimiento de esta profecia? Nada. Si alza la cabeza M. Renan, le bastará á mi fe indignada que tropiecen sus ojos con el frontispicio de la Iglesia de la *Magdalena*, donde exalta este templo, fundado á la *Gloria*, por uno de sus mayores favoritos, en la capital del mundo civilizado, á aquella vil pecadora de quien dijo Jesús hace diez y ocho siglos á los que la rechazaban: "En verdad os digo, que por do quiera que se predique este Evangelio, y lo será por

da M. Renan, sin explicarse, sabiendo muy bien la respuesta que puede dársele. Jesús, no se vale, en efecto, en esta memorable frase del nombre de Pedro, quien tenia ya el de Simon, sino que Jesús dió anteriormente aquel nombre de Pedro al apóstol para esta fin, cuando le dijo: "No te llamarás ya Simon, sino Pedro," como nombre-simbólico que debia designar su destino.

"todo el mundo, se publicará para gloria de esta mujer lo que acaba de hacer en este instante."

En cuanto á la memorable profecia, *tú eres Pedro*, etc., M. Renan la confiesa y reconoce en estos terminos: "Jesús echa con una rara seguridad de miras, las bases de una iglesia destinada á durar."

Rara, en efecto, pero no tan rara aun como la ridicula afectacion que poneis en hacer desaparecer el prodigio. En cuanto al, *destinada á durar*, es evidente que lo fué la Iglesia puesta que no podéis nada contra ella. Pero de que estuviera destinada á durar, no se sigue que se pudiese prever antes de que existiera, como vemos hace diez y ocho siglos, á no ser por el Soberano Señor de los destino.

Finalmente, respecto á la prediccion de Jesús sobre Jerusalén y sobre la destruccion del templo, sin que debiese quedar *pedra sobre piedra*, se ve M. Renan poseido de un pavor extraño. Esta profecia tiene el privilegio de parecerle, así como á M. Havet, un verdadero prodigio, que si se hallase probado, abriria la puerta á lo sobrenatural en la historia: es para ellos una verdadera pesadilla. ¿Y per qué? Un nombre recordado indiscretamente por M. Renan, ha sido para nosotros la palabra ó solucion del enigma. Tal es el de *Amiano Marcelino*. Sabido es, en efecto, cómo, segun este historiador, queriendo el emperador Juliano, sacar mentirosa la profecia de Jesús sobre el templo, puso en juego todo su poder imperial y todo el fanatismo de los judios para volver á colocar en el *pedra sobre piedra*, y con qué prodigio quedó confundida esta tentativa sacrilega, confirmandose grandemente la profecia. "Segun atestiguan escritores contemporáneos, cuyo testimonio es imponente, dice Gibbon, fueron derribados y dispersados los nuevos cimientos del templo por torbellinos de viento y de fuego."<sup>2</sup>

M. Renan, animado del mismo espíritu que Juliano, precede de diverso modo y á menos costa; fijándose, no en el cumplimiento de la profecia, sino en la misma profecia; en su fecha. No hay dada alguna, dice, que se escribió despues del suceso; despues del sitio de Jerusalén. Jesús la tomó de la leyenda, y aunque todo demuestra que San Lucas que la refiere, escribió su Evangelio mucho antes, sin embargo, deduce de la sola consideracion

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 215.

<sup>2</sup> *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. IV, p. 399 á 401. — Gibbon refiero estensamente las circunstancias de este suceso.

de ser un hecho sobrenatural, y *sin mas indagaciones*, que San Lucas la escribió necesariamente despues del sitio de Jerusalén. Asi lo afirma por cuatro veces M. Renan, y para mayor seguridad, pone M. Havet su sello á estas afirmaciones.

Muy bien; luego, si independientemente de San Lucas, y por medio de documentos cuya anterioridad no negais, probamos la profecía, resultará, segun propia confesion vuestra, un testimonio sobrenatural, bien verídico.

Pues bien; hállese referida la misma profecía por San Mateo y San Marcos, cuya autoridad reconocéis: “¿Veis todas estas cosas? dijo Jesus á los que le mostraban la fábrica del templo: “En verdad os digo, no quedará aqui piedra sobre piedra.”<sup>1</sup>

Pero ¡qué nécios somos en tomarnos este trabajo, puesto que conviene en ello M. Renan! Si: conviene en la anterioridad de la prediccion, y conviene, no solamente por el testimonio de San Mateo y de San Marcos, sino por el de San Lucas mismo, aun despues de haberlo rechazado cuatro veces.<sup>2</sup>

¿Luego el mismo cae en sus propias redes, se dirá? Asi seria, si no fuese un libre pensador *que juzga y no es juzgado*, y que se rie de la discusion y de la razon.

Estos señores tienen privilegios verdaderamente sobrenaturales contra lo sobrenatural.

No adivinariais nunca, cómo, despues de haber negado la profecía de Jesus sobre el templo contra toda prueba; despues de haberla confesado contra su propia negacion, la explicara contra el carácter sobrenatural de prodigio que ha reconocido en ella de una manera tan paladina.

“Mas *perspicaz* que los incrédulos y los fanáticos, dice, *adivinaba* Jesus que aquellos soberbios edificios habian de ser “de corta duracion.”<sup>3</sup>

No acariciaremos este último rasgo comentándolo, puesto que cae por si mismo, y acaba de demostrar, respecto de las profecias, la verdad de nuestra fe, con la sin razon del impio.

Además de su general trascendencia, tiene ésta demostracion una trascendencia radical contra la obra de M. Renan, que debemos notar al concluir este capitulo.

Las profecias atestiguan la existencia y la intervencion de un

1 San Mat., XXIV, 1, 2.— San Márc. XIII, 1, 2.

2 *Vida de Jesus*, p. 339.

3 *Ibid.*, p. 211.

ser que domina los tiempos y los acontecimientos; para quien no hay tiempo; que es eterno. *Ellas nos obligan á reconocer que es ETERNO*, segun la justa expresion conque el mismo se caracteriza en sus profecias.

Ahora bien, en esto es manifiestamente *sobrenatural*, y verifica un acto manifiesto y brillante, puesto que es verdad que se halla la naturaleza humana sujeta al tiempo y es inevitablemente presa de esta esfinge que está sentada á las puertas del porvenir y que guarda sus misterios.

Tenemos, pues, en las profecias hechos confesados por nuestros adversarios, y cuyo carácter sobrenatural en si mismo se halla probado por la ridicula imposibilidad de sus explicaciones.

Y estos hechos no son, como dice M. Proudhon, hechos que no responden á las condiciones de la ciencia, *verificados por excepcion, notados por casualidad, designados por testigos privilegiados*, sino que son hechos *constantés* cual los hubo jamás; hechos que se dividen la historia entera de la humanidad, en dos mil años de profecía y dos mil años de cumplimiento; hechos que tienen dispersada por el universo á toda una raza para testigo ciego de la profecía, y al mundo entero por teatro del acontecimiento; hechos, en una palabra, que hacen de la Religion un milagro perpétuo que atraviesa los siglos, desde el origen hasta el fin de los tiempos.

Lo sobrenatural, el milagro en si mismo y con relacion á Jesucristo, es pues lo mas histórico y mas patente que hay en el mundo. De Él se halla formada la historia, y todos nosotros somos sus actores.

Decir despues de esto que es imposible lo sobrenatural, es decir una cosa que hace bien de ponerse al abrigo de toda discusion, porque no podria soportarla.

Y como este es el *único* argumento de M. Renan sobre que gira toda su obra, ésta cae á tierra naturalmente en las demás partes que nos restan que axaminar.

## CAPÍTULO VII.

## LOS EVANGELIOS.

“Es evidente que los Evangelios son en parte legendarios, dice M. Renan, puesto que en ellos abunda lo sobrenatural<sup>1</sup> y que lo sobrenatural es imposible.”<sup>2</sup>

Tenemos ya derecho de retorecer el argumento, diciendo: Eso no es evidente, puesto que se ostenta lo sobrenatural en las profecías, y en su consecuencia, este es real y posible.

Además, reconocemos que no se resuelve con esto solo la cuestion, sino que resta que examinar si es verdadero lo sobrenatural de los Evangelios, y si estos son históricos.

Esta es una cuestion de autenticidad y de credibilidad como cualquiera otra de esta clase, y que debe tratarse con razones que le sean propias.

M. Renan no produce ninguna de estas razones en contra, y nos gratifica con sus confesiones sobre la autenticidad de los Evangelios.

Esto es lo que vamos á demostrar, procediendo siempre á consignar y justificar, con respecto á él estos dos puntos: valor de sus confesiones ó reconocimientos; pobreza de sus esplicaciones:

Las confesiones ó reconocimientos de M. Renan sobre los Evangelios, así como sobre las profecías, inauguran una nueva era para la polémica cristiana. Confiada la incredulidad en la debilidad de la razon de este tiempo, fuerte en particular con su famoso principio de la imposibilidad de lo sobrenatural, ha crei-

<sup>1</sup> Introduccion, p. 15.

<sup>2</sup> *Passim*.

do poder ser impunemente sincera en sus confesiones, lisonjeándose de rescatarlas con sus esplicaciones.

Era, por otra parte, necesario que ella misma se condenase, obligada á ello por los grandes trabajos de la apologética cristiana. Y en efecto:

Jamás se ha cuestionado antes del último siglo sobre la autenticidad de los Evangelios; jamás han suscitado los mas encarnizados enemigos del Cristianismo, en la época, no obstante en que era mas fácil de desenmascarar el fraude histórico, la mas ligera sospecha contra esta autenticidad; jamás imaginaron Juliano, Celso, Porfirio, los heréticos; los judíos vigilantes celosos é investigadores incesantes de todo cuanto podia desacreditar estos títulos de nuestra fe, poner éstos en duda. Han discutido el carácter ó la influencia de los hechos, pero no su existencia y su narracion, y aun han llegado á formarse con ellos un arma contra nosotros. “Se halla tan justificada la autoridad de nuestros Evangelios, decia San Ireneo en el segundo siglo, que los mismos herejes les rinden testimonio. Es pues bien verdadera nuestra doctrina, puesto que está apoyada en los libros que nuestros mismos adversarios confirman, reconociéndolos y confesándolos.”<sup>1</sup>

Ha habido desde que se escribieron los Evangelios, dos tradiciones, y si es lícito hablar así, dos comprobantes ó registros, que han asegurado su autenticidad original y su constante integridad, con tanta mas certeza, cuanto que estos dos comprobantes ó registros, enemigos mútuos, se comprobaban ó registraban ellos mismos reciprocamente, formando así una garantía humanamente infalible, puesto que lo era en razon misma de la oposicion de sus elementos. Estos dos registros son: el de la fe y el de la impiedad. La tradicion cristiana, tradicion pública en los fieles y vigilante en sus pastores; ofreciendo por esto ella misma una doble garantía, se ha hecho cargo de los Evangelios desde su redaccion. Nos los muestra bajo la pluma, en cierto modo, de los Evangelistas é inmediatamente sirviendo de lectura y de testimonio en las congregaciones de los fieles y en los escritos de los confesores, sin que haya habido el menor intervalo de tiempo para que pudiera formarse sobre ellos la leyenda. Al mismo tiempo, los herejes, los judíos y los filósofos comienzan, ó mas bien continúan aquella guerra que comenzó en torno mismo de Jesucristo, y al fuego de la cual se escribieron.

<sup>1</sup> San Ireneo, lib. III, c. II, v. 7.

los Evangelios. Vigilan sobre su autenticidad y su felicidad histórica, y éstas son tan evidentes que se atreven ellos á todo, pero sin que les ocurra negarlas. Los cuatro Evangelios llegan á ser el documento común, el terreno del combate. Así, no ha cesado de darse traslado, de comunicarse *estas probanzas, este protocolo de la parte adversa*, desde el origen del proceso, á todos los *adversarios* que figuran en él contra nosotros. Lo han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque; han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrilegas. ¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, se nos había de redarguir de falso este protocolo, estas probanzas, que han manoseado sus propias manos durante diez y ocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones, y manchado con el veneno de la impiedad? Esto no sería *admissible*, jamás lo ha sido, puesto que nunca se les han ocultado las Escrituras, que éstas se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.

Sin embargo, en el último siglo, se emprendió á favor del tiempo trascurrido y de la prevención de oscuridad que siempre se atribuye á los orígenes de las cosas, el levantar nubes sobre la autenticidad de los Evangelios. Propúsose por primera vez esta cuestión, y fué objeto de grandes trabajos que han terminado en Strauss, como la espresion mas avanzada de la crítica enemiga. Pero Strauss retrocede ya voluntariamente en la tercera edición de su *Vida de Jesus*,<sup>1</sup> en que declara haberse aminorado con un nuevo estudio el valor de sus dudas contra la autenticidad de San Juan, y sobre el valor que merece, reconociendo tambien ser igualmente documento digno de fe una epistola de San Pablo, redactada treinta años despues de la resurreccion, en presencia de testigos que aun vivían. Igual confesion hizo el doctor de Wette, en su *comentario de San Juan*. Este fue el principio de la reaccion contra la sorpresa que causó á la fe de los siglos una erudicion falsa. Levantáronse defensores de la verdad en Alemania, donde se habia concentrado el ataque, y completando sus grandes trabajos los que habian aparecido

1 Prólogo de la 3ª edición, y seccion III, c. IV, § 36.

anteriormente en Inglaterra, hicieron arrepentir para siempre á la incredulidad de su tentativa. La autenticidad de los Evangelios que habia sido hasta entonces del simple dominio de la tradicion, como hemos demostrado arriba, pasó en adelante al de la ciencia; y el Cristianismo se enriqueció una vez mas, con los ataques de sus enemigos.

Hoy se halla agotada esta cuestion; pero estaba reservado á M. Renan consentir la sentencia y enterrar á Strauss.

Veamos cómo.

En primer lugar, es una observacion juiciosísima la que se escapa de su pluma al fin de su libro, al decir que, "por una rara singularidad de la historia, vemos mucho mejor lo que pasó en el mundo cristiano desde el año 50 al año 75, que en tiempos menos remotos."<sup>1</sup>

El beneficio de esta observacion se aplica casi esclusivamente á los escritos del Nuevo Testamento, y mas particularmente á los Evangelios. Hay en ellos, en efecto, un carácter que distingue la historia del Cristianismo de todas las demás historias. En todos los orígenes de estas se nota oscuridad, al paso que ilumina la cuna de aquella la luz mas clara y viva; porque el héroe mismo de esta historia, es la luz con que lo ilumina todo á su alrededor, y con que aparecen deslumbradoras las páginas de su Evangelio. Toda historia parece pálida al lado de este luminoso carácter, y se hallan ménos justificados los hechos de Sócrates de que nadie duda, que los de Jesucristo.<sup>2</sup> De manera, que como dice muy bien Schelling: "Desde el punto de vista mismo de la filosofia, el Cristianismo es no solamente una pura concepcion de la inteligencia, sino que es otra cosa además, es un hecho y el mas grande de todos, y este hecho tiene por centro la persona de Cristo, el Cristo tal como nos lo ha representado todo el Evangelio."<sup>3</sup>

En esto se separa M. Renan de Strauss, quien solo ve en Jesus un ideal teológico y legendario: "Háase equivocado M. Strauss, dice, en su teoria sobre la redaccion de los Evangelios, y su obra tiene, en mi juicio, el defecto de apoyarse demasiado en el terreno teológico, y muy poco en el terreno histórico."<sup>4</sup> Sin embargo, M. Renan, cree deber suyo disculpar

1 *Vida de Jesus*, introduccion, p. VI.

2 Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

3 *Discurso de apertura*, Berlin. *Revista Indep.* de 1º de Mayo de 1842.

4 *Vida de Jesus*, introduccion, p. 8.

á Strauss, en una nota al pié de la página, de haber negado la existencia de Jesús, y llama estraña y absurda calumnia esta opinion que se tiene generalmente de su sistema. Es verdad, en efecto, que reconoce Strauss que existió un Cristo cualquiera; pero tambien lo es que niega la existencia de Cristo, *tal como nos lo representa el Evangelio* y que forma de él un fantasma puramente legendario, y esto es lo que es *estraño y absurdo*. Estaba reservado, no obstante, á M. Renan, proceder peor todavía; porque por lo menos Strauss respetó y admiró en este fantasma legendario de Jesús el ideal evangélico; pero M. Renan ha sustituido á él el fantasma de su impiedad. Solamente ha querido darle una base histórica, aprovechándose para ello de las mismas confesiones que le arrancaba la necesidad.

Y en efecto, el terreno evangélico es segun confesion suya, un terreno histórico: "Gracias á los laudables trabajos de que ha sido objeto esta cuestion desde hace treinta años, un problema que se juzgó en otro tiempo inaccesible ha obtenido una solucion, que si bien es cierto que se presta aún á muchas incertidumbres, (preciso es dejar pasar por ahora á M. Renan esta reserva que en breve apreciaremos), *satisface plenamente las necesidades de la historia.*"<sup>1</sup>

Y en primer lugar, "si son los Evangelios de las personas cuyos nombres llevan, sin dejar de ser legendarios (por la única razon ya dicha de ser imposible lo sobrenatural), tienen un gran valor; puesto que nos hacen ascender al medio siglo que siguió á la muerte de Jesús, y aun, en dos casos, á los *testigos oculares* de sus acciones."<sup>2</sup>

"Desde luego no es casi posible dudar respecto de San Lucas, puesto que su Evangelio es una composicion regular *fundada en documentos anteriores*. El autor de este Evangelio es *ciertamente* el mismo que el de los Actos de los Apóstoles. "Ahora bien, el autor de los Actos es un compañero de San Pablo, título que conviene perfectamente á San Lucas." M. Renan asigna aquí á San Lucas una fecha posterior al sitio de Jerusalem, por la única razon ya apreciada y que él mismo viene á reconocer, de la claridad de la profecía de Jesús sobre esta ciudad. "Aquí nos hallamos, continúa, en un *terreno sólido*, "porque se trata de una obra escrita enteramente *de la misma mano y con la mas perfecta unidad* ó trabazon."<sup>3</sup>

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. 16.

2 *Ibid.*, p. 16.

3 *Vida de Jesús*, introduccion, pág. 16.

"Aquí reconocemos á un biógrafo del siglo primero, á un artista divino, que independientemente de las *noticias que adquirió en las fuentes mas antiguas*, nos muestra el carácter del fundador con rasgos tan felices, con tal inspiracion en todo, "y tan de relieve, cual no se encuentra en los otros sinópticos."<sup>1</sup>

"Y en efecto, los Evangelios de Mateo y de Márcos, no tienen casi ni con mucho el mismo sello de individualidad. Son composiciones impersonales, en que desaparece enteramente su autor, puesto que no significa gran cosa su nombre propio "en esta clase de obras, (contradiccion flagrante con lo que acaba de decir en algunas lineas mas arriba). Pero si tiene fecha el Evangelio de Lucas, *tambien la tienen los de Mateo y Márcos*, porque *no hay duda* que el tercer Evangelio es posterior á los dos primeros"<sup>2</sup> y que en su consecuencia, estos son de la primera generacion.

En cuanto á su valor, se eleva de la inferioridad en que acaba de ponerlos M. Renan con relacion á San Lucas. "Mateo merece en efecto, *evidentemente*, una confianza *extraordinaria* por sus discursos: aquí están los *Logia*, las notas mismas tomadas segun el *vivo y claro recuerdo* de la enseñanza de Jesús. Una especie de resplandor suave y terrible á un tiempo mismo, una fuerza divina, si es lícito hablar así, *subraya* estas palabras; las desprende del contesto y las hace fácilmente perceptibles al crítico. La persona que quiera hacer, con la historia evangélica una composicion ajustada á las reglas, posee en este evangelio una *excelente piedra de toque*. En él se descubren por sí mismas, por decirlo así, las palabras de Jesús: siénteseles vibrar, no bien se las toca, (en este caos de tradiciones de una autenticidad desigual);<sup>3</sup> tradúcense espontáneamente, y vienen por sí mismas á colocarse en el relato, en que conservan un sin igual relieve."

San Márcos tiene distinto valor, pero no menos importante; porque aventaja á San Mateo en la narracion, tanto como le es inferior en los discursos. La parte narrativa no tiene en efecto segun M. Renan, en San Mateo, la misma autoridad que los discursos, encontrándose en ella muchas leyendas de contorno bastante flojo ó indeterminado formadas por la piedad de la segunda generacion cristiana. (En breve investigaremos las razo-

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. 42.

2 *Ibid.*, *ibid.* p. 18.

3 Ponemos entre paréntesis los pasajes, objeto de nuestras reservas en las citas.

nes que debe dar sin duda M. Renan en apoyo de esta grave opinión). Pero "el Evangelio de Márcos es mucho mas firme, mas preciso (ménos cargado de fábulas tardíamente insertas); es el mas antiguo de los tres sinópticos, el mas original (el á que se le han agregado menos elementos posteriores). Los pormenores materiales tienen en Márcos una *lucidez* que en vano se buscaria en los otros Evangelistas. Abunda en observaciones minuciosas, *provenientes, sin duda ninguna, de algun testigo ocular*. Nada se opone á que este testigo ocular, *que siguió evidentemente á Jesús, que le amó y contempló muy de cerca, que conservó una viva imágen suya*, no sea el mismo apóstol Pedro, como quiere Papias."<sup>1</sup>

Cada uno de los tres primeros Evangelios le recomienda tambien á un alto grado de autenticidad y credibilidad por caracteres diferentes, cuya repartición ó aplicación negamos, por supuesto, pero que admitimos por la confesión que encierran.

Queda el cuarto, el de San Juan; M. Renan se halla animado contra él, de las mas desfavorables disposiciones; lo cual se concibe, si se advierte, que este Evangelio está compuesto mas particularmente en contra suya; puesto que lo fué contra los que negaban la divinidad de Jesucristo. Así es que M. Renan principia suscitando dudas sobre la autenticidad de este Evangelio, y despreciándolo con cierto aire falso de crítica escrupulosa é imparcial. "Todo esto es grave, concluye, y por mi parte no me atrevo á persuadirme de que haya sido escrito el cuarto Evangelio enteramente de pluma de un antiguo pescador galileo." Hé aquí lo mas fuerte de la crítica contra San Juan. Pero esta crítica no puede sostenerse, viéndose obligado M. Renan por la verdad manifestada en los trabajos de que esta cuestión ha sido objeto, á hacer esta primera confesión.

"Pero en suma, dice en seguida, que este Evangelio salió á fines del siglo primero de la grande escuela del Asia Menor, que se referia á Juan y que nos representa una versión de la vida del maestro *digna de tomarse en alta consideración*, y de ser preferida con frecuencia; esto se halla *demonstrado* por los testimonios exteriores, y por el examen del documento mismo, de una *manera que nada deja que desear*."

Desenvolviendo esta primera confesión, hace otra M. Renan, á saber: que el Evangelio, es necesariamente de San Juan mismo. No puede abogarse mejor contra sí; h-sta tal punto le impele y le domina la verdad.

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, introducción, p. XXXVII-XXXIX.

"Y desde luego, continúa, nadie duda que existiera el cuarto Evangelio hácia el año 150 y que se atribuyera á Juan. Testos formales de San Justino, de Atenágoras, de Taciano, de Teófilo de Antioquia, de Ireneo, nos muestran citado este Evangelio desde entonces, en toda clase de controversias y sirviendo de piedra angular al desarrollo del dogma. Ireneo es formal: ahora bien, Ireneo salia de la escuela de Juan, no habiéndose interpuesto entre él y el apóstol mas que Policarpo. *No es menos decisivo* el papel que representó nuestro Evangelio en el gnosticismo, y particularmente en el sistema de Valentiniano, en el montanismo y en la querrela de los Quatordecimanos. La escuela de Juan, es pues, la escuela cuya continuación, se advierte mas durante el último siglo, y esta escuela no tiene explicación, si no se coloca el cuarto Evangelio *en su misma cuna*. Añadamos á esto, que la primera epístola atribuida á San Juan es *ciertamente* del mismo autor que el cuarto Evangelio; y esta epístola se halla reconocida como de Juan por Policarpo, Papias é Ireneo.—Pero sobre todo lo que produce mayor impresión es la lectura de la obra. El autor habla en ella siempre como testigo ocular, y quiere que se le tenga por el apóstol Juan. Si pues no es esta obra realmente del apóstol, es preciso admitir una supercheria que se confesaba asimismo su autor y no hay en el mundo apostólico ejemplo alguno de una falsificación de esta clase, no obstante que las ideas de la época respecto á buena fe literaria, difiriesen esencialmente de las nuestras."<sup>1</sup>

Hé aquí, en mi juicio, razones bastante fuertes para deducir que el cuarto Evangelio es de San Juan, de ese gran testigo que refiere lo que *vió*, lo que *oyó*, lo que *tocó* del Verbo de Vida. No obstante, M. Renan no se contenta con estas razones sólidas, y como para hacérselas perdonar, agrega otras fútiles deducidas de reconocerse al apóstol de la caridad, en este Evangelio, en cierta vanidad y rivalidad celosa que le preocupaba contra San Pedro (el, que precisamente es el único Evangelista que refiere la investidura del primado hecha á San Pedro, como testimonio de su *amor á Jesús superior* al de todos los demás apóstoles).<sup>2</sup>

La consecuencia inevitable, al parecer, de todo lo que precede, sobre que es indudablemente de San Juan el cuarto Evan-

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, introducción, p. XXXV-XXXVII.

<sup>2</sup> San Juan, cap. XXI, 15.

gelo, experimenta, no obstante, una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan, quien no puede perdonar á este Evangelio el tono místico de los discursos que en él pronuncia Jesús ó de que es objeto sobre su filiacion divina y su encarnacion humana; y hace de ello un cargo á San Juan. De aquí el trabajo que le cuesta confesar su autenticidad, y que llega hasta el ridículo. "A decirlo todo, añade, probablemente el mismo Juan tuvo poca parte en esto; estamos tentados á veces á creer, que se emplearon notas preciosas, provenientes del apóstol, por sus discípulos. Es difícil, á tal distancia, obtener la solucion de todos estos problemas singulares. Sin pronunciarnos sobre la cuestion material acerca de la mano que trazó el cuarto Evangelio, é inclinándonos enteramente á creer, que por lo menos los discursos no son del hijo del Zebedeo, admitimos pues, que este es el Evangelio, segun Juan, en el mismo sentido que son el primero y el último Evangelio, segun Mateo y segun Márcos. 1"

¡Qué miserables tergiversaciones, y cómo dan fuerza á la confesion todos estos rodeos y efugios!

Por lo demás, á pesar del gran valor de credulidad que da M. Renan á los tres primeros Evangelios, á que llama sinópticos, no vacila, respecto de la narracion, en declarar superior á ellos el Evangelio de San Juan.

"Añadiré, dice, que en mi opinion, esta escuela de Juan (cuya cuna fué el cuarto Evangelio) sabia mejor las circunstancias exteriores de la vida del fundador, que el grupo cuyos recuerdos han constituido los Evangelios sinópticos. Ella tenia sobre la permanencia de Jesús en Jerusalén datos de que carecian los otros. 2 Todo el que escriba la vida de Jesús sin haber formado juicio sobre el valor de los Evangelios, y dejándose únicamente guiar por el sentimiento del asunto, se verá obligado en multitud de casos, á preferir la narracion de Juan á la de los sinópticos. 3"

Finalmente, M. Renan, concluye así sobre los cuatro Evangelios:

"Creo que estas esplicaciones serán suficientes, para que se vea, en la continuacion del relato, los motivos que me han determinado á preferir á tal ó cual de los cuatro guías que te-

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. XXXVI.

2 *Ibid.*, *ibid.*, p. XXXVII.

3 *Ibid.*, *ibid.*, p. XXXVI.

"nemos para la vida de Jesús. En suma, yo admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos, á mi juicio, ascienden al primer siglo, y son próximamente ó poco mas ó menos [a peu pres] 1 de los autores á quienes se atribuyen?"

A esta confesion, la mas importante que haya hecho la incredulidad sobre la autenticidad y la credibilidad histórica de los Evangelios, desde que los puso en duda una ciencia falsa, añade M. Renan una confirmacion que le es enteramente personal y que no debemos despreciar.

"A la lectura de los testos, dice, he podido agregar una circunstancia de grande influencia para ilustrar este punto; la vista de los sitios en que pasaron los acontecimientos. Teniendo por objeto la mision científica que yo dirigí en 1860 y 1861, la esploracion de la antigua Fenicia, tuve que residir en las fronteras de Galilea, y que viajar por ella con frecuencia. A través en todas direcciones la provincia evangélica, visité Jerusalén, Hebron y la Samaria, no dejando de examinar casi ninguna localidad importante de la historia de Jesús. Toda esta historia que, á cierta distancia, parece flotar en las nubes de un mundo sin realidad, adquirió así un cuerpo, una solidez que me admiraron. La notable correlacion entre los testos y los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, fueron para mí como una relacion. Tuve á mi vista un quinto Evangelio, destrozado, pero legible aún, y vi para en adelante moverse y vivir al través de las narraciones de Mateo y de Márcos, en lugar de un ser abstracto, que parecia no haber existido jamás, una admirable figura humana. 3"

Tales son las confesiones que hace la incredulidad en el siglo diez y nueve; y tienen, en nuestro juicio, una influencia que no se ha apreciado bastante, al menos por los creyentes; porque la incredulidad se ha alarmado con ellas, y ahora veremos cuánta razon ha tenido, por la falsa situacion en que la ha colocado. Mas preocupados con lo que falta á estas confesiones que con lo que contienen, se ha atacado á M. Renan por sus reservas, sin tomar acta de sus declaraciones. Ha habido razon para ello, atendiendo á la verdad absoluta; y precisamente por haberse sentenciado definitivamente á M. Renan sobre este punto, es

1 Este poco mas ó menos causa risa á muchos.

2 *Vida de Jesús*, introduccion, p. XXXVII.

3 *Ibid.*, *ibid.*, p. LIII.

por lo que nos hallamos mas desembarazados respecto del de las confesiones. Pero en buena táctica, si se despreciaran estas, se perdería una ventaja cuyas consecuencias son decisivas en el debate. ¿Qué importa, por el momento, que juzgue M. Renan á San Mateo inferior ó sospechoso siquiera en la narracion, y á San Juan, en los discursos, si reconoce ser incomparable San Mateo en los discursos y San Juan en la narracion, y dignos de una *confianza extraordinaria*; si nos ofrece San Lucas un *terreno sólido* en un Evangelio en que se admira *la unidad mas perfecta, tomado de las fuentes mas antiguas*, y admirable por su inspiracion por *sus felices rasgos y relieves*; si San Marcos demuestra una claridad y nitidez todavía superior, que solo puede ser propia de un *testigo ocular que siguió evidentemente á Jesus, le contempló de muy cerca y conservó una viva imagen suya*; si finalmente, se oye al mismo Jesus en San Mateo, si se le ve en San Marcos, si se le toca en San Juan, en el mismo grado en que se le contempla en San Lucas, y si reciben además los cuatro Evangelios decididamente auténticos del primer siglo, *de la admirable correlacion entre los textos y los lugares*, una confirmacion palpable para el mismo M. Renan y que equivale á un *quinto Evangelio y como á una revelacion*?

No debemos ser sobrado exigentes en verdad. Deben permitirse á M. Renan *sus preferencias*, y puede dejársele escoger, por lo demás, á nosotros nos da algo de prueba y de verdad, y como la verdad es una, por poco que nos conceda, y nos conceda lo suficiente, queda prendido en ella.

El mismo lo conoce, de tal suerte, que al mismo tiempo que hace estas confesiones, trata de librarse de ellas por medio de sus explicaciones.

Pero estas explicaciones son de tal naturaleza, que, lo mismo que sucede respecto de las profecias, solo testifican lo apurado de la situacion y solo sirven para agravarla.

## II.

Y en primer lugar, como me veo obligado á repetir, porque este es el único resorte de toda la obra de M. Renan, aunque los Evangelios son auténticos y ofrecen mas garantías históricas que ningun otro relato, son en su concepto necesariamente legendarios, por el solo hecho de tratarse en ellos de milagros y de lo sobrenatural. La presuposicion de que es imposible el milagro, domina sobre toda razon de autenticidad y de credibili-

dad. La teoria violenta el hecho, el hecho que debería servir al menos para probar ó experimentar la teoria.

M. Renan, que conoce todo lo irracional de esta critica, se defiende de ella diciendo: "Tratar de explicar estos relatos, ó reducirlos á leyendas, no es mutilar los hechos á nombre de la teoría, es partir de la observacion de los hechos." Y en apoyo de esta última asercion, sienta como un hecho, que no se ha verificado milagro alguno ante una reunion de hombres capaces, segun él, de justificar el carácter milagroso de un hecho, y que no ofreciendo bajo este concepto los milagros de lo pasado mas garantía que los milagros contemporáneos (lo cual es la cuestion) es probable que nos ofrecerian igualmente su parte ilusoria, si nos fuera posible examinar y criticar sus pormenores. "No es en nombre de tal ó cual filosofia, sino en nombre de una esperiencia constante, como desterramos el milagro de "la historia" <sup>1</sup> y por consiguiente de los Evangelios, á pesar de su autenticidad.

Reservándonos la cuestion del milagro para el capitulo siguiente, nos basta advertir, respecto de los Evangelios, que si no fuera en nombre de tal filosofia que aqui se disimula, pero que se ostenta sobrado en otros pasages, como M. Renan destierra el milagro de la historia, debería por lo menos oirse á la historia sobre la cuestion del milagro. No siendo esta una cuestion de principio, segun vosotros, sino de hecho, es trastornar los términos de toda investigacion seria, y decidir la cuestion por la cuestion misma, oponer el hecho al testimonio, en lugar de proceder del testimonio al hecho. Experimentad cuanto querais el testimonio, bien sea en si mismo, bien relativamente al hecho en cuestion, y si despues de esto reconocéis su autenticidad histórica y su veracidad moral, respetad su certidumbre, y soportad sus consecuencias, como respecto de todo testimonio experimentado. No hagais que ceda esta certidumbre á la *probabilidad* de una ilusion que ella eseluye. De lo contrario, os colocais en la situacion radicalmente absurda de pretender que un testimonio que reconocéis como auténtico y veridico sea al mismo tiempo legendario y falso; de molestaros en dar explicaciones que habreis hecho previamente imposibles; y finalmente, de afirmar la verdad que queréis combatir, interesando en su certidumbre los mismos fundamentos de toda certidumbre histórica y los primeros elementos de la razon.

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, introduccion, p. I-II.

Esto es, en efecto, lo que sucede al autor de la *Vida de Jesús*, y lo que requería de él el partido previamente concebido de su sistema.

Para no incurrir en contradicción, intenta primeramente sostenerse en el *próximamente*, en el *poco más ó menos*. ¿Son los Evangelios biografías verídicas? ¿Son leyendas ficticias? Ni uno ni otro, y lo uno y lo otro; ni sí ni no, y sí y no. "No son biografías á la manera de Suetonio, ni leyendas ficticias á la manera de Filóstrato; son... biografías legendarias." <sup>1</sup> Sistema cómodo para la *adivinación* y la *conjetura*, que permite tomar y dejar lo que se quiere, y hacer por sí una biografía novelesca; pero sistema que se destruye por sus mismas ventajas y que deja á su autor entre dos alternativas, sin poder alzarse sobre ninguna.

¿Y cómo pueden ser legendarias estas biografías, tales como las han caracterizado las confesiones de M. Renan?

A esta pregunta responde M. Renan, primeramente, que "hay leyenda y leyenda" <sup>2</sup> Y se apresura á poner los Evangelios canónicos á gran distancia de los evangelios apócrifos "Estas composiciones, dice, hablando de los últimos, no deben considerarse en manera alguna bajo el mismo pié que los Evangelios canónicos. Son ampliaciones pueriles y desabridas que tienen por base los Evangelios canónicos, y no añaden á ellos nada que tenga precio alguno." <sup>3</sup>

Pero ¿qué es en lo que no pueden considerarse los apócrifos de ningún modo, bajo el mismo pié que los canónicos? ¿Qué es lo que separa, pues, tanto á estos de aquellos, si no es precisamente su carácter profundamente histórico y antilegendario, su disposición enteramente biográfica, el austero desinterés de su toque, de su crítica, de su sobriedad de línea, que solo deja ver el dibujo sin color, la fidelidad sin emoción, el simple relato de los hechos y de los rasgos del Hombre-Dios, y si es lícito hablar así, su fotografía sin retoque? Considerando los Evangelios tan solo en sí mismos, independientemente de todo testimonio exterior, se hallan tan lejos de la leyenda, que es hasta desconocerlos, asimilarlos á biografías á la manera de Suetonio, y es necesario ver en ellos *informaciones verbales* incomparables de la Verdad misma que los inspiró.

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, introducción, p. XLIV.

<sup>2</sup> *Ibid.*, *ibid.*, introducción, p. XV.

<sup>3</sup> *Ibid.*, *ibid.*, p. XLIII.

Esta manera, decíamos en nuestros *Estudios*, que solo pudo ser inspirada por la sinceridad y la convicción llevadas al más alto grado, da al Evangelio un aire de verdad sumamente notable. No puede menos de creerse aquello en que tan poco empeño se tiene de hacer creer, lo que se teme tan poco que no se crea. Esta falta completa de reflexiones y de ornatos, realza los hechos y les da un aspecto notable de rigurosa fidelidad; haciéndoles parecer más que una reproducción, algo de la realidad misma, como si los hechos mismos vinieran á imprimirse en este fondo de candor inalterable. Refiere una piadosa tradición, que cuando iba Jesús al suplicio, abrumado con el peso de su cruz, penetró por entre la turba encarnizada de sus verdugos una santa mujer, y acercándose á su persona, aplicó á su adorable rostro un lienzo blanco para enjugar el sudor y la sangre que de él goteaban; y que en recompensa de esta animosa compasión, se verificó un milagro quedando impresas las facciones de la augusta víctima en el lienzo consolador. De la misma manera puede decirse que el Evangelio nos reproduce los rasgos de la vida de Jesús; y él es para nosotros, en su cándida y verdadera sencillez, como el velo de la Verónica. <sup>1</sup>

Sin embargo, hé aquí cómo se verificó esto, según monsieur Renan.

"Lo indudable es que se escribió de muy temprano los discursos de Jesús en lengua armenia, y se escribió también de muy temprano sus acciones más notables. <sup>2</sup> Estos textos no se hallaban fijos y determinados dogmáticamente. <sup>3</sup> Además de los Evangelios que han llegado hasta nosotros, hubo otros evangelios que pretendían representar las tradiciones de los testigos oculares. <sup>4</sup> A estos escritos se daba poca importancia, y los que los conservaban, tales como Papias, preferían á ellos la tradición oral. <sup>5</sup> Como se creía aún próximo el fin del mun-

<sup>1</sup> *Estudios*, t. IV, p. 154.

<sup>2</sup> Esto es en efecto indudable.

<sup>3</sup> ¿De dónde saca esto M. Renan? ¿De dónde saca, por ejemplo, que no fueran fijos y determinados desde su primera redacción los textos de San Mateo y de San Marcos, y cómo reclama sobre este punto más que la fe que rehúsa al Evangelio?

<sup>4</sup> Es posible; pero ¿qué importa contra los que han llegado hasta nosotros, y que se distinguieron desde un principio, como reconoce el mismo Strauss? Véase más adelante.

<sup>5</sup> Papias es el maniquí de M. Renan, al que hace decir cuanto quiere. Este autor del primer siglo, á quien solo conocemos hoy por Eusebio, fue un investigador escrupuloso de las tradiciones apostólicas; el cual

“do, se cuidaba poco en componer libros para el porvenir, y solo se trataba de guardar en el corazón la imagen viva de aquel á quien se esperaba volver á ver en breve en las nubes. De aquí la poca autoridad de que gozaron durante ciento cincuenta años los textos evangélicos.<sup>1</sup> No se tenía el menor escrúpulo en insertar en ellos adiciones, en combinarlos de diverso modo, y completarlos unos con otros.<sup>2</sup> El pobre hombre que solo tiene un libro, quiere que contenga todo cuanto afecta su corazón. Prestábanse, pues, mutuamente estos libritos ó cuadernos; cada cual trascribía al margen de su ejemplar las palabras y las parábolas, que encontraba en los demás y que le causaban impresion. Así ha salido la cosa mas bella del mundo, de una elaboracion oscura y completamente popular.”

Todo esto requiere mas credulidad que se reclaman los Evan-

designó ó justificó desde el primer siglo la importancia de los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, con este título: *Coleccion de Oráculos* (ó discursos) *del Señor*: diciendo de San Mateo: “Mateo escribió en hebreo los oráculos del Señor,” y cada uno los interpretó como pudo, y de San Marcos: “Marcos solo tuvo el cuidado de no omitir ninguna de las cosas que habia sabido ó aprendido, y de no mezclarles nada falso.” De aquí deduce M. Renan que se compuso en un principio el Evangelio de San Mateo solo de discursos, y el de San Marcos solo de los hechos de Jesús, á pesar de desmentirlo el título comun con que designa Papias á ambos Evangelios: *Coleccion de discursos del Señor*. Todo esto para venir á pretender, sin otra razon, que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, se redactaron posteriormente de otra suerte que en su redaccion primitiva, y que lo que solo era discursos ó hechos en cada uno de ellos, llegó á ser discursos y hechos mezclados en uno y otro; y que en su consecuencia, fueron recompuestos ó refundidos estos Evangelios. Esto es lo que se llama *admiracion y conjetura*.

1 Lo que dice aquí M. Renan sobre la poca importancia y autoridad de los Evangelios durante 150 años, no le es nada favorable sino contrario en todo. En primer lugar, Papias, al decir que *cada cual interpretaba los oráculos del Señor escritos en hebreo*, por San Mateo; despues San Justino, que nos dice, que en su tiempo, esto es, á principios del siglo segundo, era uso, como lo es en el dia, leer en la congregacion de fieles, durante la celebracion del sacrificio, las memorias de los apóstoles que se llaman, dice, *Evangelios* (1.<sup>a</sup> Apología, n. 66 y 67). Finalmente, es testimonio tan conocido de San Ireneo, en que hace ver el contexto de cada uno de los cuatro Evangelios, invariablemente determinado y garantizado por el combate mismo de que su sentido era objeto por parte de los diversos herejes contra la Iglesia.—Esto hace caer en tierra todo lo que sigue de la cita de M. Renan.

2 ¡Cómo es esto imaginable respecto de libros que eran sagrados, que se leían en la solemnidad de las asambleas de los fieles, y que constituían autoridad aun para los herejes!

gelios. Es tan falso en historia como en lógica. En historia no ha habido, entre la redaccion de los Evangelios y la tradicion que los consagró, un intervalo de tiempo en que se hallaran abandonados á la fantasia popular. En lógica, todos estos libritos ó cuadernos anotados de diverso modo por cada pobre hombre que los poseía, y despues refundidos un dia, que se ignora cuál fuese, y sin noticia de la Iglesia y de todos sus enemigos en la cosa mas bella del mundo, por no sé qué golpe de varilla mágica en que nadie pensó mas que M. Renan en 1863, es digno de los cuentos de Perrault. En fin, el mismo M. Renan se prohíbe todos estos delirios, cuando confiesa “que el Evangelio de San Marcos, era sin duda alguna de un testigo ocular que siguió *coincidentemente* á Jesucristo, que le *amó y contempló* de muy cerca, que conservó una viva imagen de él, y que debió ser el mismo apóstol San Pedro, como pretende Papias.”

Por lo demás, M. Renan aplica solo á los dos primeros Evangelios esta explicacion legendaria. En cuanto á San Lucas y á San Juan, trata de explicarlos de otro modo.

San Lucas es recusable por un carácter que es precisamente opuesto á la leyenda. No hay duda que es suyo el Evangelio que lleva su nombre, y es una composicion regular ó conforme á las reglas, cual ninguna, *escrita toda ella por la misma mano y en que se admira la unidad mas perfecta*. Pero tiene precisamente el defecto de ser demasiado personal. Es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila; es un devoto sumamente exacto, pero que exagera lo maravilloso, que gusta especialmente de anécdotas, que pone de relieve la conversion de los pecadores, la exaltacion de los humildes. . . . en fin, un Evangelista. Este es su crimen.

Lo cierto es que los Evangelistas nos ofrecen en su unidad superior una admirable diversidad de garantías que han sido caracterizadas por los atributos que se les han prestado. San Lucas justifica particularmente la paciencia y la fidelidad del laborioso animal que le simboliza, por el cuidado que se toma en recoger escrupulosamente todos los elementos históricos que componen su Evangelio. Habitnado á la observacion y á la exactitud por su primer profesion de médico, formado por la elevada ensañanza de San Pablo en el celo generoso de la verdad, principia su Evangelio con este exordio, cada una de cuyas palabras respira la rígida conciencia de un grave historiador que siente todo el peso de su mision y que conoce el fondo,

ya experimentado, de certidumbre histórica sobre que trabaja.

"Porque muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han pasado ó se han cumplido enteramente entre nosotros, segun la relacion que nos han hecho los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la palabra;—me pareció tambien á mi exactamente informado de todas ellas desde su origen, escribirtelas por su orden, muy ilustre Teófilo,—para que conozcas la verdad de todo lo que te se ha enseñado." 1

He aquí la falta de San Lucas, segun M. Renan, la misma que la de San Marcos, la de haber tenido solo el cuidado de no omitir ninguna de las cosas que habia sabido, y no mezclar en ellas nada falso; "como dice Papias."

En cuanto á San Juan, debia naturalmente tener la falta del *Águila*; la de elevarse demasiado en su metafísica del Verbo, que M. Renan confunde con la gnosis de Filon, contra la que precisamente se compuso. No emprendemos defender contra M. Renan la sublimidad del principio del Evangelio de San Juan, que quisieron grabar los neoplatónicos en letras de oro en su academia, ni los discursos de Jesús al instituir la Eucaristía, en que parecen romperse y derramarse sobre los hombres las entrañabilidades de la divina caridad, y en el que tiene M. Renan la desgracia de ver, solo un proceder facticio, y adornos retóricos. Todo esto para deducir que los discursos que contiene no son de Jesús, porque se habla en ellos demasiado de su divinidad; es decir, porque se manifiesta su divinidad en ellos.

Pero ¿qué importa esto para la demostración general que queremos sacar de la obra de M. Renan, puesto que inclinándose enteramente á creer que no son de San Juan aquellos discursos, admite no obstante y aun justifica con toda clase de razones, que tenemos en San Juan, especialmente en la narrativa, un testigo ocular de la mayor autoridad, y que este es verdaderamente el Evangelio "segun Juan" en el mismo sentido que los demás Evangelios son los Evangelios "segun Mateo" "segun Marcos" y "segun Lucas;" es decir, próximamente ó poco mas ó menos (á peu pres)?

M. Renan lo concederá todo, con tal que se le pase este poco mas ó menos. Y en efecto, el partido que saca de él es maravilloso. Escuchadlo:

1 San Luc., 1, 2 y 3. Sobre cuyo pasaje hace Grocio esta reflexion: Significat Lucas se non ante quiesse, quam rerum quas diversi scriptores prodiderant testimonia radicibus inquisivisset, ut ita explorata ab incertis discernens, nihil ipse non bene compertum literis consignaret (*Annot. ad Lucam*).

"Los pormenores (entonces) no son verdaderos segun la letra, sino que son ciertos con una verdad superior; son mas verdaderos que la verdad desnuda, en el sentido de ser la verdad expresiva y elocuente, elevada á la altura de una idea. 1 En las historias de este género, la gran señal que son verdaderas, es el haberse conseguido combinar los testos de modo que constituyan un relato lógico, verosímil y en que nada desentone. "Lo que debe buscarse, no es la pequeña certidumbre de las minuciosidades, es la exactitud del sentimiento general, la verdad del colorido. Los testos necesitan la interpretación del gusto; es preciso solicitarlos suavemente (jesuíticamente, como se diría entre nosotros) hasta que lleguen á coordinarse y suministrar un conjunto en que se hallen felizmente fundidos toda clase de datos." 2 Y de donde quede eliminado todo lo sobrenatural.

¡Oh maravilla del próximamente, del poco mas ó menos!

¿Pero tal vez pregunteis cuál es la piedra de toque, el *criterium* con arreglo al cual M. Renan desecha, admite, coordina, combina y solicita así los testos evangélicos? Porque, en fin, es preciso un *criterium* bueno ó malo. Pues bien, M. Renan es superior á todo criterio. Juzga sin juicio, no se obliga á nada para con nadie, ni aun con respecto á si mismo. Para él nunca es una cosa, verdadera, dudosa ó falsa en si: llega á serlo segun es favorable ó contrario á su interés. No tiene límites ni caracteres: lo verdadero y lo falso; son como los colores en la paleta, los cuales toma, separa, vuelve á tomar, mezcla, gradúa (*nuance*) 3 sobre todo, segun la fantasia de su pincel. Así, ¿dónde ha visto que no sean verdaderos en San Juan los discursos de Jesús y que sea en él digno de una confianza extraordinaria la parte narrativa? En ninguna parte, sino en el interés que tiene en deshacerse de los testimonios de la divinidad de Jesús que brillan en sus discursos. Esto es el cinismo, puede decirse, de la arbitrariedad y del interés; de tal suerte, que llegando lo arbitrario al mismo arbitrio, va á dar crédito á estos mismos discursos y á desmentir estos mismos hechos, segun las ocasiones, sin tener en cuenta el juicio arbitrario que ha dado ya en sentido inverso.

Pero direis, esto no es verdaderamente formal y serio. Esto es tan formal, os contestaré, como puede serlo la incredulidad.

1 *Vida de Jesús*, introduccion, p. XLVIII.

2 *Ibid.*, *ibid.*, p. LXV-LXVI.

3 Véase la nota al fin de la obra.

Porque, en definitiva, M. Renan ha salido mal de su empeño; pero ¿quién de los demás incrédulos ha salido mejor que él, no bien ha intentado exhibir las razones de su incredulidad? ¿Es menos repudiado Strauss por el sentido común y la ciencia, porque sea un autor de más peso? Y M. Scherer y M. Havet, que después de haber ensalzado la obra de M. Renan en su conjunto, la desconocen y la repudian en sus pormenores, ¿qué otra cosa mejor ponen en su lugar? Ya lo hemos visto y lo volveremos a ver.

Aquí se hallan de acuerdo con nosotros y con todo el mundo para dejar por cuenta de M. Renan su teoría del *poco más ó menos*.<sup>1</sup>

Digamos en primer lugar, que nada resiste más á esta teoría que el carácter propio de los Evangelios. Ningun historiador les es comparable bajo este aspecto.

*Todo se halla en Jesús, dice Bossuet, su vida, su doctrina, sus milagro.* El Evangelio es un tejido apretado de que no puede quitarse un solo hilo, una jota. En él se enlazan de una manera indisoluble la moral, la doctrina y el relato. El milagro es en él con más frecuencia la ocasión del precepto y el precepto la intención del milagro; y para decirlo todo, el hecho no es en él otra cosa que la moral en acción y la doctrina en resultado. Jesús es quien hace el milagro, pero la fe del fiel es quien lo obtiene, y á quien aprovecha es á nuestra fe para persuadirnos la moral. Así fluyen de una misma fuente hácia un mismo objeto moral, milagro y doctrina, y es tal la solidaridad que los enlaza, que es preciso desecharlos ó aceptarlos á la vez. El Evangelio está como la túnica de Cristo, *sin costura*, y no puede dividirse. Puede también aplicársele aquella célebre frase de San Pablo sobre Jesús, que recae como un anatema de la conciencia

<sup>1</sup> M. Larroche, que á pesar de su incredulidad demasiado notoria, ha conservado una conciencia que esperamos le hará desistir de aquella, dice sobre este punto: "Confieso que no comprendo nada de nada, si se me demuestra que me engaño al declarar que el arte de sustituir á la verdad desnuda la verdad del colorido, de combinar los textos con el gusto, de solicitarlos suavemente, hasta que se les lleva á decir lo que se quiere que digan, es la destrucción de las reglas de una buena y severa crítica admitidas hasta el día; es el arte de los intérpretes pasados, presentes y futuros; y en verdad, que no debería esperarse verlo enseñado por un hombre de tan grande autoridad en materia de erudición como M. Renan."

(Opinión de los deístas racionalistas sobre la VIDA DE JESUS, de M. Renan.)

sobre M. Renan: "En él no hay sí y no; pero en él hay un sí inmutable."<sup>1</sup> Esta es la esclusión, la maldición del *próximamente ó poco más ó menos*.

Y es esto tan cierto, que el mismo M. Renan se encuentra, por no haber rechazado todo el Evangelio, cogido en cierto modo en la autenticidad que ha reconocido en él, sin que puedan librarle de ella sus reservas sobre este punto. El Evangelio se le ciñe, por decirlo así, como otra túnica de Neso, de que no puede desprenderse sin desgarrar en cierto modo á la razón; como acontece en su discusión sobre el milagro de Lázaro.

Por eso, M. Scherer y M. Havet, juzgándose mejor informados, le reprenden sobre este particular.

Nada más instructivo que su crítica. Oigamos primeramente á M. Scherer:

"No se puede llegar á la Vida de Jesús, dice, sin hallar en el umbral una gran cuestión, la del valor histórico de los libros que son los documentos de esta historia. *Dos son los caminos que pueden seguirse sobre esto.* Por una parte, se puede tratar de justificar, ateniéndose á las noticias que nos dan los más antiguos Padres de la Iglesia, que los Evangelios son obras de los escritores cuyo nombre llevan hoy: que los unos emanan de los apóstoles y los otros de los discípulos de los apóstoles, y que por consiguiente todos tienen la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente. Pero podrá suceder, por otra parte, que la crítica encuentre las noticias de los mismos Padres oscuras ó inciertas, que las considere como insuficientes para justificar la identidad de los Evangelios con las de que tuvo conocimiento esta remota antigüedad, y desesperando de su causa, que renuncie á esas estériles investigaciones sobre la paternidad de los libros de que se trata, atendiendo solo al contenido de estos escritos, y decidiendo de su valer por la sola coherencia interna y la verosimilitud de sus relaciones.

"Necesariamente han de ser muy diversas las consecuencias de estos dos modos de ver. Y en efecto, si se consideran los Evangelios, al menos los tres primeros, como una obra en cierto modo impersonal, como una especie de depósito sedimentario que ha dejado la tradición, como una formación gradual, popular y en la que ha sabido procurarse la leyenda un lugar ó espacio considerable,—si, repito, se raciocina así, nada im-

<sup>1</sup> II. ad Corinth., I, 18-19.

"pide ya atribuir los relatos maravillosos é increíbles á este mismo origen. Tenemos ante nosotros un testimonio clásico que se plega á toda clase de dudas y conjeturas, y que jamás se quiebra en nuestras manos porque nunca le pedimos sino lo que puede darnos.

"Pero no sucede lo mismo desde el momento en que nos imaginamos tener á nuestra vista testigos oculares de la historia evangélica, relatos de los propios compañeros de Jesús, ó bien recuerdos de los discípulos de sus discípulos. Entonces cambia completamente la posición del crítico; tiene que habérselas con relaciones de prodigios, con historias de mares aplicados y de muertos vueltos á la vida, y no pudiendo explicar ya estos relatos por los hábitos bien conocidos de la tradición, y hallándose cara á cara con un escritor que dice: lo he visto y lo he oído, se halla obligado el historiador á recurrir á la suposición de algún fraude. Le harían pasar por muerto la hermanas de Lázaro. El mismo Jesús se prestaría, aunque á pesar suyo, á estas supercherías. Así es como se ve obligado M. Renan, por sus miras sobre la autenticidad de los Evangelios, á hacer hipótesis que no solo han escandalizado á los fieles, sino que con ellas, estoy firmemente persuadido de esto, se desconoce gratuitamente la candidez y la pureza del predicador de Galilea." — "He aquí las censuras que no pueden dejar de hacer á M. Renan sus admiradores."

No parecerá sobrada larga esta cita, si consigo sacar de ella todo lo instructivo que contiene.

En primer lugar, debemos felicitar á M. Scherer por haber roto abiertamente con M. Renan, sobre la complicidad de fraude que éste presta á Jesús en la resurrección de Lázaro; volviendo sobre esta felicitación en nuestro próximo capítulo sobre los milagros; pero confieso no comprender á M. Scherer en todo lo demás de su crítica, ó mas bien, temo comprenderlo demasiado.

Segun él, M. Renan se ha visto obligado á recurrir á una suposición de fraude para explicar el milagro de Lázaro, desde el momento en que ha reconocido la autenticidad y la autoridad del Evangelio que refiere este suceso. Luego segun M. Scherer, no debió haber reconocido esta autenticidad, sino seguir el otro de los dos caminos que hay respecto al valor histórico de los Evangelios, á saber; el de no atribuirlos á los escritores cuyo nombre llevan y ver en ellos solo un depósito sedimentario que ha dejado la tradición, un testimonio elástico que se plega sin dificultad á toda clase de conjeturas.

Pero yo creo que la falta que le censuráis haber cometido á la salida del camino que ha tomado, la cometéis vos mismo á la entrada del que le aconsejáis que siga. El partido de evitar reconocer la veracidad de los Evangelios no es menos grave que el de, habiendo reconocido esta verdad, venir á desconocer la candidez y la pureza del predicador de Galilea, y aun es mas grave, en cierto sentido, porque no concede nada á la verdad y la niega desde el principio.

Y ¿no sería, pues, una cuestión de táctica y no de crítica, esta gran cuestión sobre el valor histórico de los Evangelios que se levanta en el umbral de toda la Vida de Jesús? ¿Tendría tal fuerza en vosotros, señores, el partido sistemático de incredulidad, que fuera indiferente la verdad sobre este punto (segun vosotros no obstante, decisivo,) ó que por lo menos solo se la debiera conocer para evitarla mejor?

Los dos son los caminos que hay que seguir sobre esto, direis por una parte, se puede reconocer que tienen los Evangelios la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente (y esta es vuestra opinion personal expresada al fin de vuestro artículo de 28 de Julio de 1863); pero por otra parte se podría, decir, ver solo en ellos una leyenda, é insinuais á M. Renan que hubiera debido seguir este camino. Pero si tiene alguna parte la verdad en una cuestión en que debe ser el todo, me parece que no puede seguirse uno ú otro camino *ad libitum*, y sobre todo, como por seguir alguno, dejar el verdadero por el falso. Sobre esto no puede haber mas que un camino, y es el verdadero; es precisamente el que aconsejáis que se evite. Pero yo felicito mucho mas á M. Renan por haber entrado en esta única vía, confesando la autenticidad de los Evangelios, que lo que os felicito á vos, por no querer salir de ella con él, imputando á Jesús una impostura. Porque en definitiva, M. Renan ha sido torpe á costa suya, y vos sois diestro á costa de la verdad.

Pero no, él no tiene el mérito ni el demérito de esta torpeza; puesto que ni vos ni él podeis negar la autenticidad, la autoridad histórica de los Evangelios, y no dudeis, que quien no ha retrocedido ante el ultraje á la persona, no hubiera retrocedido ante la idea de formar un proceso á la historia de Jesucristo, si hubiera sido sostenible.

El sistema de la leyenda ha quedado enterrado definitivamente con su autor, con Strauss. Esto no ofrece duda. M. Renan sabe mucho mas que vos sobre ello. Y si no os basta su

autoridad, oid también á M. Salvador, á quien su doble hostilidad de judío y de racionalista, no impide reconocer que: "Jamás podrán sostenerse estas hipótesis ante el Nuevo-Testamento."—"El lenguaje oriental y muchas veces sublime de estos libros les da un sello general de autenticidad y de sinceridad."<sup>1</sup>—"Léjos de desaprobar las diferencias que se encuentran en este cuádruple monumento, constituyen estas diferencias su verdadera riqueza; y lo agrandan, conservando en él la huella involuntaria y sencilla de los hombres y de las circunstancias."<sup>2</sup>—"Las tradiciones de los cuatro evangelistas concuerdan con todas las obras de los apóstoles y con la multitud secundaria de relatos apócrifos. Es imposible, después de un examen reflexivo, no adoptarlas en su conjunto como monumentos verdaderos."<sup>3</sup>

M. Renan ha sacado, pues, todo el partido posible de la situación en que ha puesto la ciencia á la incredulidad, ganando la ventaja de un *poco mas ó menos*.

Esto es, no obstante, lo que M. Habet le perdona menos aún que M. Scherer; sin duda, porque tiene por sí mejores recursos.

Fuerte con su confianza en estos, se arriesga á razonar resueltamente:—"En ciertos momentos, dice, se complace M. Renan en creer que oye á Mateo en el Evangelio que lleva este nombre, y á Juan en el cuarto y en los otros dos á los otros dos [*sic*] compañeros de Jesús. Queda indeciso y vago, y dice: "Son *poco mas ó menos ó próximamente* los autores á quienes se atribuyen," como si pudiera haber sobre esto *poco mas ó menos*. O bien: "No me atrevo á persuadirme que se haya escrito *enteramente* el Evangelio mas antiguo por pluma de un antiguo pescador de Galilea," no obstante, sería absolutamente imposible, distinguir lo que acepta y lo que rechaza."<sup>4</sup>

Esto tiene un sentido muy claro: solo falta sacar la consecuencia de que los Evangelios no son *próximamente ó poco mas ó menos*, sino *enteramente* de los autores cuyos nombres llevan, —y esto por todas las razones que ha dado M. Renan sobre ello.

Pero M. Havet es demasiado consecuente con la incredulidad

<sup>1</sup> *Jesús y su doctrina*, lib. II, p. 492.—Prólogo, p. 8.

<sup>2</sup> *Ibid.*, lib. II, pág. 167.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 164.—Véase también un excelente opúsculo de M. Atanasio Coquerel, *contestacion al libro del doctor Strauss, LA VIDA DE JESUS*. París, 1841.

<sup>4</sup> *Revista de Ambos Mundos* del 1º de Agosto de 1863, pág. 532.

para serlo con la verdad, y no ha hecho uso alguno de la razón, con respecto á nosotros. De que no pueden los Evangelios ser poco mas ó menos verdaderos, deduce que son enteramente falsos.<sup>1</sup> Pero mas prudente en esto que M. Renan, lo hace de modo que no se compromete, á la manera que los oráculos.

"Formaría una verdadera obra por sí sola, dice, un tratado completo sobre la redacción de los Evangelios; yo no puedo hacer aquí este tratado, y me es imposible toda discusión: *solo puedo enunciar sin probarlo, lo que pienso*. Pienso, pues, que no solamente no escribió nada Jesús, sino que tampoco escribieron nada los compañeros de Jesús; que, en su consecuencia, no es auténtico ningún Evangelio, ni ninguna parte de Evangelio, y que no hay mas escrito auténtico en lo que se llama "Nuevo Testamento que las *Cartas de Pablo*."—He dicho.

Esto es espedito. Se ha hecho mas que cortar la cuestión; se la ha suprimido por autoridad del libre pensador. No se trata, pues, ya de si son falsos los Evangelios y por qué son falsos; no hay ya Evangelios, ha desaparecido el cuerpo de la discusión, y no tenemos mas que mirarnos unos á otros. Todo eso lo ha verificado el *yo pienso, pues*, y no hay sino preguntar si M. Havet se ha convertido en *Aristóteles*, y si nos hallamos nosotros en la *edad media*.

Porque en efecto, estos señores quieren volvernos á la edad media; pero á una edad media de materialismo y de ateísmo, así como la primera edad media lo fué de metafísica y de fe.

Mas como todavía no estamos enteramente en ella, me permitiré decir francamente á M. Havet, que es ponerse igualmente fuera de discusión el suprimir ésta; que quien ha obtenido la honra de un elogio como el que le tributa M. Sainte-Beuve, al decir que "es un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos cada vez una obra maestra de crítica en su género," debe cuidarse algo mas de justificarlo; que, cuando se emplean así tres ó cuatro años para reunir sus pruebas, no se puede alegar, tanto como cualquiera otro, el derecho de escusarse de presentarlas; que vale mas permanecer, en este caso, en silencio, y que siempre hay tiempo para callar, cuando no se está en situación de hablar; que si es-

<sup>1</sup> Hasta tal punto, que M. Havet, profesor en el colegio de Francia se ha atrevido á escribir estas líneas: "Aun en los Evangelios, no se halla *absolutamente* borrada ó eclipsada la verdad, pues se encuentran en ellos rastros que la revelan."

to es verdad con respecto á toda tésis por poco que se la niegue ó combata, y sobre la que no se tiene entera evidencia, es ineficaz respecto de un *mentis* dado al Evangelio y á la fe del género humano, dado á la evidencia histórica, á la ciencia misma adormecida, y á una verdad que reúne en su favor todos los partidos.

Sepa, en efecto, que el mismo Strauss conviene en que á fines del siglo segundo despues de J. C. y segun vemos por los escritos de San Ireneo, Clemente de Alejandria y Tertuliano, nuestros cuatro Evangelios eran reconocidos como procedentes de los apóstoles y de discipulos de los apóstoles entre los ortodoxos<sup>1</sup> y que como documentos auténticos sobre Jesucristo, habian sido separados de una multitud de documentos semejantes.<sup>2</sup> Hay mas, Strauss conviene con el testimonio de Justino, de Papias y del mismo Celso, en "que han debido formarse la mayor parte de los relatos evangélicos durante los treinta y algunos mas años transcurridos entre la muerte de Jesus y la destrucción de Jerusalén;"<sup>3</sup> y en su consecuencia, á vista de los apóstoles, y por ellos ó sus discipulos.

¿Y se atreve M. Havet, á rechazar los Evangelios, contra tales pruebas mas allá de la generacion apostólica, es decir, hácia el siglo segundado? Fácil es de concebir, que *no puede hacer mas que enunciar esto sin probarlo*. Pero lo que no se concibe es, que ni siquiera lo enuncie. Es verdad que dice lo que *piensa* y que sobre todo es libre pensador, y como tal, dispensado de toda prueba, emancipado de la ciencia y de la razon, para emanciparse mejor de la verdad y del Evangelio.

Y aun respecto de éste, no lo está, puestó que admite las *Epistolas* de San Pablo.

Estas epistolas, en efecto, así como los *Actos* que son su relato, suponen por do quier el Evangelio quiero decir, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesus y su doctrina; de ellos están impregnadas estas epistolas, ó por mejor decir, ellas son el Evangelio mismo predicado, y si no existieran los Evangelios podrian sustituirlos. Si pues se rechazan tambien estas epistolas, es decir, la historia misma entera de los orígenes del Cristianismo, no se prueba nada contra la causa cristiana esta se sostiene en toda su fuerza. Las escrituras del Nuevo Tes-

<sup>1</sup> Y tambien entre los herejes.—Véase San Ireneo.

<sup>2</sup> Strauss, *Vida de Jesus*, introduccion, § 13.

<sup>3</sup> *Ibid.*, *ibid.*, § 14.

tamento se hallan ligadas entre sí con tan fuerte nudo, con tan íntima correlacion, que no puede menos de recibirlas á todas como auténticas ó de rechazarlas todas como supuestas. En todas ellas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Así, el libro de los *Actos* contiene lo esencial que contienen los Evangelios. Son ininteligibles las epistolas de San Pablo, si no se admiten los Evangelios y los *Actos*. Las epistolas de San Pedro, de Santiago y de San Juan, se refieren manifestamente á las de San Pablo. Ninguna de ellas, en fin, ni aun la de San Júdas, no obstante ser tan corta, dejan de recordar todos los fundamentos del Cristianismo, ya respecto de los milágnos, ya en cuanto á la doctrina. No es, pues, aquí posible elegir, porque no podria escepcionarse nada que no hiciera revivir todo lo demás. Para esta escepcion seria forzosa romper las tablas de la historia, y aun así, cada uno de sus menores fragmentos reflejaria la divina figura de ese Cristo que es su ley, y no se habria hecho mas que multiplicar sus testimonios.

Hé aquí á lo que se ha espuesto la incredulidad, saliendo de la negativa y arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la ciencia y de los hechos. Por mas que diga M. Scherer, hubiera hecho mejor en *continuar eludiendo la dificultad*, y en mantenerse en la irracional negativa á que quiere hacerla volver M. Havet. El público que no tiene tiempo para remover estas cuestiones y que no siempre cree á los hombres especiales, bajo su palabra, hubiera podido creer que habia siempre algo que contestar á los apologistas cristianos, y que el silencio ó el sarcasmo de los espiritas fuertes ocultaba algunas elevadas razones para no rendirse. Pero M. Renan ha desgarrado el velo, presentando desnudo todo lo que puede contestar la incredulidad, es decir, todo lo que no puede ó á que no tiene nada que poder contestar. Ha hecho mas; ha comprometido para siempre su causa por medio de confesiones de que no podrá desdecirse la incredulidad, por mas que se haga, y que arrastran fatalmente á las consecuencias mas monstruosas para la razon y la conciencia, si no vuelven á conducir á la fe.

Hé aquí lo que va á demostrarse mas y mas en la serie de este trabajo.

tener razon sobre esto; y creo poder decir que somos absolutamente dueños de la situacion.

Este baluarte del milagro es nuestro, y la incredulidad ha caído en él; y de tal manera, que todos sus esfuerzos para salir, no harán mas que estrechar el círculo de razon que en él la retiene y la sitia retorciendo sus propios argumentos. Solamente le quedará un recurso, como de ordinario; el de precipitarse por encima de la razon é ir á estrellarse contra la conciencia; al menos M. Renan que es siempre atrevido en materia de absurdo, porque M. Scherer y M. Havet tendrán el buen instinto de no seguirle, si bien quedarán aprisionados por la verdad.

Esta parte de nuestro trabajo reclama particular atencion, no porque aparezca oscuro, sino por ser nueva su claridad; esperamos que se nos siga en el paso á paso.

Creemos que no es pretender demasiado, sacar de prodigios verdaderos y justificados, una simple presuncion de ser admisibles otros prodigios que se hallan en cuestion, pues que esto no es mas que ir de lo conocido á lo desconocido y proceder por analogia.

Si un ser extraordinario, tan extraordinario como por confesion de todos es Jesucristo, ha formado dos clases ó ordenes de prodigios, de las cuales vemos una y no la otra; el orden ó la clase de prodigios que vemos, deberá recomendar á nuestra atencion el que no hemos visto, y que solo se apoya en testimonios; porque ¿no ha de haber entre estas dos clases de prodigios, no solamente relacion de analogia, sino relacion de presuposicion, relacion de medio á efecto?

Pues bien, esto es lo que tenemos en Jesus y en su Evangelio. En el Evangelio se dice que Jesus mandaba á la naturaleza, que daba vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, y que resucitaba á los muertos: esto es lo que no hemos visto nosotros. Pero al mismo tiempo se relata en él, que decia á los pescadores de las playas de la Judea, á un Simon, á un Santiago, á un Juan: En adelante sereis pescadores de hombres; y vemos que lo hizo, como lo dijo. Leemos tambien que dijo: Cuando yo sea elevado de la tierra, lo atraeré todo á mí, y vemos que lo hizo tal cual lo dijo. Leemos tambien que dijo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

## CAPITULO VIII.

## LOS MILAGROS.

Triste tarea es, en verdad, la que nos hemos propuesto: triste para la fe, y mas triste aún para la razon; porque si ofende á la fe la obra que examinamos, al menos la sirve de alguna utilidad, y es una gloria de la fe, como dice Pascal, tener por enemigos gente tan falta de razon, y aun viene á demostrarla, vengándola, el perder así el sentido los que la atacan. Pero qué espectáculo mas humillante el de ese miserable estado á que se ve reducida la razon por la impiedad! No parece sino que hacemos aquí un curso de *clínica* intelectual, en el que solo tratamos de instruir á nuestros semejantes, esponiéndoles las enfermedades del entendimiento. Hasta la ironía que nos vemos obligados á emplear con frecuencia para poner mas en claro la falta de razon, redobra mas en nosotros esta tristeza, por la complacencia que supone y que se halla en oposicion con la piedad profunda de que estamos penetrados.

Pero así es forzoso. Para verificar mejor la operacion que hemos emprendido, continuaremos dominando la emocion que nos causa, y á properecion que la verdad lo exija, nos veremos obligados á humillar para instruir y aun á lastimar para curar.

Hémos aquí en el baluarte de la incredulidad, en lo sobrenatural y en el milagro. Sobre ello no hace la menor confesion ni reconocimiento, todo es resistencia. No hay *poco mas ó menos*, ni *aproximadamente*; es un *nada esencial* como dice M. Havet. Atrinchérase en lo sobrenatural y nos dice: Probad lo contrario. Levántase un muro de imposibilidad, de inflexibilidad científica, y no se quiere ni aun parlamentar ni admitir discusion; ó todo ó nada.

Pues bien; esta exclusivá é intratable resistencia, es solo una prueba de debilidad ó de desesperacion. Nada mas fácil que

sia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y vemos que ha sucedido según lo dijo. Finalmente, leemos que dijo: *Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; como yo he sido enviado, yo os envío; id, pues, e instruid á todas las naciones enseñándoles á observar lo que os he mandado, y estad seguros de que estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos:* y vemos que lo ha hecho como lo dijo. Me limito á estos prodigios entre otros muchos. Prodigios dobles, prodigios de hecho y prodigios de predicción. Nosotros los vemos; desarróllanse y se agrandan aún, desde hace diez y ocho siglos á nuestra vista. Nosotros mismos somos éstos prodigios. No es necesaria una comisión para justificarlos. El mundo era pagano y se ha hecho cristiano. ¡Cómo! Por una Cruz. El mundo ha permanecido cristiano contra todas las sublevaciones del infierno, y se ha conservado aún cristiano. ¿Por quién? Por el sucesor del primer Pedro. Nosotros vemos esto, y esto es un prodigio. El Cristianismo es un milagro, *el mayor de todos*, como lo llama M. Prondhon<sup>1</sup>

Pues bien, yo digo que este milagro, *el mayor de todos*, que estamos viendo, debe predisponer nuestra creencia á favor de los menores milagros evangélicos que no hemos visto; y que el gran Lázaro del género humano, resucitado y andando aún delante de nosotros, debe servirnos de prenda segura del Lázaro de Betania que solo vemos en el testimonio del Evangelio.

Podría decir también que vemos á este en aquel, y que sería un milagro más grande, que hubiera sido el mundo convertido sin milagros. Pero me limito á lo espuesto y entro más directamente en la cuestión.

## II.

En primer lugar, me encuentro con la objeción de la *imposibilidad*, y principio oponiéndole, antes de entrar en raciocinios, el sentido común, aquel buen sentido galo de Montaigne: "Es una necia presunción, dice, ir desdenando y condenando como falso, lo que no nos parece verosímil; vicio común en los que creen tener una capacidad superior á la general. Condenar así resucitamente una cosa por falsa é imposible, es atribuirse

<sup>1</sup> "Agréguese á esto, el prodigioso establecimiento del Imperio, la maravilla más grande, antes que llegara á ser el cristianismo *el mayor de todos los milagros.*" (*De la justicia en la Revolución y en la Iglesia.* t. III. p. 133).

"el mérito de tener en la mente los límites y señales de la voluntad de Dios y del poder de nuestra naturaleza, y no hay mayor locura en el mundo que reducir estos á la medida de nuestra capacidad y suficiencia. Cuando leemos en Bouchez los milagros de las reliquias de San Hilario, lo dejamos pasar, porque no es bastante grande su crédito para privarnos de la licencia de contradecirle; pero, me parece una imprudencia singular, condenar de una plumada tales historias. . . . Es un arrojado peligroso y trascendental, además de la absurda temeridad que en sí envuelve, el despreciar lo que no concebimos: porque después que habiendo fijado, conforme á vuestro peregrino entendimiento los límites de la verdad y de la mentira, se ve que teneis que creer necesariamente cosas más extrañas que las que negais, os veis obligado á abandonarlas."<sup>1</sup>

Ahora raciocinemos en forma.

¿De qué imposibilidad se quiere hablar aquí? Es forzoso explicarla. ¿Es una imposibilidad de principio, una imposibilidad filosófica? ¿O es una imposibilidad de hecho, una imposibilidad de experiencia, del milagro no justificado?

¿Una imposibilidad filosófica y de principio? M. Renan no se atreve á decirlo abiertamente y aun se guarda de ello. Esto sería el ateísmo, según hemos demostrado en el capítulo IV. Pero aunque así se dijera, como hace M. Havel, además de ser forzoso librarse en primer lugar del absurdo del ateísmo, opondríamos el *hecho* y apelariamos de él al testimonio. Contestaríamos como se contestó á aquel filósofo que negaba el movimiento, alegando el hecho, el milagro atestiguado. Diríamos como el ciego de nacimiento, á cuya curación oponían los fariseos que Jesús era un pecador: "Yo no sé si es pecador, solo sé que yo estaba ciego y que ahora veo." Jamás ha podido ni-

<sup>1</sup> Ensayos; lib. III, cap. XI. Causa placer este elevado é ingenioso buen sentido, el cual ha perdido por cierto la tradición francesa, gracias á las extravagancias del *libre pensamiento*. Y no hay que decir que fuera Montaigne un espíritu débil. "Yo soy pesado y me atengo á lo sólido y verosímil, dice en este mismo capítulo. Veo que se incomodan y me mandan dudar de ello, amenazándome con injurias execrables; nuevo modo de persuadir! Pero gracias á Dios, no se trata á golpes á mi creencia. Se necesita una claridad luminosa y límpida para matar á la gente; y es nuestra vida sobrado real y esencial para afianzar estos accidentes sobrenaturales y fantásticos." —Pascal, hace sobre esto, la siguiente reflexión: "Cómo odio á los que dudan de los milagros! Montaigne habla de ellos, como debe, en dos pasajes: en el uno se ve cuánto es su prudencia, y no obstante, cree en el otro y se burla de los incrédulos." —Así harán todas las gentes sensatas.

gan supuesto principio hacer callar á un hecho. Si es cierto el hecho, si se halla justificado el milagro, está juzgado el principio, y desde entonces es hacer concebir una presunción contra el principio, prejuzgarlo, oponerse á la justificación del hecho. Jesucristo que se anunciaba como el Principio, se sometía al hecho, apelaba de él al hecho, al grande hecho de sus milagros. Nadie puede autorizarse mas que él con un principio para sus- traerse al hecho.

Si no se nos opone una imposibilidad de principio sino una simple imposibilidad de experiencia y de hecho, entonces se allana la dificultad y desaparece, y no hay ya imposibilidad propiamente dicha. M. Renan conviene en ello: "No decimos nosotros, dice, que es imposible el milagro, sino que no ha habido hasta ahora un milagro justificado ó probado." En este caso contestamos nosotros, procedamos á su justificación, á la información, á la apreciación de las pruebas y de todos los elementos de convicción. Oigamos el testimonio de los Evangelios cuyo carácter directo de autenticidad y de credibilidad habeis reconocido.

De ninguna manera, se replica, ese testimonio es evidentemente falso, aunque verdadero en general; falso de toda necesidad por el solo hecho de tratarse en él de milagros y de tener el milagro en contra suya, no ya una imposibilidad de principio, sino una imposibilidad de experiencia constante: *la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*. "Este gran resultado no proviene, en efecto, del raciocinio, sino del conjunto de las ciencias. No hay sobrenatural. La noción de lo "sobrenatural, con sus imposibilidades, apareció desde el día en "que nació la ciencia experimental de la naturaleza." Tratar de explicar por leyendas los Evangelios, "no es, pues, mutilar "los hechos en nombre de la teoría, es partir de la misma ob- "servación de los hechos," es partir de la grande experiencia, partir del hecho, pero de un hecho tan universal, tan constante, que se eleva á la altura de un principio. "Nosotros manten- "dremos, pues, el principio de critica histórica de que no puede "admitirse un relato sobrenatural como tal, que implica siem- "pre credulidad ó impostura; que el deber del historiador es in- "terpretarlo ó investigar qué parte de verdad, qué parte de "error puede ocultarse en él."

Hé aquí la objeción que se nos opone, la fortificación, tras la

1 *Vida de Jesús, passim.*

cual se atrincheran nuestros contrarios. Creemos haberla es- puesto fielmente, y aun hemos tratado de presentarla con todo su aplomo.

Pues bien, no es otra cosa que el mas pobre sofisma, para deshacer el cual basta solo un soplo. Pero ántes, dejémoslo en pie un momento, y demostremos, que aunque fuera tan verda- dero como es falso, no seria insuperable al testimonio de los Evangelios.

Para serlo, en efecto, seria necesario que fuera absoluto ese *régimen general de la naturaleza*; pero segun vosotros, solo es *general, constante*, no siendo el principio, sino de simple es- periencia. Ahora bien, por raro, por extraordinario que sea el milagro relativamente á ese régimen general, *no es imposible*, vosotros lo habeis dicho, y no podeis desdeciros sin envolveros en dificultades mucho mas graves. Es, pues, un hecho que hay que apreciar en sus testimonios; y la verdad de un hecho no lo es en razon de la frecuencia con que acontece, sino en razon de su *realidad*. Si es real, aunque fuera único, es tan creible como el hecho mas múltiple y constante. Añadiré además, que lejos de disminuirse su verosimilitud por su rareza ó poca fre- cuencia, es por lo contrario, una condicion, tratándose de un *milagro*, que no es tal, sino precisamente porque se sale de la esfera de lo ordinario que se le opone, del *régimen general de la naturaleza*. Finalmente, diré, que cuanto mas os afirméis en ese régimen general de la naturaleza, ménos debeis temer que llegue este hecho excepcional y particular, que no puede menos, segun vosotros, de chocar con él. Si tiene que ser pre- cisamente falso, debe ser falso su testimonio, y entonces ¿por qué no demostrar esta falsedad? ¿Por qué no confundirla? ¿Qué digo? ¿Por qué falsear el testimonio y tomar sobre sí la falta que se le atribuye? ¿Qué! ¿Teneis el mérito de la verdad y os atribuis gratuitamente el demérito de la novela! ¿Y contra quién? ¿Contra lo que llamais la leyenda....! ¿Os constituís juez falso de un supuesto testigo falso! ¿Cuando deberiais estrecharle con preguntas y careos, le cerrais los labios y leis de mirarle cara á cara! ¿Qué digo! ¿Alterais su declaracion! En una palabra, ¿representais su papel, llegando á convertirse él en vuestro juez y en vuestro acusador!!!

Convenid en que de este modo, agregais á la confesion de la autenticidad y de la credibilidad de los Evangelios, un argu- mento singularmente confirmativo. ¿Hasta qué punto es preciso que sea verdadero el Evangelio y sean reales los hechos so-

brenaturales que refiere, puesto que no podeis daros razon de ellos sino es *combinando y acariciando los testos hasta que lleguen á correlacionarse y á suministrar un conjunto negativo?*

Al fin lo comprendeis y ensayais discutir sobre el milagro de Lázaro. ¿Y qué conseguis con esto? Cabriros de ridiculo, y que os desconozcan M. Scherer y aun M. Havet! ¿Y qué otra prueba no dais con esto de la verdad de los milagros evangélicos: ¡verdad tal, que es forzoso huir de ella ó estrellarse contra ella!

En breve volveremos á encontrarnos en este terreno. Por ahora, no podria dejaros mas tiempo en posesion del sofisma que deducis de la *inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*, á pesar de todas las ventajas que me procura contra vos.

¿Qué es esta inflexibilidad del *régimen general de la naturaleza*, que es esta *ciencia experimental de la naturaleza* con la que forma M. Renan como una línea aduanera para impedir que pase el milagro? Es una verdad falseada en su aplicacion.

Es una verdad, en efecto, de tal suerte, que la retengo para invocarla ahora mismo contra el autor de la *Vida de Jesus*, que despues de haber abusado de ella, va á desconocerla y á violarla.

Es verdad que la naturaleza sigue una ley constante, y que cada ser en si mismo, así como en sus relaciones con los demás seres, y todos en este vasto conjunto que presenta la creacion, ofrecen una regularidad solemne, un régimen invariable en su maravillosa variedad. Es cierto que la ciencia experimental de la naturaleza ha descubierto gran número de leyes que constituyen este orden magnifico, y que el universo aparece como un sistema fijo y terminado de que no se aparta la naturaleza. Esto es cierto, muy cierto.

¿Pero qué tiene que ver esto con la cuestion de lo sobrenatural?

Efectivamente, la naturaleza es inflexible en su *orden*, en su *régimen*. La ciencia que lo consigna es la ciencia de la *naturaleza*, la ciencia de los fenómenos *naturales*. Y siendo así, ¿qué significa vuestra objeccion? Significa que la naturaleza es siempre fiel á si misma, que en la *naturaleza*, que *naturalmente*, no ven los ciegos, no resucitan los muertos, son impenetrables las profundidades del porvenir á toda prevision humana. Esto es cierto, sin duda alguna: las leyes de la muerte y del tiempo, son inflexibles é inexorables.

Y el avariento Aqueronte  
No suelta jamás su presa.

¿Pero es esto de lo que se trata? ¿Pretendemos nosotros que resucitara Lázaro *naturalmente*? ¿No se trata aqui de fenómenos *sobrenaturales*, de *milagros*, que solo son tales y solo justifican la intervencion de un ser superior, precisamente porque es naturalmente inflexible la naturaleza, y porque cuando cede, proclama la accion sobrenatural de un Creador?

Los milagros son modificaciones de las leyes de la naturaleza. Para que fuesen imposibles aquellas modificaciones, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*; es decir, que hallase el entendimiento contradiccion en concebir que hubieran podido ser otras que las que son. Ahora bien, las leyes de la naturaleza son constantes, pero no son *necesarias*. No implica contradiccion que hubieran podido ser diferentes, por ejemplo, que en lugar de ser la vida del hombre de cien años á lo mas, hubiera sido de mil, ó que hubiera sido inmortal esta vida, ó que despues de haber abandonado el cuerpo volviera naturalmente á él; que la procreacion se operase por la mujer sola, que no fueran los cuerpos impenetrables ó ponderables, etc. Todo esto hubiera podido ser, y en tal caso, si se verificaran accidentalmente las cosas que son en la actualidad, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion, la ponderabilidad, la impenetrabilidad, etc., se hubieran considerado estas cosas como otros tantos milagros. Este mismo estado actual de cosas, que llamamos *naturaleza*, no fué en su origen mas que efecto de un milagro, y del mayor de todos los milagros, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo que no tiene otro principio ni otra regla que la sabiduria del Ser Supremo, que sostiene esta grande obra por encima de la nada, de donde la sacó. Segun esto, todo el mundo concibe que no siendo lo que llamamos *milagro*, sino una modificacion en la creacion, es decir, un milagro menor en este gran milagro, no puede ponerse en duda su posibilidad. Es manifesto que el mismo poder que ha creado y que crea todos los dias, conservando, puede tambien modificar.

Si se niega este poder, dire que lo prueban los milagros, y que con esta negacion se da ó presenta la razon misma de los milagros.

Los milagros, en efecto, eran los únicos medios de notificar á los hombres olvidadizos y pervertidos, la existencia y la inter-

vencion del Criador. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creacion. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros; estos actos extraordinarios de evolucion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador. No siendo los hechos generales de la creacion indignos, en verdad, de la sabiduria ni de la magestad de Dios, ¿por qué lo habian de ser los hechos particulares? ¿Por qué habia de haber menos magestad en decir á un hombre muerto: *Sal del sepulcro*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplicate*? Asi, pues, la posibilidad y la conveniencia del milagro, se halla demostrada racionalmente con relacion á esa inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, que se le opone de un modo sistémico.

Voy mas lejos. No admito que se tenga sobre el milagro esa sospecha de inverosimilitud que resultaria de ser opuesto á las leyes de la naturaleza. No concedo que sea contrario á él el orden natural y humano. El milagro está *sobre* el orden natural y fuera de él; el milagro es, así como la divina potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural*.<sup>1</sup> No se opone á él el orden natural, y aun puede decirse que aspira á él, como á un estado superior; solo que es *incapáz* de él. En este sentido convendré, y aun tendré que recordar en breve á mis adversarios que lo hayan olvidado, que el milagro no solamente es improbable, sino absolutamente *imposible* segun el orden natural.

Pero segun el orden *sobrenatural*, es el milagro posible, conveniente y aun probable. Está *en el orden*; en el orden *sobrenatural*: hállese tambien en armonia superior con el orden natural, en cuanto se halla preordenado este orden por el *sobrenatural* y en cuanto se refiere á él. En el Evangelio tenemos un resplandor de esta hermosa verdad. Al ir á verificar el Salvador el gran milagro de la curacion del ciego de nacimiento, dijo á sus discipulos, que le preguntaban por qué habia nacido ciego aquel hombre: "No es por causa de sus pecados ni de los de sus padres, sino *para que las obras del poder de Dios se manifestasen en él.*" Asi, hé aqui un hecho *sobrenatural*.

<sup>1</sup> Véase la nota del Censor al fin del tomo.

ral, la ceguera de este hombre, cuya razon de ser, cuya causa final era el *milagro* de su curacion. Asi aparece tambien en aquellas palabras del Salvador sobre la enfermedad de Lázaro: "Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios; *para que el hijo de Dios sea glorificado por ella.*" (S. Juan XI, 4.) Asi es respecto de todos los milagros, y todo el orden natural, si nos fuera posible verlo, se nos apareceria gravitando de esta suerte hácia el orden *sobrenatural* del milagro. ¿Y no se halla la historia de todo el género humano en la del ciego de nacimiento? El género humano era como un solo hombre ciego, cuando fué á visitarle el Hijo de Dios. ¿Para qué habia llegado á ese estado espantoso de ceguera y corrupcion que nos presenta el mundo pagano, sino para que *las obras del poder de Dios se manifestasen en él*; y no se lamenta del poder, sino del amor? Allí está como la ley de la historia enteramente *incomprensible sin Jesus*, segun dice M. Renan, gravitando al rededor de la Cruz y del gran milagro de su triunfo.

En vista de este centro que rige toda su economia, se ha manifestado siempre el orden *sobrenatural* en el mundo, y siempre por medio de milagros. El estado del hombre inocente era un estado constante de milagro. La vida profética de todo un pueblo en el mundo, no fué mas que una serie de milagros, desde la caida, hasta el milagro por excelencia: Dios hecho hombre, sus obras, su muerte, su triunfo. Este triunfo es la dilatacion del orden *sobrenatural*, del solo pueblo judío por todo el universo, y su perpetuidad victoriosa y maravillosa en la Iglesia, prolongándose á nuestra vista en el porvenir.

Véase, pues, que el orden *sobrenatural* tiene su régimen general de fenómenos como el orden natural, y lejos de chocar entre sí estos dos órdenes, se encañenan subordinándose en la armonia mas magnífica. En su consecuencia, el milagro no es una monstruosidad contra la que haya que ponerse en guardia, y menos aún una imposibilidad que tenga contra sí la naturaleza y la historia. Tiene á su favor, en principio, el poder y el amor de Dios, inclinado á darse á los hombres; en hecho, la historia de la Religion desde el origen del mundo, cuyas revoluciones domina.

¿Es esto decir que no sea el milagro una cosa extraordinaria, insólita, árdua, y que deba creerse ligeramente todo lo relativo á milagros? Lejos de esto, es necesario experimentarlo todo, por respeto, no digo solo á la razon, sino á la fe, que salva en esto á la razon de todos los extravíos de la credulidad, como se ha

visto en todos los siglos. Pero es necesario experimentarlo todo con propension á creer en el amor de Dios y en sus prodigios. Será una prevención si se quiere, pero una prevención legítima y bien aplicada, que no dispensa de la crítica, pero que la hace mas conforme á su objeto, mas filosófica en el verdadero y buen sentido de la palabra. Estar prevenido favorablemente respecto de un amor que nos ha dado ya tantas prendas y seguridades, no es mas que un acto de justicia.

## III.

Hémos aquí bien léjos de M. Renan, tanto como él lo está de la verdad. El no ve en el milagro sino lo que no hay en él: una cuestión de química y de física, un prestigio ó una ilusión de Hume, una suerte á lo Roberto Houdin. Y no ve nada de lo que hay en él; un fenómeno moral y religioso, un testimonio del amor divino en la fe del hombre, que tiene su foco en la unión de este amor y de esta fe. ¿Concíbese que se dé un testimonio de amor á la impiedad y al odio; y que se envilezca este soberano Amor hasta darse á sí mismo en espectáculo á sus enemigos? No hay un milagro del Salvador que no haya sido determinado por la fe de los que han sido su objeto, y que no haya tenido por considerando esta frase: *vuestra fe os ha salvado*; y es de observar que Cristo no hizo ya milagros cuando estuvo en manos de los Escribas y de los Fariseos, y cuando compareció ante Pilatos y ante Herodes. Delante de este último, sobre todo, que esperaba verle hacer algun milagro para saciar su curiosidad, no contestó nada Jesús á las diversas demandas que con este objeto se le dirigieron. Nadie hay que no comprenda la dignidad de este divino silencio. Solo M. Renan ve en él únicamente una prudente prevision. Jesús, dice, *se guardó bien de estraviarse en un mundo irreligioso, y guardó para los sencillos los medios que solo eran buenos para ellos.*<sup>1</sup>

De esta falta de inteligencia del milagro ha brotado en el cerebro de M. Renan la idea de su *comision* de fisiólogos, de físicos, de químicos y de críticos, que deben escoger el cadáver, preparar la sala donde debe verificarse el experimento de un milagro de resurreccion, y reglamentar todo el sistema de pre-

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 322.

cauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna. Supone "que se presenta un taumaturgo con garantías bastante formales ó aceptables para ser admitido á discusión, y que se *anuncia* como pudiendo resucitar á un muerto." No ve que un taumaturgo que se *presenta* y que se *anuncia*, no puede ser mas que un embaucador. No comprende que no teniendo el taumaturgo este poder en sí mismo, y no recibéndole sino de Dios, por disposiciones y con un objeto dignos de la santidad y de la sabiduría infinitas, sería esta santidad y esta sabiduría la que tendría que hacer sus pruebas ante esta comision de escribas y fariseos, á quien no bastan las pruebas que han convertido al género humano, y que volvería á principiar el drama del pretorio y del Calvario, si tuviera que inmolarse otra vez el Amor eterno. ¡Mas les vale que no vuelva! Porque entonces si que sucedería que "aquellos dardos de elevado sarcasmo, comparados á los cuales los de Sócrates y de Molière no hacen mas que rozar la piel, vendrían á inscribirse en letras de fuego en su carne hipócrita, y llevarían el fuego y la rabia hasta el fondo de sus huesos." Entonces reconocerían á Dios en estos dardos, mas que en el milagro.

Y no obstante, no es lo que mas chocha la idea de una comision en sí misma. Esta idea es excelente y solo tendría el defecto de ser algo atrasada, si no fuese un plagio.

Y en efecto, leemos en el Evangelio que "subiendo Jesús á una eminencia, llamó á sí á los doce que él habia escogido para estar con él y para ser sus testigos en Jersalén, en Judea y en Samaria, y hasta en los confines de la tierra y hasta la consumacion de los tiempos."<sup>2</sup> Hé aquí la gran comision que no ha cesado de funcionar desde entonces; comision permanente de la Iglesia, siempre vigilante para afianzar á la credulidad humana contra las falsas doctrinas y los milagros falsos, y para afianzar la verdadera doctrina y los verdaderos milagros contra la incredulidad; doble garantía que debe presentar toda comision que tenga por objeto la verdad.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 334.

<sup>2</sup> San Marcos, III, 12.—Actas, I, 8.

<sup>3</sup> Hallándose en Roma un caballero inglés protestante, le dió á leer un prelado amigo suyo, una informacion que contenia la prueba de muchos milagros. Después de haberla leído con suma atencion, dijo volviéndosela: "Si todos los milagros que se admiten en la Iglesia romana estuviesen justificados con pruebas tan evidentes como estas, no tendríamos dificultad alguna en suscribir á ellos.—¡Pues bien! contestó el prelado, de todos estos milagros que os parecen tan verdaderos, ninguno ha

No critico pues la idea de una comision, sino la falta de toda precaucion necesaria para no dejar penetrar error alguno en esta comision que presenta M. Renan. Porque, en efecto, M. Renan que toma tantas precauciones contra Dios, ha olvidado enteramente tomarlas contra el hombre, contra el hombre que es precisamente el sugeto del error. Es verdad que elige fisiólogos, fisicos, químicos y criticos.

Mas no por ser uno sábio, deja nunca de ser hombre.

No por haber creído en la religión y no creer ya en ella deja de haber capacidad para la prevencion, el partido sistemático y el resentimiento. Nada de esto se nota seguramente en los escritos de M. Renan; pero en fin, la humanidad es débil, y cuando se trata de un interés tan grande como la fe del género humano, es preciso preverlo todo: es forzoso asegurarse de que, como dice Papias de nuestros Evangelios, solo tenga un cuidado la comision, el de no omitir nada de lo que ocurra y que no se mezcle falsedad alguna.

Por eso yo propondria una enmienda al proyecto de esa comision.

Esta enmienda tendria tres articulos.

El primero, que comenzarian los miembros de la comision ante todo deponiendo todo interés personal, sus honorarios, sus derechos de autores, sus prebendas, etc., así como dejó San Lucas su clientela, San Mateo su banco, y San Juan sus redes.

El segundo, que sellaran su testimonio con su sangre y se dejaran degollar por sostenerlo.

El tercero, en fin, que pudiera asistir todo el mundo á la prueba ó experimentos: "Ni la clase del pueblo ni la gente de mundo son competentes para esto," dice M. Renan con un desdén soberbio en demasia. Nosotros no pensamos como M. Renan; por el contrario, creemos que el gran jurado en esta materia es el público, y que aqui viene bien el adagio: *vox populi, vox Dei*. Despues de todo, para saber si está bien muerto un hombre, si

sido admitido por la congregacion de Ritos, por no haberlos creído suficientemente probados." Admirado el protestante de esta respuesta, confesó que solo una ciega prevencion podia combatir la canonizacion de los Santos, y que él no se habria figurado nunca que llevara tan lejos su atencion la Iglesia romana en el examen que hacia de los milagros.

1 *Vida de Jesus*, introduccion, p. L.

hace tres dias que se le ha enterrado y si huele mal, valen tanto como un químico que jamás le ha visto, sus parientes, sus vecinos, su pueblo, y el olfato de un lugareño vale tanto como el de un crítico. Yo digo como Voltaire: "que me diga una compañía de granaderos unánimemente: *acabamos de ver un milagro*, y creeré en el milagro." Porque confieso francamente que seria para mí sospechosa la comision estando sola y encerrada en una sala. ¿No son conocidas las prevenciones de los sábios contra las cosas superiores á ellos? ¿Cuántas verdades recorren el mundo que no han podido forzar aun las puertas del Instituto para entrar en él? ¿Qué seria, pues, para salir? Por lo demás, M. Renan nos da anticipadamente la medida de lo que seria necesario para esto. ¿No acaba de decirnos que, si habiéndose escogido bien el cadáver por la comision y reconocido como real y efectiva su muerte, designado el local y bien reglamentado todo el sistema de las precauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna, se verificara la resurreccion con tales condiciones, no habria mas que una *probabilidad* (sin duda porque puede ser la resurreccion de un muerto obra de la casualidad), pero que deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, en otros cadáveres y ante otro concurso, sin designar el número de estos experimentos, al fin de los cuales, habiéndose disminuido el interés y la sensacion del milagro á causa de su repeticion, no dejaria de decir, con M. Scherer, que era un fenómeno natural?

¿Hasta qué punto puede la incredulidad hacer desbarrar á la razon! No sucede así respecto del pueblo, que siempre será el gran depósito del buen sentido. Por esto el Cristianismo ha querido siempre tenerle por testigo, sin escluir á los sábios y á los testigos escogidos. Toda la familia humana ha podido asistir á los milagros de la bondad de su Dios. Jesus hacia sus milagros en los campos de Judea, por los caminos y las plazas á la luz del sol y de la publicidad, y ha sido injusto M. Proudhon al decir que solo los presenciaron testigos *privilegiados*; esto va dirigido únicamente á M. Renan. Es cierto que Jesus escogia testigos para consignar y publicar á lo lejos estas maravillas; pero estos testigos se apoyaban en el gran testimonio de la multitud que habia sido objeto de ellos.

Con estas condiciones, y modificada de esta suerte, suscribiriamos á la comision de M. Renan.

Pero ¿quién no ve que entonces no seria mas que una superfectacion de la comision evangélica y apostólica, y que en tal ca-

so debemos atenernos á ésta, al menos hasta nueva orden? Porque, en fin, San Lucas bien vale lo que el colega de M. Renan, M. Littré; San Mateo y San Marcos nos ofrecen tanta garantía como M. Scherer y M. Havet; y en cuanto á San Juan, aunque no renegó de Dios, aunque encaneció en la caridad y lo destruyó el martirio, puede bien aceptarse por M. Renan. ¡Qué será, pues, si llegamos á agregar á éstos San Pedro, San Pablo, Santiago, San Judas, San Estéban, y todos los apóstoles y todos los discípulos, y todos los confesores y todos los mártires, cuyas epístolas, cuyos hechos, cuya vida y muerte son otros tantos testimonios de los milagros, son otros tantos milagros! ¡Y los pueblos y las ciudades y el mundo convertidos, y que volvieron del culto de Serapis y de Venus al de la Cruz! ¡Y el universo romano convertido en el universo cristiano á fuerza de milagros, ó lo que sería aun mas milagroso, sin milagros! ¡Y la Iglesia, en fin, saliendo de este milagro de milagros y perpetuándolo desde hace diez y ocho siglos con el prodigio de la mayor debilidad que gasta todas las fuerzas de la tierra y del inferno, haciendo brillar con esto las del cielo! ¡Qué masa de milagros y de testimonios del milagro! ¡En qué viene á parar al lado de esto el proyecto de comision de M. Renan! Para semejantes experimentos, no hubiera sido suficiente una sala del Instituto: ha sido necesaria la tierra, han sido necesarios los cielos.

Así es que no puede resistir M. Renan, y ábrumado, perseguido por la evidencia, va á refugiarse á un expediente que jamás se adivinaria, cuya salida viene á abrirle caritativamente M. Scherer compadecido de su embarazo.

M. Renan, que tanto nos ha opuesto la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, la ciencia espiritual de la naturaleza, escluyendo hasta la posibilidad del milagro, viene á hacer plegarse este régimen y esta experiencia hasta dar en sí cabida al milagro, como un acto puramente natural.

Ya hemos visto, en efecto, que despues de haber pretendido que la prediccion de la ruina del templo por Jesucristo es tan milagrosa por su precisión ó exactitud, que era absolutamente necesario que se hubiese hecho despues del acontecimiento, no pudiendo sostener esta última asercion en vista de la fecha de los tres Evangelios que refieren esta profecía, no ve en ella mas

que un acto de pura perspicacia. Mas aún, M. Renan explica naturalmente las prodigiosas profecias del Antiguo Testamento, que nos hacen ver claramente, con anticipación de dos, cinco, ocho y aun veinte siglos los acontecimientos mas inimaginables, "gracias á una especie de sentido profético que hace instantáneamente al semita maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir." Generalizando M. Scherer este expediente, invita á M. Renan á no apurarse tanto con los milagros y á librarse de ellos por medio de la presuncion de que, hasta prueba en contrario, debe *tenerse por natural* la causa de todo fenómeno que se dice milagroso, sin exceptuar la resurreccion de un muerto.

Así pues, estos señores oponen osadamente al hecho del milagro, mientras creen poder negarlo, la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza. Pero llega á probarse el milagro, y entonces se firan ó evaden de su carácter sobrenatural con la flexibilidad de este mismo régimen que se abre, por decirlo así, como una válvula por donde desaparece el mayor milagro. Así pues les obedece la naturaleza como á verdaderos mágicos, llegando á ser exclusiva ó capaz de los mayores milagros, á proporcion del interés que tienen en ello.

No obstante, M. Renan comprende que este puede ser un recurso para los casos extremos, pero que no puede abusarse de él, y que es preciso saber abordar atrevidamente el milagro, al menos por una vez, y medir sus fuerzas con él en su propio terreno, cual es la autenticidad del Evangelio.

Esto es lo que trata de hacer explicando la resurrección de Lázaro, con grande espanto de M. Havet y de M. Scherer, que se contristan al verle esponerse á ello. "Este pasaje del volumen de M. Renan, dice M. Scherer, vá á ser, segun puede preverse, el punto de mira de las declamaciones. No dejarán de triunfar los enemigos del autor, de un procedimiento que les parecerá atacar la santidad de la historia sagrada."

¿Cómo es, que M. Scherer, que juzga este procedimiento como nosotros, que preve que lo juzgaremos como él, y que no es seguramente *enemigo del autor*, imputa á enemistad personal este mismo juicio por parte nuestra; y cómo es que llama *declamacion* en nosotros, lo que en él es *convicción*? ¿Cómo si nos fuese menos querida que á él la *santidad de la historia sagrada*, y fuéramos solamente sensibles, por odio preconcebido contra

M. Renan, al honor de Jesucristo! En cuanto á triunfar de la incredulidad, nos hallamos sobrado habituados á ello, para abusar en esta circunstancia de nuestro triunfo. Seremos generosos, limitándonos á citar sus pasajes, si bien acompañándolos con algunas notas. Su enemigo en este caso lo es él mismo, y creemos que no podría tenerlo mas encarnizado. Pero séanos permitido antes hacer la sencilla observacion, de que M. Renan con la esplicacion de un milagro del Evangelio, como modelo de todos los demás, suministra una clase de prueba que deseábamos hace largo tiempo, á saber: la de mostrar con el exámen inverso de la verdad, de los hechos evangélicos, que es tal esta verdad, que no deja á quien rehuse admitirla otro partido que las increíbles puerilidades y los miserables vilipendios que vamos á ver.

“Jesus volvió á su morada querida de Bethania, donde aconteció un hecho *singular* que parece haber tenido consecuencias decisivas sobre el fin de su vida. Causados de la mala acogida que tenia en la capital el reino de Dios, deseaban los amigos de Jesus un gran milagro que causara vivamente impresion á la incredulidad hierosolimita.<sup>1</sup> Debió parecer lo mas conveniente para ello la resurreccion de un hombre conocido en Jerusalén. Aquí debemos recordar que la *condicion esencial de la verdadera critica* es comprender la diversidad de tiempos, y despojarse de las repugnancias instintivas que son fruto de una educacion puramente racional.<sup>2</sup> Es preciso recordar tambien, que en aquella ciudad impura de Jerusalén no era ya Jesus el mismo, habiendo perdido algo de su limpieza primordial su conciencia, por culpa de los hombres y no por la suya. Apurado y hostigado de continuo, no obraba ya por sí mismo: imponiasele sumision y él obedecía al torrente. Y como acontece siempre en las grandes carreras divinas, toleraba ó se veia impulsado á hacer los milagros que exigia de él la opinion, mas bien que los operaba espontáneamente.<sup>3</sup> Es

1 De dónde ha sacado esto nuestro crítico? ¡Hay nada en el Evangelio que tenga relacion con ello próxima ni remotamente, aun solicitando ó acariaciando los textos suave ó violentamente!

2 ¡Cándida confesion! La condicion esencial de la verdadera critica es desprenderse de las repugnancias instintivas del sentido comun: precaucion reclamada por lo que va á seguir.

3 Todas estas cautelosas insinuaciones son seguramente mas irritantes que el fin á que van á parar, á saber: que JESUS era un impostor. Pero se aplaca todo sentimiento de indignacion ante la reflexion de que el Jesus de que aquí se trata, no es el del Evangelio, sino el de M. Renan.

“imposible decidir á la distancia en que nos hallamos, y en vista de un solo testo que ofrece señales evidentes de artificios, de confabulacion<sup>1</sup> si es todo ficcion en el caso presente, ó sirvió un hecho acontecido en Bethania de base á los rumores que se divulgaron. Es preciso reconocer, no obstante, que el giro del relato de Juan, tiene algo profundamente diferente de los relatos de milagros, fruto de la imaginacion popular de que estaban llenos los sinópticos. Añádase á esto que Juan es el único evangelista que tenga conocimiento exacto de las relaciones de Jesus con la familia de Bethania, y que no es comprensible que se hubiera introducido una invencion popular en un cuadro de recuerdos tan personales. Es, pues, verosímil que el prodigio de que se trata, no fue uno de esos milagros completamente legendarios y de que nadie fuera responsable. En otros términos, creemos que pasó en Bethania algo que se consideró como una resurreccion.<sup>2</sup>

“La fama atribuia ya á Jesus dos ó tres hechos de esta clase.<sup>3</sup> La familia de Bethania pudo ser inducida casi sin advertirlo á prestarse al acto importante que se deseaba. Adoraba á Jesus. Parece que se hallaba enfermo Lázaro y que Jesus dejó la Perea á causa de un mensaje que le enviaron las dos hermanas alarmadas. El gozo de su llegada pudo hacer volver á Lázaro á la vida. Tal vez tambien el vivo deseo de acallar á los que negaban, ultrajando, la mision divina de su amigo, impulsó á estas personas apasionadas á traspasar toda clase de limites. Tal vez, Lázaro, pálido aún, á causa de su

el cual solo puede ser capaz de impostura. Sobre esto basta recordar, como él dice, lo que precede en la *Vida de Jesus*. En cuanto al del Evangelio, si se le quiere hallar, no hay mas que considerarlo á la inversa de aquel. Si hay algo que admire en efecto en el milagro de la resurreccion de Lázaro, es la tranquila, serena, conmovedora y divina iniciativa de la bondad de JESUS en el desconcierto y abatimiento de cuanto le rodeaba. Este es quizá el único milagro que no se le demandó, lejos de habérselo impuesto; el milagro mas personal, y si es permitido hablar así, el milagro de la amistad. ¡Oh! cuán desdichada es una alma que distraza así en innoble lo divino!

1 M. Renan ve por todas partes artificios, amaños y confabulaciones, como hombre práctico en ellos: así como un hombre de buena suerte ve por do quiera virtudes frágiles.

2 En otros términos, yo hubiera querido poder negar el milagro, pero me es forzoso confesarlo, y no me queda mas recurso que explicarlo á mi manera.

3 Aquí, la fama es el Evangelio, tan digno de fe en San Mateo, en San Marcos, en San Lucas como en San Juan.

“enfermedad, se hiciera ligar con fajas como un muerto, y encerrar en su sepulcro de familia. Marta y María saldrían a esperar á Jesus, y sin dejarle entrar en Bethania, le conducirían á la gruta. La emoción que experimentó Jesus al ver el sepulcro de su amigo á quien creía muerto, pudo tomarse por los asistentes por esa turbación, ese estremecimiento que acompañaba á los milagros; y queriendo la opinión popular que fuera la virtud divina en el hombre, como un principio epiléptico y convulsivo, deseó Jesus (siguiendo la hipótesis arriba enunciada), ver otra vez al que había amado, y habiéndose quitado la piedra, salió Lázaro envuelto en las fajas y rodeada la cabeza de un sudario.<sup>1</sup> Esta aparición debió naturalmente considerarse por todo el mundo como una resurrección.<sup>2</sup> La fé no conoce otra ley que el interés de lo que cree verdadero. Siendo para ella absolutamente santo el objeto que sigue, no tiene escrúpulo alguno en invocar á favor de su tesis, malos argumentos cuando no producen efecto los buenos. ¡Si esta prueba no es sólida lo son tantas otras...! ¡Si no es real tal prodigio, lo han sido tantos otros...! Persuadidos de buena fe Lázaro y sus hermanas de que Jesus era taumaturgo, pudieron auxiliarle en la ejecución de uno de estos milagros;<sup>3</sup> á la manera que han tratado de triunfar de la obstinación de los hombres por medios cuya insuficiencia conocían, tantos hombres piadosos, convencidos de la verdad de su religión...<sup>4</sup> En cuanto á Jesus, no era dueño, como no lo fue San Bernardo, ni San Francisco de Asís, de moderar la ansiedad de la multitud y de sus propios discípulos, por lo maravilloso. Por otra parte, dentro de breves días iba á volverle la muerte su libertad divina, arrancándole de las fatales necesidades en que le ponía un papel que cada día era mas comprometido y mas difícil de sostener.”<sup>5</sup>

1 M. Renan se olvida de decir que Lázaro llevó la burla hasta permanecer cuatro días en el sepulcro, y oler mal. *Jam fatet, quadriduanus est enim.*

2 ¡Es naturalmente tan necio todo el mundo, excepto los químicos, los físicos, los fisiologistas y los críticos...! ¡y Lázaro que por sí solo tenía mas inteligencia que todo el mundo!

3 ¡Admírese el raciocinio! Siendo Jesus para ellos un verdadero taumaturgo, debió ser auxiliado para hacer el milagro, porque el pudieron auxiliarle supone que debieron auxiliarle.

4 Véase por esto que M. Renan es maestro en el arte de enseñar el fraude piadoso y de escusarlo.

5 *Vida de Jesus*, p. 359-363.

Así, pues, lectores cuya fe en el Evangelio es aún vacilante, ahora teneis ocasión de pronunciáros. Para que no se haya verificado el milagro de la resurrección de Lázaro, (y por este milagro podeis apreciar todos los demás milagros evangélicos), es preciso admitir que acontecieron las cosas como acabais de ver. Leed esa página del Evangelio; á ello os convido y debeis hacerlo; volved á leer despues la de M. Renan y elegid. Sin duda fué despues de haber leído una de estas páginas de M. Renan, cuando debió exclamar M. Delecluze, en su buen sentido práctico: “Lo contrario debe ser lo cierto.”

Despues de haber dicho M. Renan, al principio de su explicación, que *había perdido algo de su limpidez la conciencia de Jesus*, para prepararnos á verle cómplice de impostura, le hace representar sin embargo, un papel inconsciente. Pero al decir al fin para escusarle, que no era dueño de moderar la ansiedad de la multitud por lo maravilloso, le acusa manifiestamente de haberse prestado á ella.

Aquí se alza el escollo en que debía venir á estrellarse el autor de la *Vida de Jesus*: la imputación de impostura á Jesus. ¡De qué precauciones, de qué insinuaciones, de qué evasivas no ha tenido que valerse para amortiguar el choque! Pero esto solo le sirve para aparecer mas culpable, haciendo ver que conoce perfectamente su mal proceder, sin tener la franqueza de confesarlo, practicando él mismo el fraude que atribuye á su héroe; y mas aún, profesándolo. Antes de llegar á este punto, trata de dar primeramente muchas explicaciones.

La primera es la de presentar á su Jesus como el primer incauto, víctima y juguete de la credulidad de que eran objeto sus milagros. “Para él lo maravilloso era lo escepcional; era el estado normal.<sup>1</sup> Ninguna idea de las leyes de la naturaleza demarcaba los límites de lo imposible en su entendimiento ni en el de sus oyentes. Para él no había sobrenatural, porque no había naturaleza.<sup>2</sup> No tenía la menor idea de un orden natural regulado por leyes. En aquel tiempo se tenía la facultad de hacer milagros por una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres, y en que nada había que sorprendiese.”<sup>3</sup>

Ya se comprenderá cuán insostenible es esta primera expli-

1 *Vida de Jesus*, p. 41.

2 *Ibid.*, p. 245-246.

3 *Ibid.*, p. 257.

cacion, cuando se ve precisamente en cada página del Evangelio, la sorpresa, ó mas bien, el estupor de toda la Judea en vista de las maravillas obradas por JESUCRISTO:—*STUPEBANT omnes turbæ et decibant: Numquid hic est Filius David? Conturbati sunt omnes et plus magis intra se STUPEBANT.—Stupebant autem omnes in magnitudine Dei.*<sup>1</sup>—*Porro omnes MIRATI SUNT, dicentes: Qualis est hic quia venti et mare obediunt ei?* etc.<sup>2</sup>—En cuanto al mismo Jesus, obraba estas maravillas con una serenidad divina, es cierto, “porque para él no era lo maravilloso lo escepcional, sino el estado normal.” Tiene razon M. Renan en decirlo. Pero era esto así porque “no demarcara el límite de lo imposible, ninguna idea en su entendimiento ni en el de sus oyentes.” ó mas bien porque él era el señor de estas leyes, y porque esta misma imposibilidad de relajarlas que tenia cualquiera otro que él ó á quien él no hubiera dado potestad para ello, era la gran señal de su divinidad y la condenacion de los que no la reconocian? A esto responden todos estos pasajes en que apela Jesus á sus milagros, como al gran signo de su mision. *Porque el Padre mostrará en mi obras mayores que estas, tanto que os admirareis.* Porque así como el Padre resucita á los muertos, así tambien el Hijo da vida á los que quiere.<sup>4</sup> *Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no tendrían el pecado que tienen.*<sup>5</sup> Y no dice el mismo M. Renan que la curacion de los enfermos era uno de los signos del reino de Dios, de estos grandes signos de que decia el Salvador: *Id y anunciad lo que habeis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos, y son evangelizados los pobres.*<sup>6</sup> Jesus creia, pues, hacer verdaderos milagros.

No era, pues, sostenible esta primera explicacion.

M. Renan arriesga otra segunda: tal es la exaltacion, la locura, la estravagancia: “Admitiriamos, sin vacilacion, dice, que han ocupado un gran lugar en la vida de Jesus, actos que accidentalmente se considerarían como de ilusion y de locura.<sup>7</sup> Las cosas mas bellas del mundo se han verificado en estado de ca-

1 San Mateo, XII, 24.

2 San Marcos, VI, 51.

3 San Lucas, IX, 44.

4 San Juan, V, 20.

5 San Juan, XV, 24.

6 San Lucas, VII, 27.

7 *Vida de Jesus*, p. 266.

“ventura, y toda creacion eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana.”<sup>1</sup>

Esta segunda explicacion y la anterior se destruyen reciprocamente. Es claro, en efecto, que si era lo maravilloso para Jesus un estado normal y si pasaba la facultad de hacer milagros como una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres, y que no tenia nada que sorprendiera, no necesitaba Jesus ponerse en un estado anormal, ni imaginarse que tenia el poder de hacer milagros; ó que, si para creerse con este poder se veia obligado á llegar hasta la estravagancia, era por ser el milagro una cosa muy extraordinaria para él, así como para sus oyentes. No necesito añadir que el Evangelio en que aparece el Hijo de Dios siempre con una serenidad tanto mayor, cuanto mas grandes cosas opera, no deja escusa alguna á M. Renan, de haber tenido que recurrir á esta explicacion de la locura, sobre la que volveremos á tratar mas ámpliamente.

Para evitar M. Renan este escollo, arriesga otra tercera explicacion, á saber: “que á falta de toda ciencia médica en esta época, es muchas veces un remedio decisivo la presencia de un hombre superior, que trata al enfermo con dulzura, dándole por medio de algunas señales sensibles la seguridad de su establecimiento. ¿Quién se atrevería á decir que en muchos casos, y esceptuando las lesiones enteramente caracterizadas, no equivale á los recursos de la farmacia el contacto de una persona predilecta? El solo placer de verla, sana. Una sonrisa, una esperanza, que dé, no es á veces en vano.”<sup>2</sup>

No me atreveré á decir lo contrario, pero sí que esto no se parece en nada á lo que nos presenta el Evangelio, á saber: que ven los ciegos, que andan los cojos, que son curados los leprosos, que oyen los sordos y resucitan los muertos. Esto es lo que jamás hará el contacto de una persona predilecta.

Era, pues, preciso llegar á la sola y única explicacion, de la que nada puede preservar al que no dobla la rodilla ante Carro, su impostura.

“Sería faltar al buen método histórico, dice M. Renan, decidido á arrostrarlo todo, atender demasiado aquí á nuestras repugnancias, y para sustraernos á las objeciones que podría intentarse suscitadas contra el carácter de Jesus, suprimir hechos.”

1 *Idem*, p. 453.

2 *Vida de Jesus*, p. 260.

“que á los ojos de sus contemporáneos, fueron colocados en primer término.”

M. Renan, y es necesario agradecerse, porque en él es bastante raro, presenta aquí francamente la cuestion. La certidumbre de los hechos evangélicos, que la incredulidad moderna (porque la antigua la reconocía), ha negado ó eludido tan tenazmente, está averiguada. Quiero decir, que es cierto que cuantos hechos maravillosos se refieren del Salvador, se han realizado por él, y pasaron á la vista de sus contemporáneos como milagros reales.

“Sería cómodo, añade M. Renan, dirigiéndose á M. Haret y á toda su escuela, decir que estos hechos fueron añadidos por discípulos inferiores á su maestro, quienes, no pudiendo concebir su verdadera grandeza, trataron de realzarle con prestigios indignos de él. Pero los cuatro narradores de la Vida de Jesús, están unánimes en elogiar sus milagros.... Admitiremos, pues, sin vacilar, que tales actos que actualmente se consideran como efecto de ilusion, han tenido un gran lugar en la Vida de Jesús.”

No consiste, en esto ya la cuestion.

Toda ella está en saber, á qué carácter de Jesucristo, en el supuesto de no ser Dios, deben referirse sus milagros.

Ya hemos visto, que ni la esplicacion sacada de la credulidad propia de Jesús y de sus contemporáneos, sobre el estado normal del milagro; ni la inferida del estado anormal de exaltacion y de locura de Jesús; ni en fin, la deducida del contacto de su persona privilegiada, podian resolver la dificultad.

Queda, pues, la última esplicacion, única salida que tiene la incredulidad; la de que debe despreciar como impostor al que no quiere adorar como Dios.

M. Renan no vacila en cortar así la dificultad. Pero, testimonio admirable de la verdad en tamaño ultraje! porque solo corta así la dificultad en Jesús, arrojándose sobre la conciencia humana, con la negacion de sus mas imprescriptibles leyes, con la apologia de la impostura.

Por este medio hace reproducirse en toda su fuerza aquel invencible argumento en que vendrá á encallar toda incredulidad y que ha sido formulado por un gran crítico de esta suerte:

“En mi concepto, es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó llegar á la consecuencia absurda, ya que no in-

“concebible, de que Cristo era un bribon y sus discípulos unos embusteros ó unos tontos, á quienes él engañó.”

Este parecer es de un hombre que verificó una revolucion en la ciencia histórica, con el feliz arrojado de sus investigaciones, el célebre Nieburh.<sup>1</sup> El mismo amor á la verdad que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inalterable de los orígenes del cristianismo, y del gran hecho de los milagros que es su primer fundamento.

Este argumento es admirable en cuanto que atrae á sí á la incredulidad de sus mil fugas, viéndose acorralada y como bloqueada en él, segun lo demuestra hoy M. Renan, cual jamás lo demostró nadie.

Y en efecto:

El mundo fisico se diferencia del mundo moral, en cuanto que las leyes del mundo fisico son constantes en sí mismas, pero no necesarias, y que en su consecuencia, es posible el milagro que las deroga: mientras que las leyes del mundo moral son, no solamente constantes, sino necesarias y absolutas é imposible toda escepcion respecto de estas leyes. La resurreccion de un muerto no implica contradiccion con el poder que ha creado la vida; al contrario; al paso que la mentira implica contradiccion con la verdad y con la conciencia. Cuanto mas nos elevamos á la Potestad que revelan las leyes de la naturaleza fisica, mas posible aparece el milagro; mas nos elevamos á la Justicia que revelan las leyes de la naturaleza moral, mas aparece como imposible su compatibilidad con la mentira. El que se juzga con mas poder para relajar las leyes fisicas, Dios, es el que se concede con menos poder para relajar las leyes morales.

No es, pues, posible dudar, en el caso de tener por una parte leyes fisicas y por otra leyes morales, y que sea absolutamente necesario decidirse entre la inviolabilidad de las unas y de las otras; porque en tal caso, la inviolabilidad de las leyes morales, impulsa á reconocer la derogacion de las leyes fisicas: el milagro.

La creencia en el milagro descansa, por tanto, en la conciencia misma: ella la tiene por garante.

Así se verifica respecto de Jesucristo y sus milagros.

Sus milagros son posibles y son históricamente lo mas justificado que existe.

<sup>1</sup> Véase la Revista británica de diciembre de 1840.

En él es imposible la inmoralidad, siendo él mismo el ideal moral.

Sus milagros son, pues, verdaderos como él mismo, como la conciencia humana en él.

No puede evitarse esta consecuencia si no es negando la identificación de Jesús, con el ideal moral y con la conciencia humana.

Pues bien, todo el mundo en el día tributa á JESUCRISTO este homenaje.

Nuestro ideal moral nos viene del mismo JESUCRISTO, quien ha elevado la conciencia humana á una altura que jamás conoció antes de él; y es el único que la sostiene en ella. "La moral "evangélica, dice M. Renan, es la creación mas elevada que haya salido de la conciencia humana, el código mas bello de la "vida perfecta que haya trazado jamás moralista alguno."<sup>1</sup> Y Jesús permanece siendo para la humanidad, "un principio inagotable de renacimientos morales."<sup>2</sup>

Jesucristo ha llegado á ser nuestra conciencia, la cual no es solamente humana, sino cristiana. Y con esto ha justificado magníficamente lo que se dijo de él, que *era la luz que ilumina á todo el que viene á este mundo*; y lo que dijo de sí mismo: *Yo soy el Principio: yo soy la Verdad.*

Su moral que se autorizó en un principio con sus milagros, nos responde hoy de ello.

Rousseau trataba de esta hermosa verdad, haciendo un círculo vicioso: así decía, los milagros hacen creer en la doctrina, y la doctrina hace creer en los milagros. No hay duda, á la manera que el ave lleva sus alas, y que sus alas la llevan á ella.<sup>3</sup> Y además, no ha habido completa simultaneidad en esta

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 84.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 451.

<sup>3</sup> Una sutileza análoga del ministro Claudio, hizo perder los estribos á la rectitud de Bossuet por un momento, en la célebre conferencia que produjo la conversión de Mlle. de Duras. En este momento fué cuando su hermosa alma, mas preocupada con la salvación de Mlle. Duras que con la humillación de su grande ingenio por una derrota, dijo *in petto* el famoso *Ave María* que le obtuvo, por mediación de la Madre del Verbo, esta hermosa respuesta. "No se nos tache este círculo vicioso. La Iglesia nos hace creer en la Escritura, la Escritura nos hace creer en la Iglesia. Esto es verdad de una y otra parte bajo diversos conceptos. "La Iglesia y la Escritura se han hecho de tal modo una para la otra, y "se acomodan ó ajustan tan perfectamente una á otra, que se sostienen "entre sí, como las piedras de una bóveda y de un edificio se sostienen

recíproca garantía de los milagros y de la moral de JESUCRISTO. Los milagros han comenzado atestiguando la doctrina cuando ésta parecía aún locura al judío y escándalo al gentil. La Cruz ha pasado del Calvario al Capitolio á fuerza de milagros, hasta que llegue á ser su triunfo mismo el gran milagro. Desde entonces, se manifestó mas y mas al alma regenerada la belleza moral del carácter de JESUCRISTO, y se hizo admitir de tal suerte, que en el día es ella la que sostiene la fe en los milagros que la sostuvieron en un principio.

Y en efecto, hállase tan identificada en el día esa belleza moral del carácter de JESUCRISTO con la ley moral, con la conciencia cristiana, que no se la puede negar, ni blasfemar de ella, sin negar esta ley moral, ni blasfemar de la conciencia misma.

¿Quién hubiera jamás imaginado probar esto en hipótesis, como acaba de hacerlo realmente M. Renan?

Pero M. Renan no ha pedido atacar el carácter de JESUCRISTO, sino pasando por encima de la honradez misma, si no es hollando con los pies los primeros principios de la verdad moral. Les ha hecho doblegarse, mas bien que los ha opuesto á JESUCRISTO. Ha profesado "altamente que hay muchos modos de "medir la sinceridad . . ."

Pero de esta suerte ha ido, como hemos dicho, á chocar contra la conciencia, la cual se ha revuelto y protestado contra este ultraje, devolviéndoselo. Todo el mundo lo ha reprobado, no habiéndole seguido ni M. Scherer ni el mismo M. Havet; y como ha dicho muy juiciosamente M. Sainte-Beuve: "No ha precedido en esto á satisfacción de nadie, ni aun de sí mismo."

Y no obstante, si la conciencia humana y cristiana es inviolable, el carácter de JESUCRISTO, que es su principio regenerador, lo es inevitablemente. Y si es inviolable el carácter de JESUCRISTO, si no puede aproximarse á él sospecha alguna de impostura, ha operado sus milagros en la plena verdad y sinceridad de este carácter, y son por lo tanto verdaderos.

Son, pues, verdaderos los milagros evangélicos, segun la conciencia humana, y

JESUCRISTO ES DIOS.

Esta conclusion es tan imperiosa, que no deja otro partido á M. Scherer y á M. Havet mismo, que el de someterse á ella.

"mutuamente. Todo está lleno en la naturaleza de ejemplos semejantes. Yo llevo el baston en que me apoyo; la carne junta y cubre los "huesos que la sostienen, y todo se ayuda ó auxilia mutuamente en el "universo."

Ya he dicho, que no habiendo querido estos críticos seguir la suerte peligrosa de M. Renan, quedaban prisioneros de la verdad.

En cuanto á M. Havet, esto es difícil, porque siempre se evade su *libre pensamiento*, negando la evidencia y dispensándose de probar nada. Sin embargo, reconoce que: "Si es Juan, el "fiel compañero de Jesús, quien refirió el cuarto Evangelio, (y "esto se halla reconocido por todo el mundo, hasta por Strauss, "no hay ya que dudar que pasase en Bethania una escena como aquella, (la resurrección de Lázaro). Por tanto, ó es necesario reconocer el milagro, (cosa á que jamás podrá resolverse M. Renan), ó es necesario suponer un fraude piadoso, y "no se qué ilusión que quiso causarse á los espectadores. De "donde se deduce la singular doctrina que permite al profeta "mentir, (p. 253 de la *Vida de Jesús*), casi del mismo modo que "lo permite Platon á los gefes de los pueblos, y que supone que "en efecto mintió Jesús, alterando así una figura por otra parte tan constantemente ideal en todo el libro."<sup>1</sup> No hay, pues, ya que dudar de la resurrección de Lázaro si es San Juan el autor del cuarto Evangelio; y esto solo es cuestión para M. Havet.

En cuanto á M. Scherer, es más explícita su sumisión. Comienza siguiendo á M. Renan en su pesada teoría de la sinceridad de muchas medidas, y después de cometer esta falta voluntaria, preguntando si se debe estender esta teoría al fundador del Cristianismo, contesta perfectamente: "No vacilo en "negarlo," y aduce las razones deducidas del carácter de Jesucristo que le hacen "rechazar absolutamente," el parecer de M. Renan sobre este punto.

Pero entonces, continúa, vuelve á presentarse la cuestión de los milagros. Y para salir de ella, se arroja en una distinción trabajosamente elaborada entre los milagros grandes y los pequeños, atribuyendo estos arbitrariamente á la leyenda, y conservando aquellos como propios de la historia evangélica, y recurriendo aún, para explicarlos, á una potestad indefinida que no existe, y que se desarrollaba en otro tiempo á favor de ciertas condiciones fisiológicas, bajo el imperio de una vida religiosa intensa, en que predominaba el sentimiento sobre la reflexión, etc., etc., etc. Y todo esto para terminar rindiéndose de esta suerte: "Estamos, pues, reducidos á admitir el milagro bajo

<sup>1</sup> *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de agosto de 1863, p. 525.

"la fe del testimonio histórico. No ignoro que el testimonio "es un apoyo muy débil tratándose de hechos puestos así fuera "de toda experiencia personal; por otra parte, sin embargo, son "aquí los testigos demasiado numerosos, sobrado dignos de fe, "están demasiado unánimes para que se pueda desechar su declaración por simples consideraciones *á priori*."

1. Periódico *El Tiempo* del 28 de Julio de 1863.

davia! ¡Pero qué castigo no espera al que desprecia esta bondad y esta gracia!

*Amice*, dijo él á su discípulo apóstata *quid venisti?* Amigo, á quien yo recogí en mi seno, á quien hice confidente, discípulo y familiar de mis misterios, y á quien alimenté con mi sangre, ¿con qué designio te llegas á mí y me señalas con ese beso, que te señala á ti mismo á la execración del mundo? ¿Por qué esa hipócrita demostración, esa pífida alabanza que oculta tantos odiosos ultrajes y sacrílegos desprecios?

M. Renan no ha cumplido su palabra, y un adversario más franco de nuestra fe se lo ha echado en cara justamente. Él ha prometido que "llegará un día en que acrecentándose la audacia de la crítica con el buen éxito, se atreverá á atacar al "Dios de lo pasado y á mirar cara á cara á Aquel ante quien "se han inclinado generaciones de adoradores."

Y M. Renan no ha mirado á Cristo cara á cara. Le ha contemplado y llegado á él con miradas y pasos oblicuos. "Cuando nosotros hacemos la guerra, dice el adversario de que acabo de hablar, dirigimos al enemigo un cartel en debida forma, y le hacemos frente á cara descubierta y el pecho desnudo. "Nosotros desconocemos (lo cual es un resto tal vez de la antigua sangre gala que así lo exige), á aquel que en vez de llegar á su adversario en actitud abiertamente hostil, le abruma á caricias, al mismo tiempo que le dirige con disimulo golpes mortales."<sup>1</sup>

Pero ¿quién otro de sus enemigos ha mirado jamás á Jesucristo cara á cara? Solamente nosotros, fieles suyos, nos atrevemos á ello, y debemos hacerlo así, porque tomamos en esta faz misericordiosa, ante la cual se velan los ángeles, la confianza y la gracia de que necesita nuestra miseria para acercarse á él y para amarle.

M. Renan, pues, ha procedido valiéndose de falsas alabanzas; pero ha tributado de esta suerte al divino Maestro un homenaje más importante que si le hubiera elogiado francamente y aun más que si le hubiese adorado. El homenaje, en efecto, en este último caso hubiera sido un homenaje particular, y solo hubiera testificado la convicción individual de M. Renan; pero la falsa alabanza tiene todo el peso de la conciencia general que se la ha impuesto á M. Renan, quien ha tenido que transgri-

<sup>1</sup> *Opinión de los deístas racionalistas sobre LA VIDA DE JESÚS, de M. Renan, por M. Larroque, p. 25.*

## CAPÍTULO IX.

## LA PERSONA DE JESUCRISTO.

Hemos llegado ya al corazón de la Verdad, á su persona, á la adorable persona de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, Hijo de Dios y Dios mismo, Palabra de la Omnipotencia que hizo el mundo en su Amor, y que, en testimonio del mismo poder y del mismo amor, rehizo el universo. "Quien despues de haberlo formado, como dice Platon, sobre la fe de las *antiguas tradiciones*, lo abandonó á su libertad, y se retiró, como á un sitio de observación; y habiéndose extraviado este mundo "mas y mas hasta correr, al fin, el riesgo de destruirse enteramente, viéndole en este extremo, y no queriendo que acometido y disuelto por el desorden, se abismase en el espacio infinito de la desemejanza,<sup>1</sup> volvió á sentarse en el timón, reparó lo que estaba alterado ó destruido, reformó y ordenó el mundo y "lo libertó de la muerte." Propias palabras de Platon en la *Politica*,<sup>2</sup> donde segun nuestras profecías incontestablemente, trazaba así por anticipación la historia del Cristianismo, y mostraba, en las tinieblas del paganismo, lo que no ven nuestros filósofos en la luz de la redención.

En cuanto á nosotros, á quienes preservó Dios por su gracia de semejante ceguedad; nosotros, mundo redimido por el que lo formó, que adoramos en Jesucristo al Autor de nuestra existencia y de nuestra salvación, permaneceríamos aniquilados en esta adoración, si no vinieran su bondad y su gracia, velando su magestad y su poder, á librarnos del temor por medio del amor.

¡Qué bondad la que ha espuesto á nuestras blasfemias semejante magestad! ¡Qué gracia la que las reserva un perdon to-

<sup>1</sup> Expresión admirable, puesto que el hombre fué formado á imágen y semejanza de Dios.

<sup>2</sup> Traducción de Cousin, t. XI, p. 337.

con esta conciencia. La ha tentado con un sentimiento que él no hubiera podido desconocer sin sublevarla: ha querido atraer á sus lectores por medio de la idolatría de la humanidad histórica de Jesús, á la apostasia de su divinidad dogmática; y era tan fuerte el sentimiento que ha debido contemplar, que este sentimiento le ha arrastrado á él mismo á homenajes que implican esta divinidad.

Esta disposicion de la conciencia general de nuestra época, conque ha debido contar M. Renan y de que da testimonio su libro, disposicion que no es la fe, pero que es aun menos la impiedad, la hemos consignado en esta página de nuestros *Nuevos Estudios sobre la Virgen Maria y el Plan divino*, escrita hace ocho años.

“Esta empresa (contra el dogma de la Encarnacion, cuyo padlacion es en el mundo el culto de la Virgen Maria), se prosigue en nuestros dias, decíamos, y se proseguirá siempre bajo mil formas toscas ó fingidas. Algunas veces, como en el último siglo, ataca al descubierto y blasfema bárbaramente de Cristo; le crucifica: otras veces, como en nuestra época, le cubre de protestas de simpatía, como con un manto de púrpura, lo cual es un modo de despojarle de su divinidad y decir de él; *¡He aquí el Hombre!* Estrechado el error á veces por la verdad, se trasfigura para esquivarse y se hace cristiano. Reconoce en Jesucristo mas que un hombre, pero no un Dios; ó bien un Dios, pero no el Dios único; ó el Dios único, pero impersonal, el Dios del panteísmo, y así todo lo embrolla y lo confunde, á Dios y el hombre, á la naturaleza y su Autor, para sustraerse á la estricta verdad de Dios hecho Hombre. Para un gran número de neo-cristiano se evapora esta verdad en un sér fantástico y negativo, que no es Dios sino en cuanto no es hombre, y que no es hombre sino en cuanto no es Dios, destruyéndose á sí mismo en su doble naturaleza, suspendido en el vacío entre las dos, y prestándose á todas las combinaciones de la fantasía religiosa, de la cual es un ídolo variable. Error que no es nuevo por cierto, y que el obispo Proclo acosaba y refutaba en el concilio de Efeso, con estas palabras. “¿Cuál es pues, os pregunto, ese Sér que no llega á la grandeza divina y que sin embargo sobrepuja á la codicion de la criatura? Es una cosa que no pudiera comprender jamás el entendimiento humano, porque no queda sitio para quien quiera que sea, entre la cria-

tura y el Criador.” (Concilio de Efeso, Labbe, t. III, pág. 24.)<sup>1</sup>

A esta disposicion ha adaptado M. Renan su *Vida de Jesus*, explotándola.

De aqui su Jesus, ó mas bien uno de sus Jesucristos, porque M. Renan tiene muchos. Primeramente tiene un Jesus *idílico*, despues un Jesus *politico*, y finalmente, un Jesus *frenético*. El Jesus de quien nós ocupamos en primer lugar no es ninguno de estos tres; es un cuarto Jesus bordado sobre todo el fondo, y á quien M. Renan hace aparecer destellando para fascinar la religiosidad del lector: este es el Jesus *heróico*.

Ya los tres primeros no concuerdan entre sí, y son absolutamente inconciliables con el cuarto, y se las han con la verdad.

Vamos á examinarlos sucesivamente, y á sacar de cada uno de ellos y de la incoherencia de su reunion en un mismo personaje, otras tantas pruebas de que el Jesus verdadero es verdaderamente Dios.

Comencemos por el Jesus de concesion, por el Jesus *heróico*, y consagrémosle el presente capítulo.

Este es el menos falso de los cuatro, y aun tiene rasgos verdaderos en que se conoce haber traspasado su autor los limites que habia calculado. No queremos rehusar á M. Renan el mérito de haber sido accesible á la belleza del carácter de Jesucristo: nos tendríamos por felices si encontráramos una esperanza sobre esto, para que no busquemos aunque solo sea una ilusion. Vamos pues á recoger muchos de estos rasgos, algunos de los cuales se dirigen al alma del lector con bastante fuerza para indicar que provienen de la del autor, y por medio de los que quisiéramos poder retenerle en su camino y atraerle al bueno. Espongamos no obstante, para no equivocarnos, lo verdadero y lo falso que hay en ellos.

Lo verdadero que hay en ellos es la grandeza incomparable, *absoluta* del carácter y de la obra de Jesus. Lo falso es, que esta grandeza parte de abajo, parte del hombre, en vez de venir de arriba, de venir de Dios. Es que, en su consecuencia, ella se encarama y estira para llegar á este absoluto que no es propio del hombre y que no tiene aquella sencillez evangélica, en que aparece la perfeccion como lo natural del Hombre Dios.

A beneficio de esta observacion, citemos algunos de esos rasgos del Jesus *heróico*, y nos será fácil mostrar en seguida en lo

<sup>1</sup> *La Virgen María y el Plan divino*, t. I, p. 29 y 30 de la traduccion española.

verdadero que hay en ellos, que testifican la divinidad del verdadero Jesús, del Jesús evangélico.

—“El acontecimiento *capital*<sup>1</sup> de la historia del mundo es la “*revolucion* porque las mas nobles porciones de la humanidad “pasaron de las antiguas religiones comprendidas bajo el nombre vago de paganismo, á una religion fundada en la unidad “divina, en la trinidad y la encarnacion del Hijo de Dios... “El origen de la revolucion de que se trata es un hecho que tuvo lugar en los reinados de Augusto y de Tiberio. Entonces “vivió una persona que por su iniciativa *arrojada* y por el amor “que supo inspirar, *creó* el objeto, *colocó* y puso el punto de “*partida de la fe futura de la humanidad*.”<sup>2</sup>

—“Jesús es el honor comun de quien tiene un corazon varonil.”

—“Sin él es incomprendible la historia *entera*.”<sup>3</sup>

Después de una revista de la impotencia de las diversas religiones *para convertir el mundo*, y de un cuadro del pueblo judío, el pueblo mas conmovedor y mas original del universo que lleva en sí los destinos de la religion de la humanidad, esos destinos, dice M. Renan, “*encontraron al fin su intérprete en el hombre incomparable á quien ha conferido la conciencia universal el título de Hijo de Dios, y esto con justicia*, puesto que hizo dar á la Religion un paso con el que no puede y probablemente *no podrá jamás compararse ningun otro*.”<sup>4</sup>

—“*Todos los pueblos* civilizados hacen datar su era del día “en que nació.”<sup>5</sup>

—“*Ningun hombre* moderno puede sentarse en esta cima de “la montaña de Nazareth en que él se sentó, sin sentir *inquietud* sobre su destino.”<sup>6</sup>

—“*Habiendo excedido su resolucion en intensidad á todas las voluntades creadas*, todavía dirige en los tiempos que *alcanzamos los destinos de la humanidad*.”<sup>7</sup>

—“*Permanece para la humanidad como un principio inagotable de renacimientos morales*.”<sup>8</sup>

1 Subrayamos las expresiones que implican la divinidad de Jesucristo por el carácter absoluto que reconocen en él, como nos reservamos demostrar después.

2 *Vida de Jesús*, p. 1 y 2.

3 *Id.*, p. LIX.

4 *Id.*, p. 18.

5 *Id.*, p. 21.

6 *Id.*, p. 55.

7 *Id.*, p. 46.

8 *Id.*, p. 451.

—“*Cada uno de nosotros* le debe lo mejor que en sí tiene.”<sup>1</sup>

—“*Jesús no tiene igual*; su gloria permanece *entera*, y se “renovará siempre.”<sup>2</sup>

—“Se hizo amar hasta el punto de no haberse cesado de “amarle después de su muerte.”<sup>3</sup>

—“Las *aideas* en que predicó, y de que hablará la humanidad eternamente, tanto como de Roma y de Atenas, han desaparecido, y es dudoso que se consiga nunca fijar los sitios *en que quisiera la humanidad besar la huella de sus plantas*.”<sup>4</sup>

—“Haber hecho de la pobreza un objeto de amor y de anhelo, “haber elevado al mendigo sobre el altar y santificado el traje “del hombre del pueblo, es un *golpe maestro* que puede no afectar mucho la economía política, pero ante el cual no puede “permanecer indiferente el verdadero moralista.”<sup>5</sup>

—“Lo que fundó Jesucristo, lo que quedará de él *eternamente*, es la doctrina de la libertad de las almas. ¿Qué importa al cristiano el dominio pasajero de esta tierra que no es su patria? La libertad para él es la verdad.... “*Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*.” ¡Palabras profundas que decidieron el porvenir del cristianismo! ¡Palabras de un espiritualismo *completo* y de una justicia *maravillosa*, que establecieron la separacion de lo espiritual y de lo temporal, y que colocaron la base del verdadero liberalismo y “de la verdadera *civilizacion*!”<sup>6</sup>

—“Una idea *absolutamente* nueva, la idea de un culto fundado en la pureza del corazon y en la fraternidad humana, ha “*caído* por él su entrada en el mundo.”<sup>7</sup>

—“El Dios de Jesús no es ese Señor fatal que os mata cuando le place, que os condena cuando quiere, que os salva cuando gusta. El Dios de Jesús es vuestro padre. Oyesele escuchando ese soplo ligero que grita dentro de nosotros. “*Padre*...” Allí está su *grande acto de originalidad*; en esto “no es de su raza.”<sup>8</sup>

—“La moral evangélica es la *creacion mas elevada* que ha-<sup>®</sup>

1 *Vida de Jesús*, p. 283.

2 *Id.*, p. 93.

3 *Id.*, p. 443.

4 *Id.*, p. 141.

5 *Id.*, p. 181.

6 *Id.*, p. 348.

7 *Id.*, p. 99.

8 *Id.*, p. 78 y 79.

“ya salido de la conciencia humana, el código mas bello de la vida perfecta que haya trazado moralista alguno.<sup>1</sup> “Per ello somos todos nosotros sus discipulos y sus continuadores; por ello ha colocado una piedra eterna, fundamento de la verdadera religion, y si la religion es la cosa esencial de la humanidad, por ello ha merecido el rango divino que se le ha decretado.<sup>2</sup>”

—“Las máximas de Jesus producen otro efecto enteramente distinto que las de sus antecesores; ni la antigua ley, ni el Talmud son los que han conquistado y cambiado el mundo. Solo Jesus dice la verdad de una manera eficaz.<sup>3</sup>”

—“Por un destino excepcional, el cristianismo puro se presenta aún al cabo de diez y ocho siglos, con el carácter de una religion universal y eterna. Y es que en efecto, es la religion de Jesus, bajo ciertos conceptos, la religion definitiva, y así es que para renovarse no hay mas que volver al Evangelio. El perfecto idealismo de Jesus es la regla mas elevada de la vida pura y virtuosa. El crió el cielo de las almas puras donde se encuentra lo que en vano se pide á la tierra, la perfecta nobleza de los hijos de Dios, la pureza absoluta, la total abstraccion de las manchas del mundo, la libertad, en fin, que solo tiene toda su amplitud en el dominio del pensamiento. El gran maestro de los que se refugian á este reino de Dios ideal, es tambien Jesus. El fué el primero que proclamó el reino del espíritu; el primero que dijo, al menos con sus actos: “Mi reino no es de este mundo.” La fundacion de la verdadera religion es en verdad obra suya. Despues de él no hay mas que desarrollar y fecundizar. Así ha llegado á ser el cristianismo sinónimo de religion. Todo lo que se haga fuera de esta grande y buena tradicion cristiana será estéril. . . . Jesus ha fundado la religion de la humanidad. . . . No se saldrá de la religion esencial que ha criado Jesus: ha fijado para siempre la idea del culto puro. En este sentido, la religion de Jesus no es limitada.<sup>4</sup>”

—“El dia en que Jesus pronunció aquellas palabras (dirigi-

1 *Vida de Jesus*, p. 84.

2 *Id.*, p. 89.

3 *Id.*, p. 89. ¡Qué verdad es esto! Siéntese que Jesus, no solo dice la verdad, sino que es la verdad, y que debe ser creído cuando él lo dice:—Su Divinidad aparece en cada uno de sus rasgos, tan bien marcados algunas veces por M. Renan.

4 *Id.*, p. 414 y 416.

“das á la Samaritana sobre la adoracion del Padre en espíritu (y en verdad) fué verdaderamente hijo de Dios. El dijo por la primera vez la palabra en que descansara el edificio de la religion eterna. Fundó el culto puro, sin fecha, sin patria, el que practicarán todas las almas elevadas hasta el fin de los tiempos. No solamente fué en aquel dia su religion la religion de la humanidad, sino que fué la religion absoluta, y si hay otros planetas con habitantes dotados de razon y de moralidad, no puede ser su religion diferente de la que proclamó Jesus junto al pozo de Jacob. . . . Despues de haber recorrido todos los círculos de los errores, volverá la humanidad á esta palabra como á la expresion inmortal de su fé y de sus esperanzas.<sup>1</sup>”

—“Y esta gran fundacion fué sin duda alguna, obra personal de Jesus. Para hacerse adorar hasta este punto, era preciso que fuese adorable. No hay amor sin un objeto digno de encenderlo, y aunque nada supiéramos de Jesus, si no es la pasion que inspiró deberíamos afirmar aún, que fué grande y puro. No se explican la fé, el entusiasmo, la constancia de la primer generacion cristiana, sino suponiendo un hombre de proporcion colosal.<sup>2</sup>”

—“Bien lejos de haber sido criado Jesus por sus discipulos, aparece en todo superior á ellos. Lejos de haber sido embellecido su carácter por sus biógrafos, lo han presentado menos bello.<sup>3</sup>”

—“Ha quedado, pues, entera la grande originalidad del fundador; y no admite su gloria ningun participante legítimo.<sup>4</sup>”

—“Cualesquiera que puedan ser los fenómenos inesperados del porvenir, jamas será superado Jesus. Su culto se rejuvenecerá sin cesar; su leyenda provocará lágrimas sin fin; sus padecimientos enternecerán los mejores corazones; todos los siglos proclamarán que no ha nacido entre los hijos de los hombres, otro mas grande que Jesus.<sup>5</sup>”

—Reposa, pues, en tu gloria noble iniciador. Tu obra está terminada; tu divinidad está fundada. En adelante, libre de los ataques de la fragilidad, asistirás desde lo alto de la paz divina, á las consecuencias infinitas de tus actos. ¡Por millares

1 *Vida de Jesus*, p. 231 y 235.

2 *Id.*, p. 447 y 448.

3 *Id.*, p. 450 y 451. ¡Qué es entonces del sistema de la leyenda!

4 *Id.*, p. 455.

5 *Id.*, p. 459.

“de años va el mundo á levantarse de ti! Bandera de nuestras contradicciones, tú serás la enseña en torno de la cual se trabee la mas ardiente batalla. Mil veces mas vivo, mil veces mas amado despues de tu muerte que durante los días de tu tránsito por el mundo, llegarás á ser hasta tal punto, la *pie*dra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo, seria conmovérle hasta en sus cimientos. No se distinguirá ya entre ti y tu Dios. Completamente vencedor de la muerte, toma posesion de tu reino, donde te seguirán por la vía real que tú has trazado, siglos de adoradores!”

No hay nadie que no advierta al leer estos pasajes, lo enteramente inconciliables que son con el objeto del libro de M. Renan, á saber: la negacion de la divinidad de Jesucristo; y que no se pregunte, cómo siendo M. Renan tan resuelto y determinado en su sistema, ha podido comprometerlo de esta suerte.

Ya he contestado á esto, diciendo, que M. Renan ha querido de este modo, captarse la simpatía del público, á quien hubiera sublevado, á no sazonar así la blasfemia; pero esto se comprenderá mejor en el capítulo siguiente.

Solo añadiré, en consideracion á lo que me propengo consignar en éste, que M. Renan tenia que hablar así de Jesucristo, por el mero hecho de negar su divinidad, la cual resulta, no obstante, de ello, ¡tan imposible es evitar semejante verdad!

Debia, en efecto, exagerarse al hombre en este Jesus de novela, para llenar el vacío que se hacia negando al Dios, y para que estuviera á la altura de la obra.

Pero al proceder así M. Renan, ha probado la divinidad que negaba del modo mas irrefragable, y que ha causado sensacion á todo el mundo, amigos y enemigos. Esta es la mas palpable de todas las nuevas pruebas que nos suministra su libro.

Y en efecto:

M. Renan no ha podido quitar de Dios en Jesucristo mas que la palabra, pero ha tenido que dejar los atributos: ¡hasta tal punto le ha vencido la fuerza de la verdad, superior á la de su designio! No ha hecho mas que trasponer los atributos de la divinidad á la humanidad.

¿Qué importa que solo le llame hombre, si hace de él un ser que supera la condicion del hombre, si hace de él un Dios? Este hombre elevado hasta el Dios, y este carácter de Dios rebajado hasta el hombre (¡y qué hombre, segun veremos!) forma:

1 *Vida de Jesus*, p. 426.

sin duda una monstruosidad que no es ni Dios ni hombre, y que hace resaltar la verdad, la belleza armónica de Jesucristo, tan perfectamente Dios y hombre á un tiempo mismo. Pero no hace mas que probar mayormente la imposibilidad de desprenderse de esta divinidad; puesto que no se la puede destronar en el Hombre Dios, sin erigirla en un puro *hómure*, y segun veremos, en el mas vil de los hombres.

Ahora bien, es incontestable que el Jesus de M. Renan tiene implicitamente la divinidad.

Nosotros tenemos, en efecto, un *criterio* infalible para distinguir al hombre de Dios: tal es lo *absoluto*, tal es lo *inacoscible*. El hombre es como toda criatura y mas que toda otra criatura, un ser esencialmente *relativo*: capaz de perfeccion en el punto mas elevado, salvo lo absoluto. La humanidad puede siempre superarse á sí misma. Decir que un hombre no podrá ser superado jamas, es decir simplemente que este hombre es Dios. Dios es sinónimo de absoluto.

Sobre esta verdad desarrollada en nuestros *Estudios*,<sup>1</sup> hemos fundado hace veinte años la demostracion de la divinidad de Jesucristo. Esto es en nuestro juicio, una de nuestras mas grandes pruebas. Invitamos, pues, al lector á que la vea en su lugar y en toda su aplicacion á Jesucristo. Trasladarla aquí seria ocupar un sitio que preferimos dedicar á nuestros adversarios.

Confesamos que es satisfactorio para nuestra fé, ver venir á estos á arrojarse á cual mas, á porfia, en las redes de esta verdad, y concurrir á aprisionarse en ellas unos á otros.

Primeramente, M. Renan, que no advierte sus consecuencias, dice y repite, segun hemos visto en todos los tonos y con un lujo de espresiones que hemos subrayado, que Jesus no tiene igual en la humanidad entera, y agota, respecto á él, el vocabulario de lo superlativo y de lo absoluto; no metafóricamente, sino á la letra; de tal manera, que no solo respecto de la humanidad sino tambien de otros *planetas que tengan habitantes dotados de razon y de moralidad*, dice, no puede ser su religion diferente de la que proclamó Jesus junto al pozo de Jacob.

Ahora se encargan M. Havet, M. Sainte-Beuve y M. Larroque de hacer resaltar la consecuencia lógica é inevitable de esta verdad.

1 Tomo IV, cap. II. *La persona de Jesucristo*, p. 37 á la 43 de la edicion 17.

M. Havet:—"M. Renan es á mi juicio, sobrado complacencia con la leyenda sagrada, y acepta con demasiada facilidad, bajo el nombre de Jesús, á un Jesús imaginario, mas grande y mas puro que podría serlo nada humano.<sup>1</sup> M. de Sacy ha dicho: "Si no es Dios-Jesucristo en la obra de M. Renan, es aún el Hijo de Dios; á la verdad no sé bastante por qué ni cómo." Hé aquí este por qué y este cómo, si no me engaño. Si es Jesús en esta obra un hombre especial, *semi-Dios é Hijo de Dios*, un hombre de colosales proporciones si se halla colocado en la cumbre mas elevada de la grandeza humana, si se ha condensado en él todo lo mejor y mas elevado de nuestra naturaleza, si finalmente declara el autor, que no será superado Jesús, y que proclamarán todos los siglos que no ha nacido entre los hijos de los hombres otro mas grande que Jesús, todo esto, á mi juicio, puede traducirse así: Jesús es el único hombre histórico que no tenga historia. Nosotros percibimos la persona real en los demás; en él solo alcanzamos á ver el personaje ideal.... Por mi parte no puedo, pues, creer, que pueda existir nunca en la historia un hombre desproporcionado á los demás hombres. Yo no creo tampoco, que pueda llamarse á hombre alguno el mas grande de los hombres, porque esto es sobrado difícil de graduar y apenas existe superioridad absoluta."<sup>2</sup>

Luego si es Jesucristo tal hombre, no es solamente un hombre.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> M. Havet es injusto en esta censura, por juzgar á M. Renan segun su modo de pensar. No todo el mundo tiene sus exenciones, y M. Havet ignora las graves razones que no permitian á M. Renan usar otro lenguaje.

<sup>2</sup> *Revista de Ambos Mundos* de 1.<sup>o</sup> de Agosto de 1863, p. 590 y 592.

<sup>3</sup> Añado tambien M. Havet, que semejante Jesús no sería objeto de su veneracion y de su amor, porque no sería accesible é imitable. A esto he contestado en los pasajes de mis estudios indicados arriba: "La propiedad de la sabiduria de Jesucristo procede de sí misma, es decir, que es increada. Pero lo que la distingue tambien esencialmente, es que es criadora. ¡Cosa prodigiosa y que solo es puramente divina! Esta sabiduria incomparable que nadie ha podido ni podrá jamás igualar, es al propio tiempo la mas imitable, y la que mas discípulos ha formado. Todos los demás sabios no lograron influir, como dice Voltaire, en las costumbres de la calle en que vivian, y JESUCRISTO ha influido sobre el mundo entero, y todo se ha reformado á su imagen, y ha llegado á ser cristiano.... El es quien ha hecho mas imitadores, y el único que ha permanecido superior á todos sus imitadores. Nuevo carácter de su Divinidad. Porque es achaque de las influencias humanas seguirse en

M. Sainte-Beuve, por su parte, refiere estas palabras de un puro escéptico, sobre el Jesús de M. Renan.—No, "no puedo explicarme que un hombre tal como me pinta el autor á Jesús, pueda ser tan divino, sin ser Dios, al menos en gran parte."<sup>1</sup> En cuanto á mi, solo conozco á los hombres como los conozcon Horacio y todos los moralistas. El mejor es el que tiene menos faltas y vicios: jamás he visto otros de otra estofa. M. Renan nos presenta un hombre cual no lo hubo jamás, y superior á la humanidad; un hombre modelo, tipo. Por lo cual no sé ya qué pensar de él. Para esto, no valia la pena de cambiárle el nombre...."<sup>2</sup>

Finalmente, M. Larroque, dice:—"En las críticas que han hecho de su libro los diversos adversarios cristianos del autor, han recogido estas palabras con regocijo, y se han valido de ellas para atacarle con todo rigor. En efecto, desde luego se ocurria este simple raciocinio:—"El establecimiento de la religión absoluta, es decir, la sola religion perfectamente verdadera, no podría verificarse por un simple mortal, aunque fuera incomparable ó sin par; eran necesarias para tan grande obra la ciencia y el poder de Dios. Si, como decís tan perfectamente, hizo esto Jesús, deducimos de vuestra confesion y contra vos mismo, que Jesús era Dios."—"Lo que podría oponerse á este raciocinio permanente, firme en los principios, no es para

su triunfo, esto es, producir efectos que las aventajan y superan. El discípulo hace olvidar al maestro, y cuanto mas sucesores se da éste, mas rivales se prepara; y esto es facil de concebir, puesto que solo dispone de una fuerza comun á todos, y de la cual él es solo un motor accidental. Solo Jesucristo domina para siempre su propia obra. ¡Y qué obra! En Jesucristo el hombre no desaparece jamás, y la naturaleza goza de todos sus derechos; pero al propio tiempo se ostentan en él las virtudes sin debilidad, sin mancha.... En él, tanto el hombre como el Dios se presentan con toda su integridad, y la perfecta armonia de estos dos estados es lo que produce la maravilla de el HOMBRE-DIOS. Esto es precisamente lo que en él nos seduce y encanta, lo que nos alienta á imitarle, lo que hace que el modelo mas acabado sea al mismo tiempo el que menos desespera. Podemos quejarnos y llorar con JESUCRISTO; podemos evitar los sufrimientos, honrar á los pecadores, amar todo lo que es amable.... y con esto, ó mas bien por esto mismo, nos convida, nos llama, nos hace subir con él á la cumbre de las mas eminentes virtudes, de los mas costosos sacrificios, hasta á la cruz."

<sup>1</sup> En gran parte justamente, puesto que en Jesucristo hay la parte humana, como en nosotros hay la parte animal.

<sup>2</sup> *Constitucional* del 7 de Setiembre de 1863.

“nosotros dudable;<sup>1</sup> pero no vemos lo que pueda contestar M. Renan. Ha caído en sus propias redes; y como nosotros no hemos caído ni se nos ha cogido en parte alguna con él, no nos incumbe sacarle de ellas.”<sup>2</sup>

Véase, pues, que no son generosos estos señores. M. Renan se ha comprometido por la causa común, y ellos le dejan en sus propias redes, por no corresponderles sacarle de ellas. Pero se hacen ilusiones, porque ellos también han sido cogidos y con ellos la incredulidad.

M. Renan ha sentado el principio, sin calcular la fuerza de las consecuencias; sus consortes han sacado las consecuencias, sin calcular la fuerza del principio, concurriendo todos de esta suerte á la desgracia común.

El principio, en efecto, es tan sólido que las consecuencias son exactas. No es M. Renan, sino la conciencia universal, como el dice muy bien, quien ha, no ya decretado ó tributado, sino confesado y ratificado á JESUCRISTO el título de *Hijo de Dios*, y San Pedro era el órgano profético de esto, cuando exclamaba, prosternándose á los pies del Hijo de María. ¡Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo! “A esta conciencia apelamos nosotros mismos en nuestros *Estudios* para justificar el carácter absoluto de grandeza y de perfección que consignábamos haber en JESUCRISTO.” “Es tan exacto cuanto acabamos de decir, que no tenemos reparo en apelar de ello al sentido moral de cada uno de nuestros lectores, y en creer que no se nos tachará de exageración. También este es otro rasgo de la sobrenatural perfección de Jesucristo que debemos admirar, y es tan positiva y real, que todo el mundo la siente y no hay necesidad de qua la justifiquemos. En su panegirico no cabe exageración. ¿Dónde hay un hombre á quien pudiera aplicarse lo que acabamos de decir de JESUCRISTO? La verdad y el amor propio se resentirían justamente de semejante pretension, á mas de que no hay nada en la tierra cuyas alabanzas no exijan alguna restricción. Únicamente para elogiar á JESUCRISTO se agotan todas las palabras; solo en él se halla autorizada la alabanza hasta la adoración. La palabra *divino*, figurada é hiperbólica en cualquier otro sentido, se convierte, aplicada á él, en pro-

<sup>1</sup> Ni para nosotros, porque M. Larroque, no sabría dar mejor contestación á esto que M. Renan.

<sup>2</sup> *Opinion de los deistas racionalistas sobre LA VIDA DE JESUS, segunda M. Renan, p. 17.*

“pia y exacta: á nadie chocha, ni aun á los mismos incrédulos, y la humanidad la consiente sin orgullo y sin envidia, porque ve que el que de ella es objeto, no le pertenece. Creemos ser con esto verdaderos intérpretes del sentimiento universal que nos proporciona una palpable confirmación de la verdad de nuestra fe.”<sup>1</sup>

La conciencia universal, es pues, la que proclama en Jesucristo y en su obra lo absoluto de la perfección. Hé aquí la red en que ha caído M. Renan. Podía haberla evitado; pero entonces no hubiera tenido á favor suyo esta conciencia, y como él quería estraviarla, le era preciso atraérsela y apoderarse de ella de algun modo. ¡Culpa suya es haber sido cogido él mismo por ella!

M. Scherer es de nuestra opinion: “El cristianismo, dice, con la revolución que él consumó y con la civilización que produjo, debe su origen á la impresión que dejó en la conciencia de la humanidad una personalidad incomparable. Jesús se ofreció al mundo en la pureza de su carácter moral; hé aquí su obra.... Y mostró en su persona todo lo que puede aparecer de la divinidad en la tierra.... La humanidad ha visto levantarse en él un nuevo ideal, y comenzar para ella una vida mejor y divina....—Tal es la profundidad y la pureza de sentimiento que espresan sus palabras, que llegan á ser para el *Hombre* una gran revolución; lánzause ante él los corazones, y por todas partes es acogido como el *Salvador del alma humana*....—Y no se imagine que aquí sea el efecto mas grande que la causa; todo lo contrario, etc., etc.—M. Renan ha comprendido todo esto admirablemente.”<sup>2</sup>

Pero M. Renan tiene otro flador, en quien seguramente no se sospechará esa complacencia por la leyenda, que le censura M. Havet. Este es Strauss. Hé aquí, en efecto, la conclusión de su libro, el mas audáz que se ha compuesto contra JESUCRISTO.

“Debe imponerse silencio á la reflexión que se inquieta (con lo espuesto) mientras no pueda mostrar verdaderamente á una persona que tenga valor y derecho para colocarse con respecto á la Religión, al lado de Jesús.—El Cristo no puede ser seguido por nadie que le aventaje, ni aunque pueda llegar despues de él y por él al mismo grado absoluto de la vida religiosa.—Jamás en tiempo alguno será posible ele-

<sup>1</sup> Tomo IV, p. 42.

<sup>2</sup> Periódico *El Tiempo* del 7 de Julio de 1863.

"varse sobre él, ni concebir un legislador que sea ni aun igual  
"suyo."<sup>1</sup>

Nada hay que añadir ni quitar á tales confesiones. Queda cerrada la discusión sobre este capítulo.—Carácter absoluto de perfección en Jesucristo; consecuencia decisiva de su divinidad, y sentado y deducido esto por la incredulidad misma, solo nos resta, pues, que tomar acta de la conclusión:

JESUCRISTO ES DIOS.

<sup>1</sup> Strauss, VIDA DE JESUS, traduccion de M. Littré, t. II, págs. 769, 770, 773.

## CAPÍTULO X.

LA PERSONA DE JESUCRISTO.

(CONTINUACION.)

Sin duda habrán quedado edificados aquellos de mis lectores que no han leído la *Vida de Jesus* de M. Renan, al leer los pasajes tan glorificadores de Jesucristo que hemos citado en el capítulo precedente. Si solo se atendiera á estos pasajes entresacados del libro de M. Renan, llenaria éste uno de los fines que le atribuye M. Scherer, "el de edificar al mundo, escandalizando á la Iglesia."—"Libro, añade, atrevido y religioso, severo y simpático, que engrandece á Jesus, mostrándole en su pura humanidad, que dirigiéndose á una generacion estragada, se propone despertar en ella el entusiasmo por la belleza moral; que ha sabido arrancar lágrimas de los ojos áridos de nuestros contemporáneos (y yo he sido testigo de ello) por la suerte del "justo oprimido, por el heroísmo del virginal profeta."<sup>1</sup>

Fácilmente se me creará al decir que no tengo empeño en negar á M. Renan algo de este mérito. Lo que he dicho á favor suyo sobre este particular, antes de aquellas citas, lo he dicho ingenuamente y bajo la impresion de los pasajes que tomé aislados en el extracto que anticipadamente hice de ellos.

¡Pues bien! me arrepiento de lo dicho y retracto mis palabras. Cuando he vuelto á leer en el libro de M. Renan y en su lugar debido aquellos elogios, me han indignado. No hay, en efecto, uno que no envuelva alguna blasfemia, y que no tenga evidentemente por objeto hacerla pasar encubierta de este modo. Y blasfemia no solo á la divinidad de Jesucristo, sino á esa humanidad misma que ensalzan, y á la conciencia humana á quien adulan en su héroe.

<sup>1</sup> *El Tiempo* (periódico) del 7 de Julio de 1863.

“vase sobre él, ni concebir un legislador que sea ni aun igual  
“suyo.”<sup>1</sup>

Nada hay que añadir ni quitar á tales confesiones. Queda cerrada la discusión sobre este capítulo.—Carácter absoluto de perfección en Jesucristo; consecuencia decisiva de su divinidad, y sentado y deducido esto por la incredulidad misma, solo nos resta, pues, que tomar acta de la conclusión:

ALERE FLAMMAM VERITATIS. JESUCRISTO ES DIOS.

1 Strauss, VIDA DE JESUS, traduccion de M. Littré, t. II, págs. 769, 770, 773.

## CAPÍTULO X.

LA PERSONA DE JESUCRISTO.

(CONTINUACION.)

Sin duda habrán quedado edificados aquellos de mis lectores que no han leído la *Vida de Jesus* de M. Renan, al leer los pasajes tan glorificadores de Jesucristo que hemos citado en el capítulo precedente. Si solo se atendiera á estos pasajes entresacados del libro de M. Renan, llenaria éste uno de los fines que le atribuye M. Scherer, “el de edificar al mundo, escandalizando á la Iglesia.”—“Libro, añade, atrevido y religioso, severo y simpático, que engrandece á Jesus, mostrándole en su pura humanidad, que dirigiéndose á una generacion estragada, se propone despertar en ella el entusiasmo por la belleza moral; que ha sabido arrancar lágrimas de los ojos áridos de nuestros contemporáneos (y yo he sido testigo de ello) por la suerte del “justo oprimido, por el heroísmo del virginal profeta.”<sup>1</sup>

Fácilmente se me creará al decir que no tengo empeño en negar á M. Renan algo de este mérito. Lo que he dicho á favor suyo sobre este particular, antes de aquellas citas, lo he dicho ingenuamente y bajo la impresion de los pasajes que tomé aislados en el extracto que anticipadamente hice de ellos.

¡Pues bien! me arrepiento de lo dicho y retracto mis palabras. Cuando he vuelto á leer en el libro de M. Renan y en su lugar debido aquellos elogios, me han indignado. No hay, en efecto, uno que no envuelva alguna blasfemia, y que no tenga evidentemente por objeto hacerla pasar encubierta de este modo. Y blasfemia no solo á la divinidad de Jesucristo, sino á esa humanidad misma que ensalzan, y á la conciencia humana á quien adulan en su héroe.

<sup>1</sup> El Tiempo (periódico) del 7 de Julio de 1863.

He aquí la primera apreciación que hice de ellos; es indudable que M. Renan ha querido, con el resplandor y espejeo de este Jesús heroico, fascinar la religiosidad del lector frívolo, y ganarse su credulidad para que aceptara los otros Jesucristos.

Antes y después de estos saludos y de estos ósculos al SALVADOR DEL MUNDO, se le abofetea y escupe. El lector especial á que ha atendido M. Renan y á cuya sencillez ha adoptado su libro, no bien queda escandalizado con el ultraje cuando queda edificado con la genuflexión, y así es como de uno en otro se hace pasar la *Vida de Jesús*; "edificase al mundo, escandalizando á la Iglesia, se es atrevido y religioso, severo y simpático, se arranca lágrimas por la suerte del justo oprimido de los ojos áridos de nuestros contemporáneos (y de ello es testigo M. Scherer.)"

Yo también he sido testigo de las lágrimas derramadas al leer este libro por la suerte del justo ultrajado. Yo he recogido estas lágrimas de un ángel de veinte años, cuyo gusto depurado por la santidad, bien vale tanto como el de nuestros críticos; y yo las reservo para el final de este trabajo, como un bálsamo de expiación y de consuelo supremo.

Por lo demás, los lectores prácticos que conocen lo verdadero, inseparable siempre de lo bello y de lo puro, habrán reconocido en solo el estilo de M. Renan, por seductor que sea en estos pasajes, un falso brillo, que comparado con la claridad celeste del Evangelio, es lo que la luz eléctrica á los rayos del sol. No es aquel brillo de que dice tan perfectamente Platon: "No es la blancura mas verdadera ó real y mas hermosa la que contiene mas blanco, por lo comun con mezcla, sino la que es blanca mas pura, es decir, que contiene menos elementos extraños;" sino que el brillo del estilo de M. Renan, es aquella luz violenta, excesiva y equívoca, en la que se ha dicho que se trasfigura á veces el Ángel de las tinieblas.

M. Renan ha procedido como en los espectáculos de fantasmagoría. Ha suprimido todas las luces del día, las luces de la historia y de la conciencia, y solo al resplandor fosforescente de la adivinación y de la conjetura, al vislumbre siniestro de la blasfemia y de la inmoralidad, y prohibiendo acercarse y discutir, es como ha hecho aparecer sus Jesucristos; el Jesús histórico de una manera general, como acabamos de ver; después y sucesivamente, el Jesús idílico, el Jesús político y el Jesús frenético, los cuales vamos á examinar.

Pedimos nos perdonen la conciencia y la razón de nuestros

lectores, por la dolorosa necesidad en que nos vemos de tener que exponerles todos estos indignos improprios y locuras.

## I.

Comencemos por el Jesús idílico.

En primer lugar, M. Renan, á imitación de Strauss, afecta cercenar el nombre del SALVADOR. Nunca le llama mas que Jesús, suprimiendo el gran nombre de CRISTO, sinónimo de *Mesías*, característico de Rey, de Señor y de Pontífice, que se halla escrito en cada página de ambos Testamentos, con el que se anunciaba y era confesado Jesús como Hijo del Dios vivo, nombre que trazó primeramente la pluma poco ejercitada en escribirlo de Tácito y de Suetonio, y que ha llegado á ser y ha permanecido siendo el nombre patronímico del mundo civilizado, del mundo *Cristiano*.—M. Renan le quita pues la consagración.

En cuanto al nombre mismo de Jesús, M. Renan cree deber suyo añadir, que "era un nombre muy comun; pero naturalmente, continúa, se buscaron en él misterios"—¡misterios en un nombre comun!—*Tal vez se exaltó también Jesús con esto, "y llegó á ser este nombre (no obstante ser tan comun) la ocasión de su gran vocación."*<sup>1</sup>

Insinúa asimismo M. Renan, que no era Jesús judío, para negar mas adelante que fuese *Hijo de David*; después dice también "que es imposible suscitar cuestion sobre esto."<sup>2</sup>

Atribúyete hermanos y hermanas,—no los llamados con este nombre en el Evangelio, y que solo eran primos suyos, según el nombre que se indica de su madre,—sino hermanos verdaderos, dirigiendo de esta suerte un verdadero ataque á la gloria de la maternidad divina de Maria. Y ¿quienes son estos hermanos? "Sus nombres han permanecido siempre oscurecidos," dice M. Renan. No obstante, de ellos es de quienes nos habla el Evangelio, si bien "debió poner por equivocación en su lugar el nombre de sus primos."<sup>3</sup>

M. Renan no quiere que naciera Jesús en Belén, á pesar de la historia evangélica. ¿Tiene acaso algun otro documento histórico que dé motivo á la menor duda sobre este punto?—Ninguno,—pero "esto debe ser una suposición, consecuencia forzo-

1 *Vida de Jesús*, p. 21.

2 *Id.*, p. 22.

3 *Id.*, p. 24.

sa del papel mesiánico que se atribuía á Jesús.<sup>1</sup> En cuanto á la negacion enteramente gratuita de M. Renan, no es una suposicion, consecuencia forzosa de cerrar los ojos la incredulidad al carácter mesiánico de Jesús.

M. Renan se evade y suprime no solamente á Belén, sino tambien todos los misterios de la infancia del Salvador, todas aquellas sublimes y conmovedoras escenas de la Anunciacion, de la Visitacion, de la Natividad, de la Presentacion, de la Huida á Egipto y de la Vida oculta en Nazareth. *La razon artistica es un buen guia*, dice; y por ello la pisotea, asi como la razon histórica, para seguir solo á la razon impia. ¿Qué otra razon, en efecto, ha podido hacerle suprimir tan arbitrariamente, en una VIDA DE JESUS, hechos tan importantes, relatos tan verdaderos, cuadros tan inspiradores del arte y que nos han valido tantas obras maestras? ¿De dónde ha adquirido el privilegio de omitirlos y rasgarlos con preferencia á las demás partes del mismo Evangelio? La cosa es clara, y M. Renan lo confiesa ocultándola, á saber: que en estos misterios de su infancia recibe la divinidad del Salvador de la tierra y el cielo los mas patentes y brillantes testimonios de profética adoracion. Asi lo hemos demostrado en nuestros *Estudios sobre la Virgen Maria y el Plan divino*. M. Renan viene á darnos la razon, justificando á la letra lo que decíamos en la introduccion de estos Estudios, con estas palabras: "Nadie hay en estos tiempos que no admire y glorifique á Jesucristo doctor, á Jesucristo consolador, á Jesucristo reformador. Hasta Jesucristo crucificado, escándalo en otro tiempo al judío y locura al gentil, es aceptado por todos como un héroe de constancia, de alma grande, de sacrificio generoso por la causa del género humano, de que murió víctima. Todo esto se encuentra hoy dia generalmente recibido, porque en todo esto puede encontrar el orgullo algo que le sea simpático, imputando, atribuyendo á un hombre, y á la humanidad en este hombre, virtudes que nos lisonjean y cuyo incienso recibimos. Pero Dios niño, Dios en pañales, Dios en el pesebre, Dios en brazos y en el seno de Maria, y Maria misma honrada cual si realmente fuera *Madre de Dios*, y porque es verdaderamente *Madre de Dios*.... todo esto se desdeña; y por qué? Porque esto no puede ser verdadero sino siendo Jesucristo realmente Dios; porque el hombre no tiene parte alguna, no hace papel alguno en estos misterios; no sirve sino para

1 *Vida de Jesus*, p. 20.

humillar allí á Dios, y para ser un instrumento pasivo de la grande leccion de humildad que nos da allí ese Dios humilde; porque en fin, todo el desenvolvimiento de la vida de Jesucristo y de su obra, recibe allí y de allí un sentido absoluto, rigoroso, práctico de *Divinidad*.<sup>1</sup>

Pero en lugar de todos estos cuadros, cuyas maravillas reproductoras serian suprimidas de nuestros museos como lo han sido del Evangelio, si M. Renan fuera director ó conservador de aquellos establecimientos, nos da para consolarlos un paisaje de su pincel, el paisaje de Nazareth:—"Ningun paraje del mundo fué mas adecuado para los sueños de la felicidad absoluta." "La poblacion es amable y risueña, los jardines frescos y verdosos. La belleza de las mujeres ofrece allí el tipo siríaco en toda su gracia llena de languidez, etc. Tal fué el horizonte de Jesús."<sup>2</sup>

En la obra de M. Renan tiene mucha importancia el paisaje. No se limita á una simple decoracion de pura fantasia, (M. Renan no hace nada que no dé golpe) El paisaje, pues, en su pieza, es un actor y un grande actor, segun veremos en breve.

"Aprendió á leer y á escribir," observacion importante, que deja entrever la noble intencion que la ha dictado. Escrupuloso de justificarla, mas que las anteriores, remite M. Renan al punto á Juan, VIII, 6. Acudimos presurosos al testo, y nos encontramos conque en él solamente se dice que en la admirable escena de la mujer adúltera, "escribió Jesús, inclinándose, en la arena con el dedo;" ¿pero ni una palabra de que *aprendiera á leer y á escribir*? Solamente al volver de examinar este testo nos encontramos con los de San Juan, VII, 15,—San Mateo, XIII, 55,—y San Marcos, VI, 2, en los que vemos: "Maravillábase los judíos de sus conocimientos y se preguntaban: ¿cómo sabe de letras, él que no las ha aprendido? *Quomodo hic litteras-scit cum non didicerit?*"

"Es dudoso que supiese el hebreo. . . No es tampoco probable que supiera el griego. . . Con mas razon, no debió tener conocimiento alguno de la cultura griega. . . Sus principios "de exégesis, no aventajaban á los que corrian por entonces."

1 *La Virgen María y el Plan divino*, t. 1, introduccion.

2 *Vida de Jesus*, p. 25 y 29.

—¿Cómo sabe esto M. Renan?—“En cuanto dice, podemos figurárnoslo por los conocimientos de sus discípulos.<sup>1</sup>” Pero en cuanto podemos figurárnoslo por sus discípulos, que de toscos é ignorantes que eran, fueron convertidos por él en doctores de los pueblos, *que los oyeron hablar á cada uno en su lengua,*<sup>2</sup> és preciso augurar lo contrario respecto de Jesus, debiendo ver en él la palabra por excelencia, el Verbo.

Jesus no sabia, pues, nada, mas que lo que le enseñó “el maestro de escuela de su pueblo.” Era, pues un ignorante asi como vemos despues que fué un charlatan y un maniático. Esto os indigna, pero serenaos; porque M. Renan será capaz de consagrar la ignorancia, la impostura y la locura, antes que escandalizarnos; Jesus quedará en salvo: solo tendrá el buen sentido y la conciencia de los sacrificados, de las victimas. “La ignorancia, pues, dice M. Renan que condena entre nosotros al hombre á una clase ó rango inferior, era (en aquel país y en aquellos tiempos) la condicion de las grandes cosas y de la gran originalidad.<sup>3</sup>”

De aqui sin duda, el gran argumento de San Pablo, que Dios ha evangelizado al mundo con boeas desprovistas de toda ciencia humana, para que resaltase solo la virtud de la Cruz.<sup>4</sup> La ignorancia de los agents, en efecto, fué la condicion única de esta gran cosa y de esta grande originalidad que se llama la conversion del universo á una Cruz, de donde nos han venido todas las luces de la civilizaci6n; para hacer brillar mejor la virtud y la sabiduria divinas, ocultas en la debilidad y la locura de esta Cruz.

Hé aqui lo que cree eludir M. Renan, generalizando á *aquel país y aquel tiempo* el prodigio de la ignorancia apostólica que hace ascender á Jesucristo, único de quien vino la inspiracion que hizo su ciencia por excelencia. ¡Qué desprecio de la historia y del lector! ¡Qué prueba de la verdad de nuestra fé que no se puede *des-sobrenaturalizar* sin sobrenaturalizar la misma naturaleza, ó mas bien, sin desnaturalizarla!

1 *Vida de Jesus*, p. 30, 31 y 32.

2 *Actos*, cap. II, 6.

3 *Vida de Jesus*, p. 32.

4 *Corint.*, I.

Por lo menos, segun M. Renan, Jesus no sabia bastante historia para comprender cuán á punto venia su doctrina.<sup>1</sup>

¡Admírese este á punto! Es verdad que cuando se cree ya que ha venido á punto el Universo con el orden admirable que presenta, sin que hayan precedido á su creacion poder ni sabiduria alguna, hay predisposicion para creer que haya venido tambien el cristianismo á punto, sin noticia de su Autor, y no obstante haber éste predicho punto por punto y á la letra todos los obstáculos humanos que habian de oponérsele y todo el triunfo divino. ¡Qué cosas es necesario creer para no creer!!!

Sin embargo, Jesus tuvo un maestro que fué el rabi Hillel. “Hillel fué el verdadero maestro de Jesus.<sup>2</sup>” Aqui nos ocurre un escrúpulo. Como solo conocemos á Hillel por el Talmud, al que nos remite M. Renan, y como admite el mismo M. Renan que no se redactó el Talmud hasta tres siglos despues de Jesucristo, nos permitimos deducir con M. Pressensé, que no fué inspirado el Evangelio por el Talmud, ni Jesus por Hillel.

Finalmente, Jesus “no tuvo ningun conocimiento del estado general del mundo,” no obstante haberlo juzgado, condenado y reformado tan perfectamente por su Evangelio.—“No tuvo ninguna idea exacta del poder romano,” no obstante haber limitado este monstruoso poder que lo devoraba todo, con una palabra: *¡Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios!* palabra creadora del mundo moderno cuya fecundidad civilizadora no pueden admirar el publicista ni el mismo M. Renan.

“Solo conoció las poblaciones cercanas, Tiberiades, Juliades, Cesarea y Sebaste que le pareció como una *calle de Rivoli*. “Esto es lo que él llamaba los reinos del mundo y toda su gloria. El palacio de los reyes parecia como un paraje donde van las gentes vestidas delicadamente. Las donosas imposibilidades de que hormiguean sus parábolas, cuando pone en escena á los reyes y á los poderosos, prueban que no concibió nunca la sociedad aristocrática sino como un jóven aldeano que ve el mundo por el prisma de su candidez.<sup>3</sup>”

Por cierto que en estas líneas aparece la sabiduria eterna

1 *Vida de Jesus*, p. 112.

2 *Id.*, p. 35.

3 *Id.*, p. 39 y 40.

bien descifrada. Los judíos al menos la honraron con una corona, con un cetro y un manto, en la sangrienta parodia del pretorio; pero M. Renan cree que es de mejor gusto, disfrazarla de aldeano. ¿Y por qué no, cuando tiene el Evangelio á su favor y cuando se autoriza con él? Véase si no los pasajes á que remite, Math, XI, 8. "Luego que ellos se fueron, comenzó Jesus á hablar de Juan al pueblo de esta suerte: ¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada del viento? ¿Qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? *Los que visten delicadamente están en las casas de los reyes.* ¿Qué salisteis á ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo digo, y mas que profeta. Porque este es de quien está escrito: Hé aquí, envío yo mi ángel delante de tí, que preparará tu camino delante de tí." Hé aquí el testo en que ve M. Renan á un cándido aldeano.—*¿Qué buen guía es la razon artística.*

"Pero sobre todo, Jesus no supo nada de la idea nueva criada por la ciencia griega, base de toda filosofía, idea que expresó de un modo admirable Lucrecio, cerca de un siglo antes que él, la idea de que todo se verifica en el mundo sin intervencion de seres superiores."—¡El ateísmo!—Idea capital del mundo de los Claudios y de los Caligulas. "Jesus no supo nada de este progreso." Creía en lo sobrenatural, en Dios y en su accion particular en la humanidad. "*Credulidad necia*" en los demas, pero en él "bellos errores que fueron el principio de su fuerza."—¿Cómo?—"porque le daban sobre su tiempo una fuerza, de que nadie ha dispuesto como él.<sup>1</sup>"

Vese, pues, cómo corre parejas la fuerza del raciocinio con la elevacion de los principios y la delicadeza del gusto, en estas páginas de M. Renan.

Pero M. Renan no ha mostrado aún la verdadera fuerza de Jesus, la verdadera influencia que operando sobre él, operó sobre el mundo. Hála hecho entrever, y no obstante, no la adivinaria ninguno de mis lectores, porque nadie la ha descubierto aún mas que M. Renan, y hubiera permanecido siendo un eterno secreto para el mundo, "si no hubiera llevado á M. Renan la mision científica que tuvo por objeto la exploracion de la antigua Fenicia, y cuya direccion se le encargó en 1860 y 1861, á residir en las fronteras de Galilea y á viajar por ella con frecuencia.<sup>2</sup>" El agente, pues, que ha hecho á Jesus, el único

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 40 á 42.

<sup>2</sup> *Id.*, p. LIII.

que ha hecho el cristianismo y rehecho la humanidad, es... el paisaje de Galilea y su influencia sobre Jesus; es una deliciosa pastoral; el idilio en toda su frescura:

Al modo de una pastora  
Con linda cara de pascua

mejor aún: el regocijo de las bodas y festines: hé aquí el reino de Dios que predicó Jesus.

Lector sensato, lector honrado, no me querreis creer: vedlo, pues:

"Todo pueblo llamado á elevados destinos, debe ser un mundo en miniatura, pero completo, encerrando en su circuito los polos opuestos. Así la Grecia ofrecia á algunas leguas de distancia, Sparta y Atenas. Lo mismo se verificó en Judea. Menos brillante, en un sentido, que el desarrollo ó manifestacion de Jerusalem (que era el polo del Sud), el del Norte fué en suma mucho mas fecundo. Con sus graves doctores, sus inspidos canonistas, sus devotos hipócritas y atrabiliarios, Jerusalem no hubiera conquistado la humanidad. El Norte dió al mundo "la cándida é ingénuo Sulamita, la humilde Cananea, la apasionada Magdalena, el buen niño José, la virgen Maria. El Norte solo ha hecho el cristianismo."

"Una naturaleza arrebatadora contribuia á formar aquel espíritu mucho menos austero que imprimia á todos los sueños de Galilea un giro idílico y encantador... La Galilea era un país en extremo verde y lozano, cubierto de vasta sombra, sumamente risueño, el verdadero país del Cantar de los Cantares y de los cánticos del bien amado. Durante los meses de Marzo y de Abril es su campiña un apiñado campo de flores, de colores vivisimos é incomparables. Sus animales son pequeños, pero de una docilidad extraordinaria. Tórtolas esbeltas y vivas, mirlos azules, tan ligeros que se posan en una yerba sin doblarla, alondras coronadas que van á ponerse casi á los pies del viajero, pequeñas tortugas de arroyuelos, de vivá y dulce mirada, egiéñas de aire púdico y grave, deponiendo toda timidez y dejando aproximarse al hombre de muy cerca y como llamándole. En ningun país del mundo se dilatan las montañas con mayor armonia ni inspiran mas elevados pensamientos. Jesus parece haberlas tenido especial predileccion. Allí era donde se mostraba á vista de sus discípulos ya trasfigurado. . . . Este lindo país rebosaba en la época de Jesus,

"bienestar y alegría. Debía ser deliciosa la campiña. . . Era  
"delicioso el vino y se bebía mucho. Esta vida gozosa fácilmente  
"se satisface. . . se espiritualizaba en sueños etéreos, en una  
"especie de misticismo poético que confundía el cielo con la  
"tierra. Dejad en su desierto de Judea al austero Juan Bau-  
"tista. . . ¿Por qué han de ayunar los compañeros del esposo  
"mientras él está con ellos? La alegría formará parte del reino  
"de Dios. ¿No es la hija de los hombres de buena voluntad?"

"De esta suerte ha llegado á ser toda la historia del cristia-  
"nismo naciente, concluye M. Renan, una deliciosa *pastoral*, un  
"Mesías sentido á las *mesas nupciales*, la cortesana y el buen  
"Zaqueo llamados á sus *festines*, los fundadores del reino del  
"cielo como un cortejo de paraninfos: hé aquí lo que la Galilea  
"ha osado; lo que ha hecho aceptar. . . y detrás de este idilio  
"se agita la suerte de la humanidad!<sup>1</sup>"

"Jesus vivía y crecía en este centro arrebatador. Así recor-  
"ría la alegre Galilea en medio de una fiesta perpétua. Servíase  
"de una mula (aquí solo se sustituye la mula á la asna para  
"huir de la profecía) cabalgadura en Oriente tan segura, tan  
"buena, y cuyos grandes ojos negros, sombreados por largas ce-  
"jas, son de suma dulzura y suavidad. Sus discípulos desplega-  
"ban algunas *ceces* (frecuencia inventada también aquí para  
"evitar la profecía) á su alrededor una pompa ó aparato rústi-  
"co, poniéndole sus capas y vestidos por alfombras. Cuando  
"descendía á una casa, era un regocijo general. . . Las madres  
"le llevaban sus niños de pecho, las mujeres acudían á derra-  
"mar ungüentos sobre su cabeza. . . Sus discípulos las rechaza-  
"ban; pero Jesus reparaba el mal proceder de sus amigos de-  
"masiado celosos, protegiendo á quien quería honrarle. Por eso  
"le adoraban los niños y las mujeres. Una de las censuras que  
"sus enemigos le dirigían con más frecuencia, era la de atraerse  
"y enagenar de su familia á estos seres delicados, siempre dis-  
"puestos á dejarse seducir (¡alusión llena de tacto al niño *Mor-  
"tara!*) Así fué bajo muchos conceptos la religión naciente un  
"movimiento de mujeres y de niños.<sup>2</sup>"

"No se casó. Todo su poder de amar se dirigió á lo que él  
"consideraba como su celeste vocación. El sentimiento suma-  
"mente delicado que se advierte en él por las mujeres, no es  
"cedió en manera alguna de la adhesión exclusiva que tenía á

1 *Vida de Jesus*, p. 63, á 68 y 195.

2 *Id.*, p. 190 y 191.

"su idea. Trató como hermanas á las mujeres que se prenda-  
"ban de la misma obra que él emprendía. Solamente es proba-  
"ble que estas amaran más al autor que á la obra. Sin duda  
"fué más amado que no amó. . . En él se trasformó la ternura  
"del corazón en vaga poesía, en encanto universal. Sus relacio-  
"nes íntimas y sin trabas, pero de un orden enteramente moral  
"con mujeres de una conducta equívoca, se esplican también  
"por la pasión que sentía por la gloria de su Padre, y que le  
"inspiraba una especie de celo á favor de todas las bellas cria-  
"turas (las mujeres de una conducta equívoca no pueden me-  
"nos de ser bellas criaturas) que podían servir para aquella  
"gloria.<sup>1</sup>"

"Así es como "el delicioso ó divertido doctor que perdonaba  
"á todos con tal que se le amara<sup>2</sup>. . . el más donoso ó deli-  
"cioso de todos los rabs. . .<sup>3</sup> el festivo ó alegre moralista<sup>4</sup>,  
"como se complace en llamarle M. Renan, fundó en las orillas  
"de su encantador y reducido lago<sup>5</sup> el verdadero reino de Dios.<sup>6</sup>  
"Su amable carácter, y sin duda una de esas arrebatadoras li-  
"guras que aparecen de vez en cuando en la raza judía, forma-  
"ron en torno suyo como un círculo de fascinación<sup>7</sup>. Acompaña-  
"do de una banda de alegres niños, predicó el desapego de los  
"afanes de la vida<sup>8</sup>: expresábase su su suave alegría<sup>9</sup> con re-  
"flexiones vivas y amables chistes.<sup>10</sup> Aquellos buenos galileos  
"no habían oído nunca un lenguaje tan adecuado á su risueña  
"imaginación. Admirábasele, mimábasele, parecían bien sus  
"palabras y convincentes sus razones.<sup>11</sup>

"Hé aquí al Jesus de los primeros días, días castos y sere-  
"nos, en los que resonaba en su seno la voz de su Padre, con  
"un timbre más puro. Hubo entonces algunos meses, tal vez  
"un año, en que habitó verdaderamente Dios en la tierra.<sup>12</sup>"

1 *Vida de Jesus*, p. 63, 72, 73.

2 *Id.*, p. 68, 72, 73.

3 *Id.*, p. 219.

4 *Id.*, p. 91.

5 *Id.*, p. 312.

6 *Id.*, p. 314.

7 *Id.*, p. 80.

8 *Id.*, p. 176.

9 *Id.*, p. 176.

10 *Id.*, p. 189.

11 *Id.*, p. 138.

12 *Id.*, p. 80.

En todo esto corre parejas la simpleza con el impropio y profanacion, y haria reir si no hubiera por qué llorar.

Sin embargo, he querido citarlo, porque es importante su trascendencia.

De ello resulta una esperiencia decisiva del sentido cristiano en el público formal.

En efecto: nada hay que pueda herir humanamente en cuanto dice de Jesus M. Renan, en estos pasages. Aplicado á otro personage distinto de Jesus, á Sócrates, á Platon, á Epitecto, podria pasar por elogio. Pues bien, lo que seria elogio para el hombre mas digno y mas puro, es solo para Jesucristo un ultraje, una blasfemia. Tal lo ha juzgado el mismo M. Renan. La blasfemia y la blasfemia mas refinada, es lo que se ha propuesto destilar en la figura de este Jesus risueño y divertido. Para ello, solo ha tenido que hacer descender la persona divina al nivel humano mas halagüeño, pero que es tambien el mas repugnante con respecto al ideal que tiene del verdadero Jesus el alma humana.

Con esta ofensa, ha manifestado la santidad, la divinidad del Redentor, haciendo brillar su testimonio en el sentimiento de disgusto y de indignacion que ha experimentado con aquella toda alma honrada.

Asi ha mostrado la estrecha relacion que existe entre la fe cristiana y el sentido moral, el sentido de lo bueno.

Ha mostrado al mismo tiempo, la solidariedad de esta misma fe, con el sentido de lo verdadero y con el sentido de lo bello, con la razon y con el gusto, no menos ofendidos con esta concepcion tan absurda y ridícula como sacrilega.

¿Qué deberé decir en apoyo de esta segunda consideracion que no se haya comprendido y sentido ya por el mismo lector?

JESUCRISTO y su obra, prodigio que excede á toda proporcion humana, se explica maravillosamente por la fe en su palabra y en su Divinidad. Si os salis de esta explicacion, ¿á cuál otra os atendreis? Porque es necesario dar una explicacion sobre este problema que por todas partes os afeta. Pues bien, hé aqui la que os propone la incredulidad; á saber: *Solo el norte de la Judea ha hecho el Cristianismo, ha conquistado la humanidad.*

—¿Y cómo?— *Porque una naturaleza arrebatadora imprimia á todos los sueños de la Galilea, un giro idílico y encantador, habiendo llegado á ser de esta suerte toda la historia del Cristianismo nociente una deliciosa pastoral un Mesias sentado á los banquetes nupciales, acompañado de una banda de niños regocijados, etc., etc.*

¿A qué se ofende mas con esta explicacion, pregunto, ahora, á la razon, á la verdad, al gusto histórico ó á la fe?

Dire primeramente, que la descripcion de la Galilea que hace M. Renan, honra poco á la mision científica de que fué encargado y que recuerda indiscretamente en este libro, que ciertamente no tenia la mision de escribir. El estado de la Galilea desmiente con suma fuerza este paisaje á la Wateau, á que atribuye la formacion del *Cristianismo*. Y como preve que no es tan desconocida la Galilea que no pueda reclamarse contra la fidelidad de esta descripcion, cree librarse de ello con esta simple nota: "no cause ilusion ó engaño sobre esto el horrible estado á que hoy se halla reducido el pais, especialmente junto al lago de Tiberiades. Estos paises, actualmente abrasados, fueron "en otro tiempo paraísos terrenales."— M. Renan trata á la naturaleza, como al Evangelio.<sup>1</sup>

Pero el Evangelio es quien principalmente reclama contra ese gracejo con que se solaza M. Renan en adornarle y acicalarle.

Sin duda que hay alegría en el Evangelio, y una gran alegría. Hay en él bienaventuranzas, y con ellas se abre la vida y la predicacion de JESUCRISTO. ¿Pero qué clase de alegría? ¿Es la alegría que rie? Sabido es que dice: "¡Bienaventurados los que lloran! ¡bienaventurados los que padecen! ¡bienaventurados los que son perseguidos! Regocijense y conmué-

<sup>1</sup> He nombrado á Wateau.— Hé aqui los versos que se compusieron sobre él, y que pueden aplicarse á los mimos y caricias de M. Renan:

Un dia tuvo el desseo  
La dama Naturaleza,  
De ver su viro retrato  
Adornado á la francesa.  
¿Qué hizo la buena madre?  
Parió á Wateau, quien en prueba  
De su gratitud, no quiso  
Contentarse con hacerla  
Un retrato parecido,  
Sino que con gran destreza,  
Nos la pintó abigarrada,  
De los piés á la cabeza.

M. Renan ha aventajado á Wateau, pintando abigarrado lo aseado, y grotesco lo divino. El mismo M. Scherer cree deber recordar á M. Renan que "lo grande y sublime del arte consiste en conformar en todo asunto, su dibujo, su estilo, su tono, al carácter de los hechos que reproduce y que los admiradores de su libro no pueden dejar de censurarle el haber faltado á ello." (Artículo del 29 de Setiembre de 1863).

“vanse de contento, porque su gran recompensa está en los cielos.—¡Desdichados de vosotros, que reis ahora, porque ya llorareis y sollozareis!—El reino de Dios sufre violencia, y solo los arriesgados lo alcanzan.—Si tu ojo te escandaliza, sácatelo; si tu mano te escandaliza, córtatela. Quien desee salvarse, tome su cruz y sígame, etc., etc. Hé aquí cómo es el Evangelio una deliciosa pastoral de índole idílica y encantadora, y cómo es Jesús un divertido ó delicioso rabi que esperaba de continuo su alegría con amables chistes, etc. Y en cuanto á aquellos buenos Galileos, que jamás habían oído palabras más adecuadas á su risueña imaginación y que mimaban al delicioso rabi, hé aquí lo que dice el Evangelio: “Entonces empezó á echar en cara á las ciudades de Galilea que no habían hecho penitencia. ¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Bethsaida! Porque si en Tiro y Sidon se hubieran hecho los prodigios que se hicieron en vosotras, hace mucho tiempo que en el cilicio y la ceniza habrían hecho penitencia.”<sup>1</sup> — Y oyendo esto los de la Sinagoga, se llenaron todos de ira. Y le echaron fuera de la ciudad y le llevaron á la cima de un monte para precipitarle.”<sup>2</sup>

“Lo que debe buscarse, dice M. Renan, en la Vida de Jesús, es la exactitud del sentimiento general, la verdad del colorido.”—Y ¿cómo creéis, que lo consigue? No apelo á los creyentes, ni tampoco á los pensadores; apelo á los artistas; apelo á la memoria y á las obras del pintor de la Tentación y del Cristo consolador ó del Perdon, de aquel Ary Scheffer, cuya sangre mezclada con la de M. Renan, debe refluir ante semejante profanación del arte religioso que fue su culto y que es su gloria.

Todo el Evangelio, que desde el pesebre á la cruz, no es más que un reguero, si es lícito hablar así, de sufrimiento, de penitencia, de persecución, de contradicción, de desprecio y de sacrificio; que solo es una subida de la angustiada Víctima á ese sangriento Calvario donde ha quedado siendo para el mundo el divino Crucificado; esa faz afeada del Evangelio, pero tanto más amable y adorable, porque solo por amor nuestro está afeada, la SANTA FAZ, aparece abigarrada y embadurnada por el grotesco pincel de M. Renan. ¡M. Renan nos la presenta jovial!!! ¡Justo Dios, en qué tiempos vivimos! Y M. Sainte-

<sup>1</sup> San Mateo, XI, 21.

<sup>2</sup> San Lucas IV, 29.

Beuve los presagia todavía peores, en los cuales dice echaremos de menos á M. Renan, y que diremos “¡que nos vuelvan la Vida de Jesús de M. Renan! ¡Por lo menos aquel no desconocía al dulce Maestro!”<sup>1</sup> ¡Ah, que vengan esos días más sombríos! lo deseamos. ¡Que se nos vuelva el *Ecce Homo* de la Pasión y que se nos libre del divertido rabi de la pastoral! ¡Que se nos teja la corona de espinas, pero que se nos quite la corona de lirio silvestre!

Con razón dice M. Renan: “Los que salen del santuario tienen en los golpes que descargan al dogma, una firmeza de mano que nunca consiguen los seculares.” Así, ha comprendido perfectamente, que el mejor rasgo para borrar la divinidad de Jesucristo era el de la risa. Voltaire se reía del SALVADOR; M. Renan le hace reír: hay progreso en esto. Pero también hay una nueva prueba que no dejamos escapar, que volvemos contra el impio.

Háse observado que jamás se rió Jesús;<sup>2</sup> pero ignoro que se haya dado nunca la razón de esto. En mi juicio, hay dos razones: razón de inteligencia y razón de sensibilidad. Jamás brota la risa, nótese bien, sino cuando se causa una sorpresa al espíritu con una oposición de cosas ó de situaciones que no había previsto. Así es que el genio cómico que crea las situaciones que causan risa, no es risueño, porque ve demasiado el fondo de las cosas para sorprenderse de ellas; así es que Molière no se reía. ¡Cuán incompatible es, pues, la risa con la divina inteligencia que todo lo ve, que lo sabe todo, y á quien se descubren los corazones, que es como se nos aparece Jesús en el Evangelio! Pero, sobre todo, la risa es incompatible con esa inmensa compasión, con esa infinita misericordia que ha descendido de la felicidad de los cielos al abismo de nuestra miseria y con la cual se ha revestido para curarnos de ella.

El sentimiento de esta infinita sabiduría y de esta infinita misericordia, es lo que hace, á nuestros ojos, imposible la risa en la sublime figura del Hombre-Dios, y lo que constituye de esta suerte, de la disonancia del retrato que de ella hace M. Renan, un testimonio de Divinidad; y de una razón de gusto, una razón de fe.

<sup>1</sup> Constitucional del 7 de Setiembre de 1863.

<sup>2</sup> No digo sonrió. La sonrisa no es el diminutivo de la risa. No tiene nada de común con ésta: es el rayo luminoso de la benevolencia reflejada, así como la risa es el relámpago de una sorpresa que se causa á la persona.

M. Renan ha ofendido pues en todo esto al gusto tanto como á la razon, á la verdad histórica y á la fe, haciendo brillar con todas estas ofensas otros tantos testimonios de esta divinidad de Jesucristo, que no puede ser insultada sin insultar á toda: ¡tan verdadera es!

## II.

Vengamos al Jesus político.

Esta alegre vida no podía durar mucho tiempo porque no podía satisfacer á la ambicion del héroe de M. Renan. "Conocia ya que para *hacer un papel de primer orden* era necesario salir de Galilea y atacar el judaismo en su plaza fuerte, que era Jerusalén."<sup>1</sup>

Habia preluñado, haciéndola servir á sus designios, la infatuacion de que era objeto por parte de las mujeres y de los niños de Galilea. "Estos últimos formaban á su alrededor como una jóven guardia para la inauguracion de su inocente reinado; tributándole pequeñas ovaciones *que le complacian mucho*; llamándole "hijo de David, gritando *Hosanna*, y agitando palmas á su alrededor." Jesus se complacia mucho en ver á estos jóvenes apóstoles, que no le *comprometian, lanzarse* delante de él, dándole títulos que no se atrevia á tomar por *si mismo*: *les dejaba decir*, y cuando se le preguntaba si los oía, contestaba de un modo *evasivo* que la alabanza mas agradable á Dios es la que sale de labios juveniles."<sup>2</sup>

Detengámonos á respirar, porque se siente oprimida la conciencia.

Tenemos ya el tono del Jesus político. M. Renan no lo ha encontrado en ninguna parte, lo mismo que no encontró el Jesus idílico. Así como éste ha sido una creacion de su gusto, aquel lo es de su conciencia, y ambos lo son de su impiedad. Véase su modo de proceder. Moja su pluma en el Evangelio para colorear su novela con un tinte histórico. Toma en aquel una poca verdad, porque la necesita y solo la encuentra en él. Despues altera al punto esta verdad, pluralizando los rasgos, ó circunstancias mas singulares, como el rasgo único de la Magdalena, del cual dice: *acudían las mujeres á derramar ungüentos sobre su cabeza*; como el de la ovacion del Salvador en Je-

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 206.

<sup>2</sup> *Id.*, p. 191.

rusalén, de la cual hace *pequeñas ovaciones que complacian mucho* á Jesus, y en que representa á Jesus, ya en una mula de grandes ojos negros, ya en la *asna* profética, destrozando y borrando así los rasgos mas culminantes y mas luminosos de la vida del SALVADOR. Hecho esto, presta á estos rasgos ó sucesos intenciones que solo resultan de la frecuencia que falazmente les atribuye, ¡y qué intenciones! ¿Dónde ha encontrado sombra de ellas en toda la vida del *humilde de corazon*, que en la plena conciencia de su grandera, *sabiendo que el Padre habia puesto en su mano todas las cosas, y que él habia salido de Dios y volvía á Dios, se puso á lavar los piés de sus discipulos*?<sup>1</sup> Intenciones abyectas de trahanería que difamarian al ambicioso mas vulgar, y que M. Renan no teme atribuir al que es *el humor comun de todo lo que tiene un corazon varonil*.<sup>2</sup> ¿Tenia yo razon al decir que alternan los ósulos y las genuflexiones con las bofetadas y salivas en la *Vida de Jesus*!

Pero la ambicion de Jesus va á encontrar un rival que le ha tomado la delantera en la popularidad á que aspira, y con el cual, como sagaz político y profundo diplomático, va á luchar en artificio, hipócrita deferencia y concesiones interesadas. Este rival es, no os alarmeis, el precursor Juan Bautista, *el amigo del esposo* que se proclamaba *indigno de desatar las correas de su calzado*, de quien decia, *á él le toca crecer y á mí disminuir*. Así pues M. Renan ha elegido el ideal mas angélico de la adhesion y de la abnegacion tierna y humilde, para hacer de él un *rival* de fortuna y para hacer de Jesus su *astiliado*.

Como el lector no está obligado á creermelo bajo mi palabra, es preciso citar el testo.

"Jesus dejó la Galilea y se fué con su *pequeña escuela* á reunirse con Juan. Los recién llegados se hicieron bautizar como todo el mundo. Los dos maestros eran jóvenes; amáronse y compitieron en público en agasajos y deferencias reciprocas. *Llenos los dos jóvenes entusiastas de las mismas esperanzas y de los mismos odios*, pudieron hacer causa comun y apoyarse mutuamente. Un maestro anciano se hubiera sublevado viendo acudir á él á un hombre sin celebridad y darse para con él humos de independencia; pero la juventud es capaz de

<sup>1</sup> San Juan, XIII, 3.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. LIX.

"toda clase de abnegaciones, y puede admitirse que Juan aceptó á Jesus sin segunda intencion personal. Pero lejos de abdicar el Bautista ante Jesus, le reconoció Jesus por superior durante todo el tiempo que pasó á su lado, y no desarrolló su propio genio sino timidamente. Por otra parte, Jesus cedió mucho á la opinion en todas épocas, y adoptó muchas cosas de que se cuidaba bastante poco, por la única razon de ser populares. . . . Juan habia puesto en gran favor el bautismo; Jesus se creyó obligado á hacer lo que él, y bautizó. . . . En breve igualó el discipulo al maestro, y fué muy solicitado su bautismo. . . . Por otra parte, se hallaba sobrado reconocida la superioridad de Juan, para que Jesus, poco conocido aun, pensase en combatirla. Solamente queria engrandecerse á su sombra, y se creía obligado, para ganar la multitud, á emplear los medios exteriores que habian valido á Juan triunfos tan pasmosos.<sup>1</sup> En suma, la influencia de Juan fué mas importante que útil á Jesucristo, fué una detencion en su desenvolvimiento. . . . Todo induce á creer que Jesus se inclinó un momento á favor del bautismo por una especie de concesion.<sup>2</sup> Lo único que debió á Juan fué, en cierto modo, lecciones de predicacion y de accion popular. . . . Jesus no será ya pues solamente un delicioso moralista; es el revolucionario trascendental.<sup>3</sup> — Despues de la muerte de Juan, fué Jesus, como compañero afiliado suyo, uno de los primeros que supieron este acontecimiento."

Basta citar estas cosas y entregarlas á la vindicta del disgusto. M. Renan ha sido engañado por su odio mismo. Ha apuntado y disparado demasiado bajo. Su bala pasa por debajo de la conciencia humana, otro tanto cuanto se halla encima de ésta el objeto á que quiere herir.

Sin embargo, Jesus no supo al principio qué carácter (político-religioso), dar á su empresa. Felizmente, la falta ó desacuerdo de otro rival vino á iluminarle y á hacerle evitar el escollo.

<sup>1</sup> Vida de Jesus, p. 106, 108.

<sup>2</sup> Este un momento es increíble, y demuestra hasta qué punto se atreve á todo M. Renan, en las tinieblas de ignorancia en que supone á sus lectores. ¿Quién no sabe, en efecto, que Jesucristo predicó el bautismo hasta el fin, y quién no oye aquellas sublimes palabras que llenaron los siglos, y con las cuales, terminando su mision, imprimió á la Iglesia el carácter de la que ésta cumplió por siempre: *Id pues, y enseñad á todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del padre y del hijo y del espíritu santo, y enseñándoles á observar lo que os he mandado?*

<sup>3</sup> Vida de Jesus, p. 115.

Este rival fue Judas el Gaulonita, quien so color de mesianismo, intentó un movimiento político y fue aniquilado por el presidente Caponio. — "¿Tal vez vió Jesus á este Judas, dice M. Renan, que concibió la revolucion judía de un modo tan diferente al suyo; en todo caso, conoció su escuela, y probablemente por reaccion contra su error, pronunció el axioma sobre el tributo al César. Alejado el prudente Jesus de toda sedicion, se aprovechó de la falta de su antecesor, y soñó otro reino y otra liberacion!<sup>1</sup> M. Renan se ve poseído de esta idea, y trata de transmitirla al entendimiento del lector. Así es, que vuelve á ella en otra parte: Sin duda, renunció desde entonces Jesus á la política, dice, por haberle mostrado el ejemplo de Judas el Gaulonita la inutilidad de las sediciones populares."<sup>2</sup>

Así el axioma sobre el tributo del César, que decidió del porvenir del cristianismo; así, el mismo Cristianismo, esa trasformacion religiosa que renovó la faz del mundo han ocupado probablemente el alma de Jesus y se deben á la falta de su antecesor Judas el Gaulonita. Así, Jesus evitó la via política, y siguió la religiosa por reaccion contra el error y la suerte de aquel, soñando desde entonces en otro reino y en otra liberacion. ¡Así, Jesus llegó á ser el Salvador del mundo por cálculo ambicioso, y no por un sabio y preconcebido designio, como medio de avanzar y de no ser aniquilado!!! A no ser por aquel Judas, se hubiera extraviado Jesus, y se hubiera quedado el género humano sin su glorioso destino.

¡Pero qué! esto no le sirvió tampoco, porque fué aniquilado por el presidente Poncio Pilatos. Su fin fué absolutamente el mismo. ¿De dónde procede, pues, la pequeña diferencia que hay hoy entre Cristo presidiendo aún, despues de cerca de dos mil años, los destinos del mundo y el pobre Gaulonita y todos los demás falsos mesias sepultados en el olvido? Únicamente de que, segun pareció en su misma cruz al centurion romano "era aquel verdaderamente Dios." *Vere Filius Dei erat iste.*<sup>3</sup>

Hé aquí á dónde va á parar la peregrina invencion de M. Renan. Igual conclusion proviene de todas sus blasfemias. M. Renan fija y establece todo lo que quiere derribar.

<sup>1</sup> Vida de Jesus, p. 61.

<sup>2</sup> Id., p. 119.

<sup>3</sup> San Mateo, XXVII, 54.— San Márcos, XV, 39.— San Lucas, XXIII, 47.

Segun ya hemos visto, M. Renan niega que JESUCRISTO naciera en Belén, por la única razon de haberse profetizado que nacería en este lugar, y con esto hace resaltar el prodigio del acontecimiento. Con igual encarnizamiento le niega el título de *hijo de David*, por la sola razon, asimismo, de ser este el título profético del Mesías. No obstante, reconoce que se le tributaba unánimemente este título. ¿En qué se funda, pues, para negárselo?—¡Admírese la adivinación!—En la opinion del mismo Jesus: ¿Y dónde encuentra en él esta opinion tan contraria á toda su conducta? Primeramente, se la atribuye y despues, la concilia con su conducta contraria, atribuyéndole tambien haber procedido en esto contra su opinion, y por maquiavélica aquiescencia á la opinion pública que lisonjeaba su vanidad y su ambicion, dándole este título: ¡Qué gran riqueza debe tener M. Renan de tales sentimientos para prodigarlos tan generosamente!

“Como debía ser el Mesías hijo de David, dice, se le daba naturalmente este título que era sinónimo del primero. Jesus se lo dejaba dar con placer, aunque le causara algun embarazo, por haber nacido del pueblo.<sup>1</sup> El primer título que aceptó fue el de “hijo de David” probablemente, sin tener parte en los fraudes inocentes con que se trató de asegurársele.”

Admírese las caritativas atenuaciones con que M. Renan previene la estrañeza é indignacion de sus lectores, y la uncion con que destila en ellos la blasfemia. Jesus aceptó, es cierto, un título que no le correspondia, y que estraviaba la opinion pública; pero sin tener parte en el fraude,—probablemente; fraude, por lo demás, inocente, y en el cual hubiera podido, en su consecuencia, tomar parte. Por esto, M. Renan propinó la blasfemia en mayor dosis, y dice: “Era creencia universal que el Mesías sería hijo de David y nacería como él en Belén. No era este precisamente el parecer de Jesus. Pero la opinion le hizo una especie de violencia, y se dejó dar un título, sin el cual no podia esperar ningun buen resultado, concluyendo, á lo que parece, por complacerse con él, puesto que hacia con él mayor gusto los milagros que se le pedian llamándole de esta suerte. Aquí, así como en otros muchos pasages de su vida, se amoldó Jesus á las ideas que corrían en su tiempo, aunque no fuesen precisamente las suyas.”

Francamente hablando, este modo de escribir la historia y de

1 *Vida de Jesus*, p. 132.

deshonrar, no digo lo mas sagrado que existe, sino lo mas vulgar, solo deshonra al que lo emplea. Lo digo así, no á mi parecer y probablemente sino precisamente y en el language mas claro.

Sin embargo, hasta aquí solo ha sido el héroe de M. Renan un político receloso y atreviéndose apenas á la impostura; pero ahora vamos á verle caer en ella; va á quitarse ya la máscara el jóven demócrata<sup>1</sup> convirtiéndose súbitamente en un revolucionario trascendente ó de primera clase, y en un anarquista que anuncia á sus discípulos reyertas con la policia, sin pensar un momento que esto causa rubor (para M. Renan toda la policia consiste en la Santa Hermandad.) En efecto, la idea que ocupaba su mente se desarrolló y se dió á conocer con un grado creciente de fuerza y de audacia<sup>2</sup> habiendo tenido que escoger entre los dos partidos, de renunciar á su mision ó hacerse taumaturgo.<sup>3</sup> Y no siendo realmente taumaturgo, era hacerse embaucador.—“Hay milagros, si bien no pueden distinguirse, en que consintió en representar un papel, sin que pueda saberse si las circunstancias y los rasgos que aparecen de embaucador son realmente históricos, ó fruto de la credulidad de los narradores.<sup>4</sup>”

Peró va á naufragar de un modo mas completo el carácter de Jesus; él que no era ni aun hijo de David, y que revelaba tanto su aldea, va á ostentarse y á afirmarse como Hijo de Dios, como Dios mismo.

“Jesus no enuncia por un momento la sacrilega idea de que sea Dios,” dice desde luego M. Renan, mirando esta vez por el honor de su héroe.<sup>5</sup> M. Renan no quiere ni aunque se haya presentado como Hijo de Dios, si no es de la manera que lo son ó pueden llegar á serlo en diversos grados todos los hombres, y le hace rechazar esta imputacion como una calumnia.<sup>6</sup>—To-

1 *Vida de Jesus*, p. 277. En la sábia Alemania se han burlado lindamente, aun en las escuelas racionalistas de la obra de M. Renan, dirigiendo tambien la burla al carácter francés, particularmente á propósito de ese resabio que se nos atribuye de trasladar á la antigüedad tipos contemporáneos y nacionales, haciendo de Jesus, por ejemplo, un Camilo Desmoulins y un sans-culotte (descamisado) (Véase la *Vida de Jesus* y la crítica alemana, por el abate Meignan.)

2 *Vida de Jesus*, p. 127

3 Id., p. 257.

4 Id., p. 259.

5 Id., p. 75.

6 Id., p. 253.

memos nota de esta delicadeza y de esta susceptibilidad de M. Renan, respecto de Jesus. Es, pues, un sacrilegio y un atentado hacerse pasar por Dios ó por Hijo de Dios. Está entendido.

Ahora, volvamos la hoja.

"Jesus volvió á Galilea, habiendo perdido completamente su fé judía, y lleno de ardor revolucionario. Desde entonces se espresan sus ideas con perfecta claridad. Los inocentes aforismos, las bellas predicaciones morales (de los primeros tiempos), van á parar á una política decisiva.... Ha venido el Mesias, lo es él mismo. El hijo del hombre vendrá despues de su muerte, lleno de gloria, acompañado de legiones de ángeles, y serán confundidos los que le rechazaron.—No debe sorprendernos la audacia de semejante concepcion. *Hacia largo tiempo* que Jesus se consideraba con respecto á Dios, como un hijo con respecto á su padre. Y no debe mirarse en él como un atentado lo que fuera en otros orgullo insoportable.<sup>1</sup>—Recordemos que el primer pensamiento de Jesus.... que se refería á las raíces mismas de su ser, fué que él era Hijo de Dios, el íntimo de su padre<sup>2</sup>.... El es su Padre, su Padre es él.... Su poder no tiene límites.... Su Padre le ha dado todo poder<sup>3</sup>.... El cielo, la tierra, toda la naturaleza, la enfermedad y la muerte, no son mas que instrumentos suyos<sup>4</sup>... es superior á David, á Abraham, á Salomon, á los profetas<sup>5</sup>, al templo mismo<sup>6</sup>... Es evidente que ya no le bastaba el título de Rabi, ni aun el título de profeta ó de enviado de Dios correspondía ya á su pensamiento. *Atribuíase la posicion de un ser sobrehumano.*<sup>7</sup>"

¿Qué quiere decir todo esto, sino que Jesus se dió por una persona divina, se hizo Dios, como le censuraban los judíos, *facis te ipsum Deum*<sup>8</sup>, sin que rechazara esta imputacion como una calumnia!—porque "teniendo la naturaleza de Dios, como dice San Pablo, no era usurparla manifestarse igual á Dios." *Qui, cum in formu Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo*<sup>9</sup>

1 *Vida de Jesus*, p. 237.

2 *Id.*, p. 118.

3 *Id.*, p. 244.

4 *Id.*, p. 118.

5 *Id.*, p. 246.

6 *Alibi*.

7 *Id.*, p. 146.

8 San Juan, X, 33.

9 Ad Philip., II, 6.

No hay duda alguna sobre este punto. Jesus afirmó que era Dios. "No se niega, dice M. Renan, que hubiera en estas afirmaciones de Jesus el germen de la doctrina que debia hacer de él mas adelante una hipostasis divina.<sup>1</sup>" Todos estos arrosos se hallaban cubiertos ó disculpados por una conviccion absoluta, ó por mejor decir, por el entusiasmo que hacia desaparecer en él hasta la posibilidad de una duda.<sup>2</sup>"

Hé aqui cómo no *no enuncia Jesus por un momento la idea sacrilega de que fuese Dios*. Es verdad que añade M. Renan: "La necesidad que tenia Jesus de *adquirir crédito* acumulaba las nociones mas contradictorias.<sup>3</sup>" Pero como estas nociones contradictorias solo se hallan acumuladas en la vida de Jesus por M. Renan, es preciso ponerlas en cuenta de la necesidad que tiene M. Renan de desacreditar á Jesus.

¿Es pues, Jesus un sacrilego y ha atentado contra la Magestad Divina, usurpándola en pro de su egoismo? Desviándose M. Renan de su primer juicio, ha contestado ya, que: "no debe considerarse como atentado lo que en otros se tacharia de orgullo insoportable."—Páreceme que es lo cierto lo contrario, puesto que lo que distingue á Jesus de los demas, es el ser el autor de la moral mas bella que se conoció nunca y que en tal caso, habria hecho que la moral mas bella sirviera á la mentira mas odiosa, engañando tanto mas á la humanidad.

Y aqui es donde estrechado M. Renan entre concluir que Jesucristo es el infame, lo cual hubiera podido llevarle á otro tribunal distinto que el de la opinion y entre los principios eternos de la verdad y de la conciencia, no ha temido evadirse sacrificando estos principios y deshonorando á toda la humanidad, para que no pareciera que deshonoraba únicamente á Jesucristo. Tan cierto es, que segun la conciencia humana que ha estudiado en esto, si Jesucristo no es Dios es un impostor, y si es un impostor, todo es impostura y no hay ya sinceridad ni verdad.

Prueba magnífica, prueba admirable de la divinidad de Jesucristo, que nadie habia llevado aún como M. Renan hasta su última consecuencia.

No se juzga, pues, aqui únicamente á Jesucristo, sino al honor humano. Para hacer pasar M. Renan sus odiosas acusaciones contra Jesucristo, las presenta (procedimiento infernal) en

1 *Vida de Jesus*, p. 247.

2 *Id.*, p. 152.

3 *Id.*, p. 251.

forma de disculpas y estas disculpas son otros tantos atentados contra la conciencia humana.

Así, no dice que fué un impostor Jesús, sino que implicando primeramente á todos los pueblos orientales, dice: "Buena fé é impostura, son palabras, que segun nuestra conciencia rígida, se oponen como dos términos inconciliables. En Oriente (sin distinguir el Oriente actual del antiguo Oriente, es decir, las tinieblas de la luz) hay de la una á la otra mil evasivas y subterfugios. Para nosotros, razas profundamente formales, la conciencia significa la sinceridad consigo mismo; pero la sinceridad consigo mismo no tiene mucho sentido entre los pueblos orientales.<sup>1</sup>"

Así, pues, hé aquí á Jesús acusado de impostura por lo mismo que le disculpa y que extiende esta acusación á todos los pueblos orientales.

Pero Jesucristo no es solamente un oriental, ó si lo es, es ese Oriente cuya luz se levanta sobre el mundo, é iluminándole en el seno de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que estaba sentado, no ha cesado de dirigir nuestros pasos en la vía de la civilización. *Oriens ex alto illuminans his qui in tenebris et in umbra mortis sedent ad dirigendos pedes nostros in viam pacis*<sup>2</sup>, segun se proclamó en el seno virginal de donde iba á elevarse y cuya aurora era. Jesucristo es el tipo de todos nosotros á quien cada uno de nosotros debe lo mejor que tiene.<sup>3</sup> De él se realza la conciencia moderna. No debe, pues, implicarse solamente á los pueblos orientales en esta acusación de impostura para hacer que pase contra Jesucristo; sino también á nosotros, á la humanidad entera, y aun así se haría á Jesús culpable con ella. Para disculparle, pues, completamente, es preciso negar el mismo principio moral, la misma honradez: es preciso tomar en mano la causa de la mentira y de la impostura contra la verdad y la conciencia; mas aún, es forzoso glorificar aquellas. Hasta aquí tiene que llegar la incredulidad: á ello la condena el carácter de Jesucristo.

"Es imposible la historia, si no se admite altamente que hay muchos modos de medir la sinceridad. . . Fácil nos es á nosotros en nuestra impotencia, llamar á esto mentira, y enorgullecidos con nuestra tímida honradez, tratar con desden á los héroes.

1 *Vida de Jesús*, p. 152.

2 San Luc., I, 78.

3 *Vida de Jesús*, p. 283 y 451.

"que aceptaron con otras condiciones la lucha de la vida. Cuando hayamos hecho con nuestros escrúpulos lo que ellos hicieron con sus mentiras, tendremos derecho de ser severos con ellos, etc., etc.<sup>1</sup>"

Cuando se dice esto, se han ajustado las cuentas con la religiosidad mundana, pero se ha abierto una terrible con la conciencia. A esta costa hay holgura para blasfemar de Cristo, y aun hay derecho á la gratitud por haberle convertido en un héroe de fortuna; por haber edificado al mundo, y arrancado lágrimas de los ojos áridos de nuestros contemporáneos, por la suerte del justo oprimido.

¿Y puede escribirse esta monstruosidad de lesa-buena fé honradez y de lesa-razón?

El honrado Marco-Aurelio. . . "estuvo exento de algunos errores de que participó Jesús, pero no tuvo acción duradera en el mundo. Marco-Aurelio (por haber sido honrado) deja en pos de sí libros deliciosos, un hijo abominable, un mundo que se acaba. Jesús (por no haber sido honrado) permanece para la humanidad como un principio inagotable de renacimiento morales.<sup>2</sup>"

Quisiéramos poder llamar á esto simplemente locura orgánica, locura irresponsable. Pero no es nada de esto, es locura consciente, la locura lógica, si puede hablarse así de la incredulidad. Lo sentimos por M. Renan; pero nos felicitamos de ello por la manifestación de la verdad de nuestra fé, á la que justifica y venga en igual grado.

### III.

Pero ¿qué decimos de locura? no es M. Renan, no es la incredulidad quien está loco; es la sabiduría eterna; y esto es hasta lógico, puesto que es mentira la Verdad misma.

Hémos aquí, pues, retrasados en diez y ocho siglos, en el primer día en que era Jesucristo *gentibus autem stultitiam*,<sup>3</sup> en los tiempos del buen rey Herodes, que despreciando á Jesús, porque no quiso recrearle con sus milagros, le revistió por moda con la túnica blanca de los insensatos. Mas esta era siquiera la librea de la imbecilidad inocente; pero M. Renan trata á

1 *Vida de Jesús*, p. 235.

2 *Id.*, p. 451.

3 *Ad Corinth.* I, 23.

Jesús con más formalidad; puesto que le pone la camisola de los locos y nos lo presenta como un furioso.

"Admitimos sin *varilar* <sup>1</sup>, dice, que verificó Jesús con frecuencia actos que en el día se considerarían como de ilusión ó locura."

"Desde muy temprano se reveló su carácter singular. La leyenda se complace en mostrárnoslo desde su infancia rebelde contra la autoridad paterna, y saliéndose de las vías comunes para seguir su vocación. . . . No parece haberle amado su familia. En breve le veremos en su osada rebelión contra la naturaleza, hollando á sus piés todo lo propio del hombre, la sangre, el amor, la patria, guardando solamente alma y corazón para la idea que se le presentaba, como la forma absoluta de lo bueno y lo verdadero."<sup>2</sup>

Bien pronto, en efecto, "anima todos sus discursos un ardor extraño. . . . En sus actos de rigor llegaba hasta suprimir la carne. No conocían límites sus exigencias. Despreciando los sanos límites de la naturaleza humana, quería que solo se viera para él y que solo á él se le amara." Observemos de paso, que en esto es lógico M. Renan, (salvo el modo de expresarse) y que Jesús hubiera sido egoísta hasta la locura si no fuera Dios. Toda incredulidad se halla, pues, obligada á seguir á M. Renan en sus imputaciones de locura, así como en las de impostura. "Entonces se mezclaba en sus palabras algo más que humano y extraño; era como un fuego que devoraba la vida en su raíz, reduciéndolo todo á un horrible desierto. El sentimiento triste y áspero de disgusto hacía el mundo, de estremada abnegación, que caracteriza la perfección cristiana <sup>3</sup>, tuvo por fundador, no al sagaz y alegre moralista de los primeros días, sino al gigante sombrío, á quien lanzaba más y más fuera de la humanidad una especie de presentimiento grandioso."<sup>4</sup>

<sup>1</sup> M. Renan, que duda siempre que se trata de comprobar una verdad, no vacila cuando se trata de proferir una idea enorme, pues entonces se afirma en sus estribos, como quien quiere dar un golpe fatal, y adios la graduación y diferencia (*nuance*).

<sup>2</sup> *Vida de Jesús*, p. 42 y 43.

<sup>3</sup> ¿Qué desgracia que esta cortadía de vista de la incredulidad no le permita llegar hasta el objeto de la razón; que no vea en la perfección cristiana más que un sentimiento áspero y triste de disgusto y de abnegación excesiva y no los tesoros de tierna caridad y de heroica adhesión hacia el mundo, cuya generosa fuente y fecundo alimento es ese mismo despojo del mundo!

<sup>4</sup> *Vida de Jesús*, p. 312.

"Arrastrado por esta espantosa progresión de entusiasmo, exigida por las necesidades de una predicación cada vez más exaltada, *no era ya Jesús libre*. . . . A veces parecía que se turbaba su razón, y sentía como angustias y agitaciones interiores. Producíale vértigos la gran visión del reino de Dios, velumbrando sin cesar ante sus ojos. Sus discípulos le creyeron loco en algún momento. . . . Su temperamento excesivamente apasionado, le hacía salirse á cada instante de los límites de la naturaleza humana. . . . Apremiante, imperativo, no podía sufrir oposición alguna. . . . Aspero y excéntrico, no le comprendían á veces sus mismos discípulos, experimentando una especie de temor á su presencia. A veces le arrastraba su repugnancia á toda resistencia á verificar actos inexplicables y al parecer absurdos. Sentíase atormentado y se revelaba al contacto de la tierra. Su noeion de Hijo de Dios se turbaba y exageraba<sup>1</sup>. . . . A veces nos sentimos tentados á creer, que viendo en su propia muerte un medio de fundar su reino, concibió de propósito deliberado el designio de *hacerse matar*."<sup>2</sup>

Basta con esto, y aun sobra sin duda, para el lector honrado, para el lector sensato.

Y presentando así por primera vez á *Jesucristo* como un extravagante y un loco, contra el ideal de sabiduría y de suavidad celestiales con que se halla impreso con tal anterioridad en el alma humana, lleva M. Renan el sacrilego desprecio á la verdad y al lector, hasta autorizarse con el Evangelio de donde irradia este ideal divino, remitiéndonos á él al pié de las páginas por medio de citas que espera no se han de evacuar, y cuya comprobación le aniquila. Después de todo, ¿qué es esto sino emplear su método de *solicitar los textos*, es decir, de falsificarlos? ¿Cuánto valor tiene el Evangelio á esta costa! ¿Cuán auténtico y sagrado llega á ser! ¿y qué buen efecto surte autorizarse con él por medio de tantas citas como un doctor de la Iglesia, anegando en ellas á *Jesucristo* y coeiendo el cordero en la leche de su madre!

M. Renan añade para mayor precaución un rasgo final, que acrecienta el ultraje, pero cuyo peso hace desplomarse sobre él mismo todo su edificio de blasfemia sepultándole en él.

M. Renan procede con respecto á la locura, como ha procedido con respecto á la impostura, coronando sus imputaciones

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 318 y 319.

<sup>2</sup> *Id.*, p. 216.

con una disculpa, que solo es un modo sumamente perverso de hacerlas pasar, agravándolas. Estiende estas imputaciones de locura de Jesucristo á la razon misma; así como estendió la imputacion de impostura á la misma conciencia. Declara abolida la ley intelectual como abolió la ley moral, para hacer pasar la blasfemia que imputa á Jesucristo su violacion.

¿Qué quiere decir, en efecto, locura, estravagancia? "Las ideas limitadas que se han divulgado en nuestros dias sobre la locura estravian gravemente nuestras apreciaciones históricas en las cuestiones de este género. En el dia, el que se halla en un estado en que se dicen cosas de que no se tiene conciencia, en que se presenta el pensamiento sin que le llame y regule la voluntad (definicion gramatical de la locura) se ve espuesto á ser recogido como alucinado. En otro tiempo esto se llamaba profecía, inspiracion."

Así pues, en otro tiempo no se tenian las mismas ideas que hoy sobre la locura, y por consiguiente sobre la razon, y por tanto nosotros carecemos de criterio comun con la antigüedad para comprenderla. En tal caso, es preciso proclamar la abolicion de la crítica para los tiempos antiguos, puesto que solo podemos juzgarlos por nuestro sentido interno.

Pero no solamente respecto de otros tiempos, sino aun de nuestra misma época y de un modo absoluto, nos falta este sentido interno, y se estravian nuestros juicios sobre la locura hasta el punto que en vez de recoger ó secuestrar á ésta, se la debería glorificar y envidiar. "En efecto, las cosas mas bellas del mundo se han verificado con calentura; toda creacion eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del sér de quien emana... ¿Quién de nosotros, pigmeos, podría hacer lo que hizo el estravagante Francisco de Asis, la histérica Santa Teresa? Poco importa que haya nombres en la medicina para espresar estas grandes desviaciones de la naturaleza humana; que sostenga que el grande ingenio es una enfermedad del cerebro; que vea en cierta delicadeza de moralidad un principio de tisis; que clasifique el entusiasmo y el amor entre los nuevos accidentes. Las palabras sano y enfermo son enteramente relativas. ¿Quién no preferiria estar enfermo como Pascal, á estar sano como un cualquiera, etcétera, etcétera?"<sup>1</sup>

M. Renan debería haber agregado á su *Vida de Jesus* un

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 452 y 453.

lexicon que explicara el significado de las palabras y de las cosas, segun el sentido en que él las emplea, tan contrario ó distinto de nuestras ideas limitadas. Pero poseemos ya este lexicon; no hay mas que coger el Diccionario de la Academia y entender al revés sus definiciones. Y como todas las lenguas fraternizan en un verbo intelectual comun, es preciso destruir todas las lenguas, todos los libros, ó mas bien este verbo comun de la razon humana. Solamente entonces se comprenderá á la incredulidad.

#### IV.

He aqui hasta dónde llega la incredulidad en M. Renan.

Es decir á una de las mas poderosas, mas triunfantes y mas vengadoras demostraciones de la fe cristiana.

Vamos á despejarla en pocas palabras.

No es necesario hacer resaltar desde luego todo lo que gana la manifestacion del adorable carácter de Jesucristo, tan admirablemente fiel á sí mismo en su tipo incomparable de un punto á otro de su vida, tan humano, tan perceptible, tan concreto á un tiempo mismo; y tan divino, tan atractivo ó insinuante, tan celestial por la armoniosa concordancia de su doble naturaleza y la profunda unidad de su persona,—todo lo que gana, repito, la manifestacion de Jesucristo en esta monstruosa é incoherente discordancia de los diversos Jesucristos que quiere sustituirle la incredulidad; un Jesus idílico, un Jesus politico y un Jesus frenético; es decir, un simple, un bellaco y un loco; sin perjuicio del Jesus heroico que pone como de muestra en la fachada para hacer que entre el cándido lector á este espectáculo de plaza.

Y á tí, lector, que sales de él ¿qué te ha parecido? ¿cómo puedes conciliar ese ignorante aldeano con ese divertido ó delicioso rabi, ni á éste con el sagaz politico que se convierte en un anarquista que llega á ser un charlatan y un impostor, y despues un gigante sombrío, y finalmente, un frenético cuyo creciente parasismo le impulsa á hacerse matar? ¿Y cómo concibes que pueda ser todo esto á un tiempo mismo, el honor comun de cuanto lleva un corazon varonil,—el hombre incomparable á quien ha tributado la conciencia universal con justicia el título de Hijo de Dios,—un principio inagotable de renacimientos morales,—el creador del código mas bello de la vida perfecta que trazó jamás moralista alguno,—el funda-

dor de la religion absoluta, no solamente para este mundo, sino para los demás planetas, si tienen habitantes, dotados de razon y de moralidad! ¿Cómo conciliais, finalmente, todo esto con la observacion de que la moral de JESUCRISTO, la religion de JESUCRISTO es el mismo JESUCRISTO; es la imitacion de sus ejemplos, de su conducta, de su vida; es decir, con aplicacion al héroe de M. Renan, de la necedad, de la doblez, de la impostura y del frenesi?

¿Cuál de estos dos Jesucristos te parece digno de tu conciencia, y por consiguiente, de tu fe?

Sin duda dirás que es insensata y abominable la concepcion de M. Renan y que la repudias; que te avergüenzas de que haya podido ver la luz en tu país y en tu época, pero que la dejas por cuenta de su autor, y que es precisamente una concepcion de la incredulidad.

¡Honrada ilusion!

No me limitaré únicamente á contestar que casi todos los órganos de la incredulidad han reconocido esta concepcion y la han ensalzado, y que su oprobio ha llegado á ser el del campo entero que protestará probablemente contra el juicio que hago aquí de ella; sino que diré, que en esto ha sido justa la incredulidad, tanto respecto de M. Renan como para consigo propia, y hasta tal punto, que yo mismo tomaré la defensa de M. Renan, ó mas bien, la de la verdad, manteniendo esta solidaridad de su obra con la incredulidad.

Sin duda que M. Renan ha puesto lujo en ella, y ha tratado su asunto con odio; y á la manera que aquel pintor de la antigüedad se valió de todas las hermosuras de la Grecia para pintar una Vénus, M. Renan se vale, para componer su Jesus, de todas las fealdades morales que puede reunir, aun cuando se escluyan. No le basta elegir entre la impostura ó la locura; ninguna de las dos ni otras varias están de mas.—Pero, en el fondo, tiene los datos y recursos necesarios á toda incredulidad.

¿Cómo puede ser esto?

Nada mas sencillo.

La conciencia universal y la historia le trazaban de JESUCRISTO y de su obra un tipo de grandeza y de perfeccion de que no podia desviarse. No nos hallamos ya en el último siglo: hoy es preciso, por lo menos, quitarse el sombrero ante JESUCRISTO, ya que no sea necesario echar de menos con M. Renan *los sitios donde quisiera la humanidad ir á besar la huella de sus plantas*; primera necesidad que hemos reconocido con sus consecuencias en el capítulo precedente.

Ahora bien, ¿podia atenerse á ese Jesus, *honor comun de todo cuanto lleva un corazon varonil!*

Absolutamente no; y se veia estrechado por una segunda necesidad.

¿Cuál? la de elevarse hasta JESUCRISTO Dios, ó descender á un Jesus infame; la de ponerse sobre el hombre y debajo del hombre; porque este ser escepcional, que no podrá explicar nunca la incredulidad, es necesariamente mas ó menos que un hombre, y es preciso adorarle ó menospreciarle.

Ya hemos visto, en efecto, que JESUCRISTO hizo, y quiso aparentar que hacia milagros en gran número, los cuales tendrian que ser obra de un charlatan, si no lo fueran de un Dios; ya hemos visto el dilema en que hemos encerrado á M. Havet y á M. Scherer, por no haber querido aceptar el atentado de M. Renan contra la conciencia. Pero este dilema se vuelve á presentar aquí independientemente de los milagros, en términos mas absolutos, y que ni aun se ha intentado discutir, en los términos de la pretension, de la afirmacion solemne que hizo JESUCRISTO de ser Dios mismo.

Ahora bien, ó Jesucristo habló con verdad ó con falsia; si con verdad, es Dios; si con falsia (Dios me perdone esta blasfemia, que borra mi corazon á medida que la escribe mi mano), es un impostor ó un loco; y aun llegaré á decir con M. Renan, que es uno y otro.

Si no es Dios Jesucristo, tuvo razon Heródes en tratarle como un insensato, y el gran sacerdote como un blasfemo. El mismo Jesucristo no protesta contra este trato, lo soporta como efecto de la ceguedad de los judios que no quieren ver en él al Hijo de Dios. La única defensa fué decir que lo era realmente. No se le creyó, y desde entonces es consiguiente que debe tratársele como lo fué en su pasion y en su suplicio.

Ahora bien; esta situacion de JESUCRISTO ante Heródes y ante Caifás, es aun y será siempre la única que pueda tener ante la conciencia humana. Esta conciencia, apremiada á pronunciarse sobre su persona, debería esclamar con Pedro: ¡Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo! ó con el gran sacerdote judío: ¡Ha blasfemado, y es digno de muerte! En el primer caso, deben seguirse adoracion y amor; y en el segundo, bofetadas y salivas.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ha aquí cómo terminan dos notables artículos que ha publicado recientemente M. Caro, en el periódico la Francia: "O Jesus es el Hijo de Dios, realmente Dios, ó no es ni siquiera un hombre superior, ni un

En nuestros *Estudios* hemos consagrado veinte páginas á experimentar este argumento en todas sus fases; y cuanto mas lo espermentábamos, mas se agrandaba y desplegaban mayor fuerza las objeciones. Como creemos haber apurado allí su estudio, nos atrevemos á suplicar al lector que recurra á ellos.<sup>1</sup>

Pero confieso que M. Renan ha superado nuestras hipótesis con sus demasías. No parece sino que en esto, como en tantos otros puntos, ha hecho fuego en vista de nuestras demostraciones, oponiendo una resistencia mas allá de los límites en que la creíamos posible.

Así, hemos previsto y discutido el argumento del *triunfo* de Jesucristo; el argumento del *beneficio*; el argumento tambien de la *separacion* que quiere hacerse entre su persona y su obra, y finalmente, el argumento de la *hipótesis* de su divinidad creada por él para ejecutar su designio; y no hemos tenido dificultad en demostrar que el triunfo de la mentira seria su reinado; que el beneficio del cristianismo suponía su verdad; que la *separacion* entre Jesucristo y su obra era imposible, pues que esta obra era EL mismo aplicado al mundo; finalmente, que la hipótesis de que creó ó inventó su divinidad para dar un fundamento á su sistema, habria á lo mas usurpado el objeto con la idolatria de su persona y contrariado este mismo fin con todos los obstáculos que suscitó en el mundo la idea de un Dios crucificado y de los que no pudo triunfar sino precisamente porque era verdad esta idea.

Pero en todos estos razonamientos que hemos desarrollado, hemos tomado siempre por punto de apoyo la conciencia y la razon, no habiéndonos jamás ocurrido que pudiera suprimírselas.

Y no obstante, comprendo que M. Renan, á no rendirse, se haya visto obligado á llevar hasta este punto la osadía de la desesperacion.

"hombre de moralidad elevada.... O el cristianismo es la verdad religiosa, absoluta, definitiva, suprema, ó solo debe verse en él una prolongada mentira de veinte siglos.... M. Renan parece no advertir que todo lo que ha quitado al Dios en el Cristo, disminuye otro tanto al hombre á nuestros ojos, y aun llega á envilecerle ante la conciencia humana. Si elimináis de esta vida lo sobrenatural, haceis de él menos que un grande hombre, menos que un hombre de bien.... porque engañó al mundo!.... Esta *Vida de Jesus* es un apremio de la conciencia moderna ante el cristianismo. Por nuestra parte, ya hemos elegido."

1. Tomo IV, c. II. *De la persona de Jesucristo*, p. 60 á 80.

Pero con esto solo ha conseguido demostrar hasta lo sumo la fe cristiana.

Ha demostrado, en efecto, que no se podía negar á Jesucristo sin atacar á la conciencia y á la razon; que habia solidaridad, ecuacion, identidad entre Cristo y la Verdad; entre Cristo y la Razon esencial, ó el Verbo que habla en nosotros; y que esta Verdad, esta Razon, este Verbo encarnados en EL, no han hecho desde entonces mas que afirmarse y proclamarse á si mismos, cuando dijo:

"Yo soy la Verdad.—Yo soy la Luz del mundo.—Yo soy el Principio, el mismo que os hablo." EGO SUM VERITAS.<sup>1</sup> — EGO SUM LUX MUNDI.<sup>2</sup> — PRINCIPUM QUI ET LOQUOR VOBIS.<sup>3</sup>

1. San Juan, XIV, 6.

2. Id., VIII, 12.

3. Id., VIII, 25.

## CAPITULO XI.

NUEVA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

REVISION DE SU PROCESO.—SUERTE DE SUS ENEMIGOS.

Aunque todo el Evangelio es admirable, lo es mas, á mi juicio, en el relato de la Pasion del Hombre-Dios. En ella llegan á ser en cierto modo mas intensas la exactitud, la precision, la sencillez, la veracidad, y mas concentrado el foco de luz histórica. En ella se eclipsan mas que nunca los cuatro secretarios de la verdad, entregados enteramente á ella para mostrarla. No omiten ningun pormenor, no se permiten reflexion ni emocion alguna. Impasibles á fuerza de la fe que les absorbe sobre el asunto mismo, dejan que produzca por sí solo su efecto en nosotros. Tienen toda la conciencia de la magestad con que debía aparecérsenos la verdad en la mayor de sus humillaciones; de las lágrimas que debía hacer derramar en todas las edades sucesivas, en lo mas fuerte del odio que la abrumba; del precio de gracia y de gloria que debía valer en los destinos del género humano cada ultraje, cada crueldad que padece; y nos reservan todas estas impresiones, todas estas apreciaciones, hasta el punto de no tomar parte alguna en ellas al parecer ellos mismos. Entre los siglos pasados que predijeron este gran sacrificio, y los siglos futuros que debian regenerarse en él, se sienten y se reconocen en ellos á los historiadores del hecho central de toda la historia hasta los últimos límites del tiempo y las profundidades de la eternidad.

M. Renan ha procedido de un modo absolutamente contrario al de todos estos historiadores, recogiendo y amontonando todo el odio y la perfidia que habia sembrado en la *Vida de Jesus*, en el relato de su Pasion y de su suplicio, y si alguna vez falta á este procedimiento en todo el resto de su obra, se puede decir que al fin se denuncia. No parece sino que celoso de los Judios, se ha encargado de la defensa de Judas. Solo se cuida de dos

cosas: de rivalizar con los enemigos de *Jesus* y de disculparles. Informa *pro domo*, y mira como *propias* todas las maldiciones con que ha estigmatizado la conciencia universal al Deicida, y todas las adoraciones con que lo ha vengado. Revisa el relato evangélico y presenta problemáticamente cuanto puede interesar á la victima ó acusar á sus verdugos, y concluye reformándolo, y por fin de cuenta, presentándolo al revés, hasta el punto de aparecer culpables solamente los cristianos.—¡Cómo es esto! La curiosidad del hecho merece que esperemos. No puede imaginarse ninguno de los medios y expedientes á que ha recurrido M. Renan con este objeto: es una obra maestra de *insidia*.

Mas por esto mismo es una obra perfecta de acusacion y de justicia contra su autor, de reconocimiento, de confesion y de homenaje á favor de la Verdad. Cada uno de sus rasgos ó pasajes hace traicion en ella á la mano y al corazon del modo mas irrisorio. Hubiéramos podido ignorar ó olvidar la importancia profética ó demostrativa de cada uno de los rasgos de este gran cuadro que agotará por siempre la contemplacion de las almas; mas M. Renan se ha encargado de la tarea de señalarlos y hacerlos resaltar, llevando ó poniendo en ellos la mano, con el único móvil de un interés impio que revela esta importancia. Es una verdadera *prueba*, aunque por distinto rumbo, en que se hace sombrío todo cuanto es luminoso en el original, y *vice-versa*, de tal suerte, que si llegara á faltar este original, se le podría encontrar en la *contraprueba*.

Demostremos esto con algunos ejemplos.

I.

Preocupado M. Renan anticipadamente de la indignacion que debe provocar la evocacion de la Pasion, y celoso por disculpar de ella á los verdaderos culpables, incluso Caifás, trata de hacer recaer esta indignacion sobre un personaje al que da con este soio objeto, una importancia que le rehusa el relato divino. Este es Anás ó Hanan, como él le llama, padre de Caifás. Hanan pagará, pues, por su yerno mientras se libra á este mismo. “La responsabilidad de los actos que van á seguir debe recaer sobre Hanan y los suyos, dice nuestro escritor.... Hanan fué el actor principal de este drama terrible, y hubiera debido llevar el peso de las maldiciones de la humanidad con mucha mas

“razon que Caifás y mucha mas que Pilatos.<sup>1</sup> ¿Por qué? ¿En qué se funda M. Renan para hacer surgir en 1863 este personaje pasivo en la historia?—No pidais otra razon que la simpatía de M. Renan por Caifás, es decir, su ódio contra Jesu-  
“CRISTO.”

“El Evangelista se empeña en poner en boca de Caifás, continúa M. Renan, la palabra decisiva que dictó la sentencia de muerte de Jesus: *Mas vale que muera un hombre por el pueblo, que no que perezca toda la nacion.*”

¿Por qué suponer que se empeña el Evangelista, como haceis vos, en culpar á una persona mas que á otra cualquiera? ¿No equivale esto á decir que sois vos quien se empeña en esta parcialidad? Por lo demás, M. Renan dedica dos páginas á demostrar que Caifás y el mismo Anás tenían derecho de proceder como procedieron, y no fueron culpables de falta de tacto ó habilidad, porque “si se hubiera dejado libre á Jesus, se hubiera gastado en una lucha desesperada contra lo imposible, y que así el odio ininteligente de sus enemigos decidió del buen éxito de su obra, y puso el sello á su divinidad.”<sup>2</sup>

En la *Vida de Jesus* se hallan muchas cosas que han decidido del buen éxito de Jesus. Cada una de ellas ha tenido este poder, y sin embargo, es necesario buscar siempre otras nuevas; tan cierto es que la única que tuvo este poder es aquella que no se confiesa, ó mas bien que se confiesa por el mero hecho de callarla. En cuanto á la que acaba de indicar M. Renan, está refutada por la conducta contraria que observaron los Judios para con los Apóstoles, segun el consejo de Gamaliel, “de dejarles seguir en su empresa, porque si provenia de los hombres, pronto se desvanecería.”<sup>3</sup> Lo cual no sirvió para que se gastaran en una lucha desesperada contra lo imposible. Y sin embargo, ¿cuánto mas no se empeñaron ellos en lo imposible que lo habia hecho su Divino Maestro!

La escena inefable de la agonía del Salvador en el huerto de los Olivos, donde, bajo la presión de la justicia divina que veia en ella solo la *iniquidad de todos nosotros*, sudó sangre la víctima del género humano, y cayendo, la faz á tierra, á vista del cáliz de reprobación presentado á su santidad, hizo oír aquellas palabras tan humanas por el sufrimiento que revelaban, como

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 167.

<sup>2</sup> *Id.*, p. 369.

<sup>3</sup> Hechos de los Apóstoles, V, 38.

divinas por su resignacion: “Padre mio, si es de tu agrado, “aparta de mi, este cáliz; no obstante, no se haga mi voluntad, “sino la tuya.”—Esta escena, manantial inagotable de compasión y de ejemplo, que emponzoña todo el encanto de los placeres culpables con el cuadro ó espectáculo de los dolores que han costado,—se refleja en el alma de M. Renan de esta suerte:

“En aquellos dias parecia haber llenado una gran tristeza el alma de Jesus por lo comun tan alegre y serena.... Disper-  
“tóse por un momento la naturaleza humana. Tal vez él mismo  
“se puso á dudar de su obra. ¿Recordó las cristalinas fuentes  
“de Galilea donde hubiera podido refrescarse; la viña y la hi-  
“guera á cuya sombra habia podido sentarse; las jóvenes don-  
“cellas que hubieran quizá consentido en amarlo? ¿Maldijo  
“tal vez su duro destino que le habia prohibido los goces conce-  
“didos á todos los demás? ¿Dolióse de su naturaleza demasia-  
“do elevada, y víctima de su grandeza, lloró por no haber per-  
“manecido simple artesano de Nazaret? *Se ignora.*”<sup>1</sup>

La sangre sube al rostro y la frente se baña de sudor al leer estas líneas incalificables. ¿Para quién las ha escrito M. Renan, se pregunta? Iba á contestar que para las jóvenes de la ópera, pero pido perdón por haber tenido este pensamiento. No conozco á nadie cuya dignidad moral, cuyo gusto y sentido no ofendan, escepto M. Renan; y aun él mismo tiene demasiado gusto, de esa misma clase que ellas sublevan, para que no haya sido sacrificada aquí á sabiendas la razon artistica al solo cálculo de la impiedad y del odio. Pero este cálculo es falso y ha profundizado demasiado bajo. ¿Y por qué? ¿Por qué no pueden esas invenciones, de que no se ofenderia ningun ser humano, acerearse siquiera á la víctima de Getsemani, sino porque las rechazan las ideas, los datos que tenemos de Jesus? Datos é ideas que no nos permiten concebirlo de otra suerte que como la santidad misma, y tanto mas exento de nuestras debilidades y flaquezas, cuanto que se las asumió para purificarnos de ellas, y que le horrorizaron hasta la agonía.

“Resolvióse el inmediato arresto de Jesus. A todas las me-  
“didas que se tomaron para ello, presidió dice M. Renan, un  
“gran sentimiento de orden y de policia conservadora.”<sup>2</sup> Si  
por cierto; y se dirigieron á donde estaba Jesus armados de es-

<sup>1</sup> *Vida de Jesus*, p. 378 y 379.

<sup>2</sup> *Id.*, p. 380.

padas y palos, como para prender á un ladrón, á pesar de que el mismo se les entregaba sin defensa todos los días en el templo, según les motejó con dulzura.<sup>1</sup>

¿Qué bien hubiera presidido M. Renan á estas medidas de orden y de policía, como preside ahora y se asocia á ellas en cuanto le es posible con esta apología!

Concibese ya que tome parte y defensa por Judas Iscariote, que con gran sentimiento de orden y de policía conservadora tomó por sí la parte principal de todas las medidas, la de hacer traición y entregar al Hijo del Hombre con un beso.

La defensa que hace M. Renan de Judas, es un modelo de insinuante elocuencia. La recomiendo á los abogados noveles, encargados de oficio de la defensa de los más desesperados criminales. El mismo Judas no se hubiera defendido mejor.

“Este desgraciado vendió á su maestro, por motivos que es imposible explicar, dió todas las indicaciones necesarias, y se encargó él mismo (aunque sea apenas creíble tal exceso de maldad), de conducir la comitiva que debió verificar el arresto. La horrorosa memoria que la necesidad ó la maledicencia dejó de este hombre en la tradición cristiana, debió adolecer de alguna exageración sobre este punto. Hasta entonces había sido Judas un discípulo como los demás... La avaricia á que achacan los sinópticos el crimen de que se trata, no basta para explicarlo. ¿Quedó tal vez herido su amor propio, con la amonestación que sufrió en la comida de Bethania?<sup>2</sup> No es esto suficiente. Según Juan, aparecería como un ladrón. Es preferible creer que ocurrió alguna disensión intestina; hipótesis que se halla confirmada por el odio particular que demuestra Juan contra Judas.... Sin negar que Judas de Kerioth contribuye al arresto de su maestro, creemos, pues, que hay alguna injusticia en las maldiciones con que se le abruma. Tal vez hubo en su acción más torpeza que perversidad. Pero si la loca ambición de algunas monedas de plata trastornó el juicio al pobre Judas, no parece que hubiera perdido completamente el sentimiento moral, puesto que, al ver las consecuencias de su culpa, se arrepintió de ella y se ahorcó, según se dice.”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> San Mateo, XXVI, p. 35.

<sup>2</sup> Insinuación que no se dirige solo á disculpar á Judas, sino á inculpar al Divino Maestro.

<sup>3</sup> Vida de Jesús, p. 381 y 382.

Yo no sé si Judas será absuelto por el jurado del género humano, dejándosele en libertad para que vaya á ahorcarse ó á llevar una vida tranquila, como se place en hacerlo entrever su defensor; pero lo que sí sé es que, en todo caso, este veredicto parecería descolorido al lado del de M. Renan.

Jesús es conducido ante Anás. Interrogado sobre su doctrina, se refirió á su enseñanza que había sido pública, empeñando al pontífice á que interrogara á los que le habían oído.—“El respeto exagerado de que estaba rodeado el anciano pontífice hizo que pareciera audaz esta respuesta, hasta el punto de que uno de los asistentes contestase á ella, según se dice, con una bofetada.”<sup>1</sup>

¿Cuán hábilmente interpuesto se halla este según se dice, que recae sobre el Evangelio, para dejar en duda esta bofetada, después que se ha tenido el cuidado de escusarla! ¿Cuán fácilmente toma M. Renan su partido sobre este brutal insulto á la triple magestad de la desgracia, de la inocencia y de la defensa! Insulto tal, que cediendo esta vez la paciencia á la dignidad, protestó la gran Víctima contra él, á nombre de la humanidad entera, por medio de aquella respuesta sencilla y firme de que no hace caso M. Renan: “Si he hablado mal, da testimonio del mal, y si bien ¿por qué me hieres?”<sup>2</sup>

Llevado en seguida Jesús ante Caifás, se le acusó de haber blasfemado. Citóse por dos testigos la palabra fatal que pronunció realmente Jesús (M. Renan lo atestigua). “Destruiré el templo de Dios, y lo reedificaré en tres días,” y era realmente una blasfemia, como lo advierte también M. Renan. “Jesús se negó á explicar la palabra de que se le acusaba. Si ha de darse crédito á un relato, entonces el gran sacerdote le habría apremiado á decir si era el Mesías; Jesús lo habría confesado y habría proclamado ante la asamblea la próxima llegada de su reino celestial.”<sup>3</sup>—Mas el valor de Jesús, decidido á morir, “no hace esto necesario, dice M. Renan; y es más probable que tanto aquí como delante de Hanan, guardó silencio.”<sup>4</sup>

M. Renan hace ver también aquí el pasaje del relato que le hiera ó disgusta, y en su consecuencia, el que es importante.

<sup>1</sup> Vida de Jesús, p. 395.

<sup>2</sup> San Juan, XVIII.

<sup>3</sup> La palabra próxima no está en los textos.

<sup>4</sup> Vida de Jesús, p. 396 y 397.

La divinidad de Jesucristo proclamada solemnemente por él mismo ante el representante oficial del sacerdocio y en presencia de toda la nación, es un hecho grave, referido no ya por *uno* solo, sino por *tres* evangelistas.<sup>1</sup> Esto es dudoso para M. Renan tan solo por ser decisivo. ¿Cómo, en efecto, había de ser dudoso, cuando se recomienda por los mismos testimonios que el hecho de la comparecencia de Jesús ante Caifás, de que no duda M. Renan? ¿Dónde está el criterio que le hace discernir esta comparecencia admitida por él, de sus circunstancias que rechaza? Evidentemente, en el valor y la trascendencia de estas mismas, y el cual hace resaltar por el mero hecho de dudar de ellas. El valor de Jesús, resuelto á morir, *no exige* esta contestación, dice. Es decir, que oponéis una *opinión* vuestra á un hecho de la historia. ¿Y qué opinión! ¿No debería deducirse mas bien, de hallarse dispuesto Jesucristo á morir por la verdad, que debió rendir testimonio de ella? Y en cuanto á la probabilidad de que guardó silencio, lo mismo ante Caifás que ante Anás, solo adolece de un defecto; el de no ser exacto que guardara silencio ante Anás, puesto que fué efecto de sus respuestas aquella odiosa bofetada contra la que protestó con una palabra, respecto de la cual solo M. Renan *guarda silencio*.

Pero sigamos al SALVADOR ante Pilatos, y en esta reproducción de la Pasión revisada y completada por M. Renan, juzguemos con él el gran proceso.

## II.

“Hallándose sentado Pilatos en su tribunal interrogando á Jesús, dice el Evangelio, envió á decirle su mujer: nada te mezcles en las cosas de ese justo, porque he padecido mucho hoy por causa suya en un sueño.”<sup>2</sup>

Apoyándose justamente Grocio, con todos los comendadores, en la palabra *justo*, y en la impresión de respeto que esta palabra en boca de esta mujer supone en su corazón, reflexiona que sin duda, le fué revelada por Dios en sueños “la inocencia de Jesús, así como tal vez el daño que podría resultarle á Pilatos de condenarle injustamente. Y podría ser, añade Grocio, que fuera una mujer que tuviese el temor de Dios, tal como se ve

<sup>1</sup> San Mateo, XXVI, 64.—San Marcos, XIV, 62.—San Lucas, XXII, 69.

<sup>2</sup> San Mateo, XXVII, 19

“en esta época en las mujeres de algunos otros presidentes romanos.”<sup>1</sup> Así habla el sábio y juicioso Grocio.

M. Renan es un crítico de otra raza.

Tiene celos de esa única muestra de interés que encontró el divino Acusado en el desencadenamiento de todos los insultos y de todos los farores de que es juguete y víctima. Así es, que primeramente la pone en duda y en cuanto le es posible la retira. “Segun una *tradicion*, dice, (asi llama á la historia *escrita* “por un testigo ocular), Jesús encontró un apoyo en la mujer “del presidente.” Despues mancha este generoso sentimiento, de esta suerte: “Esta mujer pudo *entrever* al dulce Galileo desde algun *balcon* del palacio que diera á los patios del templo, “y tal vez le volvió á ver en sueños y le causó una pesadilla la “*sangre* que iba á verterse de aquel *hermoso jóven*.”<sup>2</sup>

¡Digno es verdaderamente de lástima M. Renan!!!

No es culpa nuestra si se convierte el proceso de Jesucristo en su propio proceso, por la parte que le place tomar en él. ¿Por qué se mezcla en lo concerniente á este Justo?

M. Renan admite “segun todos los ritos, la repugnante escena de los soldados que pusieron á Jesús una túnica encarnada “y una corona formada de ramas con espina en la cabeza, y una “caña en la mano, descargando sobre su rostro bofetadas y salvadas, y saludándole con genuflexiones por rey de los judios.” —Mas añade inmediatamente. “Es difícil de comprender que se prestara la gravedad romana á tan vergonzosos actos.” —¿Por qué no, cuando los renueva hoy dia la gravedad critica sobre el rey de los siglos, y cuando se encela del interés que de ello le resulta?

Pero sobre todo, y esta es la coronación de la obra, que supera, no solamente á todo lo que se ha visto sobre este asunto, sino tambien á todo lo que se verá, M. Renan insiste en disculpar á Pilatos y á los judios del Deicidio. Esta sangre del Justo que ellos mismos atrajeron sobre si y sus hijos, cae en mi juicio, con todo su peso, sobre él solo, como una pesadilla. Es necesario que la rechace. Necesita rechazarla, pero no queda enteramente satisfecho si no la hace recaer ¿sobre quién? —sobre la víctima, sobre los cristianos. —Eso no es creíble, se dirá. —Es verdad, pero así es.

<sup>1</sup> Anotaciones in Evangelia, p. 267.

<sup>2</sup> Vida de Jesús, p. 493.

Comienza primeramente por lavar de nuevo las manos á Pilatos.—Estas palabras: *Que recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*, que proclamaban la responsabilidad del presidente romano sin librarle de ella, “estas palabras, dice M. Renan, ¿se pronunciaron en realidad? Puede dudarse; pero son la expresión de una profunda verdad histórica.”—Como se ve ya, aparta esta sangre de las manos de Pilatos y de la cabeza de los judíos, y la guarda por cuenta de aquel á quien pertenecía.—“Vista la actitud, continúa, que habían tomado los romanos en Judea, *no podía hacer Pilatos sino lo que hizo*. ¡Cuántas sentencias de muerte dictadas por la *intolerancia religiosa* han forzado la mano al poder civil! El rey de España (¡qué bien traído está el rey de España!) que para contentar á un *clero fanático* (este es el caso) entregaba á la hoguera centenares de súbditos, ha sido *mas censurable que Pilatos*, porque representaba un poder mas completo que el que tenían entonces en Jerusalén los romanos. El brazo secular, tras el cual se escuda la *crueldad clerical*, no es el culpable, etc., etc.”

Segun se ve, están ya las cosas muy adelantadas, y si M. Renan no deduce desde ahora que es el culpable el partido clerical, da pruebas de gran moderación. ¡Pero paciencia! Sigamos la *degradación de los matices*.

“No fueron *pues* ni Tiberio ni Pilatos los que condenaron á Jesús; fué el *antiguo partido judío*, fué la ley mosaica. Segun nuestras ideas modernas, no hay trasmisión alguna de demérito moral de padre á hijo.... Por consiguiente, todo judío que sufre aun hoy día por la muerte de Jesús, *tiene derecho á quejarse*; pero las naciones tienen su responsabilidad asi como los individuos. Ahora bien, si hubo jamás crimen alguno que fuera el crimen de una nación, este crimen fué la muerte de Jesús. Esta muerte fué *legal* en el sentido de haber sido su causa primera una ley que era el alma misma de la nación.”

¿Cómo? ¿una ley de inmolar aquél cuyo juez mismo proclama que *no ha encontrado en él la culpa de que se le acusa y á quien no se le ha probado crimen alguno*?<sup>1</sup> cuyo juez pregunta *¿qué mal ha hecho?*<sup>2</sup> y que arroja sobre sus acusadores la san-

1 ¿Por qué cita M. Renan á Felipe II de España, y no á Isabel de Inglaterra, la cual quemó y asesinó mas católicos que herejes pudiera matar la Inquisición en España?—N. O. T.

2 San Lucas, XXIII, 14, 22.—San Juan, XIX, 6.

3 San Marcos, XV, 14.

gre de este Justo,<sup>1</sup> acensándoles de perseguirle solo por *envidia*?<sup>2</sup> ¡Semejante ley de iniquidad jurídica seria el alma no de un partido, sino de una *nación*! Pero esta es una calumnia de M. Renan, de la que, en mi juicio, tiene *derecho de quejarse* todo judío.

M. Renan, no obstante, explica su pensamiento, y los judíos van á ser disculpados á costa de Jesús.

“La ley mosaica, en su forma moderna, es verdad, pero aceptada (¿no es ya pues el *antiguo* partido judío?) imponía la pena de muerte por toda tentativa para variar el culto establecido. Pues bien, Jesús atacaba sin duda alguna este culto y aspiraba á destruirlo. Los judíos dijeron á Pilatos con *SEN-CILLA Y VERDADERA FRANQUEZA* (!!!): “Tenemos una ley, y segun ella, debe morir; porque se llama Hijo de Dios.” La ley es detestable; pero era la ley de la ferocidad antigua, y el héroe que se ofrecia á abrogarla, *debía ante todo sufrirla*.”<sup>3</sup>

He aquí al SALVADOR DEL MUNDO plenamente convicto, y á sus verdugos apoyados por el señor fiscal Renan, en el pretorio imperial de Judea, esponiendo su acusación en la causa.

Pero si mi Salvador, arrojando sobre mi nada una de esas miradas escitadoras, hubiera dispensado á mi amor la gracia de permitirme su defensa, he aquí cuál hubiera sido mi informe.

### III.

Es verdad, *hay una ley segun la cual se ha dicho que debe morir, porque se llama Hijo del Dios*.<sup>4</sup> Esta ley en sí misma es justa y el acusador público que la invoca acaba de calumniarla, llamándola *la ley de la antigua ferocidad*. Porque ésta es la ley de lesa-magestad en la que descansan todos los imperios y que conserva todas las soberanías; en Roma á César; en Judea á Dios; segun esta palabra del divino acusado, acuñada en el troquel de la sabiduría divina: “*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*.”

Pero esta ley presupone al aplicarse á Jesús, un punto que examinar, una cuestión que resuelve la acusación por sí misma segun su modo ordinario de razonar, y es que no sea Jesús, en

1 San Mateo, XVIII, 24.

2 San Mateo, XXII, 18.—San Marcos, XV, 10.

3 *Vida de Jesús*, p. 411 y 412.

4 San Juan, XIX, 7.

efecto, Hijo de Dios, que no sea ese Cristo, ese Mesías que debe venir, deseado por todas las naciones, esperado por la nuestra en aquella época, y todas cuyas señales indicadoras han aparecido ya. Apelo de ello al interrogatorio: Hábeis preguntado si era CRISTO HIJO DE DIOS. Hay pues un Cristo, Hijo de Dios á quien debemos conocer, á quien debemos escuchar; y siendo así, ¿no es acaso ese mismo que está aquí en pie en medio de vosotros, quien sería ese Cristo á quien perseguís con vuestro odio y á quien deberíais seguir con vuestro amor? Él ha contestado que lo era, y esta respuesta, cuya magestad debería respetar vuestra fe, solo sirve para atizar vuestra rabia. Sin embargo, era por lo menos una cuestión prejudicial que debía examinarse; un grande hecho que debía comprobarse; la cuestión misma, el hecho mismo del proceso que os acusa á todos ante Él, antes que él pueda serlo ante vosotros; porque, si es Cristo, se vuelve contra vosotros la ley que invocáis y debéis tener su venganza.

Pero hay mas: abramos esta ley. ¿Cómo, el acusador público que sabiendo la ciencia de la Escritura, no puede ignorarla, cómo la ha cludido de un modo tan extraño?

Esta ley es la ley de Moisés, capítulo XVIII del Deuteronomio. Compónese de muchos artículos ó versículos íntimamente encadenados y consecuentes.—El artículo único á que se ha aludido es el artículo 20, concebido en estos términos:—“Si un profeta corrompido por la soberbia, emprendiera hablar en mi nombre lo que yo no le mandé decir, ó hablase en nombre de dioses ajenos, sea castigado de muerte.”

Fácil me sería demostrar, si osarais empeñar la discusión sobre la vida y la doctrina de Jesús, á las cuales no cesó de apelar él mismo, que lejos de serle aplicables estos caracteres, ofrecen la mas perfecta oposicion á ellos.

Pero ya he dicho que este artículo se refiere estrictamente á los que le preceden y á los que le siguen.

Pues bien, ¡escucha oh Israel, estos versículos de tu Ley, oye la voz de Moisés, la voz de tu Dios que se levanta contra ti, que te persigue y te perseguirá, á ti y á toda la incredulidad de siglo en siglo!

Versículos 1, 5, 16 y 17.—“El Señor vuestro Dios os suscitará un profeta como yo, de vuestra nacion y de entre vuestros hermanos,—y á él es á quien oireis.—Conforme se lo pedisteis al Señor Dios vuestro en Horeb cuando se juntó todo el pueblo diciendo: No oiga yo otra voz que la voz del Señor Dios mio, ni

vea mas este fuego espantoso, porque no muera.—A lo que contestó el Señor: En todo lo que ha dicho, ha hablado bien ese pueblo.”

Versículo 18.—“Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermenos semejante á tí, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare.”

Versículo 19.—“Si alguno no quiere oír las palabras que este profeta hablará en mi nombre, experimentará mi venganza.

Despues de estos, sigue el versículo 20 ya citado, que condena al falso profeta que usurpa los derechos del verdadero.

Finalmente, los versículos 21 y 22, que marcan las señales en que deberá discernirseles.

He aquí la ley, toda la ley.

Este profeta anunciado, semejante á Moisés, legislador como él, taumaturgo como él, profeta como él, es el Mesías. Toda la Sinagoga conviene en este punto; apelo de ello á todos los ancianos *rabis*.

Y ahora, digo que este profeta legislador, que este Mesías es Jesús de Nazareth á quien perseguís y á quien *vengará* Dios mismo.

Otras mil profecias os lo señalan; pero esta solo basta para vuestra condenacion.<sup>1</sup>

Y así, la ley en cuyo nombre pedís su muerte, le escuda á él y os destruye á vosotros: no es él, es vuestra misma Ley, es Moisés quien os acusará, segun os lo decia ha poco en el templo.—“No penseis que yo os tenga de acusar delante del Padre. Moisés, en quien vosotros esperais, es el que os acusa; “porque si creyérais á Moisés, me creeríais tambien á mí, porque *ÉL* escribió de mí.”<sup>2</sup>

Y lo que os confunde, sobre todo, es que estos signos, en los

<sup>1</sup> En el tomo 4º, pág. 215 á 221 de nuestros *Estudios*, hemos apreciado esta gran profecía y pesado todas sus palabras en su relacion con otros textos próximos que son como sus confrontantes. Atrevémonos á decir que no hay demostracion que aventaje á la *evidencia* de que solo es aplicable á *Jesucristo*. Remitimos á ella con confianza al lector, indicando especialmente la relacion que tiene con la *Trasfiguracion*, en que reapareciendo Moisés mismo, viene á testificar que Aquel de quien habia dicho: *IPSUM AUDIES* [Deuter. XVIII, 15], es indudablemente Aquel de quien dijo en la nube su Padra celestial: *IPSUM AUDITE* [San Mateo, XVII, 5]. Y no se diga que esta correlacion la ha dispuesto el Evangelista, porque no lo advierte, y yo no sé que la haya descubierto nadie antes que yo.

<sup>2</sup> San Juan, V, 45 y 46.

que os dijo Moisés que le distinguiríais, los hizo en gran número en medio de vosotros. El os lo dijo: "Las obras que me diste pensó hacer el Padre, esas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me envió."<sup>1</sup> "Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no tendrían pecado; mas ahora ellos las han visto, y me han aborrecido á mí y á mi Padre, para que se cumpla la palabra que está escrita en la ley de ellos, que me aborrecieron sin motivo."<sup>2</sup>

Pero vuestros murmullos sanguinarios cubren mi voz. Triunfa la iniquidad: sedienta de la sangre divina que arde por derramarse para la salvación del mundo, ella la atrae sobre su cabeza. ¡Pues bien! que recaiga esa sangre del Justo sobre vosotros y sobre los que, mas culpables aún que vosotros, se erigirán un día, del medio de las luces que van á brotar de ella, en apologistas del Deicidio. En cuanto á mi, discípulo de Jesús MI SALVADOR, que me ha preservado de esta ceguera, solo pido al concluir, una gracia; la de seguirle al suplicio, auxiliándole á llevar su Cruz al Calvario y morir allí con Él.

## IV.

He aquí lo que hubiera yo dicho con sencillez y verdadera franqueza, en el proceso que se vió ante Pilatos; he aquí lo que digo al revisarlo.

Pero ¿por qué defendiendo á mi Dios y acuso á sus enemigos? Mejor haría en defenderme á mí mismo; porque no fueron los judíos, no es M. Renan, sino yo, nosotros los cristianos, es el mismo Jesús quien es culpable y responsable de la iniquidad que ha continuado derramando en su nombre la sangre de los justos: esto es lo que ha insinuado ya M. Renan, volviendo á esta moraleja y terminando con ella.

"Ay! mas de mil ochocientos años serán necesarios para que dé sus frutos la sangre que va á derramar. Durante siglos enteros se hará sufrir en su nombre tormentos y la misma muerte á pensadores tan nobles como él. Aun hoy día se imponen penas por delitos religiosos en países que se dicen cristianos. Jesús no es responsable de estos estravios: no podía prever que tal pueblo de imaginación estraviada, le concibiera un día co-

<sup>1</sup> San Juan, V, 37.

<sup>2</sup> Id., XV, 24 y 25.

como un horrible Moloch, ávido de carne quemada. Si en vez de perseguir el cristianismo á los judíos con un odio ciego, hubiera abolido el régimen que mató á su fundador, ¿cuánto mas consecuente no hubiera sido, y cuánto mas no hubiera merecido del género humano?"<sup>1</sup>

Así, pues, no es sobre Pilatos, no es sobre Júdas, no es sobre los judíos, es sobre el cristianismo, y en tal sentido, sobre el mismo Jesucristo, sobre quien recae la odiosidad de todo esto.

¿Pero sobre quién recae la odiosidad de esta odiosidad?

Por lo demas, para afirmar mayormente esta conclusion, al mismo tiempo que la hace caer M. Renan sobre el cristianismo, se empeña todavía otra vez en librar de ella á los enemigos de Jesús. Como si la sangre que quiere borrar de sus manos y de su frente, reapareciera de continuo, acusándole como cómplice, no teme, en un capítulo especial que tiene por título: SUERTE DE LOS ENEMIGOS DE JESÚS, insultar á la conciencia humana, á la Providencia y á la historia, presentando á Pilatos "como no habiendo en su retiro pensado un momento en el episodio olvidado que debía transmitir su triste fama á la posteridad mas remota."—"A Hanan, siendo tenido por uno de los hombres mas dichosos de su siglo, y al verdadero culpable de la muerte de Jesús, pasando su vida colmado de consideraciones y de honores;" y finalmente, de Judas, que no parece tener otra culpa á los ojos de M. Renan, que la de haberse arrepentido de su crimen, dice con un refinamiento de piedad moral: "Tal vez, retirado á su campo de Hakeldama, es decir, campo de sangre, como se le llama por los judíos mismos, porque fué comprado con el precio del Deicidio,<sup>2</sup> llevó Judas una vida tranquila y oscura, mientras sus antiguos amigos conquistaban el mundo, divulgando por él la noticia de su infamia."<sup>3</sup>

Si entrando en la vía que me abre M. Renan, quisiera tomarme como él licencia de hacer conjeturas, podría decir: Tal vez no murió Judas y anda todavía vagando por la tierra.... Tal vez, poseído siempre del mismo espíritu de apostasia y de odio que le animaba, trata en todo tiempo de vender al Hijo del Hombre con un beso.... Tal vez M. Renan solo es un pseudónimo suyo, y el Izcarote el verdadero autor de la Vida de Jesús....

<sup>1</sup> Vida de Jesús, p. 412 y 413.

<sup>2</sup> Actos, I, 18, 19.

<sup>3</sup> Vida de Jesús, p. 425 y 426.

¡Quimera! direis. Convengo en ello; pero no obstante, quimera por quimera, ésta no es contraria á toda verosimilitud moral como la de M. Renan.

Porque efectivamente, es una verdad que no ha muerto el espíritu de Judas, aquel espíritu que entró en él cuando cometió su sacrilegio <sup>1</sup>, y que domina de continuo en los hijos de la incredulidad, como dice San Pablo.<sup>2</sup>

Y solo Judas ó el espíritu de Judas en el mundo, podría yo añadir, puede interesarse de tal suerte por Judas.

1. Intravit autem Satanás in Judam, *Luc.*, XXII, 3.

2. Spiritum qui operatur in filios diffidentie, *ad Ephes.*, II, 2.

## CAPÍTULO XII.

### MUERTE DE JESUCRISTO.

Fuerza es que nuestros lectores se resignen á un nuevo dolor, el de ver el suplicio de Nuestro Señor Jesucristo degradado y agravado por M. Renan.

Fiel, en efecto á su sistema de alterar el Evangelio, según sus miras impías, va á seguir el divino relato paso á paso para eludir, suprimir ó eclipsar todo lo que en él tiene un carácter histórico de grandeza divina y de verdad.

Su método para ello es siempre muy sencillo.

Nunca es verdadera ó falsa ó dudosa en sí misma una circunstancia, un rasgo, cualesquiera que sean las condiciones históricas que lo justifiquen; pero *llega á serlo* relativamente á su importancia en el debate ó discusión.

De lo que se sigue, que con M. Renan siempre hay seguridad de saber cuáles son los rasgos que llevan en sí, que determinan, que tienen un gran valor testimonial y de verdad.

Tales son todos los que él pone en duda, disimula ó altera.

En esto, es su libro de una rara utilidad que no me causaré de repetir; la de ofrecernos el criterio *á contrario*, de la verdad de nuestra fé.

Esto es lo que hemos visto hasta ahora, y lo que vamos á ver aun hasta el fin.

La reflexion que hemos hecho al principio del capítulo precedente, sobre el carácter del relato evangélico de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, adquiere mas fuerza al parecer, conforme se llega á su suplicio y á su muerte. Estos instantes solemnes se contraen en cierto modo bajo la pluma de los evangelistas, en rasgos mas ó menos sóbrios, precisos y contados. Ningun pormenor ocioso, ninguna reflexion que les sea propia, ningun ímpetu de emocion. Todo, hasta una coma, se halla dic-

¡Quimera! direis. Convengo en ello; pero no obstante, quimera por quimera, ésta no es contraria á toda verosimilitud moral como la de M. Renan.

Porque efectivamente, es una verdad que no ha muerto el espíritu de Judas, aquel espíritu que entró en él cuando cometió su sacrilegio <sup>1</sup>, y que domina de continuo en los hijos de la incredulidad, como dice San Pablo.<sup>2</sup>

Y solo Judas ó el espíritu de Judas en el mundo, podría yo añadir, puede interesarse de tal suerte por Judas.

1. Intravit autem Satanás in Judam, *Luc.*, XXII, 3.

2. Spiritum qui operatur in filios diffidentie, *ad Ephes.*, II, 2.

## CAPÍTULO XII.

### MUERTE DE JESUCRISTO.

Fuerza es que nuestros lectores se resignen á un nuevo dolor, el de ver el suplicio de Nuestro Señor Jesucristo degradado y agravado por M. Renan.

Fiel, en efecto á su sistema de alterar el Evangelio, según sus miras impías, va á seguir el divino relato paso á paso para eludir, suprimir ó eclipsar todo lo que en él tiene un carácter histórico de grandeza divina y de verdad.

Su método para ello es siempre muy sencillo.

Nunca es verdadera ó falsa ó dudosa en sí misma una circunstancia, un rasgo, cualesquiera que sean las condiciones históricas que lo justifiquen; pero *llega á serlo* relativamente á su importancia en el debate ó discusión.

De lo que se sigue, que con M. Renan siempre hay seguridad de saber cuáles son los rasgos que llevan en sí, que determinan, que tienen un gran valor testimonial y de verdad.

Tales son todos los que él pone en duda, disimula ó altera.

En esto, es su libro de una rara utilidad que no me causaré de repetir; la de ofrecernos el criterio *á contrario*, de la verdad de nuestra fé.

Esto es lo que hemos visto hasta ahora, y lo que vamos á ver aun hasta el fin.

La reflexion que hemos hecho al principio del capítulo precedente, sobre el carácter del relato evangélico de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, adquiere mas fuerza al parecer, conforme se llega á su suplicio y á su muerte. Estos instantes solemnes se contraen en cierto modo bajo la pluma de los evangelistas, en rasgos mas ó menos sóbrios, precisos y contados. Ningun pormenor ocioso, ninguna reflexion que les sea propia, ningun ímpetu de emocion. Todo, hasta una coma, se halla dic-

tado en ellos por la verdad misma, y burilado por la autenticidad. Es un testamento autorizado por los notarios públicos de la historia. Son las últimas palabras (*Novissima Verba*) del amor eterno inmolándose á la justicia infinita por la salvación del mundo, recogidas por una piedad filial, cuyo respeto garantiza su fidelidad. Es todo lo pasado profético y todo el porvenir evangélico, testigo y fiador de la verdad de ese punto eterno en que se consuman. Es finalmente, la ley de gracia ó de reprobación experimentada para siempre por la vida ó la muerte del mundo.

Esto es lo que viene á atacar M. Renan. Al pié de esta cruz es á donde viene á enroscarse la serpiente de su crítica y á exhalar su veneno y á afilar sus dientes.

Comienza privando á la víctima del interés compasivo de aquel gentío piadoso y de aquellas santas mugeres que lo seguían llorando por el camino de su suplicio. Y para eclipsar esta circunstancia que refiere San Lucas, tan honrosa para la naturaleza humana, y que hacen tan verosímil todos los beneficios con que sembró Jesús la Judea, le basta esta sencilla nota: "Esta circunstancia, Lucas XXIII, 27, 31, es de aquellas en que se advierte el trabajo de una imaginación piadosa y enternecida. Las palabras que en ella se prestan á Jesús, no han podido escribirse sino después del sitio de Jerusalén."<sup>1</sup>

Estas palabras, recuérdese que son aquellas en que refiriendo ó aplicando (¡bondad admirable en tal momento!) á aquellas santas mugeres las lágrimas de que él era objeto, predijo los horrores del sitio de Jerusalén. Este testimonio de divinidad que resulta de esta profecía, es lo que ha motivado la supresión.

Pues bien, esta profecía se halla referida en otra parte por San Mateo y por San Marcos, y finalmente la confiesa y reconoce el mismo M. Renan, como hemos visto al fin de nuestro capítulo sobre las profecías.

M. Renan pues, para negarla, atribuye gratuitamente á la imaginación piadosa y enternecida de San Lucas un episodio, cuya verosimilitud no puede desconocerse sino por una imaginación prevenida y hostil.

La gran palabra: "PADRE, PERDÓNALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN," palabra tan conforme con el carácter del Salvador, tan aplicable á los enemigos de Jesucristo, y por esto mismo tan despreciada por ellos, debía serlo por M. Renan. Sin

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 418.

embargo, M. Renan reconoce que esta palabra debió sentirse por el corazón de Jesús; pero no admite que la pronunciaran sus labios.—¿Por qué?—Sin duda, porque estaba en su corazón.—"Según una tradición, dice, pronunció Jesús esta palabra, que estuvo en su corazón, ya que no en sus labios: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen."—Después, como si no fuera bastante lanzar esta sospecha sobre la Escritura que él llama *tradición*, dice en una nota:—"En general las últimas palabras que se atribuyen á Jesús, sobre todo tales como las refiere San Lucas, dan ocasión á dudas, y en ellas se advierte la intención de edificar ó de mostrar el cumplimiento de las profecías."<sup>1</sup>

La intención de edificar y de demostrar el cumplimiento de las profecías podría confesarse ó reconocerse seguramente, aunque no apareciera en los Evangelios, y sobre todo aquí donde no se trata de profecía. Pero ¿qué decir de la intención de escandalizar y de desmentir las profecías y los relatos más dignos de fé, única regla de vuestra crítica?

M. Renan no puede creer que estuviese al pié de la Cruz María, madre de Jesús. Admite á todo el mundo, excepto á ella, y solo la tolera á cierta distancia. ¡Hé aquí cómo rechaza la gran palabra por la cual su divino Hijo la legó por Madre á todos los cristianos!

Ya vengaremos este artículo del testamento divino en un capítulo final sobre la VIRGEN MARÍA. Digamos solamente aquí, que no es ahora sobre San Lucas, sino sobre San Juan, sobre quien M. Renan hace recaer toda la malevolencia y toda la impotencia de su crítica. "Si hemos de creer á Juan, dice, María madre de Jesús, se halló también al pié de la cruz."

¿Y por qué no se ha de creer á Juan bajo todos conceptos, mas que á M. Renan, que solo le opone esta ofensa?

"Los sinópticos, dice, están acordes en colocar al grupo fiel lejos de la cruz, á Juan, dice, á un lado, dominado por el deseo que tiene de hallarse muy próximo á la cruz de Jesús."<sup>2</sup>

Fuerza es dolerse de M. Renan por comprender de esta suerte al discípulo de la caridad, atribuyendo un deseo tan vano á

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 421.

<sup>2</sup> Salmo XXI, 19.

su alma apostólica, y por no ver hasta qué punto muestra el mismo aquí el triste deseo de que se halla dominado.

M. Renan omite el hecho "de haber echado suertes sobre las vestiduras de Jesús," no obstante recomendarse á su incredulidad por caracterizar el cumplimiento de su profecía. "Se repartieron mis vestiduras y echaron suertes sobre mi túnica."<sup>1</sup> Pero es verdad que tenia que habérselas contra los cuatro Evangelistas.

La admirable escena del buen ladrón, en que el Salvador del mundo, en lo más fuerte de la crueldad que le inmola y de la postración á que se ve reducido, hace brillar la grandeza de su gracia y la riqueza de su gloria, perdonando toda una vida criminal, y disponiendo para ella de un sitio en su reino, no es del gusto de M. Renan, y al paso que admite, sin embargo, los ultrajes del mal ladrón, no admite el arrepentimiento del bueno. En general, tiene la desgracia de no creer en los buenos instintos de la conciencia humana. "Aquí ha modificado Lucas la tradición, dice, siguiendo su gusto por la conversión de los pecadores."<sup>2</sup> ¡Como si fuera la conversión de los pecadores un hecho aislado y un gusto singular en una obra que ha tenido por único objeto la conversión del mundo, y particularmente en el momento de este sacrificio, que difundía sobre el mundo la gracia de esta conversión!

M. Renan que despoja el relato de la muerte de Jesús de todo su carácter, no solamente divino, sino moral, se fija en compensación, en imaginar y presentar todo su aspecto material y físico, dedicando á este objeto toda una página en que hace de él una descripción anatómica. "Todo induce á creer, que al cabo de tres horas, le causó una muerte súbita la ruptura instantánea de un vaso del corazón."<sup>3</sup>

Bajo el solo punto de vista del gusto y del arte, este gran asunto de la *Crucifixión*, que ha inspirado tantas obras maestras y agotado tantos géneos con su *incontenible* sublimidad, no ha tentado siquiera la fantasía de M. Renan, si no es para reducirlo á las proporciones y á las condiciones de una ejecución vulgar.

<sup>1</sup> Salmo XXI, 19.

<sup>2</sup> *Vida de Jesús*, p. 424.

<sup>3</sup> *Id.*, p. 425.

La sed del divino Crucificado y aquella divina palabra: sitio, palabra deliberada por el Dios moribundo, porque, "sabiendo que se habían cumplido todas las profecías, no faltaba más que este rasgo á su consumación"<sup>1</sup>, solo inspira á M. Renan esta nota: Marc. XV, 23; Mat. XXVII, 34 (á la que hubiera debido añadir, Juan XIX, 28), falsificando este pormenor para obtener una alusión mesiánica al Salmo LXIX, 22.<sup>2</sup>

Por consiguiente, esta palabra suprema: *Consumatum est!* que cierra el Antiguo Testamento y abre el Nuevo, que debía repetir el eco histórico de un extremo á otro de los tiempos, y cuya influencia debía afectar los destinos eternos de los seres, — esta palabra central, á cuyo alrededor se desarrolla todo en el mundo, — no tiene valor alguno para M. Renan.

"Súbitamente, dice, lanzó un grito terrible (voce magna) que unos entendieron por: ¡Oh Padre, entrego mi espíritu en tus manos!" y otros más preocupados con el cumplimiento de la profecía (no hay nada como un hombre preocupado de una idea fija para ver una preocupación contraria en todos los que "no participan de la suya") entendieron por estas palabras: ¡Todo se ha consumado! E inclinaudo su cabeza sobre su pecho, "expiró."<sup>3</sup>

El Evangelio y la misma historia profana refieren que á este último aliento del Crucificado se estremeció toda la naturaleza, como para manifestar su duelo por su Autor y para justificar aquel grito misterioso de que dice Plutarco. "¡El gran Todo ha muerto!" Añade el Evangelio que á este espectáculo, el centurión romano que presidía el sepulcro y el grupo que estaba con él, se golpearon el pecho y bajaron del Calvario gritando, sobrecogidos de temor: *verdaderamente era éste el Hijo de Dios!*<sup>4</sup>

M. Renan no dice una palabra de todo esto.

¡Cuán cruel es la impiedad para los suyos, no solamente prohibiéndoles admirar todo lo más grande y más santo que existe, sino condenándoles al trabajo forzado de la negación, de la envidia, del menosprecio y del odio!

Pero en esto sirve las miras de la verdad, haciéndola resaltar con la prueba y embelleciéndola con la iniquidad.

<sup>1</sup> San Juan, XIX, 28.

<sup>2</sup> *Vida de Jesús*, p. 419.

<sup>3</sup> *Id.*, p. 426.

<sup>4</sup> S. Matth., XXVII, 54. — S. Marc., XV, 39. — S. Luc., XXIII, 47.

Así, M. Renan no advierte que deprimiendo como se ha cebado en hacerlo tan ingratamente la muerte de Jesús, ha suministrado una nueva demostración de su divinidad.

Voy á intentar mostrarlo.

## II.

Dos modos hay de probar la verdad; el uno es haciendo ver la belleza y la forma de sus caracteres; el otro es mostrar que quitando estos caracteres, es un error lo que resta.

Así, la divinidad de Jesucristo resalta de todos aquellos rasgos de su vida y de su muerte, que obligaron á decir tan justamente á Juan Jacobo: "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios" Pero, suprimanse estos rasgos, retíreseles y tendreis otra prueba de esta divinidad, por la imposibilidad en que os pondreis de esplicar sin ella todo lo que ha seguido.

Esto es lo que acaba de hacer M. Renan, como para producir este resultado.

Ha quitado uno á uno todos los rayos de la divinidad de Jesucristo en su muerte, convirtiéndole en un muerto vulgar y ordinario.

Lo ha hecho, no solamente en la parte exterior, sino en lo que ha supuesto pertenecer á lo interior, en las intenciones y en las miras de Jesucristo. Y ha disimulado ó eclipsado en Jesús ese plan único, tan admirablemente sostenido, que aparece de un extremo á otro de su vida; y que hace de él una víctima tan bella en todo; la redención de la humanidad; la voluntad de sellar la nueva alianza con su sangre. Y en su lugar nos ha representado á un frenético que quiere *hacerse matar* para concluir; que en la fuerte angustia que le causaba, según la fé, la imputación de los pecados del mundo, solo le agitaba el pensamiento de no volver á ver á su hermosa Galilea, y el recuerdo de las jóvenes doncellas que hubieran podido amarle; y que en fin, hasta en la solemnidad de su sacrificio *se arrepintió de padecer por la raza vil* que le inmolaba.<sup>1</sup>

En una palabra, ha humanizado perfectamente á Jesucristo.

Pero en esto ha probado perfectamente, por las absurdas

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 424.

consecuencias que van á resultar, que no puede ser Jesucristo un puro hombre.

Y en efecto:

¿Cómo pudo cambiar la faz del mundo este muerto, semejante en todo á los demás muertos, según M. Renan, y cómo tuvo mas acción que ninguna otra vida? Comúnmente la vida es la que funda y la muerte la que derriba; mas en Jesucristo es á la inversa, pues su misma vida fué infecunda y sólo en su muerte y por su muerte, redimió al mundo. De lo alto de su cruz fué de donde lo atrajo todo á sí y lo sacó de sí todo: y en aquel cadalso y en este estado es donde continúa al cabo de dos mil años, santificando y vivificando al mundo.

Considerad cómo se presenta esta muerte por Jesucristo mismo y por el Evangelio, y entonces se os aparece proporcionada al acontecimiento que ha efectuado, tanto mas, cuanto que fué predicho por Jesucristo este acontecimiento, mostrando así que era autor de él desde el principio. Es verdad que os es preciso creer en una intervención sobrenatural; pero esta creencia no hace mas que elevar la razón á un orden superior, sin oponerse á ninguno de sus principios, satisfaciendo también, además de esta lógica, que es su ley, sus mas nobles y mas santas aspiraciones.

Por el contrario, despojad á este muerto de su carácter sobrenatural y divino; que no sea Jesucristo sino lo que nos presenta M. Renan, y entonces, cuanto mas lo reduzcáis á esta proporción, mas se acrecerá su desproporción con el acontecimiento, y mas imposible será que se relacione con éste. Entonces nos hallamos con lo absurdo: con un efecto sin causa; peor aún, con un efecto incalculable que tiene por causa un nada, una monstruosidad que hace perder la razón; por consiguiente, una de las pruebas mas fuertes, á contrario, de la verdad de nuestra fé.

Como para servirla mas aún, hace notar M. Renan que en aquel tiempo abundaban en la Judea falsos mesías, pero que todas sus diversas tentativas tenían el mismo resultado: "al año siguiente se olvidaba su muerte."<sup>1</sup>

Y hasta la muerte de Jesucristo recibe aun, después de dos mil años, la lanzada del impio, sin que le haga la menor herida, y antes constituye la única celebridad de este ataque insensatol. Única muerte que burlándose de la muerte misma vencida

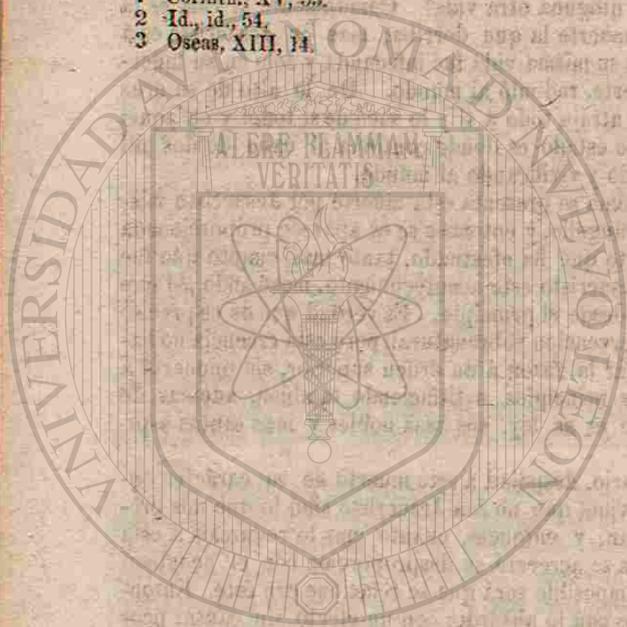
<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 62.

por ella, ha podido decirle: "¡Oh muerte, dónde está tu victoria! ¡Oh muerte, dónde está tu aguijón!<sup>1</sup> ¡Oh muerte, tú te has perdido en tu triunfo!<sup>2</sup> ¡Oh muerte, oh muerte, yo soy tu muerte!<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Corinth., XV, 53.

<sup>2</sup> Id., id., 54.

<sup>3</sup> Oseas, XIII, 14.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### CAPITULO XIII.

#### LA RESURRECCION.

Inspirándose sin duda Chateaubriand, en sus *Mártires*, con las grandes palabras de la Escritura que acabo de citar, representa á las puertas del infierno á la muerte, teniendo en una mano su guadaña, y ocultando con la otra la única herida que recibió jamas y que le hizo en el pecho Jesucristo vencedor en la cumbre del Gólgota.<sup>1</sup>

Esta misma herida la ha recibido la incredulidad, intentando tambien ocultarla como la muerte.

Pero los mismos esfuerzos y precauciones de que se vale para ocultarla, la indican y señalan.

Esto es lo que aparece en M. Renan,

#### I.

Despues de este capítulo de la *Muerte de Jesus*, en que consigna y santifica como un médico legal, en una diligencia y dictámen de autopsia, todos los caracteres físicos de esta muerte, causada por la *ruptura instantánea de un vaso del corazon*, y que concluye con el *espiró*; despues de este apóstrofe: *Reposa ahora en tu gloria, etc., etc.*, que sella tambien el sepulcro de Jesus con una peroracion fúnebre, M. Renan, preocupado inmediatamente, como los judíos, con la eventualidad de una resurreccion, toma en su consecuencia sus precauciones.

La primera ¿quién lo creeria? consiste en poner en duda esta misma muerte de Jesus que acaba de consignar y justificar, y aun de embalsamar.

¿Y no es por cierto tristemente significativo el modo como serpentea su critica entre el sí y el no, hasta que los confunde en sus repliegues?

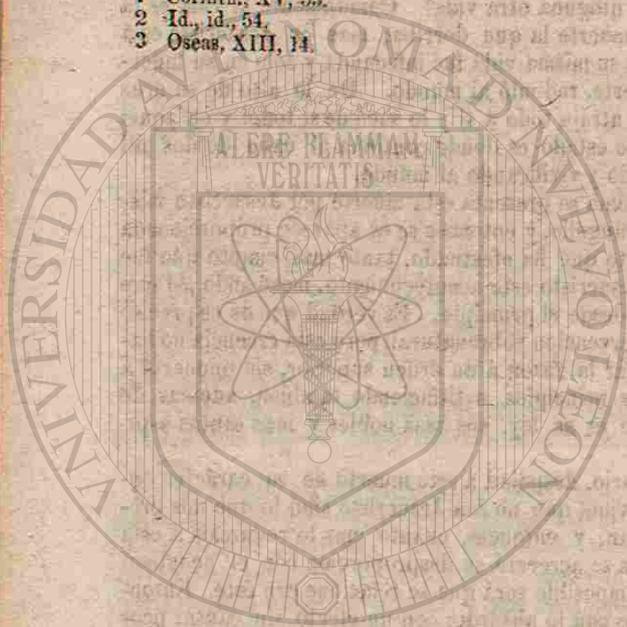
<sup>1</sup> Los *Mártires*, cant. VIII.

por ella, ha podido decirle: "¡Oh muerte, dónde está tu victoria! ¡Oh muerte, dónde está tu aguijón!<sup>1</sup> ¡Oh muerte, tú te has perdido en tu triunfo!<sup>2</sup> ¡Oh muerte, oh muerte, yo soy tu muerte!<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Corinth., XV, 53.

<sup>2</sup> Id., id., 54.

<sup>3</sup> Oseas, XIII, 14.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

### CAPITULO XIII.

#### LA RESURRECCION.

Inspirándose sin duda Chateaubriand, en sus *Mártires*, con las grandes palabras de la Escritura que acabo de citar, representa á las puertas del infierno á la muerte, teniendo en una mano su guadaña, y ocultando con la otra la única herida que recibió jamas y que le hizo en el pecho Jesucristo vencedor en la cumbre del Gólgota.<sup>1</sup>

Esta misma herida la ha recibido la incredulidad, intentando tambien ocultarla como la muerte.

Pero los mismos esfuerzos y precauciones de que se vale para ocultarla, la indican y señalan.

Esto es lo que aparece en M. Renan,

#### I.

Despues de este capítulo de la *Muerte de Jesus*, en que consigna y santifica como un médico legal, en una diligencia y dictámen de autopsia, todos los caracteres físicos de esta muerte, causada por la *ruptura instantánea de un vaso del corazon*, y que concluye con el *espiró*; despues de este apóstrofe: *Reposa ahora en tu gloria, etc., etc.*, que sella tambien el sepulcro de Jesus con una peroracion fúnebre, M. Renan, preocupado inmediatamente, como los judíos, con la eventualidad de una resurreccion, toma en su consecuencia sus precauciones.

La primera ¿quién lo creeria? consiste en poner en duda esta misma muerte de Jesus que acaba de consignar y justificar, y aun de embalsamar.

¿Y no es por cierto tristemente significativo el modo como serpentea su critica entre el sí y el no, hasta que los confunde en sus repliegues?

<sup>1</sup> Los *Mártires*, cant. VIII.

"Traspasóle el costado de una lanzada, dice, y se creyó ver correr sangre y agua, lo cual se consideró como una señal de la cesación de la vida.— Juan que pretende haberlo visto, insiste mucho sobre este pormenor. Es evidente, en efecto, que se suscitaron dudas sobre la realidad de la muerte de Jesús, porque varias personas habituadas á ver crucifixiones, creyeron que no eran algunas horas de suspension en la cruz de modo alguno suficientes para producir tal resultado. Citábanse muchos casos de crucificados, que habiendo sido desprendidos á tiempo, habían vuelto á la vida, á virtud de remedios energicos. Mas adelante se creyó obligado Orígenes á invocar el milagro para explicar un fin tan rápido. Igual admiracion se encuentra en el relato de Marcos. *A decir verdad*, la mayor garantía que posee el historiador sobre un punto de esta naturaleza, es el odio sospechoso de los enemigos de Jesús (á juzgar sobre todo por el vuestro). Es dudoso que se hallasen desde entonces preocupados los judíos con el temor de que pasase por resucitado Jesús; pero en todo caso, debían vigilar porque estuviera bien muerto. *Cualquiera que haya podido ser en ciertas épocas la negligencia de los antiguos, en todo lo relativo á justificaciones legales y estricto procedimiento en los asuntos, no se puede creer que no tomaran los interesados algunas precauciones respecto á esto.*"

Sobre esta suave y blanda duda, puede descansar la incredulidad y soñar en alguna resurreccion á la manera de la de Lázaro, segun M. Renan.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> M. Renan abusa aquí de las autoridades de San Marcos y de Orígenes; así como de la insistencia de San Juan. No dice que si pareció y fué en efecto la muerte del Salvador mas pronto que la de los otros dos crucificados, á los cuales debió romperseles los miembros, mas pronta que hacia presagiar el gran grito con que espiró, esta observacion no se hizo en manera alguna porque se dudara de su muerte, sino porque se vio en ello un carácter de divinidad atestiguada por el cumplimiento de la profecía: No se le quebrantarán los huesos;" atestiguada tambien por el imperio sobre la muerte que le hizo consumir espontáneamente este último artículo de la profecía, previniendo el oficio del verdugo, y el aniquilamiento mismo de la naturaleza: entregando él mismo á su hora, su alma en manos de su Padre; muriendo, en una palabra, como dice San Agustin, por potestad. Por lo demás, esto solo fué causa para que se tomase una precaucion mayor, cual fué la lanzada en el corazon que hubiera causado la muerte, si no la hubiera demostrado.

<sup>2</sup> *Vida de Jesús*, p. 420.

<sup>3</sup> Parece que se han explotado despues de la publicacion del libro de M. Renan, las dudas que insinúa sobre este asunto en una obra que ha salido á luz, como tantas otras, de ese pozo del abismo que ha abierto *La Vida de Jesús*.

Aun habiendo muerto realmente el Salvador, hay arbitrio para encubrir su resurreccion y salir de este paso por medio de cualquiera clase de suposiciones. Para esto todas son buenas, pues la incredulidad es poco escrupulosa en materia de razon.

"En la mañana del domingo acudieron muy temprano al sepulcro las mugeres, María de Mágdala la primera, y hallaron la piedra separada de la boca y que no estaba el cuerpo donde se habia colocado. Al mismo tiempo se divulgaron entre los cristianos los mas estraños rumores y circuló entre los discípulos, como un relámpago, el grito "¡ha resucitado!" al que el amor hizo encontrar por do quiera fácil crédito. Tal era la impresion que habia dejado Jesús en el corazon de sus discípulos y de algunos amigos adictos, que durante semanas enteras estuvo aun vivo y consolándolos. ¿Fué quitado su cuerpo del sepulcro, ó bien produjo despues el entusiasmo siempre crédulo los relatos con que se trató de fijar la fé en la resurreccion? Esto es lo que, á falta de documentos contradictorios, ignoraremos siempre. Digamos, no obstante, que la viva imaginacion de María Mágdala hizo en esta circunstancia un papel capital. ¡Poder divino del amor! ¡momentos sagrados en que la pasion de una alocinada dió al mundo un Dios resucitado!"

M. Renan que cree haber salido del paso á tan poca costa; no ha hecho mas que prepararnos un triunfo fácil.

Y en efecto:

La resurreccion de Jesucristo es quimérica segun M. Renan, porque acontecieron los hechos tal como los explica.

Si pues acontecieron los hechos á la inversa de esta explicacion, no es una quimera la resurreccion de Jesucristo.

Sobre este punto capital, así como sobre todos los que preceden, nos ha suministrado el mismo la réplica, como un argumentista que se deja vencer por el sustentante, haciendo simuladas objeciones para edificacion del auditorio; segun vamos á ver.

Digamos en primer lugar que la sábia Alemania, que no se deja sorprender fácilmente, y la Alemania racionalista en particular, que no se lisonjea en manera alguna de lo malo que le ha tomado M. Renan, se aprovecha de ello para disciplinarse... en las espaldas del Strauss francés.

<sup>4</sup> *Vida de Jesús*, p. 433 y 434.

Hé aquí cómo juzga esta parte de la obra de M. Renan, el jefe de la escuela de Tubinga, el doctor Keim.

"M. Renan tratará en su segundo volumen de la resurrección de Jesucristo; pero ya revela su pensamiento sobre el carácter de este gran suceso. Para él la resurrección, es puramente subjetiva y fué enteramente imaginada por los discípulos: Aplázase la explicación de los pormenores sobre este particular; pero entre tanto, se insinúa que hizo un gran papel junto al sepulcro provisional de Jesucristo la imaginación inflamada de la nerviosa Magdalena, y que el poder divino del amor y el imperio de la alucinación dotaron á la humanidad de un Dios resucitado. No queremos discutir, dice el sabio profesor, esta interpretación, tomada y renovada en parte de Celso, que recusaba también el testimonio de las mujeres. Según Renan, el Cristo moralista y revolucionario no debía, no podía resucitar; pero nosotros requerimos al crítico francés á que tome en consideración un testimonio digno de toda confianza, el de San Pablo que cita á San Pedro como uno de los primeros testigos de la resurrección de Jesucristo.—Empeñámosle, además, á que se interrogue á sí mismo, sino hay algo más difícil de explicar que la resurrección de Cristo, á saber; la fundación y el carácter de la Iglesia, á no haberse verificado la resurrección.—¿Cómo pudo nacer del seno del fanatismo y de la locura de los visionarios la Iglesia primitiva, cuyas palabras y cuyos actos están llenos de tanta calma, razón y sabiduría? Los visionarios que rodean el sepulcro de Jesucristo deben encontrarse más adelante en medio de los apóstoles y en medio de la comunidad cristiana de Jerusalén. ¿Hubiera de haber sido todo el siglo primero un foco de ciego fanatismo? ¿Creeis en tal enormidad, y la persuadiríais al mundo? 17

Hé aquí á la ciencia hablando por boca del buen sentido. Demostremoslo con un breve comentario.

## II.

El hecho de la resurrección de Jesucristo es la cúpula de todo el cristianismo.

Por pasmoso que parezca á la incredulidad, es lo más históricamente probado y más moralmente demostrado que hay en

1 La Vida de Jesús y la crítica alemana, por el abate Meignan.

el mundo; dos fundamentos de credibilidad de que no se puede prescindir sin incurrir en algo más pasmoso que la resurrección de Jesucristo en el sepulcro, por decirlo así, de la historia y de la razón.

En mis Estudios he presentado estas dos fases demostrativas, en dos partes muy diferentes y sin pensar hasta qué punto formaban un todo:—La prueba histórica en mis *nuevos Estudios* sobre la *Virgen María*; y la prueba moral en mis primeros *Estudios*.

La prueba histórica con la cual me encuentro haber refutado más particularmente á M. Renan, con anterioridad á su obra, ofrece una prueba singular á mi vista, la de tener este carácter sin que yo me lo haya propuesto y enteramente por sí misma. Váse á comprenderlo y á apreciarlo; hay en esto como un resultado providencial.

En la parte de mis *nuevos Estudios* que tratan de la *Virgen María según el Evangelio*, no pensaba en probar la verdad de la resurrección á los lectores generalmente creyentes que tenía en mi idea. Sin embargo, he tenido que tratar de la resurrección para explicar según el *Evangelio*, la completa ausencia de la Virgen Madre en las diversas escenas de este gran desenlace del destino terrestre de su divino Hijo, habiéndole tenido también que investigar para este objeto, cuáles fueron los motivos y los efectos de estas diversas escenas. Y ¿qué es lo que he visto entonces, qué es lo que he demostrado, estrechando de cerca los textos evangélicos y haciendo brotar de ellos su espíritu? Que no habían tenido otro objeto las apariciones de Jesucristo que obligar ó impulsar á creer á una incredulidad de tal especie, que hacer intervenir en ellas á la Santísima Virgen hubiera sido injurioso para su fe. Así, no ocupándome más que de este último punto de vista, me he encontrado haber hecho una verdadera demostración histórica de la resurrección por la incredulidad de los Apóstoles. De tal suerte, que teniendo que hacer hoy una demostración semejante para responder á la explicación de M. Renan, sacada de que hizo hallar el amor por do quiera una creencia fácil en este suceso, no puedo hacer cosa mejor que dar aquí esta refutación, que por otra parte puede considerarse como inédita para muchos lectores de la presente obra.

Para contestar á la pregunta (relativa á la ausencia de la Santísima Virgen), decíamos, pues, no hay más que investigar las causas de estas apariciones y sus efectos en aquellos á quienes se dirigieron.

Ahora, pues, lo que mas resalta de esta investigacion, es a falta de inteligencia, la incredulidad, la flaqueza, la torpeza de los Apóstoles y de los discipulos de Jesus, tan ignorantes, tan desconfiados, tan confusos con el suceso de la Resurreccion, como si nunca su divino Maestro se lo hubiera anunciado ni les hubiera dado prendas de su verdad. Y ellos son los que dan contra sí mismos este humilde testimonio con sus propios relatos, é imprimen en ellos de este modo el sello de la mas concienzuda é ingenua sinceridad.

Y hay en esto una economia admirable. Para ser testigos no sospechosos para todos los incrédulos venederos, era necesario, no solo que fueran sinceros los Apóstoles, sino que no estuviesen preocupados por una fe que hubiera dominado el acontecimiento: era necesario que se hallasen en la misma disposicion de incredulidad que todos aquellos á quienes debia convencer su testimonio; que fueran como sus representantes; que vieran la Resurreccion como la hubiéramos nosotros visto, para que nosotros la viéramos tambien en ellos.

Recorramos las varias escenas de este gran acontecimiento, para convencernos bien del glorioso testimonio que resulta de ello para su fe.

No son los Apóstoles, son las mujeres las que van primero al sepulcro y Maria Magdalena antes que todas; pero no las lleva allí la esperanza de la Resurreccion, aunque ha llegado ya el tercero dia. Van á embalsamar el cuerpo del Salvador para preservarle de la corrupcion: no lo encuentran; ven quitada la piedra que lo cubria, y ni aun entonces les ocurre el pensamiento de que pueda haber resucitado. Magdalena corre á decir á Simon Pedro: *Han llevado al Señor del Sepulcro, y no sé dónde le han puesto.*<sup>1</sup> Las otras dos mujeres, Maria y Salomé penetran en el sepulcro; *se espantan*<sup>2</sup> de no hallar el cuerpo de Jesus; se les aparecen dos Angeles resplandecientes y las dicen: *¿Porqué buscáis entre los muertos al que está vivo?* No está aquí, resucitó como lo dijo. *Acordaos de lo que os habló.... Id, pues, corriendo, y decid á sus discipulos y á Pedro que ha resucitado.... Se acordaron entonces de las palabras de Jesus;*<sup>3</sup> y aun se fueron *sobrecogidas de temor y gozo.*<sup>4</sup>

1 *Cucurrít ergo... et dicit illis: Tulerunt Dominum de monumento et non inveniunt eum.* (San Juan, XX, 1, 2).

2 *Dum mente consternatæ essent de isto.* (San Lucas, XXIV, 4).

3 *Et recordatæ sunt verborum ejus.* (Ibid., 8).

4 *Cum timore.* (San Mateo, XXVIII, 8).

Tal es la impresion primera que produce la Resurreccion del Salvador en Maria Magdalena y las santas mujeres. Seguramente nada hay ahí, en esa crasa equivoacion, en ese olvido, en esa falta de inteligencia de las palabras de Jesus, en esa turbacion y ese desorden de una fe dominada por la naturaleza, nada que no sea lo contrario de esa predisposicion de credulidad en la resurreccion que supone M. Kenan. Hay aqui de particular, asimismo, que Maria Magdalena, de quien hace partir la chispa eléctrica de esa credulidad, es precisamente la única de las mujeres, que por su presteza en creer en el hecho natural de que se hubieran llevado el cuerpo de Jesus, y en anunciarlo, demuestra cuán agena estuvo de la *alucinacion* de la aparicion de los Angeles. ¿Será, pues, verdad que se propagase y ganara á la comitiva apostólica, como un relámpago, esta chispa que encontró tan tardía disposicion en las otras dos mujeres? Pero volvamos á tomar la série de este relato.

Entre tanto, Pedro y el otro discipulo á quien Jesus amaba, avisados por Maria Magdalena, vinieron al sepulcro *corriendo*. Pero aquel otro discipulo *corrió mas aprisa* que Pedro, y llegó primero al sepulcro;<sup>1</sup> y habiéndose inclinado, vió puestos en tierra los lienzos, pero no entró. Llegó despues Simon Pedro, y habiéndose bajado á mirar, solo vió los lienzos puestos en tierra; despues, *habiendo entrado en el sepulcro,*<sup>2</sup> vió el sudario que habia estado sobre la cabeza de Jesus separado de los lienzos y doblado en otro lugar. Entonces el otro discipulo que habia llegado primero, entró en el sepulcro y vió y *creyó.*—¿Qué fué lo que creyó? ¿Que Jesus habia resucitado? Nada menos. Creyó lo que no habia creído por la relacion de la Magdalena, y lo que habia venido á comprobar: que se hubiesen llevado el cuerpo del Salvador; *porque*, dice él mismo como historiador, *aun no entendian la Escritura, segun la cual convenia que Jesus resucitase de entre los muertos.*<sup>3</sup>

1 San Juan XX, 3, 4. Este discipulo es el mismo que refiere el hecho: Juan corrió mas aprisa que Pedro, porque era mas jóven, y quizá tambien porque amaba mas á Jesus, pero así como Maria Magdalena, con un amor todavia muy natural; precipitado en ver, pesado en creer.

2 *Etate prudentior* dice Grocio *ideoque diligentius omnia explorans.* ¿Qué matices de verdad hay en el Evangelio! Y cuán opuestos son á la fe, y mas aún á creer bajo palabra, todos estos pormenores de curiosidad propensa á ver y comprobar!

3 *Et vidit et credidit: nondum enim sciebant scripturam, quia oportebat eum a mortuis resurgere* (San Juan, XX, 8, 9). El Sentido de esto *credidit*, como refiriéndose, no á la resurreccion, sino al rapto del cuer-

Hé aquí la primer conducta de los Apóstoles, torpe, cariota, desconfiada, precipitada en ver, tarda en creer, tal, en una palabra, cual conviene á testigos históricos.

No bastando estos mudos testimonios, es necesario que el mismo Jesucristo se aparezca para convencer á una incredulidad tan natural, y lo hace por primera vez á la Magdalena. Habiéndose vuelto á sus casas los discípulos, ésta fiel seguidora de Jesús se quedó cerca del sepulcro llorando, y como llorase, se inclinó y miró hácia adentro, y vió sentados á dos Angeles que la dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Respondióles ella: Porque se llevaron á mi Señor y no sé dónde le han puesto. Habiendo dicho esto, se volvió hácia atrás y vió á Jesús en pie, pero no sabia que era él. Jesús la dijo: Mujer, ¿por qué lloras? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Si tú lo has quitado, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré. Dijole Jesús—María. Volviéndose entonces ella, le dijo: Maestro. Dijole Jesús—No me toques; mas vé á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre y vuestro Padre á mi Dios y vuestro Dios.<sup>1</sup> María Magdalena fue<sup>2</sup> á los Apóstoles diciendo: Que *habria visto* al Señor y que le *habria dicho* esto.<sup>3</sup>

po del Salvador, no es dudoso, segun esta reflexion de San Juan y el objeto mismo de la venida de los discípulos al sepulcro, que era comprobar el relato de Magdalena. *Credidū certo abesse Corpus, dice Grocio, quod Maria Magdalena referenti non crediderat.*—Anot. ad Joan.

1. ¿Qué espresion tan tierna del Hijo de Dios á los hombres! *Hermanos míos*, espresion cuya fuerza se acrecienta con el acontecimiento de su muerte y de su resurreccion que le han constituido nuestras premisas, *el primer nacido y resucitado de entre sus hermanos*. Pero al volvernos tales, y al hacernos tambien hijos de Dios, no puede hacer que esto sea con el mismo título que él, sino á título de adopcion. Así se distingue de nosotros con relacion á su Padre, no diciendo *nuestro Padre, nuestro Dios, sino mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios*. Mi Dios porque yo soy su *hombre*; mi Padre por otro título que el vuestro, porque yo soy su Hijo por generacion, y su igual por esencia, porque yo soy Dios. ¿Qué verdades espresa y contempla el Evangelio y cuan elevado se halla todo esto sobre las miras rastreras de nuestros críticos!

2. Cuando se trata de anunciar á Jesús *resucitado*, dice el texto, *ella vino*. Anteriormente, cuando se trata de anunciar que han *quitado* ó se han *llevado* á Jesús, segun ella creia, dice el texto, *ella corrió*; en este caso, se ve impelida por su amor y su imaginacion; en el otro, se ve retardada por este mismo amor y por su vacilacion. Son dignas de observarse y admirarse todas estas diferencias, porque son otros tantos vestigios de la verdad que la revelan mas que los mas grandes rasgos y que están en sentido contrario de la suposicion de M. Renan y de las miras de la incredulidad.

3. El verdadero testo no es como el de la Vulgata *quia vidi Dominum*;

¿Qué relacion! ¿Qué pintura! ¿Y cómo respira ahí la verdad sin compostura ni artificio! Admirad el carácter de la Magdalena, cuán fiel es á sí mismo, tal como se reveló la vez primera, en la pluma de otro Evangelista,<sup>2</sup> cuando fué á besar, á regar con sus lágrimas y enjugar con sus cabellos los pies del Salvador en casa del Fariseo: cómo es la misma que tornamos á hallar aquí, en esa presistencia en el sepulcro, y en ese llanto que no cesa de derramar, y en estas palabras tan candorosas y tiernas: *¡Si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo le llevaré!*

¿Puede verse cosa mas verdadera, mas natural, mas patética; pero al mismo tiempo, mas distante de una fe predispuesta á la resurreccion? Magdalena lo imagina todo, lo cree todo, lo ve todo, escepto á Jesús resucitado. Su alucinamiento consiste en no reconocerle, aun cuando está allí, y en ver en él al *jardinero*.

¿Hé aquí cómo *dió al mundo un Dios resucitado la pasion de una alucinada!*

Pero, en fin, ahora que ha reconocido al Verbo de vida en su voz, en esta voz tan tierna para ella y para los Apóstoles, va á encontrar, llevado por ella, un eco simpático, una *creencia fácil*, gracias á la *impresion que dejó Jesús en el corazon de sus discípulos*.

Veamos:

Otra segunda aparicion de Jesús se agregó á la primera para multiplicar los primeros testimonios de la resurreccion respecto de los Apóstoles. Verificóse á las otras santas mujeres cuando volvian del sepulcro donde se les habian aparecido los Angeles. Presentóse á ellas en su camino, y ellas (preparadas ya á esta aparicion por las palabras del Angel que les habia anunciado la resurreccion) acercáronse á él y le adoraron, besándole los pies. Sin embargo, los Apóstoles, informados por ellas y por María Magdalena de esta aparicion de Jesús, *tuvieron esto por*

porque HE VISTO AL SEÑOR, sino como lo hace notar Grocio: *Quod vidisset Dominum*, porque HABRIA visto al Señor. Esto es, que ella habia visto una apariencia del Señor. "Porque, observa Grocio, ella dudaba aún, si era una vision incorporeal."—Hé aquí la verdad, segun el texto, la cual es tanto mas contraria á la novela de la *alucinacion de Magdalena*. (Véase la nota al fin de la obra).

1. Y no obstante, cosa admirable, es lo que ha inspirado mas el arte. Así debia ser, siendo divino el Evangelio, y esto lo prueba.

2. De San Lucas, lo que prueba claramente la verdad del personaje de la Magdalena y de todo lo que de ella cuentan dos evangelistas tan diferentes.

un delirio y no las creyeron, según el relato de tres Evangelistas.<sup>1</sup> No hubiera sido M. Renan más incrédulo.

Esta incredulidad de los Apóstoles en que no han podido hacer mella ni testimonios tan formales, ni mensajes de Jesús tan explícitos, va por fin á disiparse con la vista del mismo Jesús; pero ¿de qué manera? ¿y cómo esta tercera aparición va á hacer resaltar esa incredulidad antes de convencerla!

Aquí viene á colocarse la aparición de Jesús á los discípulos de Emmaus, que todos recuerdan, y que debe releerse toda en el texto.<sup>2</sup> ¡Ay de quien no ve salir la verdad de cada rasgo de esa relación viviente, y que acabada su lectura no cierra el libro esclamando: ¡Creo! ¡Qué falta de invención, qué naturalidad encantadora en esa idea de los discípulos á Emmaus conversando entre sí de lo que había pasado, en ese encuentro de Jesús que se les incorpora en el camino y anda con ellos en hábito de peregrino á quien sus ojos *retenidos* no reconocen;<sup>3</sup> en aquella pregunta con que traba conversación con ellos: *¿Qué plática es esa que lleváis entre vosotros por el camino, y por qué estais tristes?* Y en esta respuesta de uno de ellos: *¿Tú solo eres el forastero en Jerusalén que no sabes las cosas que han pasado en ella estos días?* Y finalmente, en esa admiración interrogatoria de Jesús que motiva la narración de todo lo que ya hemos visto, pero que se reproduce en boca de los discípulos con un tono de desaliento é incredulidad inimitable! “Nosotros esperábamos que había de redimir á Israel *sperabamus*,<sup>4</sup> y después de todo he aquí que estamos hoy en el tercer día después que sucedió esto. Y aun algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han espantado, porque fueron al sepulcro antes de ser de día, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo que también habían tenido una visión de Angeles que aseguraban que estaba vivo. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron que era así, como las mujeres lo dijeron, mas á Jesús no le encontraron.”<sup>5</sup> Este es el espejo más

<sup>1</sup> Et illi audientes non crediderunt, San. Marc., XXVI, 11.—Et vix sunt ante illos, sicut ácliramentum, verba ista: et non crediderunt illis. San. Luc., XXIV, 11, v. San. Mateo XXVIII, 9, 10.

<sup>2</sup> San. Lucas, XXIV, 10, 32.

<sup>3</sup> ¡Era tal la incredulidad de los Apóstoles, que hallándose presente el mismo Jesús no le veían, por una ceguera sobrenatural, como si no hubiera ofrecido suficiente garantía su incredulidad natural!

<sup>4</sup> *Vox indicans magnum fidei deliquium*, dice Grocio con suma exactitud.

<sup>5</sup> ¡Cuán recargado de incredulidad es todo este lenguaje de los disci-

fiel del alma de los discípulos de Jesús, la confesión más humillante de su postración moral, de que solo podrá levantarlos el hecho de la manifestación de Jesús, y que es por consiguiente el más perfecto de sus testimonios. Y cómo antes de manifestarse así, confunde Jesús tanta incredulidad y la encarece con estas palabras: *¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¡Por ventura, no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase de este modo en su reino?* explicándoles luego, comenzando por Moisés y los Profetas, lo que de él estaba consignado en las Escrituras! Sin embargo, á pesar de esta explicación, á pesar de este lenguaje que revela á Dios, á pesar de lo que se dijeron el uno al otro después: *¿No es cierto que nuestro corazón ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* todavía no creen, todavía no reconocen á ese Jesús cuya palabra los abrasaba, y es preciso (enseñanza admirable para los que esperan tener una fe completa antes de adquirirla en los Sacramentos que la vivifican y consuman!) es preciso que el Cristo se dé en alimento á su cuerpo y su corazón para que su espíritu lo vea al fin: solo entonces *se abrieron sus ojos y le conocieron*.

Pregunto ahora, ¿esta tercera aparición no confunde también esa suposición de haber encontrado *fácil creencia* en los Apóstoles el anuncio de su resurrección?

Esta verdad superabunda también en las otras apariciones de Jesús.

La cuarta aparición, que se verificó á Simon Pedro, se menciona sin pormenor alguno;<sup>1</sup> pero ya hemos visto cuál había sido la incredulidad de este jefe de los Apóstoles en el sepulcro del Salvador. En cuanto á los demás Apóstoles que tenían noticia de esta aparición y de la que fueron á contarles los discípulos de Emmaus, *todavía no podían creerla*.<sup>2</sup>

En esta disposición se hallaban cuando se apareció Jesús en medio de ellos y les dijo: *¡La paz sea con vosotros! yo soy, no temáis. Pero ellos, llenos de turbación y espanto, imaginaban ver algún espíritu*.<sup>3</sup> Entonces Jesús les reprendió su incredulidad!

¡qué interés dramático le presta la presencia del divino interlocutor, de quien ellos hablan á él mismo!

<sup>1</sup> San. Luc., XXIV, 34.

<sup>2</sup> Nec illis crediderunt.—San. Marc., XVI, 13.—San. Luc., XXIV, 35.

<sup>3</sup> San. Luc., XXIV, 36 y 37.—Un espíritu falaz, como significa en el lenguaje del Evangelio la palabra *espíritu* sola.

lidad y la dureza de su corazón, porque no creyeron á aquellos que le habian visto resucitado.<sup>1</sup> Y añadió: "¿Por qué os turbais y vieneis á vuestro corazón pensamientos? Ved mis manos y piés; yo mismo soy; palpad y ved, porque el espíritu no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo. Y habiendo dicho esto, les mostró las manos y los piés. Y no creyéndolo aún ellos de puro gozo y admiración, les dijo: ¿Teneis alguna cosa que comer? Y habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió y les dijo: Estas son las cosas que os anunciaba cuando estaba aún con vosotros: que era necesario se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los Profetas. Entonces él les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y como era necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día."<sup>2</sup>

¿Qué diremos ahora de la incredulidad apostólica personificada en Santo Tomás? Si no veo en sus manos el agujero de los clavos, habia dicho este Apóstol, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Esta pesada y carnal incredulidad es la que determina la sexta aparición de Jesús, y estas palabras que todos los siglos han repetido y repetirán con emoción:  *Mete aquí tu dedo, Tomás, y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel.* Y como Tomás esclamase:  *¡Señor mío y Dios mío!* díjole Jesús:  *Tomás, has creído porque me viste; ¡bienaventurados los que no vieron y creyeron!*<sup>3</sup>

Este grito de Santo Tomás: "¡Mi Señor y Dios mío!" tiene una fuerza y un sentimiento sublimes. Es la explosión de la fe retardada y que quiere compensar este retraso. Es notable que salga aquí por primera vez de boca de los Apóstoles el nombre de Dios, con aplicación á Jesucristo, como demostrado para adelante por el prodigio de la resurrección; y que sea el mas incrédulo y el testigo mas experimentado de la resurrección á causa de esta misma incredulidad, el primero que profesa en términos absolutos la divinidad de Jesucristo. Es finalmente notable que este mismo Apóstol, al principio el mas incrédulo, sea el que llevó despues la fe mas lejos, y que aislado de todos los otros

<sup>1</sup> San Marc., XVI, 14.

<sup>2</sup> Esta circunstancia sensible y sacramental de la fracción del pan, de la comunión de alimento que habia abierto ya los ojos á los discípulos de Emmaus, fué la que decidió la convicción de los Apóstoles, como lo refiere San Pedro en los Actos.

<sup>3</sup> San Juan, XX, 25-29.

en las Indias y en China, viviera mas de su fe propia é individual; ¡á tal punto le habia convencido el acontecimiento de la resurrección! — Todo esto es admirable y de evidencia arrebatadora.

Otra aparición (la sétima) hubo de Jesucristo á sus discípulos junto al mar de Tiberiades,<sup>1</sup> y allí tambien se ve obligado Jesús á darse á conocer por señales palpables de existencia.

La octava y última aparición fué la que se verificó en la ascension de NUESTRO SEÑOR. Allí tambien hubo algunos que dudaron;<sup>2</sup> allí tambien reprendió Jesús á sus discípulos su incredulidad y la dureza de su corazón;<sup>3</sup> allí, en fin, les esplicó por última vez las Escrituras y les envió á llevar al mundo la antorcha de la fe que tampoco ellos tenian aun completamente y que debia ser el don de ese Espiritu Santo, de esa virtud de lo alto que promete enviarles al partir.

He aquí la historia auténtica, verdadera de la resurrección del Salvador.

Pregunto, pues, si hay en toda la historia un hecho tan experimentado, por la incredulidad misma y por el desinterés de los testigos. Es proverbial la incredulidad de los apóstoles en la resurrección: el relato que ellos mismos hacen de ella es una confesion de esto. No se pueden imaginar mas garantías, si no es la fe que desplegaron cuando les hubo convencido el hecho tan experimentado.

Si, pues, para admitir que fué quimérica la resurrección del Salvador es fuerza suponer con M. Renan una predisposición á creer en ella una facilidad de persuasion en los Apóstoles, no hay duda alguna de que es el acontecimiento mas atestiguado y el mas real de la historia.

Esto en cuanto á la prueba histórica.

Veamos ahora la demostración moral.

### III.

Esta demostración, podemos decirlo, no deja salida á los que hubieran podido evadirse de la prueba histórica. La prueba histórica no necesitaba de esta otra, la cual hubiera podido tam-

<sup>1</sup> San Juan, XXI, 1, 14.

<sup>2</sup> Quidam autem dubitaverunt. — San Matth. XXVIII, 17.

<sup>3</sup> Et exprobatit incredulitatem eorum et duritiam cordis, quia is qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt. — San Marc., XVI, 14.

bien bastarse á sí misma; pero las dos forman un cuerpo de certidumbre que subyuga al escepticismo, apoderándose de la convicción por todos sus elementos. Así ha visto rendir ante ella su pabellón á la incredulidad mas aventurada.

Esta demostracion puede prestarse á bellas esplanaciones, pero tambien puede reducirse á términos muy sencillos.

El autor del *arte de pensar* y de razonar, Condillac, la formula de esta suerte:

“¿Cómo se han hecho tan valientes estos hombres tan cobardes? Porque han sido convencidos, y lo han sido porque han visto. Todas las circunstancias de las apariciones de Nuestro Señor prueban que no creyeron á la ligera.—Si solo hablase de los motivos que tenemos de creer (de la prueba histórica solo), podia decir el incrédulo que inventaron estos hechos los Evangelistas; pero los Apóstoles no hubieran podido creer movidos de unos hechos que hubieran inventado despues los Evangelistas. Si pues creyeron, fué porque vieron, y en su consecuencia no fueron inventados los hechos. Y no puede quedarnos ninguna duda de que hayan creído.”<sup>1</sup>

San Juan Crisóstomo reducía esta demostracion á términos muy sencillos: “Es muy comun, dice, olvidar despues de muertos á los que se amó con mas ternura. Los Apóstoles abandonaron y negaron á Jesucristo mientras vivía, y cuando hubo sido crucificado, mueren por él. Por consiguiente, lo vieron resucitado.”

No comprendo qué pueda contestarse á esto. Es la conciencia humana, que en la conducta de los Apóstoles supone y prueba invenciblemente el hecho de la resurreccion.

Estudíemos un poco esta conducta.

Es cierto, pues los Evangelios deben ser creídos, á lo menos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo, los Apóstoles no sentían por él mas que una adhesión nada ilustrada y tosca, que les hacía equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituían el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con estos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traicion. Sin embargo, se mantuvieron cerca de su persona mientras fué objeto de la pública admira-

<sup>1</sup> Consideraciones sobre los progresos de la Religión en los tres primeros siglos.

cion, y pudieron enorgullecerse con sus favores. A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y desconfianza les hizo, no obstante, volver á tomar muchas veces: pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la gran prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete, les dió el buen Maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del próximo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló, empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte porque tenia que pasar; pero hizo brillar al través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel Espiritu que debía enseñarles todas las cosas, y realizar por medio de ellos la dominacion universal, el reino eterno del Cristo, que era la grande espectacion hereditaria de su nacion. Deslumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda con tanto amor, prometieron ser fieles; ¡pero vana promesa! ¡ardor quimérico que la simpática confianza con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas, pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debía disipar, interponiéndose entre él y ellos! Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavia, pero *de lejos y por ver en qué pararía aquello*.<sup>1</sup> Un instante despues lo niega á las preguntas de una simple criada, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin, aquel tímido rebaño, digno de semejante pastor, se disipa hasta el punto de no dejarse ver ya mas ni uno de ellos, oscepto el apóstol San Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas majeres al pié de la cruz cuando la muerte de la victima ha desarmado á sus verdugos y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica, en que nuestros pescadores se muestran tan completamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada habia sucedido que su Maestro no les hubiese anunciado, y además éste habia aplazado para despues de su muerte la manifestacion de su poder. Podia resucitar al tercer día, conforme habia prometido. No importa, esta esperanza habia sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué hubiera sucedido, pues, si no resucitando Jesucristo, no solamente les hubiese acabado de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se hubiese convertido en justo despecho por haber sido engañados?

<sup>1</sup> San Luc., XXII, 54.

Tales eran las disposiciones de los apóstoles; disposiciones que bien merecían que Jesús les apostrofase de repente: "¡Oh 'nécios y tardos de corazón para creer!"

Hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el jefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y á algunos otros discípulos; *y también nosotros vamos contigo*, le contestaron éstos.<sup>1</sup>

He aquí á los Apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habían esperado, aunque débilmente: *sperabamus*; pero ahora he aquí que el mismo jefe dá la señal y el ejemplo del abandono, *vado piscari*; y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los Apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó en fin, la esperanza de sus promesas, podían todavía animarlos: gente sencilla pero tosca, incapaz de adhesión, de valor, de fe, de nada generoso y extraordinario, y dejándose arrastrar torpemente por su natural condición.

Y sin embargo, después de algunos días volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella misma ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *¡Crucifícalo, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y en presencia de aquellos mismos Fariseos y magistrados que sublevaron á este pueblo y legalizaron su rabia sanguinaria. En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los Apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivía, hacerlo adorar después de muerto. Su celo por la gloria de este ajusticiado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma caigan de rodillas á los pies del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas, codician mas todavía, y las miras de su proselitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardíos en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles fervorosos: se confortan para no incurrir ya mas en desliz, avanzan para no

<sup>1</sup> *Vado piscari, venimus et nos tecum.* [S. Juan., XXI, 3.]

retroceder ya mas ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y Jesucristo no está con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar, y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza!

¡Cualquiera que seas, oh lector, consulta tu naturaleza humana y pregúntate si todo esto no la desmiente de una manera cien veces mas inadmisibile que la resurrección, porque la resurrección supera á la naturaleza elevándola y esto la trastorna desviándose de ella! ¿De dónde ha podido salir repentinamente, en semejantes hombres y en tales circunstancias, esa confianza? ¿de dónde una energía tan inaudita? ¿de dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte, no solamente en si misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa.... Si han visto á Jesucristo resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del Espíritu de Dios, si ellos mismos dan á cada instante prueba de esa asistencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los demonios, concebimos que no tiemblen ellos; concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en si tantas garantías, los arrastren á desafiar el universo, seguros de regenerarlo con la ayuda de Aquel que lo crió: concebimos toda su vida santa y apostólica; concebimos su heroica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo.... Pero si no hay nada de todo esto, si Jesucristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza, contra las que habían podido precaverse durante su vida, son justificadas por una muerte sin resurrección; si nada de nuevo les ha acontecido, ni nada ha ocurrido á su alrededor desde que los dejamos amedrentados y fugitivos no esperando ya y volviéndose á sus barcas de pescadores... ¡oh! entonces nada de todo esto concebimos, nuestra imaginación se pierde en un caos de imposibilidades sin solución, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder existir en el orden sobrenatural, que excede á lo acostumbrado sin chocar á la razón, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un orden de verdades que preceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el mas armonioso todo, nos encontramos con un suceso que debería ser enteramente claro é inteligible, y que es, no obstante, el mas completo trastorno de la naturaleza y la desesperación de la razón.... No podemos vacilar: incredulidad

ó absurdo. ¡Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hacia el lado en que se manifiestan la razón y la fe.

He aquí lo que decía en mis *Estudios*; he aquí lo que no ha tocado siquiera M. Renan, ó mejor lo que ha confirmado, mostrando que no hay nada que oponer á ello.... mas que la *viva imaginación de María de Mágdala*.

## IV.

Para convencernos mejor aún de esta verdad capital, después de haber leído hasta qué punto se convencieron de ella los Apóstoles, tan incrédulos sobre la resurrección, es conveniente ver de qué manera y con qué acento se expresaba esta convicción en su testimonio.

Vamos á oírles á ellos mismos en sus *Hechos* y sus *Epístolas*, documentos á los que no ceden ciertamente los Evangelios en autenticidad y en veracidad; pero que tienen el privilegio de hallarse enteramente admitidos por la incredulidad, sin que haya intentado ponerlos nunca en tela de juicio en sus aventurados arrojados, no obstante emanar de las mismas fuentes que los Evangelios y formar cuerpo con ellos.

El acontecimiento de la resurrección aparece allí, no como habiendo causado en los Apóstoles aquella impresión exaltada y delirante que atribuían en su primitiva incredulidad á los que iban á anunciárselo, sino una impresión de convicción fundada, serena y dominándose completamente á sí mismo, tal, en fin, como debía ser una convicción, fruto de la experiencia, y á prueba de este primer fondo de incredulidad en que habían venido á fijarse sus elementos.

Los Apóstoles no se disimulan á sí propios desde luego, y no disimulan al mundo que toda la fe que predicán, que todos los sacrificios que esta fe reclama, que, en una palabra, todo el Cristianismo estaba suspendido de la verdad de este acontecimiento: no porque no sean muy importantes todos los demás testimonios de la divinidad de Jesucristo, sino porque hubieran sido vanos, sin éste que los consuma y los hace llegar al fin.

“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe. Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo, mientras dura nuestra vida, y si no ha venido á ser como las primicias de los difuntos, somos los mas desdichados de los hombres.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Primera á los Corinth., XV, 17, 19, 20.

Este es el grande argumento apostólico. Y en efecto, si ha resucitado Jesucristo, solo pudo resucitar por virtud de Dios, y á fin de realizar el anuncio que él mismo habia hecho de este prodigio, y dar á sus discipulos, en su persona, una prenda manifiesta y brillante de la resurrección futura y de la gloria eterna que les prometió. Todas las demás pruebas de la divinidad de Jesucristo, todo el edificio histórico y dogmático del Cristianismo ya á terminar al acontecimiento de la resurrección de Jesucristo como á una cúpula.—Por el contrario, si no ha resucitado Jesucristo, queda desmentido en el acto decisivo de su divinidad; toda su doctrina, que solo es una predicación de sacrificio, de penitencia, de cruz y de muerte en vista de la vida y de la felicidad eterna, es un engaño. Demasiado miserable é infeliz es el hombre en esta vida; pero los cristianos que vinieran á agregar aún á todas estas miserias necesarias las miserias voluntarias de la disciplina evangélica, sin tener por garantía del destino glorioso que adquieren á este precio la realización de este mismo destino en Jesucristo, “serian los mas miserables é infelices de todos los hombres.” *Miserabiles sumus omnibus hominibus.*

He aquí, pues, el argumento apostólico. Fundados en la resurrección de Jesucristo, es como llegaron á ser tan generosos los Apóstoles, que eran ántes tan personales. Ellos mismos lo reconocen y lo anuncian al mundo. Su fe sobre este punto es de las mas razonadas y cartas.

Debe, pues, ser tambien, la mejor informada.

Por lo que, habiendo sido el suceso de la resurrección la prenda sobre la cual entregaron su vida á toda clase de sacrificios, y su muerte á toda clase de tormentos, esta vida y esta muerte heroica, llegan á ser tambien para nosotros la prenda manifiesta y brillante del acontecimiento de la resurrección.

Así San Pablo en aquel primer capítulo en que describe la razón determinante de su fe y de la nuestra, recuerda los testimonios que la justifican y que la ponen á cubierto de toda sospecha de error:—“Cristo resucitado fué visto, dice, por Cephas ó Pedro, y después por los demás apóstoles;—posteriormente fué visto por mas de quinientos hombres en una sola vez, de los cuales viven la mayor parte todavía, aunque han muerto algunos;—se apareció tambien á Santiago y después á los apóstoles todos;—finalmente, después de todos, se me apareció tambien á mí, que vengo á ser como un abortivo; porque yo soy

"el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado Apóstol, pues que perseguí á la Iglesia de Dios."<sup>1</sup>

¡Qué testimonio! ¡Qué confirmación de los relatos evangélicos! ¡Qué convicción tan ilustrada en sus elementos como razonada en sus consecuencias! ¡Qué carácter, en fin, de sinceridad y de fuerza en la humildad de este último rasgo ó circunstancia por el que se coloca el grande Apóstol debajo de todos por haber perseguido á la Iglesia de Dios, añadiendo con esto mismo, á todos los demás testimonios de la resurrección, el de su famosa conversión! resultado inmediato de la aparición del mismo Jesucristo.<sup>2</sup>

Después de esto se concibe que escriba el grande Apóstol á Timoteo: "Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de Jesucristo.... Entiende bien lo que te digo.... Acuérdate que nuestro Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de entre los muertos, según mi Evangelio, por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas."<sup>3</sup>

Este testimonio de San Pablo, tan auténtico por el documento que nos lo trasmite, y tan experimentado en las informaciones y en las razones que lo constituyen, ha hecho confesar á la crítica misma de Strauss, que todo cuanto ella ha podido hacer "no altera el pasaje de la primera epístola á los Corintios, la cual "siendo incontestablemente auténtica, ha sido escrita hácia el "año 59 después de Jesucristo, y por consiguiente menos de "treinta años después de la resurrección." Y que "por este dato debemos creer que estaban convencidos muchos miembros "de la primera comunión de los fieles que vivían aún en la época "en que se escribió la epístola, y entre otros, los apóstoles, de "que se les había aparecido Jesucristo resucitado."<sup>4</sup>

Dominado Strauss por la fuerza de la verdad, se ve impulsado á convenir mas adelante en que "tienen razon los apologistas "en insistir sobre el punto de que *no podía explicarse* la inmensa revolución que se verificó en el espíritu de los apóstoles, desde el desaliento mas profundo y la pérdida de toda esperanza, "al morir Jesús, hasta la fe y el entusiasmo con que lo anunciaron como Mesías en el siguiente Pentecostés, si no hubiera

1 Primera á los Corinth., XV, 5, 9.

2 Hechos, XXVI, 19.

3 Segunda á Timeth., II, 3, 7, 8 y 9.

4 Tercera secc., cap. IV., § 136.

"ocurrido en este intermedio algun acontecimiento lleno de extraordinario consuelo, y especialmente, un acontecimiento que "les hubiera convencido de la resurrección de Jesús crucificado."<sup>1</sup> —En nuestro juicio, dice con gran razon M. de Coguevel, los cuatro volúmenes de la obra de Strauss dicen infinitamente menos *contra* la verdad del Cristianismo, que lo que dicen *en pro* del Cristianismo las líneas que se acaban de leer escritas por un incrédulo como él.

La resurrección de Jesucristo es igualmente el primer hecho atestiguado, el primer argumento de que se hacen cargo los demás apóstoles en su predicación: "Dios ha resucitado á este Jesús á quien os hemos anunciado, dice San Pedro *de lo cual "somos todos nosotros testigos."*<sup>2</sup> "No de oídas, añade Grocio, "sino por todo lo que hemos visto, oído y tocado respecto de su "persona. Todos nosotros lo atestiguamos igualmente, sin que "de ello reportemos otra ventaja que persecuciones, golpes, cadenas y la muerte; por lo cual no tenéis razon en no creer nuestro testimonio."<sup>3</sup>

Los sacerdotes y los prepositos ó encargados del templo, irritados de que anunciaran los Apóstoles de esta suerte la resurrección de Jesucristo, los prendieron. Tenían tambien otro agravio contra ellos; el haber hecho un milagro en apoyo de su predicación. Habiendo visto un cojo de nacimiento, que se situaba cada dia en la puerta del templo, á Pedro y á Juan que entraban allí, les pidió limosna. Fijando Pedro, con Juan los ojos en él, le dijo: miranos. Y el cojo les miró, esperando que le dieran algo. Mas Pedro le dijo: no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y cogiéndole la mano derecha, lo levantó, y al punto se afirmaron los piés y las piernas de aquel hombre. Y entró con ellos en el templo delante de todo el pueblo, andando y saludando y alabando á Dios. Por lo cual se reunieron en Jerusalén los Magistrados, los Ancianos y los Scribas, é hicieron comparecer ante ellos á los Apóstoles y les interrogaron sobre este suceso en presencia del cojo á quien habían curado y que estaba allí como testigo. Entonces, lleno del Espíritu Santo, les dijo Pedro: principes del pueblo y Ancianos, sabed vosotros

1 Tercera secc., cap. IV., § 137.

2 Hechos, II, 33.

3 *Annot. ad Acta.*

y todo el pueblo de Israel, que este hombre se halla en pie ante vosotros en nombre de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO el Nazareno, á quien habeis crucificado y á quien *resucitó Dios de entre los muertos*. Este Jesus es aquella piedra que vosotros desechásteis al edificar, la cual ha venido á ser como la piedra angular; y no se ha dado á los hombres otro nombre bajo el cielo, por el cual debamos salvarnos.

Viendo, pues, la firmeza de Pedro y de Juan, y constándoles por otra parte que eran hombres sin letras y del vulgo, quedaron admirados.... Viendo tambien en pie y cerca de ellos al hombre que habia sido curado, no tuvieron nada que replicar en contrario.... Mandáronles, pues, salir fuera de la junta, y deliberaron entre sí, resolviendo limitarse á amenazarles por hallarse conmovido el pueblo con aquel prodigio. Habiendo, pues, vuelto á llamar á los Apóstoles, les intimaron que no hablaran ni enseñaran mas en nombre de Jesus. Pero Pedro y Juan les contestaron: juzgad si es justo que os obedezcamos mas que á Dios; porque *nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído*. Y despedidos los Apóstoles, rindieron testimonio con gran valor de *la resurreccion del SEÑOR JESUCRISTO*.<sup>1</sup>

¡Vamos! ¡Vamos! Que la incredulidad, que M. Renan, que M. Scherer, que M. Havet, que reconocen la integridad histórica del libro de los *Hechos* y de las Epístolas de San Pablo, espliquen todo esto segun su sentir. Que espliquen la correlacion tan viva y tan enlazada de esta conducta posterior de los Apóstoles con las primeras escenas de la resurreccion en el Evangelio. Que persuadan al lector, que se persuadan á sí mismos que este conjunto de relatos y de hechos, tan perfectamente correlacionados y sostenidos en documentos múltiples y diversos, es mera leyenda; y de consiguiente, que es leyenda la grande historia del Cristianismo que brota de él con un caño tan lleno y tan vigoroso.

Todo está en la historia lleno de JESUCRISTO resucitado, el cual es el único que constituye el valor de JESUCRISTO crucificado. El CRUCIFICADO no es la salud del mundo, sino porque triunfó de la muerte recibéndola; porque la dejó clavada á la cruz, resucitando. La Cruz es el signo de la victoria. Ella es, en el aniquilamiento y en la ignominia que representa, una divina ironia del poder del mal que triunfa en ella. ¿Por qué? Per-

<sup>1</sup> Hechos, cap. IV.

que detrás de ella se levanta la gloria de Cristo triunfando de ese mismo triunfo del mal; porque, por ella entramos CRISTO y nosotros en esta gloria "llevando despojados y cautivos y espuestos públicamente en espectáculo á los principados y potestades infernales, (ó de la muerte y del mal), de quienes triunfó valerosamente en su propia persona ó por su pasion y muerte."<sup>1</sup>

La Resurreccion, es, pues, el gran hecho que se refleja sobre toda la historia y la doctrina de JESUCRISTO, adquiriendo de esto mismo toda su importancia y certidumbre, ó mas bien es ella la que les da esta certidumbre é importancia. Asi es que se manifiesta y fulgura por do quiera. Por todas partes aparece á nuestros ojos JESUCRISTO resucitado; en los Evangelios, en los Hechos, en las Epístolas, al través de la vida y de la muerte de los Apóstoles, entre los testimonios de los confesores y de los mártires, al través de la fé del género humano; todo parte, todo se lanza del sepulcro de JESUCRISTO, el cual tiene por testigo de su resurreccion la del mundo!

<sup>1</sup> Ad Colos., II, 15.

## CAPÍTULO XIV.

## LOS APÓSTOLES Y LA IGLESIA.

Circunscribiéndonos al cuadro de M. Renan, y refiriéndonos á nuestros *Estudios*, donde hemos tratado estensamente este asunto<sup>1</sup>, solo diremos aquí algunas palabras; pero estas palabras serán, gracias á M. Renan, decisivas.

Lo que acabamos de ver de los apóstoles, bastaría ya para apreciar su juicio con respecto á ellos.

Debe añadirse, no obstante, que los barqueros de Genesareth que convirtieron al mundo, no hablaron solo á impulso de la sensación que les causó el acontecimiento de la resurrección, sino igualmente á impulso del espíritu de Jesús, del Espíritu Santo, que recibieron en el prodigio de Pentecostes y que quedó como el inspirador de la Iglesia.

Este prodigio que se refiere en los hechos de los apóstoles se nota mas en ellos, si cabe, que el de la resurrección. Preciso es que el Espíritu de lo alto descendiera sobre ellos y á ellos, puesto que vemos cómo los inspira. El prodigio se nota mas aún en el resultado que en el medio, pues, en efecto, el resultado supone é implica el medio, y un medio efectivo, realizado. Ahora bien, este prodigio del resultado se halla á nuestra vista. Es cierto en verdad, por la conducta, por la predicación de los apóstoles, por sus escritos que tenemos en nuestras manos y en los que hablan con nosotros, que estos oscuros barqueros de un reducido lago de la Judea llegaron á ser un día los doctores del mundo nuevo, y estos pescadores de peces, pescadores de naciones.

¿Y no es esto un prodigio? Seguramente y cual jamás lo hubo.

¿Cómo explicarlo?

¿Humanamente? Es imposible.

<sup>1</sup> Véase el tom. III, cap. XII, *De la Iglesia* y tom. IV, cap. VI *Establecimiento del cristianismo* y cap. VIII. *Estabilidad del cristianismo en la perpetuidad de su constitución católica*.

¿Por la efusión de una inspiración, de un aliento sobrenatural? Así es evidente; puesto que sentimos esa inspiración, que la vemos en ellos; puesto que habiendo salido de ellos, se ha propagado por todos los siglos y hasta el cabo del mundo se han oído sus palabras: *In omnem terram exivit sonus eorum*;<sup>1</sup> puesto que él mismo se anunció en ellos.

Aquí se hace palpable el objeto de la fé. Para verlo demostrado por el prodigio, no se trata ya de creer en los hechos de los apóstoles, cuya historia es indudable; basta tomar un Nuevo Testamento, abrirlo y leer las Epístolas de San Pedro, de San Juan y de San Judas, y finalmente, la epístola de Santiago que á los ojos de toda crítica filosófica y aun literaria, eclipsaría á Platon, si no la hiciera superior á comparación semejante la superioridad del espíritu que respira en ella.

Si busco otra explicación distinta que la bajada de este Espíritu sobre los apóstoles, no me es posible imaginarla.

Pero M. Renan viene en mi auxilio, á darnos una explicación, haciendo también con esto el oficio del argumentante que solo presenta objeciones para procurar la gloria de resolverlas.

Aquí ni aun habrá nada que resolver; bastará esponder.

Pero en primer lugar, ¿quiénes fueron primitivamente los apóstoles?

Fueron, "una buena gente.... Entre ellos no había penetrado nada de lo que entendemos por civilización.... familias "de pescadores que formaban una sociedad grata y apacible."<sup>2</sup> "—Todos aquellos de quienes se sabe algo, habían comenzado "siendo pescadores. En todo caso, ninguno de ellos pertenecía "á una clase social elevada. Solo Mateo ó Levi había sido publicano; pero aquellos á quienes se daba este nombre en Judea, no eran como los llamados así en Roma, sino empleados "de baja clase.... Estas pobres gentes, relegadas de la sociedad se veían mutuamente"<sup>3</sup>.... Tal era el grupo que rodeaba á Jesús á orillas del lago de Tiberiades. En él se hallaba "representada la aristocracia por un publicano, por la muger "de un alcahalero. El resto se componía de pescadores y gente "comun. Su ignorancia era estremada, su entendimiento limitado, y creían en espectros, en apariciones y en espíritus. Ni

<sup>1</sup> Salm. XVIII.

<sup>2</sup> *Vida de Jesús*, p. 147 y 148.

<sup>3</sup> *Id.*, p. 159, 160 y 161.

"un solo elemento de cultura helénica habia penetrado en este primer cenáculo, y era muy incompleta en ellos la instruccion judía.<sup>1</sup>"

Hé aquí aquellos que reunió Jesucristo, ó mas bien que escogió, para llevar la nueva luz por toda la tierra. "No es posible dudar, dice M. Renan, que no eligiera él mismo entre sus discípulos, á aquellos á quienes se llamaba por excelencia los apóstoles ó los doce.<sup>2</sup>" — El mismo se lo decía: *Yo os he escogido y os he destinado para que vayais....*<sup>3</sup> Y San Pablo se complace en hacer resaltar este plan de la sabiduria celestial, que "eligió á los flacos del mundo para confundir á los fuertes, y á las cosas viles y despreciables del mundo y á aquellas que eran nada, para destruir las que son al parecer mas grandes."<sup>4</sup>

Estas mismas pobres gentes son de quienes nos dice despues M. Renan: "Mateo fué el Xenofonte del Cristianismo naciente.<sup>5</sup> — Juan fué el biógrafo de Jesus, como Platon lo fué de Sócrates.<sup>6</sup> Pedro fué en este grupo de discípulos privilegiados, aquel á quien confió Jesus el cuidado de propagar su obra."<sup>7</sup> ¡Pálidas asimilaciones! ¿Qué son, en efecto, qué fueron Xenofonte y Platon y el mismo Sócrates, comparados con los apóstoles, con Juan el pescador, que llegó á ser el Aguilá de Pathmos y que arrebató de entusiasmo, por la sublimidad de su vuelo, á los mismos platónicos?

Veamos ahora, cómo se verificó en ellos esta prodigiosa transformación.

En primer lugar, no fué ni un desarrollo de su naturaleza, ni un accidente imprevisto de la inspiracion. Para testificar bien Jesucristo que él era su autor y dispensador supremo, sela predijó cuando era mayor su ignorancia y su oscuridad.

M. Renan conviene en ello.

"Su plan era, dice, volver á echar las grandes pruebas despues de su muerte; no mostrarse completamente sino á sus discípulos confiando á estos el cuidado de mostrarle mas adelantado al mundo."<sup>8</sup>

1 *Vida de Jesus*, p. 164.

2 *Id.*, p. 190.

3 San Juan, XV, 16.

4 Corinth, I, 27 y 28.

5 *Vida de Jesus*, p. 152.

6 *Id.*, p. 156 y 157.

7 *Id.*, p. 291.

8 *Id.*, p. 291 y 292.

¡Confiar á estos pobres ignorantes que solo manejaron hasta entonces redes el cuidado de demostrar al mundo de aquel tiempo, al mundo de los Nerones y de los Caligulas, la doctrina de Dios crucificado, que ellos mismos no comprendian entonces de modo alguno! ¿Cómo podia ser esto? — Es una locura concebirlo, si no es un milagro ejecutarlo, é implica una asistencia milagrosa.

Por esto, dice M. Renan, fiel narrador en todo ello de la historia evangelista: "el Espiritu Santo enviado por el Padre les enseñará toda verdad, á testiguando las que él mismo ha promulgado. Jesus se valia para designar este espiritu de la palabra *peraklit*, que parece haber tenido en su mente la significacion de "abogado consultor" y á veces la de "intérprete de verdades celestiales," de "doctor encargado de revelar á los hombres los misterios aun ocultos! ...." Que no preparen su defensa al verse arrestados y conducidos ante los jueces; el abogado celestial les inspirará lo que deben decir. El Padre les enviará de lo alto su espiritu, que llegará á ser el principio de todos sus actos y el director de sus pensamientos, su guía al través del mundo."<sup>1</sup>

Todo esto es perfectamente lógico. Léjos de ser difícil de creer el prodigio de esta asistencia sobrenatural, sirve de auxilio para comprender el prodigio patente de la transformación de los apóstoles y del buen éxito de su mision. Nosotros esperamos el acontecimiento de Pentecostés tal como se refiere en los hechos, mas que lo espera la fe de los apóstoles. Esta fe fundada en la resurreccion era ya racional; pero la nuestra, fundada además en la grande historia de la conquista del mundo por los apóstoles, no es ya fé, es la razon misma que reclama en cierto modo el prodigio de Pentecostés, como explicacion necesaria del de la conversion del género humano.

Es cierto que de ello resulta, que Jesucristo, que predijó y envió esta asistencia, obrando así la conversion del mundo con doce marineros, es Dios, ¿pero qué hacer y cómo sustraernos de ello? Si fuera artículo de fé, lo comprenderia; pero es artículo de razon, como todos los demas fundamentos del cristianismo. Y ¿quién quiere sacrificar su razon? Es preciso ser libre pensador para ello, y llevar la incredulidad hasta la credulidad mas bonachona.

1 *Vida de Jesus*, p. 298.

2 *Id.*, p. 310.

Véase si no.

"Jesus, dice M. Renan, anunció á sus discípulos un bautismo de fuego é inteligencia.... bautismo que estos *creyeron* recibir un día, despues de la muerte de Jesus, en forma de un gran viento y de mechas de fuego.<sup>1</sup>"

M. Renan no cree en estas *lenguas ó mechas de fuego*. Es muy libre en no creer; pero entonces fuerza es que nos explique de otra suerte la trasformacion de los apóstoles. Hácelo en efecto; pero ¿cómo? Creyendo y proponiéndonos creer en otra *lengua ó llama*, en otro prodigio, ó mas bien en una patente simpleza que ofende á la razon otro tanto como la satisface la comunicacion del Espiritu de Dios.

Despues de haber mostrado, en efecto, la crasa ignorancia de los pescadores Galileos, cree haber rechazado el argumento que se alza contra la incredulidad, con giros y rasgos de pluma, de esta suerte:—"El hermoso clima de Galilea (este mágico clima que ha formado á Jesus y al Cristianismo) hacia de la existencia de estos honrados pescadores un encanto perpétuo. No es fácil figurarse la embriaguez de una vida que se desliza así á la faz del cielo, la dulce y viva *llama* que anima este perpétuo contacto con la naturaleza, los sueños de estas noches que se pasan á la claridad de las estrellas, bajo una bóveda de azul de transparencia sin fin. Los claros y dulces ojos de aquellas almas sencillas contemplaban al universo en su ideal origen; el mundo reveló quizá su secreto á la conciencia divinamente lúcida de aquellos felices niños, cuya pureza de corazon mereció un día ver á Dios."<sup>2</sup> — Anteriormente M. Renan habia salido al encuentro de la dificultad con esta frase: "Podemos figurarnos á estas buenas gentes bastante parecidas á las de las mejores poblaciones del Libano, pero con el *don* que no tienen estas, de dar grandes hombres."<sup>3</sup>

He aquí, pues, cómo se propone á nuestra credulidad, que el clima de la Galilea hizo, con su dulce y viva *llama*, y con el *don* de sus poblaciones de dar hombres grandes, de Simon, de Juan, de Santiago y de otras simples gentes hasta el número de doce, los conquistadores evangélicos del universo.

Creed en esto, y quedareis á esta sola costa, es decir, á costa de vuestra razon, libres de la fe.

1 *Vida de Jesus*, p. 297, 298.

2 *Id.*, p. 165.

3 *Id.*, p. 149.

Pero esta razon no permite tal clase de burlas, sino que pregunta cómo esta *llama* y este *don* de la Galilea, naturalmente fecundo en grandes hombres, no produjo mas que doce en toda la serie de los tiempos. Pregunta cómo produjo á un tiempo mismo estos doce hombres, y cómo es que fueron precisamente los Apóstoles. Pregunta cómo tardaron estos grandes hombres en llegar á serlo, habiendo sido gente tan sencilla durante toda la vida de Jesucristo, y cómo no se desarrolló hasta *mas tarde* la personalidad de este hombre extraordinario que imprimió tan vigoroso giro al Cristianismo naciente, como dice de Juan M. Renan. Pregunta cómo es que este singular *mas tarde* es precisamente el tiempo en que predijo Jesucristo que aconteceria esto, y en el que colocan los Apóstoles el acontecimiento sobrenatural á que hacen remontar su saber.—Pregunta cómo es también que precisamente, cuando dejaron el clima *inspirador* de Galilea fué cuando llegaron á ser grandes hombres, y cómo lejos de su país, en Jerusalén, en Antioquia, en Corintio, en Efeso, en Atenas, en Roma, entre los filósofos, ante los magistrados, en medio de las muchedumbres enemigas, bajo el hacha de los verdugos, solamente entonces fueron tan ilustrados, tan superiores, tan persuasivos y tan intrépidos.—Pregunta si la espresion de *grandes hombres* aplicada á gentes tan inferiores y superiores á este carácter, no acusa por si sola, con su impropiidad y su disonancia, á la incredulidad que rehusa ver en ellos órganos naturales de la revelacion.—Pregunta, en fin, cómo estos mismos hombres *de claros y dulces ojos, de conciencia divinamente lúcida, á quienes les mereció la pureza de su corazon un día ver á Dios*, no habian de haber sido mas que una compañía de farsantes, fingiendo inspiracion y don de lenguas, y cómo habia de haber sido todo el universo y seria aun en el día victima y objeto de esta farsa.

Esto es todo lo que pregunta la razon á vosotros sus pretendidos apóstoles, que no haceis mas que sobornarla y á quienes ella principia en fin á conocer.

La razon ha elegido ya entre los apóstoles de la fe y los apóstoles de la incredulidad.

M. Renan habla poco de la Iglesia en su libro. Sin embargo, lo que dice de ella, debe recogerse como confesion.

"Jesus, dice, echa con gran *seguridad de miras* las bases de

1 *Vida de Jesus*, p. 156.

“una Iglesia destinada á durar mucho.<sup>1</sup> Los doce, formaban “un grupo de discípulos privilegiados en que guardaba Pedro “su primacia enteramente fraternal, y al cual confió Jesus el “cuidado de propagar su obra.<sup>2</sup>”

No se puede espresar mas exactamente:—la institucion y los destinos de la Iglesia;—la primacia pontificia;—y en fin, la direccion suprema conferida, adherida á esta primacia.

Añadiré que no hay cosa mejor ideada, á no admirarse de esa maravilla que presenta la Iglesia subsistiendo y resistiendo en su debilidad natural, despues de diez y ocho siglos de asaltos, si es que no se ve en ella la fuerza misma de Dios. Cuando la incredulidad eréce poder negar lo sobrenatural, no deja pasar un mosquito; cuando está sobrado manifiesto, se traga un elefante.

M. Renan confiesa ó reconoce igualmente la tradicion.

“Jesus guardaba para los doce evidentemente secretos que “les prohibia comunicar á todos.... Lo cierto es que tenia para los apóstoles enseñanzas reservadas<sup>3</sup>.... Inútil será observar cuán lejos estaba del pensamiento de Jesus la idea de “un libro religioso que contuviera un código y artículos de fe. “No solamente no escribió, sino que era contrario al espíritu de “la secta naciente hacer libros sagrados.... En un principio “tuvieron los Evangelios un carácter privado y una autoridad “mucho menor que la tradicion<sup>4</sup>.... Trataba de establecer de “todas maneras como principio que él mismo era su apostolado.<sup>5</sup>”

Sin embargo, M. Renan no admite que hubiese en la enseñanza de Jesus rastro ó señal alguna de moral aplicada, ni teología alguna, ni ningún simbolo ni ningún sacramento.

Pero contra semejante negacion, se levantan todos los textos evangélicos.

En ellos se ve y se lee manifiestamente.

La Trinidad en la nocion tan multiplicada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y su intervencion distinta y una en la obra de la salvacion humana. El Padre que envia, el Hijo que se ofrece y que viene, el Espíritu Santo que debe venir: los tres manifestados sensiblemente en el Bautismo de Jesucristo, donde el Padre proclama en él al Hijo de sus complacencias, y

1 *Vida de Jesus*, p. 290.

2 *Id.*, p. 291.

3 *Id.*, p. 291 y 292.

4 *Id.*, p. 299.

5 *Id.*, p. 294.

donde el Espíritu Santo descende sobre él en figura de paloma.<sup>1</sup>

La Encarnacion, en la angélica escena de la Anunciacion y en la sublime genealogia del Verbo hecho carne.<sup>2</sup>

La Redencion en todos aquellos pasajes en que habla el Salvador de su sacrificio en términos de espiacion universal, segun los cuales lo habian anunciado las profecias, y en que llama á su sangre la sangre de la nueva Alianza que debe derramarse por la remision de los pecados.<sup>3</sup>

La Resurreccion de los muertos, en estas palabras de aquel que se anunciaba ser la Resurreccion misma. “Todos los que “estén en los sepuleros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que “hubieren hecho obras buenas, resucitarán para la vida, mas “los que las hubieren hecho malas, resucitarán para la condenacion.<sup>4</sup>

“El Juicio, en aquel gran tribunal en que “viniendo el Hijo “del Hombre revestido de su magestad y todos los ángeles con “él, se sentará en el trono de su gloria, y se congregarán delante de él todas las gentes, y separará los unos de los otros, “como un pastor separa las ovejas de los cabritos.<sup>5</sup>

“El Paraíso, en el que hace entrar Jesus al morir al buen ladrón y que es ese Reino de Dios preparado para sus escogidos desde el origen del mundo.<sup>6</sup>

“El Infierno, representado con tanta frecuencia bajo la terrible imagen de aquellas tinieblas exteriores donde habrá llantos y rechinar de dientes, y de aquel fuego eterno inextinguible, preparado para el diablo y sus ángeles.<sup>7</sup>

El Bautismo, “id y bautizar á todas las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.<sup>8</sup>”

La Confesion, “aquellos á quienes remitiéreis ó perdonáreis “los pecados, les serán perdonados, aquellos á quienes se los “retuviéreis, les serán retenidos.—Todas las cosas que atáreis “ó desatáreis sobre la tierra, serán atadas ó desatadas en el “cielo.<sup>9</sup>

1 San Márc. I, 10.—San Juan, I, 32.

2 San Lúe., I, 26.—San Juan, 1 y 14.

3 San Mat., XXVI, 28.—San Márc., XVI, 24.

4 San Juan, V, 28 y 29.

5 San Mateo, XXV, 31, 32.

6 San Lúcas, XXIII, 43.—San Mateo, XXV, 34.

7 San Lúcas, XIII, 28.—San Mateo, VIII, 12; XXV, 34.

8 San Mateo, XVIII, 19.

9 San Mateo, XVIII, 18.

La *Eucaristía*, "Tomad y comed, éste es mi cuerpo, tomad y bebed, esta es mi sangre.—Mi cuerpo es verdaderamente vida, mi sangre verdaderamente bebida: haced esto en memoria mía!"

El *Orden*, "En ese poder privilegiado de bautizar, de perdonar los pecados, de hacer conmemoración de la cena, y en el de instruir á las naciones y enseñarles á observar todo lo que había ordenado Jesucristo."

El *Matrimonio*, cuya indisolubilidad se restablece por el plan primitivo de la creación, con estas palabras: "No separe el hombre lo que Dios unió."

Forzoso nos es concretarnos, y esta rápida exposición de los textos evangélicos basta para dejar en su verdadero valor la aserción hecha tan á la ligera por M. Renan.

Los apóstoles divinamente inspirados; la Iglesia asistida de un modo sobrenatural; la fuente evangélica de sus enseñanzas y de sus sacramentos; todos estos puntos de nuestra fé están pues vengados, y su verdad resalta de un modo patente y brillante de las confesiones ó de la impotencia de la incredulidad.

1 S. Luc., XXII, 19.

## CAPÍTULO XV.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

La Encarnación es el dogma inicial del cristianismo. Los demás misterios, el Apostolado, la Eucaristía, la Muerte, la Resurrección y la Ascension del Hijo de Dios, son solo el desenvolvimiento y la consumación del designio que comenzó desde entonces. En ella están todos contenidos; y al romperse sobre la Cruz, según la opinión de un Santo Padre, la vida del Salvador, concebida en el seno de María, derramó ó difundió para la redención del mundo, el precio que ocultaba desde el principio.

Este precio traído del cielo ha sido atraído en María pero no sin María, por una operación celestial, pero no sin su cooperación virginal, no sin el Fiat de su fé, de su amor, de su pureza immaculada.

La importancia de la Virgen Madre se mide desde entonces por este misterio de los misterios de que ella fué voluntario y digno instrumento. El nombre de Hijo, que es la cualidad propia del Redentor, y que es única en él como su persona, en sus dos naturalezas divina y humana, este gran título de Hijo del Hombre que él se daba con preferencia aun al de Hijo de Dios; que lo llevó consigo á la gloria y que traerá un día al Juicio final del universo, llama al de la Madre, á la cual corresponde en la tierra, como al del Padre en los cielos. Refleja su magestad y su gracia sobre esta maternidad virginal que él implica, y á la cual comunica en la eternidad de su predestinación como en la de su gloria, su soberana y misericordiosa actividad.

Todo el cristianismo dogmático, evangélico é histórico, puede considerarse así con relación á la humilde María, Madre de Dios y Madre de los hombres. Así hemos tratado de demostrarlo en los *Nuevos estudios filosóficos sobre la Virgen María en el plan divino; la Virgen María según el Evangelio, y la Virgen María viviendo en la Iglesia.*

La *Eucaristía*, "Tomad y comed, éste es mi cuerpo, tomad y bebed, esta es mi sangre.—Mi cuerpo es verdaderamente vida, mi sangre verdaderamente bebida: haced esto en memoria mía!"

El *Orden*, "En ese poder privilegiado de bautizar, de perdonar los pecados, de hacer conmemoración de la cena, y en el de instruir á las naciones y enseñarles á observar todo lo que había ordenado Jesucristo."

El *Matrimonio*, cuya indisolubilidad se restablece por el plan primitivo de la creación, con estas palabras: "No separe el hombre lo que Dios unió."

Forzoso nos es concretarnos, y esta rápida exposición de los textos evangélicos basta para dejar en su verdadero valor la aserción hecha tan á la ligera por M. Renan.

Los apóstoles divinamente inspirados; la Iglesia asistida de un modo sobrenatural; la fuente evangélica de sus enseñanzas y de sus sacramentos; todos estos puntos de nuestra fé están pues vengados, y su verdad resalta de un modo patente y brillante de las confesiones ó de la impotencia de la incredulidad.

1 S. Luc., XXII, 19.

## CAPÍTULO XV.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

La Encarnación es el dogma inicial del cristianismo. Los demás misterios, el Apostolado, la Eucaristía, la Muerte, la Resurrección y la Ascension del Hijo de Dios, son solo el desenvolvimiento y la consumación del designio que comenzó desde entonces. En ella están todos contenidos; y al romperse sobre la Cruz, según la opinión de un Santo Padre, la vida del Salvador, concebida en el seno de María, derramó ó difundió para la redención del mundo, el precio que ocultaba desde el principio.

Este precio traído del cielo ha sido atraído en María pero no sin María, por una operación celestial, pero no sin su cooperación virginal, no sin el Fiat de su fé, de su amor, de su pureza inmaculada.

La importancia de la Virgen Madre se mide desde entonces por este misterio de los misterios de que ella fué voluntario y digno instrumento. El nombre de Hijo, que es la cualidad propia del Redentor, y que es única en él como su persona, en sus dos naturalezas divina y humana, este gran título de Hijo del Hombre que él se daba con preferencia aun al de Hijo de Dios; que lo llevó consigo á la gloria y que traerá un día al Juicio final del universo, llama al de la Madre, á la cual corresponde en la tierra, como al del Padre en los cielos. Refleja su magestad y su gracia sobre esta maternidad virginal que él implica, y á la cual comunica en la eternidad de su predestinación como en la de su gloria, su soberana y misericordiosa actividad.

Todo el cristianismo dogmático, evangélico ó histórico, puede considerarse así con relación á la humilde María, Madre de Dios y Madre de los hombres. Así hemos tratado de demostrarlo en los *Nuevos estudios filosóficos sobre la Virgen María en el plan divino; la Virgen María según el Evangelio, y la Virgen María viviendo en la Iglesia.*

Este asunto que la preocupacion racionalista ha relegado al dominio de las pequeñas prácticas devotas, agota la contemplacion de la inteligencia, otro tanto como se presta á la sencillez del corazon. Popular y sublime, fué en todo tiempo patrimonio de los sencillos y de los grandes ingenios; así como tuvo siempre en contra suya los espíritus alambicados y á las medianías, "espíritus toscos y pesados en su pretendida sutileza," como los llama Bossuet.<sup>1</sup>

Debia tener contra sí á nuestros críticos. Menospreciadores de Jesucristo, debian serlo de su divina Madre, y en esto, como en todo lo demas, debian fundar lo que atacaban.

¡Admirable enlace de verdades de nuestra fé demostrado por sus enemigos! No pueden atacar á Jesucristo, sin atacar por una parte á Dios y por otra la maternidad de Maria; sin negar lo sobrenatural en su esencia y en su operacion. Esta operacion cuya sede y santuario es Maria; de donde se ha mostrado á nosotros el Invisible; se ha entregado á nosotros el Inaccesible; se ha hecho Dios con nosotros el Terrible, y donde el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; esta operacion, repito, en que ha descendido por amor el Altísimo hasta á revestirse con nuestra naturaleza decaída, para elevarse á los esplendores de su divinidad, y que es la fuente sagrada de donde se ha difundido y espaciado en el mundo lo sobrenatural, debia valer á Maria el honor de ser blanco de los mismos ataques que su divino Hijo, y que Dios mismo.

En esto se cumplió á la letra la profecia del anciano Simeon, cuando dirigiéndose á Maria, y anunciando que el Niño Dios seria blanco de contradiccion, añade: *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*, "y serás traspasada con el mismo cuchillo que á él le hiera," con la espada de la calumnia, segun el sentido que tenia á veces aquella palabra entre los hebreos, dice el sabio Grcio.

Hé aquí, pues, que en una empresa cuyo objeto y cuyo medio es la negacion del orden sobrenatural, la negacion de Dios y de toda religion en Jesucristo, es preciso comprender á Maria, implicarla en la misma impiedad y en la misma blasfemia.

Aprended en esto, semi-cristianos y protestantes, aprended del impio y del ateo, á no escluir á Maria del culto de vuestra piedad y de vuestra fe.

<sup>1</sup> Discursos á las religiosas de Santa Maria en el dia de la festividad de la visitacion de la Santísima Virgen.

Y como si no fuese bastante este ataque comun á MARIA, á JESUCRISTO y á Dios, para mostrarnos la relacion que nos la recomienda, nos señala el enemigo los puntos particulares que deben motivar nuestro culto, dirigiendo á ellos su agresion con el infalible instinto del odio.

Estos puntos son dos:

- 1º La virginidad de Maria por la que aparece MADRE DE DIOS.
- 2º La parte que ha tenido en el misterio y en el testamento de la cruz, donde ha sido instituida *Madre de los hombres*.

### I.

La virginidad de Maria no podia desatenderse por M. Renan.

Si la hubiera dejado subsistir en su obra, hubiera dejado subsistir la divinidad de JESUCRISTO, y en ésta la Divinidad misma.

En efecto: así como era conveniente, dice Tertuliano, que naciera de la mujer el Hijo de Dios, para que en esto fuese Hijo del hombre, así mismo convenia que no naciera de la semilla del hombre, no fuese que si era enteramente hijo del hombre no pareciera Hijo de Dios.<sup>1</sup>

Así ¡admirable economia! á la manera que la maternidad de MARIA descubre la humanidad del Verbo, así su virginidad descubre la divinidad, y la armonia ó correspondencia de la maternidad y de la virginidad de MARIA, descubre la armonia de la humanidad y de la divinidad en JESUS. LA MADRE VIRGEN testifica al HOMBRE DIOS.

Por esto la VIRGEN MARIA ha sido en todo tiempo el escudo y la espada de la fe cristiana contra todas las herejías que se han dirigido á JESUCRISTO; el argumento de dos filos por el cual ha tenido la Iglesia razon contra las sutilezas del error. A las primeras herejías que negaron la carne del Verbo, se opuso la maternidad de MARIA; á las que negaron despues la divinidad de JESUCRISTO se opuso la virginal y celestial concepcion por la cual se hizo carne; finalmente, á las que vinieron á negar la union personal en él de las dos naturalezas, se opuso la maternidad divina de que era único fruto.

Con todos estos títulos se ha acrecentado en el mundo el culto de Maria, como el paladion de la fe.

M. Renan, pues, debia justificarlo una vez mas, atacando la divinidad de JESUCRISTO en la virginidad de MARIA.

<sup>1</sup> De carn. Christ., XVIII.

Pero batido anticipadamente en sus predecesores, solo ha demostrado su debilidad y la fuerza de la verdad á que se ha esquivado.

En el siglo IV, un tal Helvidio se granjeó un nombre irrisorio por la pobreza y la ignorancia de los argumentos con que atacó la virginidad de María. San Gerónimo lo confundió para siempre, y desde entonces, católicos y protestantes, solo han recordado su empresa para despreciarla. —“Helvidio se mostró sobrado ignorante, dice Calvino, diciendo que María tuvo muchos hijos, por mencionarse en algunos pasajes á los hermanos de Cristo. Ya hemos dicho, en efecto, que segun costumbre de los hebreos, se llamó hermanos á todos los parientes.<sup>1</sup> Añadamos á esto, que el Evangelio llama á los hermanos de Jesús por sus nombres, como hijos de María de Cleofás, hermana de María, madre de Jesús, y por consiguiente, como no siendo á la letra mas que primos hermanos de Jesús.”

Es necesario ser *sobrado ignorante* para no saber esto, ó burlarse demasiado del público para callarlo. Así, M. Renan se acusa á sí mismo sobre este punto.

“Tenia, en efecto, María, dice, una hermana llamada tambien María, que se casó con cierto Alfeo ó Cleofás y que tuvo muchos hijos, que hicieron un papel importante entre los discípulos de Jesús. Estos *primos hermanos* tomaron el titulo de *hermanos del Señor.*”<sup>2</sup>

No obstante, M. Renan reproduce en su obra la tentativa de Helvidio. No puede resignarse con la virginidad de María, y su critica, tan indócil como impotente, se replega ó enrosca en insidiosas maquinaciones contra esa planta virginal, de la que se ha escrito: *Ipsa conteret caput tuum et tu insidiaberis calcaneo ejus.*<sup>3</sup>

Prestemos nuestra atencion á este espectáculo, que aunque triste, es de los mas instructivos.

“La familia, dice M. Renan, bien proviniese de uno ó de mu-

1 *Comment. sobre la armonía evang.*, p. 285. No solamente era uso entre los hebreos llamar hermano por primo, sino tambien entre los griegos y los romanos. *Quem Jesu FRATREM id est CONSOBRINUM, loquendi generare etiam Græcis et Romanis noto*, dice Grocio. —Hoy mismo, no existe en Rusia nombre para significar al primo y al primo hermano, etc. Se llama hermano á todos los próximos parientes. Para distinguir á los hermanos propiamente dichos, de los primos, se dice *hermano de padre.*

2 *Vida de Jesús*, p. 24.

3 *Genes.*, III, 14, 15.

chos matrimonios, era bastante numerosa. Jesús tenia hermanos y hermanas, de los cuales *parece haber sido el mayor.*”<sup>1</sup>

He aquí, pues, á la Madre de Jesús despojada de esta aureola de virginidad y de casto aislamiento con su divino hijo, á la vista contemplativa y distante de José, tal como nos la hace adivinar el pincel de Rafael inspirado por el Evangelio en tantas obras maestras, y trasformada en una madre de familia á la manera de las de Greuze, que no tenia aun el carácter de dignidad que los paganos realizaban en la esposa cuando escribían en su sepulcro: *quævira!*

En apoyo de esta asercion, indica profusamente M. Renan, por medio de citas al pie de las páginas, los Evangelios, los cuales nunca han sido para él tan auténticos ni tan sagrados.

Sin duda para evitar que se le confunda comprobando los testos, ó por el conocimiento que se tiene ya de ellos, confiesa muy en breve que estos pretendidos hermanos de Jesús, llamados Jacob, José, Simón y Júdas, hijos de María de Cleofás, hermana de María y de Jesús, solo eran primos hermanos; pero por de pronto queda ya la mala impresion, y esto ya es una ventaja.

Despues, en la misma retractacion, se insinúa con refinada perfidia un ataque secreto, una confesion envenenada, diciendo en nota: —“En efecto, las cuatro personas que se dan (Matth. XIII, 55; Mar. VI, 3.) por hijos de María, madre de Jesús, Jacob, Josef ó José, Simón y Júdas, vuelven á encontrarse poco despues como hijos de María y de Cleofás.”<sup>2</sup>

*Que se dan por hijos de María, madre de Jesús.* ¡Y os atreveis á indicar los testos! ¡Estos testos en que no se encuentra ni la palabra de hijo, ni ninguna otra que haga la menor alusion á esta filiacion; en los que solo se les nombra hermanos de Jesús! ¡Y os atreveis á hacer decir así al Evangelio, que estos hermanos eran hijos de María, madre de Jesús! —Denuncio este indigno procedimiento á la honradez del lector. Es la teoria de la sinceridad de muchas medidas, practicada sin medida alguna.

Y nótese bien todo lo culpable que hay en esta táctica, por todo el cálculo que encierra.

No es solamente una mala salida de la confesion que se venga de la verdad por medio del insulto, dejando en ella su veneno, es la preparacion de todo un sistema.

1 *Vida de Jesús*, p. 23.

2 *Id.*, p. 24.

M. Renan necesita que haya una dificultad respecto de estos primos hermanos de NUESTRO SEÑOR y una dificultad grave para tener ocasión de introducir una conjetura.

Ahora bien, no hay sombra de dificultad si solo nombra el Evangelio á los primeros hermanos de JESUS como hermanos de JESUS, cuando, designándolos por sus nombres, dice que son hijos de María de Cleofás, hermana de MARÍA, madre de JESUS.

Pero si el Evangelio *diera* estos mismos individuos, por una parte, como hijos de María de Cleofás, y por otra, como hijos de María, madre de JESUS, entonces habria ya dificultad, habria campo para la conjetura, materia para la hipótesis, y esto es lo que ha querido, esto es lo que ha inventado y maquinado M. Renan.

¿Hay en lo que digo, engaño ó calumnia?

Véamos.

“La hipótesis que nos proponemos,”—añade al punto, despues de haber dicho que las personas en cuestion se dan (Matth. XII, 55, y Mar. VI, 3) como hijos de María, madre de JESUS,—“es la única que disuelve la enorme dificultad que se encuentra en suponer á dos hermanas, como teniendo cada una tres ó cuatro hijos, que llevaron los mismos nombres...”<sup>1</sup>

¿No es esto proceder deslealmente cuando no hay una sola palabra en el Evangelio que dé á María ningun otro hijo mas que JESUS, y cuando la enorme dificultad de que cada una de las dos hermanas tuviera tres ó cuatro hijos con iguales nombres, no es mas que una enorme falsificación?

Desenmascarada así la dificultad inventada por M. Renan, para introducir su hipótesis, no es ya necesario examinar ésta.

Sin embargo, no hagamos gracia de este exámen.

Estando esta hipótesis modelada sobre la dificultad, y consistiendo ésta en la fábula de darse á una y otra de las dos Marías por madre de tres ó cuatro hijos que tuvieran los mismos nombres, consiste la hipótesis en suponer dos series de hijos de estas dos hermanas, dos series de hermanos de JESUS; los unos primos hermanos suyos, con el nombre de hermanos; los otros, verdaderos hermanos suyos, siendo hijos verdaderos de María su madre.

Es verdad que el mismo Evangelio que se opone á la dificultad, no se opone menos á la hipótesis que la resolveria: que en ninguna parte se hace alusion alguna á la existencia de estos

<sup>1</sup> *Vida de JESUS*, p. 24.

verdaderas hermanos de JESUS, porque en ninguna parte se hace la menor alusion á la maternidad de MARÍA, si no es como MADRE DE JESUS, que es el único nombre con que se la designa. Pero M. Renan no conoce mas dificultades que las que él inventa. “Todos (estos pretendidos verdaderos hermanos de JESUS) han quedado en la oscuridad, dice:—Su nombre era desconocido.—Siempre han permanecido en la oscuridad.”

Pues entonces ¿qué es de vuestra hipótesis?

No importa: los cuatro hijos de María de Cleofás *dábanse* (Matth. XIII, 55; Mar. VI, 3) como hijos de María, madre de JESUS, segun la invencion de M. Renan, — por lo cual es preciso que haya tenido JESUS verdaderos hermanos.—Solamente que era desconocido su nombre. Y lejos de oponerse esta oscuridad impenetrable de los verdaderos hermanos de JESUS, aun á los ojos de sus contemporáneos, á la hipótesis de su existencia, sirve de apoyo á esta hipótesis, explicando por qué no se les ha nombrado; mas aún, por qué se ha nombrado siempre en su lugar á los primos hermanos de JESUS.

Creeréis, queridos lectores, que me burlo de M. Renan al prestarle esta lógica.

De ninguna manera: él es quien mas bien se burla de vosotros. He aquí sus propias palabras: “Era su nombre desconocido hasta el punto de que cuando pone el evangelista en boca de las gentes de Nazareth la enumeracion de los hermanos segun la naturaleza (este segun la naturaleza es pura invencion) se presentan á su imaginacion desde luego los hijos de Cleofás. “Habiendo oido el evangelista llamar á estos cuatro hijos de “Cleofás, “hermanos del Señor,” pondria equivocadamente los “nombres de los verdaderos que permanecieron siempre desconocidos.”

¡Oh incredulidad á qué te ves reducida! ¿Cómo calificar ésta lógica y esta táctica? No lo haré yo, ni es esto necesario, porque me basta con esponerlo.

A la asercion tan ponderada de que tenia JESUS hermanos y hermanas, ha añadido M. Renan “de los cuales parece haber sido JESUS el mayor,” y despues remite para esta palabra, mayor, á Matth. I, 25.

Todo está calculado y combinado en el autor de la *Vida de JESUS*, hasta su circunspeccion. Acudiendo al testo evangélico que él indica, se lee, respecto de José y de María. “Y no la

<sup>1</sup> *Vida de JESUS*, p. 23 y 24.

“conoció hasta que parió á su hijo primogénito.” Hé aquí ciertamente un testo que parece prestarse á conjeturas é hipótesis contra la virginidad de María, para un enemigo tan poco escrupuloso como M. Renan. ¿De dónde viene, pues, que se haya limitado á esta simple insinuacion, “de los cuales parece haber sido el mayor?”

Esto consiste en que el argumento que intentó sacar de este testo el antecesor de M. Renan, Helvidio, fué tan mal recibido, que ha juzgado prudente M. Renan no atraerse esta desventura; desventura tal, que es hasta temerario que M. Renan se arriesgue á esta simple insinuacion.

Podría citar en apoyo de este parecer muchas autoridades; mas estando todas unánimes, me limitaré á una que no es sospechosa; es tambien la de Calvino.

“A pretexto de este pasaje: *Y no lo conoció hasta que parió á su Hijo primogénito*, dice, produjo Helvidio en su tiempo “grandes turbulencias en la Iglesia, porque quiso sostener con él que no fue virgen Maria, sino hasta su parto, y que despues habia tenido otros hijos de su marido. San Gerónimo sostuvo con gran energía y constancia la virginidad perpétua de María, escribiendo sobre ella ampliamente. Pues bien, bástanos decir, que esto no tiene que ver con las palabras del Evangelista, y que es una locura querer deducir de este pasaje lo que aconteció despues del nacimiento de Cristo.<sup>1</sup> Llámasele primogénito, mas no por otra razon, sino para que sepamos que nació de una madre virgen y que jamás tuvo hijo. Dicese que no la conoció José hasta que hubo parido, lo cual debe restringirse al mismo tiempo. El Evangelio no dice una palabra en cuanto á lo que ocurrió despues del parto. Sabido es, que segun el uso comun de la Escritura, estos modos de hablar deben entenderse así. Verdaderamente es este un punto, sobre el cual no promevertá jamás disputa hombre alguno, á no ser algún zumbón y testarudo.”<sup>2</sup>

<sup>1</sup> “La propia intencion del Evangelista, dice Grocio, con perfecto sentido, nos prescribe detenemos en este tiempo del parto de que habla, no teniendo intencion su mente de otra cosa que de dar á conocer que José fué extraño á aquel suceso. Por lo cual, no tenia objeto ninguno mencionar lo relativo á un tiempo posterior.” (*Annot. in Matth.*)

<sup>2</sup> CALVINO, *Comment.* sobre la armonia evangél., p. 41.—Véase todo el cap. VII de nuestra obra titulada: *La Virgen María segun el Evangelio*, donde se trata á fondo todo lo concerniente á la virginidad de María.

Compréndese actualmente, á un tiempo mismo, la reserva y la temeridad de M. Renan, sobre este punto.

Notaré yo ahora la afectacion con que ha escrito M. Renan: “José murió antes que llegara su *Hijo* á hacer papel alguno público, quedando por ello María por cabeza de la familia, y así se explica por qué se llamaba á su *Hijo* las mas veces *Hijo de María*, cuando se le queria distinguir de sus numerosos homonimos....!”

Esto da lugar á una reflexion que no solamente rectifica la de M. Renan, sino que demuestra plenamente la gloriosa importancia de María.

Aunque durante la vida de Jesucristo, haya sido velada la virginidad de su nacimiento por la paternidad adoptiva de Josef, es sin embargo notable, que se halle éste siempre en segundo término en las escenas en que figura (comprendidas admirablemente en este punto por el arte cristiano), y que solo aparezcan en primer término el *Niño con María su Madre*.<sup>1</sup> Asimismo, en esas escenas de la infancia de Jesus, en que se halla presente Josef, aparece la Virgen Maria mayormente con ese brillo que reflejaba sobre ella la divinidad de Jesus y las adoraciones de que era objeto por parte del cielo y de la tierra. Y de aquí proviene que los Evangelistas llamen en toda la serie del divino relato, á Jesus, *Hijo de María*, para indicar que era hijo solo de María, y á MARIA, *Madre de Jesus*, para indicar que era madre solo de Jesus. Todo esto es tanto mas notable, cuanto que se halla en oposicion con las costumbres antiguas, segun las cuales era siempre eclipsada la madre por el padre, y la mujer por el marido.

Así, M. Renan que hubiera tenido tanto interés, segun su sistema, en representarnos á Jesus en estas escenas de su infancia, en que se hubiera desmentido la virginidad de María por la paternidad de Josef, las ha esquivado y suprimido todas; y ciertamente solo las ha esquivado y suprimido porque le desmentian.

Es verdad que dice en un pasaje: “Solamente despues de la muerte de Jesus, adquiere María una gran consideracion, y tratan los discipulos de mostrarle su adhesion, (lo cual es históricamente falso, puesto que no se menciona á María despues de la muerte de Jesus, sino *una sola vez*). Pero se desmiente el

<sup>1</sup> San Mateo, II, 2.—XIII, 20, 21, etc.

mismo con esta nota: "Comp. Luc. I, 28; II, 35, que implica ya un gran respeto á Maria."<sup>1</sup>

*Un gran respeto*, ¡yo lo creo! ¡Respeto del Angel, respeto de Isabel, respeto de Juan Bautista, respeto de Josef, respeto de los Pastores, respeto de los Magos, respeto de Simon, respeto de Jesús y de Dios mismo! Esto es lo que aparece en todas estas grandes escenas, en todos estos sublimes y conmovedores misterios de la Anunciación, de la Visitación, de la Natividad, de la Adoración de los Magos, de la Purificación, de la Huida á Egipto, de Jesús encontrado entre los Doctores, de su sumisión á MARIA durante treinta años, y del gran milagro de Caná donde anticipó la manifestación de su divinidad en favor suyo.

¿Concibese que M. Renan no consagre en una *Vida de Jesús*, á todos estos grandes acontecimientos, mas que esta nota al pié de una página: *Comp. Luc. I, 28; II, 35, la cual implica ya un gran respeto hácia Maria?* ¿Concibese que desgarrare y haga desaparecer así la mitad del Evangelio, sin dar sobre esto explicación alguna?

S. guramente hay una, y aparece á las claras en el mismo cuidado que pone en ocultarla; y es el testimonio patente que da el Evangelio á la virginidad, á la maternidad divina de MARIA.

El Evangelio mismo lo declara: "Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el Profeta que dice: *Hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo, á quien darán el nombre de Manuel, que significa Dios, con nosotros.*"<sup>2</sup>

"Tal vez, dice M. Renan, hubiera sabido reconocer desde entonces una mirada sagaz, el gérmen de los relatos que debían atribuirle un nacimiento sobrenatural, ya en virtud de esta idea muy divulgada en la antigüedad, que el hombre extraordinario ó superior no puede nacer de relaciones ordinarias de ambos sexos; ya para responder á un capítulo mal entendido de Isaías, donde se creía leer que nacería el Mesías de una Virgen..."<sup>3</sup>

Aquí la mirada sagaz sería singularmente miope. No es cierto que se creyera leer en el capítulo indicado de Isaías que nacería el Mesías de una Virgen. Se leía muy claramente lo que se hallaba escrito con gran claridad en hebreo y traducido en griego por los setenta:—"Dios mismo os dará un prodigio:

- 1 *Vida de Jesús*, p. 154.
- 2 *San Mateo*, I, 22.
- 3 *Vida de Jesús*, p. 241.

"vedlo aquí: Una VIRGEN CONCEBIRÁ Y PARIRÁ UN HIJO que se llamará Dios con nosotros"<sup>1</sup> Hijo de la Virgen de quien dice el Profeta un poco mas adelante: "Ha nacido un parvulito para nosotros y se nos ha dado un hijo que se llamará.... "Dios...."<sup>2</sup>

Y se entendía claramente esta profecía del Mesías, mucho antes de la venida de JESUCRISTO.<sup>3</sup>

Y por otra parte, además de la aplicación directa de esta profecía á JESUCRISTO, al principio del Evangelio de San Mateo, señala como con el dedo el cumplimiento de esta profecía el Angel de la Anunciación en San Lucas, con estas mismas palabras de Isaías que dirige á la Virgen Maria: "Hé aquí que concebirás y parirás un hijo que se llamará el Hijo del Altísimo."

Y cuando oímos, despues de esto, esclamar en alta voz á Isabel inspirada por Dios, al ver á Maria: "Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde puede provenirme el honor, de que la madre de mi Señor se digné visitarme?" ¡Cuándo oímos á la misma MARIA inspirada por el Verbo que lleva en su seno "glorificar al Señor por haber hecho en ella su poder grandes cosas, y por lo cual la proclamarán bienaventurada todas las generaciones futuras;"—cuando vemos á MARIA asociada de una manera tan privilegiada á Jesús en las glorias de la *Epifanía* y en los dolores de la *Presentación*;—cuando, en fin, para abreviar, leemos en el principio del Evangelio de San Juan, aquella sublime genealogía del VERBO HECHO CARNE, saliendo de Dios de toda eternidad y naciendo de Maria en el tiempo;—¿cómo no ver claramente, que á no repudiar el mas bello enlace profético é histórico que puede verse, es preciso honrar en Maria á la Madre Virgen del Hijo de Dios?

"Honremos, pues, juntamente, con la distinción oportuna, dice Bossuet al Hijo de la Virgen y á la Virgen Madre, puesto que el Hijo de la Virgen es el Hijo de Dios y que la Madre Virgen es Madre de Dios; reconozcamos en estas dos palabras *Madre Virgen, é Hijo de la Virgen*, la correlación mas bella que puede concebirse; adoremos á JESUCRISTO como verdadero

1 Isaías, cap. VII, 14.

2 Id., cap. IX, 2, 6.

3 Paráfrasis caldaica de Jonatham ben Huziel.—el Mderaschrabba, sect. *Debarim*, fol. 287, col. 3;—el lib. *Benkira*, fol. 41 vuelto, edit. de Amsterdam, 1760.

Dios; pero confesemos al mismo tiempo, que lo mas próximo que existe á él, es aquella á quien se dignó acoger por madre suya, al tomar él la naturaleza humana<sup>1</sup>

Hé aqui lo que hace estallar el ataque de M. Renan.

## II.

No hace resaltar menos en MARIA Madre de Dios el ministerio de *Madre de los hombres*.

Este ministerio le fue conferido por Jesus al morir, quien legó su Madre á la humanidad, en aquellas memorables palabras que dijo á Maria y á San Juan: "Mujer, ve ahí á tu hijo;—Hijo, ve ahí á tu Madre."

M. Renan acusa ó revela tambien la importancia de esta investidura, por la molestia que le causa y por los medios que emplea para negarla.

"Si hemos de creer á Juan, dice, se halló Maria, Madre de Jesus, al pié de la Cruz, y viendo Jesus reunidos á su madre y á su discípulo amado, debió decir al uno: "Ve ahí á tu Madre," y al otro, "ve ahí á tu hijo." Pero entonces no se comprendería cómo es que los Evangelistas sinópticos que nombran á las demás mujeres, omitieran hablar de ésta, cuya presencia fue de tanta importancia. Tal vez la suma elevacion del carácter de Jesus, hace inverosímil este personal enternecimiento, en el instante en que, preocupado únicamente de su obra, solo existía por la humanidad."<sup>2</sup>

Y despues advierte, en nota, por una parte que Lucas predijo á Maria que le "traspasaria el corazon una daga de dolor; pero que esto se explica tanto menos, cuanto que omite presentar á Maria en la cruz," y por otra parte dice que Juan intentó esta escena solo para *darse importancia*. "La gran consideracion de que gozaba Maria en la Iglesia naciente le indujo sin duda á pretender que le habia galardonado Jesus con este glorioso depósito, que le aseguraba una especie de precedencia sobre los demás, y daba á su doctrina una autoridad elevada."

No discutiré en sí misma esta baja imputacion que no se halla autorizada por nada, que es rechazada por todo el carácter de San Juan.

<sup>1</sup> Explicacion de la profecía de Isaías.

<sup>2</sup> *Vida de Jesus*, p. 422 y 423.

Escoger al Apóstol de la caridad para convertirlo en un artifice de egoísmo, sin dar un solo indicio de semejante degradacion, es presentarle muy desfavorablemente; es testificar así toda la fuerza y toda la trascendencia de la verdad que reduce á su agresor á esta miseria.

El mismo M. Havet se niega á creer en esto: "si se presentan así las cosas, dice, es fuerza suponer que mintió tambien Juan, y esto del modo mas atrevido y mas fácil de comprender."

Pero es verdad que M. Havet puede ser magnánimo á poca costa: no hay mas que *enunciar sin probarlo, lo que piensa*, que Juan no escribió nada, que ningun compañero de Jesus escribió nada, que no hay Evangelio auténtico. Esta cómoda negacion lo simplifica todo, y en especial la presente dificultad. "Todo es sencillo, dice, para quien admite que no es Juan quien habla aqui, sino su escuela, etc."<sup>1</sup> Sencillo, en efecto, pero demasiado sencillo.

Sin embargo, M. Havet entra á la manera que M. Renan, en otro sistema, para negar la escena del Calvario, aquel *STABAT MATER* que cubre con una sombra á la crítica; y aun llega á generalizarlo á todo lo que se refiere á Maria.

Este sistema consiste en sacar, de las diferencias que presentan entre sí los cuatro Evangelios en lo relativo á la Madre de Jesus, un argumento contra la importancia que le atribuyen.

La crítica toca aqui uno de los puntos que convencen contra ella de la verdad evangélica en lo relativo á Maria, y enteramente decisivo en lo concerniente á la escena del *Stabat*.

Y en efecto.

No se tachan de contradicciones las diferencias de que se habla. No se quiere decir ni aun que sean *diferencias*; esto es, que lo que dice el uno difiera de lo que dice el otro sobre un mismo punto. Quiere decirse solamente que el uno calla lo que refiere el otro; que no habla San Lucas del *Stabat* de que habla San Juan, ni San Juan del *Pertransivit gladius*, de que habla San Lucas. Así, M. Havet hace notar que San Marcos no preconiza en nada á Maria, y hasta refiere las palabras de Jesus que la deprimen; que San Mateo al aplicar la profecía *Ecce Virgo concipiet* á Maria, presenta por primera vez como sobrenaturales la concepcion y el nacimiento de Jesus; que al desarrollar San Lucas la *leyenda*, es el único que refiere la Anunciancion, la Visitacion, la Presentacion, el hallazgo de Je-

<sup>1</sup> *Revista de ambos Mundos* de 1º de Agosto de 1863, p. 587.

sus entre los doctores, y no obstante dice cosas que achican y eclipsan despues enteramente á Maria; y en fin, que San Juan, que, por razones que no son de este lugar, dice M. Havet, no dice nada relativamente á la maternidad milagrosa de Maria, que hasta la humilla refiriendo la respuesta que le dió el Salvador en las bodas de Caná, la pone no obstante de manifiesto al pié de la cruz.

Todo esto es muy cierto y muy concluyente contra M. Havet y contra la impiedad hácia Maria.

¿Quién no ve, en efecto, que precisamente por hallarse asi diseminado sin sistema en los Evangelios lo que se dice ó se calla respecto de Maria, debe verse en ello la prueba mas desinteresada y mas verídica?

¿Cuán libre está de todo partido preconcebido, de toda confabulación el modo como aplica San Mateo á la Virgen la profecía, *Ecce virgo concipiet*, puesto que deja á San Lucas el cuidado de referir en la escena de la anunciacion el cumplimiento literal de esta profecía, de que tampoco parece hallarse preocupado San Lucas!

Cuán libre se halla San Lucas á quien se acusaria infaliblemente de complacerse en la gloria de MARIA, en caso de atenerse á todas aquellas grandiosas escenas de la infancia de Jesus, preconizado y adorado en los brazos de la Virgen Madre, de toda sospecha sobre este punto, por la sencillez con que dice de ella y de Josef, con motivo de la respuesta que les dió Jesus, cuando le hallaron entre los doctores: *¡Y no comprendieron lo que les decia!* "Rasgo inconcebible despues de lo que contienen los primeros capitulos," observa M. Havet: inconcebible, en efecto, dado vuestro sistema de parcialidad evangélica, que se ve destruído por él.

Y ¿qué diremos ahora de San Juan y de la escena del *Stabat*, objeto de estas consideraciones? ¡Cómo! ¡Tacha á este evangelista M. Renan de haber querido darse importancia, por presentar á Maria al pié de la cruz; le imputa haber querido dar asi á su doctrina del Verbo encarnado una elevada autoridad, y hé aqui, que segun observa M. Havet, descuida S. Juan hablar de la maternidad milagrosa de Maria! ¿Por qué ha omitido poner en relieve, como San Lucas y San Mateo, ese carácter de Madre de Dios que debía dar tanta grandeza al de Madre de los hombres, cuya investidura le hace dar por Jesus al morir? Por razones que no son del caso, dice M. Havet. Verdaderamente que no hay otro como M. Havet para salir de

apuros de esta suerte; y esto corre parejas con su *yo solo puedo enunciar, sin probarlo, lo que pienso*. Sin duda tambien por razones que no son del caso, será San Juan ó su escuela, que trataba siempre de darse importancia, correlacionándose con Maria, el único de los evangelistas que haya impuesto á esta madre, aquella pretendida ó supuesta desaprobacion con que segun vosotros, la reprime Jesus públicamente en las bodas de Caná? Finalmente, ¿evita por esas mismas razones San Juan correlacionar la escena del Calvario á la prediccion que se hizo de ella por el anciano Simeon, y recíprocamente San Lucas que refiere esta prediccion, evita justificarla con el relato de su cumplimiento en el Calvario?

Hé aqui la lógica de la impiedad.

Así es como le debemos la demostracion de la sinceridad evangélica tocante á Maria y de la verdad histórica de aquellas grandes palabras del Testamento de Jesus: MUJER, VÉ AHÍ A TU HIJO; HIJO, VÉ AHÍ A TU MADRE.

Ahora, restaria que demostrar que estas palabras se refieren á una maternidad que debía estenderse á la humanidad entera. Ya lo hemos hecho ampliamente en otra parte.<sup>2</sup> Entre otras razones de gran valia y muy numerosas que nos ha suministrado este grande asunto, hay una que acaba de confirmar M. Renan, y que por este motivo debemos manifestar aqui.

"La suma elevacion del carácter de Jesus, dice M. Renan, "no hace verosímil semejante enternecimiento personal en el "instante en que, preocupado únicamente de su obra, existia "sólo para la humanidad."

Tiene razon M. Renan: no fué por efecto de un enternecimiento personal, sino únicamente bajo el punto de vista de su obra y de la humanidad como legó á su Madre.

M. Renan me causa orgullo en ocasiones, y sobre todo en ésta, haciéndome creer que ha leído mi obra sobre la *Virgen Maria*, y aun que se ha aprovechado de ella. Que me permita, pues, á mi tambien aprovecharme de su *Vida de Jesus* y recordar lo que me pertenece allí donde lo encuentro.

1 Véase la explicacion de esta escena, el estudio especial que le hemos consagrado en nuestra obra titulada: *La Virgen Maria segun el Evangelio*.

2 *La Virgen Maria, segun el Evangelio*.

Hé aquí efectivamente lo que he escrito sobre este punto y lo que vienen á confirmar las reflexiones de M. Renan.

Si estas palabras de Jesus tienen un sentido místico, es decir, si bajo la apariencia de un hecho particular, tienen una significacion general, una aplicacion general á todos los hombres en uno solo, con relacion á Maria, en tal caso, la tesis católica acerca del culto que debe á Maria todo *discipulo* de Jesus queda una vez mas justificada.

Esto es incontestable.

Es incontestable, decimos, que Jesus habló á toda la humanidad en la persona de San Juan.

La razon de ello es perentoria, á saber: que Jesucristo jamas habló sino á la humanidad.

Como solo vino para salvar al mundo, todo cuanto dijo y todo cuanto hizo no tuvo menor importancia. Exento como estaba por su Divinidad y Providencia de toda necesidad, no tuvo que hacer cosa alguna que tuviera por objeto un interés privado, como lo fuera la conservacion de su Madre. Lejos de necesitar de suplente y curador para cuidarla despues de su muerte, él que del seno de aquella muerte iba á sacudir la piedra de su sepulcro y resucitar por siempre en la gloria, mas bien debia esforzarse, si puede así decirse, para no proveer á ello como Dios, bien así como habia tenido que esforzarse para no cuidar de su propia defensa. Hubiérale bastado no querer sufrir, como dijo él mismo, para que al punto *doce legiones de angeles* hubieran preservado su humanidad de todo ataque.<sup>1</sup> Estos mismos Angeles hubieran guardado á su Madre, como al fin la llevaron á los cielos. Pero *¿cómo se hubieran cumplido las Escrituras?*<sup>2</sup> es decir, el designio de nuestra salvacion? Así que solo mirando á este designio hizo y dijo el Hijo de Dios cuanto nos refiere el Evangelio, cuyo solo nombre, *Evangelio*, espresa la universalidad de cuanto en él se contiene. En una palabra, siendo el carácter de *Salvador del mundo* el propio de Jesus, imprimió su sello y trascendencia á todas sus acciones y palabras, y ninguna hubo que no fuera la accion y palabra del *Salvador* y no tuviera por objeto á toda la humanidad.

Y si es esto verdad de todas las obras del Salvador en todo el discurso de su vida, ¿qué diremos de las que hizo y pronunció en la cruz, y en el mismo instante en que salvaba al mun-

1 San Mateo., XXVI, 52.

2 *Ibid.*, *ibid.*

do? El momento de la muerte es por lo comun cuando se pronuncian las palabras supremas, aquellas en que el moribundo espresa lo mas profundo que hay en su alma, su misma alma en cierto modo, cuyo carácter imprime en esas *novissima verba*, que recoge la historia con tan pia y curiosa avidez. Si, pues, Jesucristo nunca abrigó en su alma otro sentimiento, otro ardor que su divina caridad para con los hombres, ¿cómo pudiéramos suponerle otro en aquel momento de los momentos, que él llamaba *su hora*, en que esa caridad le hacia dar voluntariamente su vida por nosotros, en que ejercia su funcion suprema de Salvador, en que consumaba su divina obra?

Adeinas, el Evangelio lo dice espresamente. Inmediatamente despues de estas palabras: *Vé ahí á tu Madre*, leemos: *DESPUES DE ESTO, VIENDO JESUS QUE TODO ESTABA CUMPLIDO....*<sup>1</sup> Es evidente que ese *todo estaba cumplido* se refiere á lo que antecede y señaladamente á las últimas palabras *despues de las cuales* todo está consumado. Y lo que entendia Jesus por esta palabra *consumado*, lo espresó en otra parte diciendo: "¡Oh, padre! he consumado la obra que me diste á hacer para que tú seas glorificado y ellos tengan la vida eterna."<sup>2</sup>

Tal es, pues, evidentemente el fin y la importancia de estas palabras: *ve ahí á tu Hijo; ve ahí á tu Madre*.

Y al atacarlas M. Renan, porque la suma elevacion del carácter de Jesus preocupado únicamente con su obra y existiendo solo para la humanidad, eseluye de ellas todo sentido privado, prueba aquel escritor en la Virgen Maria el ministerio de Madre de los hombres, así como atacando su virginidad ha probado su titulo de Madre de Dios.

1 San Juan, XIX, 28.

2 *Ibid.*, XVII, 1 á 4.

## CAPÍTULO XVI.

### ÚLTIMA PALABRA.

He concluido este penoso trabajo: penoso, pero no ingrato; tan penoso para la razon, como fecundo para la fé que resalta patente y brillante de toda la miseria intelectual y moral de la incredulidad.

La incredulidad quedará herida profundamente con la tentativa de M. Renan y con todas las ventajas que de ésta hemos recogido contra aquella.

Para en adelante se halla enterrado su pasado, y comprometido su porvenir.

La *Vida de Jesus* inaugura una era enteramente nueva para la polémica cristiana.

Hasta el día necesitaba la incredulidad quedar convicta de sin razon; era preciso discutirla, perseguirla, cogerla en los mil sofismas y fingidas fugas con que se evadía, otro tanto como se dejaba ver en las evoluciones que efectuaba al rededor de la verdad que se le esponía.

Hoy es ella la que espone. Se ha hecho por primera vez, como dijimos al principiar, explicativa y positiva. Se arriesga á atacar el hecho cristiano y á dar su solucion critica; y viene á presentarnos la alternativa de la solucion cristiana; lo que hay que admitir para no creer.

Este partido andaz no ha sido facultativo, y M. Renan no debe ser responsable de él entre los suyos puesto que no ha hecho mas que interpretar una situacion comun á la incredulidad entera. Ha sido un partido desesperado, pero requerido por esta situacion. La incredulidad la ha evitado en cuanto ha podido; pero habia sido rechazada tantas veces con pérdida en sus asaltos; arrojada de tal suerte de sus posiciones por los trabajos científicos que suscitó su critica, que no le quedaba mas que sentenciarse ella misma por medio de sus confesiones, y no que-

riendo rendirse, le obligaba su apuro á dar esplicaciones que no estaba en su mano elegir.

No es, pues, la obra de M. Renan sino la incredulidad contemporánea lo que hemos examinado en ella, pues por solo M. Renan no hubiéramos salido de nuestra estudiosa reserva. No gustamos de la polémica, y nos hallamos separados por sobradas circunstancias del autor de la *Vida de Jesus* para que hubiéramos pensado nunca en ocuparnos de él. Ha sido, pues, preciso que su obra tomara las proporciones de una causa general para mover nuestro celo.

En nada se refieren á la persona los resultados que hemos obtenido; los hemos obtenido para la Fe cristiana, como despojos ópimos de la incredulidad.

No los resumimos por ser sebrado numerosos y evidentes. No hay un solo ataque de la incredulidad que no se haya vuelto en favor de la fe. El lector tiene presente en su memoria cada una de estas ventajas, sobrado singulares para no haber llamado su atencion. Preferimos, pues, dejarle con esta viva impresion, limitándonos á esponer el resultado mas general y mas demostrativo de esta gran polémica.

No hay efecto sin causa, ni por consiguiente causa que no sea proporcionada al efecto.

El mismo M. Renan ha establecido este fundamento de toda lógica en estos términos: "Los hechos deben explicarse por causas proporcionadas á ellos. Las grandes cosas tienen siempre grandes causas."

He aquí, pues, un principio cierto, que en el naufragio general del sentido comun sobrenada aún en la superficie sin que podamos cogerlo.

Pero nos basta absolutamente para concluir ó deducir, que JESUCRISTO es Dios.

La causa explica el efecto, el efecto prueba la causa.

"Dios explica el mundo y el mundo lo prueba," ha dicho exactamente Rivarol.

Estas bellas palabras pueden aplicarse á JESUCRISTO con relacion á la humanidad.

Si ha venido á reconocer la incredulidad, obligada por la conciencia universal, que JESUCRISTO explica la humanidad, se verá empeñada á reconocer, bajo pena de flagrante sin razon, que la

humanidad prueba á Jesucristo en la misma medida ó proporcion que Jesucristo esplica á la humanidad.

Pues bien, la incredulidad confiesa y proclama á la cabeza de la *Vida de Jesus*, que es *incomprensible toda la historia sin Jesus*, y no hay página de este libro que no presente el efecto producido por Jesucristo como incomparable, ilimitado, afectando á toda la humanidad pasada, presente y futura; mas aún, siendo de naturaleza propia para afectar toda la existencia intelectual y moral, no tan solo de este mundo, sino de todos los mundos: adecuado, en fin, á lo *absoluto*.

De aquí deduzco, que el autor de este efecto es superior á la humanidad de todos los tiempos, á las inteligencias de todos los mundos, y que no tiene otra medida que lo inmensurable, lo infinito, lo absoluto; lo que llamamos Dios.

Esta deducción es tanto mas inevitable, cuanto que no se halla agotado en su obra Jesucristo, que ha *quedado como un principio inagotable de renacimiento moral*, como dice M. Renan; y que lejos de *ser aquí el efecto mayor que la causa*, como dice M. Scherer, y *el Cristianismo mas considerable que su autor, es lo contrario lo cierto*.<sup>1</sup>

Así, pues, Jesucristo es por lo menos lo que es su obra. La verdad divina que se ha difundido de él por el mundo, vuelve á subir en prueba del mundo á él, como brota el agua á la altura de su manantial revelando esta altura. "El agua que yo daré, ha dicho él mismo, será una fuente de agua que resalte hasta la vida eterna." ¿Por qué hasta la vida eterna? Necesariamente porque desciende de ella, porque es Jesucristo esta vida eterna que sale del seno del Padre y que nos eleva á su posesion.

Las matemáticas no contienen nada mas exacto.

Yerra, pues, el incrédulo cuando refiere la causa de este efecto universal, absoluto, divino á un simple mortal que por grande que sea no podrá ser mas que un ser tan miserable y flaco como el hombre.

Desatina cuando lo refiere á un hombre que no siendo lo que él ha dicho ser, Dios, y habiendo seducido al mundo con falaces prestigios, hubiera sido mas miserable en la miserable humanidad, ignorante, falso, bellaco, extravagante.

Divaga ó se pierde en conjeturas cuando lo refiere á un hombre, que, al mismo tiempo que habria elevado la humanidad en

1. Periódico *El Tiempo* del 7 de Julio de 1863.

el efecto, la habria degradado en el medio y en la causa, hasta no poder disculparse de ello sino inculpando á la humanidad entera de mentira y de locura.

Es insensato cuando da así por causa á la luz las tinieblas, á la civilizacion la ignorancia, á la verdad la mentira, á la sabiduría la sin razon, á la moralidad la iniquidad; cuando llega á decir que Jesus ha quedado para la humanidad como un principio inagotable de renacimiento moral, por haber sido menos honrado que Marco Aurelio.

Atenta contra la razon, hasta abogar por la locura, y atenta contra la conciencia hasta abogar por el deshonor.

He aquí el residuo de la incredulidad en el siglo diez y nueve. He aquí lo que es preciso admitir para no creer en la divinidad de Jesucristo: he aquí, en su consecuencia, la prueba vengadora, la prueba formidable de esta divinidad, cuya negacion lleva consigo la de la razon y de la conciencia.

En ella se quiere negar á la Divinidad misma; y recíprocamente, negando la Divinidad misma, se niega la divinidad de Jesucristo.

Ya hemos visto que la negacion dogmática de lo sobrenatural es la negacion de Dios en principio, y la negacion evangélica de Jesucristo es la negacion de Dios en hecho.

Y por la negacion de Dios en principio es como se llega á la negacion de Dios en hecho, así como por la negacion de Dios en hecho se quiere asegurar la negacion de Dios en principio.

Ateísmo, tal es, pues, la última palabra, el término á donde va á parar la incredulidad contemporánea, despues de haber hollado con sus piés la conciencia y la razon. He aquí el vacío, el abismo abierto por la negacion de la divinidad de Jesucristo.

Así pues, si hay una conciencia, si hay una razon, si hay un Dios, Jesucristo es Dios; dependiendo solidariamente de esta creencia todo el orden racional y moral, así como el orden sobrenatural.

He aquí el conjunto ó la suma del resultado que da la *Vida de Jesus*; he aquí el saldo, ó mas bien, el déficit de la incredulidad contemporánea.

Y ahora, mis amados lectores, antes de despedirme de vosotros, y usando de esta especie de intimidad, que ha debido formarse entre nosotros en el curso de esta obra, y sobre todo de la caridad y de la fe que me la han inspirado, permitidme que

os pregunte, cuál será para vosotros el resultado de este trabajo comun de demostracion y de reflexion que hemos hecho juntos.

¿Será solo el vano interés de una pelémica, cuyo juez seáis despues de haber sido su espectador, ó á lo mas, la conclusion lógica y fria de que JESUCRISTO es Dios, que la misma incredulidad lo demuestra y que es verdad el Cristianismo, sin otra consecuencia que asentir á ello vuestra inteligencia?

O bien, ¿será una ocasion solemne para tomar un partido respecto de esta gran verdad que no es nada, si no es activa, si no afecta al alma entera, rigiendo todo su destino?

En cuanto á mi, yo no soy mas que un hombre, y solo he podido daros razones. No he podido hacer mas que mostraros á Jesucristo, y sin embargo, debe hacerse mas. No puede ser que siendo Jesucristo Dios, y demostrándoseos así, sea estéril esta convicción. Entre ella y la fe hay un espacio reservado á la buena voluntad del hombre y á la gracia de Dios, en el que no puedo dejaros á vosotros mismos. Desde este instante tenéis pues la obligacion lógica, moral, de ir á JESUCRISTO pidiéndole que venga á vosotros. Porque como vino para todos, viene para cada uno; como hubo una revelacion general para todo el género humano, hay una revelacion particular para cada alma. Esta revelacion particular es la fe: la fe que es Dios sensible al alma, hablando al alma: su voz, su vida, su gracia en nosotros; él mismo, en fin, viniendo á sentarse al hogar, á la mesa de nuestro corazon para ser su vigor y su alimento, para revelarse allí por un encanto tan vivificador que se absorbe en él la misma fe, y que toda demostracion llega á ser no solamente inútil sino importuna, comparada con esta íntima manifestacion.

Esperimentad este don de Dios, y en breve me direis, en el arrobamiento de su posesion, lo que dijeron aquellos habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesucristo, á la Samaritana que se lo habia anunciado: "Creemos en él, no ya por tu relacion sino porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que verdaderamente es este el SALVADOR DEL MUNDO."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> San Juan, IV, 42.

FIN.

## NOTAS E ILUSTRACIONES.

Página 4 línea 12. Se nos ha presentado á su autor como un filólogo consumado, como un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo y de siríaco, dotado de tanta poesia como saber y fuerza.

Siendo una de las causas que han granjeado mayor autoridad y prestigio á M. Renan los vastos y profundos conocimientos que se le atribuyen en las lenguas orientales, en la ciencia bíblica y en la arqueología, por la circunstancia de haberle confiado el gobierno francés una mision científica á la Fenicia, y creado para él posteriormente una cátedra de filología comparada; suponiéndose en su consecuencia ser las interpretaciones erróneas, violentas, y á veces contrarias, que hace de los textos originales de los libros sagrados este escritor mas exactas y profundas que las que se leen en las versiones autorizadas que conocemos, juzgamos de suma importancia hacer algunas indicaciones sobre lo mucho que ignora M. Renan acerca de aquellas materias.

Sin detenernos á esponer la sesion celebrada en julio de 1863 en el Instituto de Francia, en la que puso M. Jomard en evidencia públicamente esta ignorancia de M. Renan, segun puede leerse en los periódicos de aquella época; ni lo que han escrito el judío M. Franck y el rabino M. Draek acerca de los escasos conocimientos de aquel escritor en Sagrada Escritura, remitiremos á nuestros lectores al folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesus, de M. Renan*, en que se demuestra haber confundido este autor la prediccion de la ruina de Jerusalén con el anuncio del fin del mundo, por no haber comprendido los textos originales (pág. 122 y 123) y en que se prueba (pág. 110) que no sabe citar el Talmud, puesto que en vez de indicar el tratado y el folio, remitiendo por ejemplo al tratado *Berakoth*, folio XIII vuelto, cita *Berakoth, IX, sub. fin.* [Véase la VIDA DE JESUS de M. Renan, pág. 328.] Remitiremos asimismo al lector, á la segunda pastoral del obispo de Nimes, en que se consigna, pág. 105, el error en que incurre M. Renan, al sentar que Zaqueo era natural de Jericó, y que esta ciudad no estaba en Galilea, y finalmente, citaremos el notabilísimo artículo del R. P. Tou-

os pregunte, cuál será para vosotros el resultado de este trabajo comun de demostracion y de reflexion que hemos hecho juntos.

¿Será solo el vano interés de una pelémica, cuyo juez seáis despues de haber sido su espectador, ó á lo mas, la conclusion lógica y fria de que JESUCRISTO es Dios, que la misma incredulidad lo demuestra y que es verdad el Cristianismo, sin otra consecuencia que asentir á ello vuestra inteligencia?

O bien, ¿será una ocasion solemne para tomar un partido respecto de esta gran verdad que no es nada, si no es activa, si no afecta al alma entera, rigiendo todo su destino?

En cuanto á mi, yo no soy mas que un hombre, y solo he podido daros razones. No he podido hacer mas que mostraros á Jesucristo, y sin embargo, debe hacerse mas. No puede ser que siendo Jesucristo Dios, y demostrándoseos así, sea estéril esta convicción. Entre ella y la fe hay un espacio reservado á la buena voluntad del hombre y á la gracia de Dios, en el que no puedo dejaros á vosotros mismos. Desde este instante tenéis pues la obligacion lógica, moral, de ir á JESUCRISTO pidiéndole que venga á vosotros. Porque como vino para todos, viene para cada uno; como hubo una revelacion general para todo el género humano, hay una revelacion particular para cada alma. Esta revelacion particular es la fe: la fe que es Dios sensible al alma, hablando al alma: su voz, su vida, su gracia en nosotros; él mismo, en fin, viniendo á sentarse al hogar, á la mesa de nuestro corazon para ser su vigor y su alimento, para revelarse allí por un encanto tan vivificador que se absorbe en él la misma fe, y que toda demostracion llega á ser no solamente inútil sino importuna, comparada con esta íntima manifestacion.

Esperimentad este don de Dios, y en breve me direis, en el arrobamiento de su posesion, lo que dijeron aquellos habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesucristo, á la Samaritana que se lo habia anunciado: "Creemos en él, no ya por tu relacion sino porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que verdaderamente es este el SALVADOR DEL MUNDO."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> San Juan, IV, 42.

FIN.

## NOTAS E ILUSTRACIONES.

Página 4 línea 12. Se nos ha presentado á su autor como un filólogo consumado, como un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo y de siríaco, dotado de tanta poesia como saber y fuerza.

Siendo una de las causas que han granjeado mayor autoridad y prestigio á M. Renan los vastos y profundos conocimientos que se le atribuyen en las lenguas orientales, en la ciencia bíblica y en la arqueología, por la circunstancia de haberle confiado el gobierno francés una mision científica á la Fenicia, y creado para él posteriormente una cátedra de filología comparada; suponiéndose en su consecuencia ser las interpretaciones erróneas, violentas, y á veces contrarias, que hace de los textos originales de los libros sagrados este escritor mas exactas y profundas que las que se leen en las versiones autorizadas que conocemos, juzgamos de suma importancia hacer algunas indicaciones sobre lo mucho que ignora M. Renan acerca de aquellas materias.

Sin detenernos á esponer la sesion celebrada en julio de 1863 en el Instituto de Francia, en la que puso M. Jomard en evidencia públicamente esta ignorancia de M. Renan, segun puede leerse en los periódicos de aquella época; ni lo que han escrito el judío M. Franck y el rabino M. Draek acerca de los escasos conocimientos de aquel escritor en Sagrada Escritura, remitiremos á nuestros lectores al folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesus, de M. Renan*, en que se demuestra haber confundido este autor la prediccion de la ruina de Jerusalén con el anuncio del fin del mundo, por no haber comprendido los textos originales (pág. 122 y 123) y en que se prueba (pág. 110) que no sabe citar el Talmud, puesto que en vez de indicar el tratado y el folio, remitiendo por ejemplo al tratado *Berakoth*, folio XIII vuelto, cita *Berakoth, IX, sub. fin.* [Véase la VIDA DE JESUS de M. Renan, pág. 328.] Remitiremos asimismo al lector, á la segunda pastoral del obispo de Nimes, en que se consigna, pág. 105, el error en que incurre M. Renan, al sentar que Zaqueo era natural de Jericó, y que esta ciudad no estaba en Galilea, y finalmente, citaremos el notabilísimo artículo del R. P. Tou-

lemont, publicado en la revista titulada: *Etudes religieuses, historiques et littéraires*, redactada por los padres de la Compañía de Jesús, año 1863, núm. 11, que lleva por título: *Les distractions de M. Renan*, en el que nota á este escritor numerosos y graves errores, tanto en filología como en la arqueología y en ciencia bíblica, demostrando su poca aprensión en recurrir al plagio. Y en efecto, acerca de la filología aduce y justifica evidentemente haber incurrido en veintitres yerros en solo ocho palabras hebreas y árabes; respecto de la ciencia bíblica, le prueba haber cometido el error de situar á Palmyra á orillas del Qasmiyeh, á legua y media al norte de Tyro, siendo así que le coloca Strabon al sur; la de haber transformado á Jób en un hombre alto y *nomada*, cuando es sabido que labraba sus campos con quinientos pares de bueyes, y que poseía ocho casas por lo menos, la suya y las de sus hijos; en arqueología le prueba que confunde sin distinción alguna los muros seleucidas, griegos, romanos, sarracenos y maronitas, que atribuye el almohadillado de las piedras de la época salomónica que tiene su carácter particular, á todas las épocas [segun habia ya notado M. Sauley en una célebre sesión del Instituto]; que califica un monumento hallado cerca de Emeso, como siendo el mausoleo de *Sampsiceramus*, en tiempo de los Antoninos, siendo así que no existió ningún personaje de este nombre en aquella época, y debiendo ser este monumento el conocido por todos los viajeros con el nombre de *es-Somah*, segun indica su inscripción en griego, y finalmente, consigna el P. Toulemont graves errores sobre la situación topográfica, origen etimológico, esplicacion de monumentos é interpretacion de inscripciones que debió examinar M. Renan en sus exploraciones de la Fenicia, y en especial en las ruinas del Líbano. Por último, acerca de la poca aprensión de M. Renan en recurrir al plagio, prueba el sabio jesuita haberse valido nuestro escritor para la mayor parte de las anteriores descripciones, de una memoria publicada por el P. Bourquenoud, de la Compañía de Jesús, y depositada en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Paris, memoria de que confiesa M. Renan haber tenido conocimiento pero con posterioridad á su trabajo, lisonjeándose de hallarla conforme con éste, siendo de admirar la singular coincidencia que se advierte entre ambos relatos ó memorias, de contener la de M. Renan la descripción de los mismos documentos é interpretacion de iguales inscripciones que la del P. Bourquenoud, y de omitirse en aquella la descripción é interpretación de otras que se omiten asimismo en esta, sin duda, como nota oportunamente el P. Toulemont, porque no lució á los ojos de M. Renan la antorcha que le habia servido de guia en las otras interpretaciones.

El sabio obispo de Nimes, Mr. Plantier, en su pastoral escrita contra la obra de M. Renan, se expresa en los términos siguientes, sobre los verdaderos límites á que debe circunscribirse la importancia del conocimiento de las lenguas orientales.

M. Renan pertenece á esa estraña secta de intérpretes independientes que se llama á sí misma *escuela crítica*. Su principio fundamental, su bandera característica, se apoya en el desprecio absoluto de la tradición para fijar la autenticidad y el verdadero sentido de las escrituras. Segun ella, la clave de los libros sagrados es la ciencia de las lenguas, es la discusión del texto en sí mismo por medio de la filología, pero sobre todo de la filología comparada. Segun ella, no se habia comprendido hasta el día la Escritura porque no se habia aun creado esa crítica moderna. Pero hoy que ya lo está, no tiene para ella el Nuevo Testamento oscuridad alguna,

así como ni el Antiguo, y el menor de sus adeptos sabe mas que todos los Padres y todos los comentadores. ¡Pobres gentes, que creen ser inventores y que solo son plagarios! La escuela crítica ha existido en todas épocas, y aun en tiempo de Orígenes y de San Jerónimo, que llegaron á refutarla, habiéndose renovado en el siglo XVII por el temerario Ricardo Simon, á quien rebatió completamente Bossuet con los argumentos y la energía de su inflexible lógica, de esta suerte: "Suplico al prudente lector que no se deje deslumbrar por el conocimiento de las lenguas que no cesan de ponderarnos el autor y sus amigos, porque si bien sería volver á la barbarie negar á tan útiles conocimientos la alabanza que merecen, hay que temer el extremo de hacer que escriben en ellos la Religión y la tradición de la Iglesia. . . . Nadie ignora las reglas que dió San Agustín para hacer útil uso del hebreo y de las demás lenguas originales, sin que para ello sea necesario saberlas con toda perfección, pues este mismo Santo Padre se sirvió tan hábilmente de estas reglas, que sin saber el hebreo y sabiendo poco el griego, llegó á ser uno de los teólogos mas profundos de Occidente, y combatió las herejías con las mas convincentes demostraciones. Lo mismo se verificó respecto de Atanasio en la Iglesia Oriental, y aun sería fácil citar otros ejemplos tan memorables como estos. Y á la verdad, la tradición de la Iglesia y de los Santos Padres vale por todo para consignar perfectamente los fundamentos de la Religión; los que ponen todo su afán en manejar los libros de los rabinos, se alejan mucho de la verdad. (Bossuet, *Instrucciones pastorales sobre el Nuevo Testamento*, t. I, p. 670.)" En otro pasaje insiste el gran obispo de Meaux sobre este asunto para hablar en términos mas enérgicos: "Fuerza es sin duda, dice, estimar en mucho el conocimiento de las lenguas puesto que ilustra en extremo, pero. . . . la verdadera ciencia eclesiástica es la ciencia de la tradición."

He aquí el poderoso lenguaje del buen sentido. Lejos de nosotros, diremos, despreciar el estudio de las lenguas orientales: no podemos olvidar que hemos ocupado por espacio de diez y siete años una cátedra de hebreo en una facultad de teología, y nos complacemos en recordarlo. Durante esta larga enseñanza hemos experimentado demasiado las ventajas de esta clase de conocimientos, para no tenerlos en alta estima, aun hoy que ocupamos el Episcopado. No hay duda alguna que pueden aplicarse del modo mas útil y fecundo á la esplicacion de las Sagradas Escrituras; pero conviene no olvidar que el sentido de estas, así como toda la doctrina cristiana, es un punto de hecho que pertenece mas á la tradición que á la ciencia. La filología y la crítica pueden prestar algunos servicios y suministrar ilustraciones secundarias, pero la antorcha principal es la autoridad del testimonio. Los Santos Padres consultan ante todo á los gramáticos para determinar el verdadero significado de los textos, sobre todo cuando tienen cierta importancia. La Iglesia no deja nunca á los redactores de lexicos que la aventajen en la interpretación que hace ella de estos textos sagrados y que entrega á aquellos. Y sobre todo, ¿qué es la misma lingüística sino una ciencia tradicional? ¿No encuentra la primera clave de los idiomas en que se ocupa en la enseñanza de lo pasado? Suprimase esta iniciativa, diré casi esta revelación de los siglos, ¿y qué serán las lenguas que nuestros críticos se jactan tanto de conocer, sino un misterio impenetrable para ellos, un libro inexorablemente cerrado? Y puesto que se ven obligados á aceptar el testimonio para saber el sentido de cada palabra, ¿con qué derecho lo rechazan y lo

desdeñan cuando se trata del sentido general de los textos y de los hechos? Tal vez se nos tache por estas observaciones, á pesar de su exactitud y reserva, de ser hoy como siempre enemigos de la ciencia y ciegos partidarios de la autoridad; pero dejaremos que se grite, porque estas acusaciones no son fundadas ni sinceras. Jamás despreció ni condenó la Iglesia el conocimiento de las lenguas, y hasta quiso en todos los siglos que se cultivase esmeradamente en las escuelas. Y de hecho, ha contado siempre con filólogos profundos entre sus doctores, y á veces entre sus seculares, desde Orígenes y San Gerónimo hasta nuestros días, puesto que aun hoy existen en Francia, en Alemania y en Italia doctores que marchan á la cabeza de este género de estudios, siendo algunos de sus trabajos dignos de sus antecesores. La Iglesia no reconoce sobre este punto, así como sobre los demás, maestro alguno en la tierra; pero quiere que cada cosa ocupe su lugar y tenga la importancia que le corresponde. Admítase en buen hora hasta cierto punto á la crítica á ojear el texto de las Escrituras para ilustrar lo oscuro y determinar su sentido; pero contentarse con este instrumento, ó mas bien con este auxiliar; no invocar nunca al par de la filología la autoridad de las tradiciones, es no solo trastornar las vías que llevan á la certidumbre, es no solo exagerar los derechos lógicos y verdaderos de lo que se conviene en llamar la crítica, sino que es tambien mutilar, condenar á ésta á la impotencia para multitud de cosas, puesto que es uno de sus elementos mas esenciales, y diré hasta su complemento indispensable, la luz del testimonio y de la historia. (V. la primera pastoral del citado obispo de Nimes, Mr. Plantier, escrita contra la obra de M. Renan).

Respecto del saber, de la *poesía* y *fuerza* de entendimiento de M. Renan, el citado Mr. Plantier, obispo de Nimes, en su segunda pastoral contra la obra de M. Renan, indica las siguientes censuras que se han hecho á este escritor. Híase dicho que era muy dudosa la ciencia filológica de M. Renan; que los orientalistas y particularmente los hebraizantes podrían suscitarle difíciles controversias sobre mas de un punto de gramática, de traducción y de transcripción de nombres. Se asegura tambien que no parece acordarse M. Renan de lo que él mismo ha dicho en otro tiempo contra el valor histórico del Talmud: que prefiere en muchas ocasiones los documentos que le suministran miserables compilaciones á la autoridad de los Evangelios, demostrando así una falta radical de crítica ó de buena fe: que, en fin, es muy dudoso que haya sabido leer estos libros en su texto original, ¡tales son sus equivocaciones sobre las cosas que contienen y tan poco iniciado parece sobre la manera como designan los filólogos sus citas! Dícese que M. Renan incurre con suma frecuencia en errores de geografía, de historia y de cronología; que se le ha probado, en especial por la crítica alemana, haber incurrido en graves equivocaciones sobre estas diversas materias, confundiéndo las del modo mas lastimoso. Se ha sostenido que como composición literaria el libro de M. Renan se halla mal concebido y peor espuesto; que en lugar de desarrollarlo siguiendo un orden lógico, y según la marcha de los tiempos y de las cosas, lo ha confundido y embrollado todo en una especie de caos; que abundan en su obra numerosas repeticiones; que embarazado el estilo con las vacilaciones del autor, espantado al parecer de sus propias blasfemias, carece esencialmente de firmeza, de colorido, de espontaneidad y de vigor, favoreciéndole solamente el artificio de una elegancia pálida y de una delicadeza enfermiza.

Pág. 13, lin. 31 y siguientes. Siendo la propiedad de la crítica separar lo verdadero de lo falso, el estilo de M. Renan tiene la de confundirlos con su famoso procedimiento de los matices ó diferencias (*nuances*).

Hé aquí lo que dice sobre este procedimiento de M. Renan, de encontrar en todo diferencias ó matices (*nuances*) el R. P. Félix, en su conferencia primera, pronunciada en Nuestra Señora de Paris en el presente año:

“Vosotros habíais creído hasta aquí, con el sentido comun de la humanidad, que lo falso se diferenciaba radicalmente de lo verdadero, el mal del bien, lo bello de lo deforme: pues nada; era una ilusión óptica; mirad con mas despacio; tened la vista con la *perspicacia* suficiente, el sentido bastante delicado, el talento bastante flexible para notar los matices y diferencias que hay en aquellas cosas; no os lanceis como ciertos espíritus absolutos á manera de jabalíes sobre la verdad grosera y palpable; nada, es menester que empleis procedimientos mas delicados y mas dignos de un talento esquisito. Si os hace falta, tomad el lente de la crítica nueva para ver en el mundo moral y religioso los cuerpos infinitamente pequeños, invisibles á primera vista del recto sentido popular, y hallaréis que lo que llamábais falso, no es sino un matiz de lo verdadero, lo que llamábais deforme, un matiz de lo bello, y lo que llamábais malo, un matiz de lo bueno, y aun si penetráis hasta las fibras mas íntimas de la humanidad y de Dios, vereis que lo que llamábais divino, no es otra cosa sino un matiz de lo humano, y lo que llamábais sobranatural, un matiz de la naturaleza. Con este mismo procedimiento hallaréis ademá en otro orden de cosas, que lo negro y lo blanco no se diferencian entre sí tan profundamente como imaginábais, y con un poco mas que progrese la perspicacia de vuestras miradas y la delicadeza de vuestras sensaciones, llegaréis á descubrir que quizá lo negro no es mas que un matiz de lo blanco, y lo blanco un matiz de lo negro. En esto viene á parar el talento sin principios. La ciencia necesita, además de principios ciertos, tener conclusiones rigurosas, porque la ciencia no es otra cosa que la verdad de los principios demostrados en sus conclusiones, y su oficio propio es sacar lo desconocido de las entrañas de lo conocido, con la antorcha de la razón. Solo Dios ve, con una vista infinitamente clara, las conclusiones en el fondo mismo de los principios; el genio dotado de intuición, las ve mas pronto ó las entrevé; el raciocinio las demuestra á todos, y entonces se realiza el triunfo de la verdadera ciencia. Tenemos, pues, derecho de pedir consecuencias netas y conclusiones rigurosas á esa crítica que se nos presenta con aire soberano de científica: si eres, la decimos, reina de la ciencia, y ciencia de las ciencias, muéstranos tus conclusiones, sepamos de dónde tienes partes y en dónde tienes tu término; citaos una verdad que no conozcamos todavia y que tú nos reveles; porque hasta aquí sin duda te hemos visto afirmar y mas afirmar, dudar y mas dudar, y sobre todo, negar y mas negar; pero ¿qué nos has demostrado? ¿qué conclusion nos has ofrecido? Nada, absolutamente nada. Y no hay que extrañarlo, pues quien no tiene principios, ¿cómo ha de tener conclusiones? Las conclusiones son hijas legítimas de los principios engendrados para la ciencia por una razon fecunda.

Y el P. Delaporte, en su folleto contra M. Renan, titulado: *La crítica*

y la táctica, estudio sobre los procedimientos del anticristianismo moderno, á propósito de M. Renan, hace sobre este punto las siguientes observaciones:

"La *nuance*, dice exactamente el Diccionario de Bescherelle, es la diferencia delicada y casi imperceptible que se encuentra entre dos cosas de un mismo género. Si es la crítica el arte de discernir, debe designar estas diferencias delicadas; mas no en todo puede hallar diferencias la crítica, porque no todos los objetos que estudia son de un mismo género. Existen, es verdad, diferencias absolutas é irreducibles; así, por ejemplo, nota el tacto entre el agua tibia y el agua caliente, una diferencia (*nuance*) mas ó menos marcada, la cual determina la física con toda exactitud, y la geometría reconoce una diferencia radical entre el círculo y el triángulo. Mas la escuela germánico-francesa que procede de Hegel, pretende incensatamente no advertir mas que diferencias de filosofía á filosofía, de religión á religión. Para ella, nada es absolutamente verdadero ni falso, nada absolutamente bueno ni malo; en ninguna parte halla el espíritu certidumbre en que descansar. Ella encuentra sombras hasta en Jesucristo y simpatías hasta en Satanás.

"El animal nota las diferencias (*nuance*) y se para en ellas; así es que sabe preferir un trozo grande á otro pequeño; pero el hombre se fija en lo absoluto y formula afirmaciones precisas y determinadas. Sabe que tal afirmación es indudablemente verdadera, y tal otra indudablemente falsa. El hombre adquiere la certidumbre, no en todo, sino en un radio mas ó menos vasto, y se apoya en verdades conocidas para formar sus conjeturas mas ó menos afinadas.

"No hay duda que es indispensable estudiar las diferencias ó matices (*nuances*) que hay en las cosas, pero esto es solamente un trabajo preliminar. Cuando se trata de la verdad, las conjeturas, el próximamente ó poco mas ó menos es un medio de tomar un camino, pero no es un resultado. La ciencia es el tesoro de los conocimientos absolutos. La humanidad pide certidumbre y no conjeturas. Si es interesante para ella discernir la diferencia que separa la mitología egipcia de la mitología griega, es necesario notar la oposición absoluta que separa los cultos que son pura invención humana y en los que abunda el error, de la religión divina, y en su consecuencia, totalmente verdadera.

"El deber esencial de la crítica es, pues, buscar lo verdadero, absoluto: mientras no haga mas que notar diferencias (*nuances*), no hace mas que caminar por senderos que llevan á la ciencia, mas si no llega á ninguna afirmación categórica, ha perdido su trabajo y gastado sin fruto las fuerzas intelectuales del hombre. Si hay alguna region en donde deba reinar la certidumbre, es evidentemente la region de la ciencia.

"Los ignorantes creen en todo; los sabios poco espertos dudan de todo; los verdaderos sabios niegan ó afirman con toda seguridad; y solo entonces hay sabiduría. Así, pues, cuando hace M. Renan de la investigación de las diferencias el resultado del fin en crítica, confunde el medio con el objeto, los materiales con el edificio, los ensayos con el resultado, y en su consecuencia, aparece muy atrasado el célebre inventor.

"¡Pluguera al cielo que esta teoría de la diferencia solo favoreciese la pereza de entendimiento, satisfecha con ir de doctrina en doctrina, y de hecho en hecho, sin buscar el objeto, es decir, la conclusion cierta y exacta! pero presta, por desgracia, además, un apoyo á la perversión del corazón. Si no existe mas que una diferencia entre dos acciones que

hasta aquí consideró la conciencia como opuestas, ¿cómo comprendemos, cómo estableceremos el deber?

"Hablar ó escribir es obrar. No exista, pues, sobre una cuestion esencialmente práctica, libro puramente especulativo. Todo libro de filosofía religiosa, es una espada acorada que hiere necesariamente al error y al vicio, si el libro es bueno, y á la verdad y la virtud si es malo. ¿Cómo os atreveis á escribir vos, que ignorais dónde están á punto fijo la luz ó las sombras, dónde está la vida ó la muerte! ¿Cómo osais atacar la creencia de vuestros hermanos? ¿Cómo osais emplear tantos procedimientos esquivocos para impedir tal vez la salvacion de las almas, y establecer lo que puede ser su perdicion?

"Pero el ateo, que tanto Bossuet como Voltaire, (perdónesenos que los citemos juntos), condenaban como un *mástruo*, es hoy un hombre ilustrado, un filósofo profundo; escribe, enseña, se erige en moralista; y tomando partido por la vileza humana contra la austeridad del deber; enseña á su siglo que el error es en cierto modo uno de los matices, graduaciones ó diferencias de la verdad, y el mal, en cierto sentido, un aspecto del bien. Por si ignora á favor de quién escribe, nosotros se lo diremos. Escribe á favor de los malvados que formulan ya en las cavernas de las sociedades secretas este horrible santo y seña: "*Haced corazones viciosos y no tendréis ya católicos*" (V. el folleto del padre Delaporte, doctor en teología, titulado: *La critique et la Tac'ique, etude sur les procedes del'anticristianisme moderne, á propos de M. Renan*).

Pág. 41, lin. 7. El estravagante Francisco de Asís, la histórica Santa Teresa.

Con ocasion de estos y otros dictérios, dice el R. P. Félix: LA VIDA DE JESUS es calumnia. M. Renan imputa á los objetos de nuestra veneracion errores que él inventa, intenciones que él imagina, vicios que él crea, á medida de su capricho. Calumnia á Magdalena, Magdalena á quien llama la *alucinada*. Calumnia á Santa Teresa, aplicándole un calificativo, que yo no puedo consignar de ningun modo, porque es un ultraje á la piedad y al pudor cristiano. Calumnia á San Juan, y el dulce, el tierno, el amable Juan, por un juego de manos de este célebre escamotador, no es mas que un personaje ridículamente fanfarron y envidioso.... Solo un personaje del Evangelio, uno solo, merece bien de M. Renan, y el cual parece embellecido por su delicado pincel, este personaje se llama *Judas*! (Carta al R. P. Mertian por el padre Félix).

Pág. 46, lin. 4. Cerca de un siglo ántes de Jesucristo expresó Lucrecio de un modo admirable la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza.

Así, para M. Renan, entregar la marcha del mundo á la casualidad, hacerle salir de la esfera en que se ejerza la influencia de la Divinidad, si existe alguna, para moverse en una órbita en que no conocen sus evoluciones otras leyes que los caprichos y el choque de la materia, hé aquí una enseñanza admirable. El buen sentido de nuestros padres la consideró odiosa, aun en Lucrecio, á pesar del brillo de su poesía. Pero gra-

ciaz á los progresos de la ciencia positiva es sublime para M. Renan (V. la segunda pastoral de M. Plantier).

Pág. 46, lin. 6. La negacion del milagro, la idea de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores, era de derecho comun en las grandes escuelas de todos los paises que recibieron la ciencia griega.

En cuanto al derecho comun, aun cuando hubiera consagrado la negacion del milagro en todos los paises invadidos por la ciencia griega, lo cual no es esacto, no puede decirse que proscribiera la intervencion personal de seres superiores en el movimiento del universo. Al contrario, todas las religiones están llenas, si es lícito hablar así, de esa ingerencia divina en las cosas del mundo, sin exceptuar á las mismas Babilonia y Persépolis. Sin aceptar á la letra estas mitologías á cuya sombra se desplegaba la filosofía de estas comarcas, admite generalmente bajo una ú otra forma el dogma de una Providencia. No siempre se sabe respetar su límite; pero permanece el fondo de la verdad, aunque mas ó menos alterada, en la mayor parte de las grandes escuelas, y al atribuirles el detestable mérito del ateísmo, calumnia M. Renan á la historia.

Por lo demás, deben distinguirse dos cosas que parece confundir M. Renan; el gobierno de la Providencia y el milagro. El gobierno de la Providencia no es otra cosa que esa accion sencilla y continua de Dios, que mantiene la regularidad general de las leyes del universo, usando solo de su poder, por decirlo así, dentro de los límites de estas mismas leyes. El milagro por la inversa, es un acto extraordinario por el cual obrando Dios como Soberano Señor, deroga las leyes generales de la naturaleza ó directamente y por sí mismo, ó por un instrumento al que comunica una parte de su poder en el mundo físico. Estas dos cosas son muy distintas. Es posible que en rigor se negase el milagro en las escuelas antiguas, aunque es muy dudoso, pero pudo negarse, sin negar la Providencia en lo esencial que tiene este dogma. En cuanto al milagro mismo, si fué rechazado por los sábios, fué admitido por los pueblos y los poetas. Los dioses de la Fábula y de Homero no hacen otra cosa, puesto que casi todas sus invenciones no son mas que milagros. (V. la segunda pastoral de M. Plantier, obispo de Nimes, pág. 93).

Pág. 47, lin. 5 y siguientes. Es necesario que el taumaturgo que se anuncia como pudiendo resucitar á un muerto, comparezca ante una comision de fisiologistas, de físicos, de químicos, de críticos á verificar la resurreccion.

Se concibe muy bien que cuando el inventor de una nueva máquina aspira al honor de un privilegio, proponga hacer esperiencias para justificar el mérito que atribuye á su obra, y que se constituya un jurado para apreciar el instrumento y sus operaciones. Pero un taumaturgo no es el inventor de un aparato de física, es el hombre de Dios; depositario de cierta parte del poder de Aquel que le crea, no usa de él para que

lo juzgue un arcópago de escépticos, ni para distraer el tedio de los sábios desocupados, sino que se sirve de él en beneficio de una alma que le pide una gracia ó para la conversion de un pueblo, al cual se dirije. Si entonces se halla rodeado de gente de ciencia, no la teme, así como no temió Moisés á los adivinos egipcios, ni Jesucristo al espíritu irónico de los fariseos, y obra sus prodigios sin vacilar á su presencia aunque se burlen de ellos y los contradigan; pero jamás rebaja el poder que ejerce hasta hacer milagros con el unico objeto de obtener su aprobacion ó de satisfacer su curiosidad.

Pág. 47, lin. 37 y siguientes. ¿Qué resultaria de la resurreccion plenamente probada de un muerto? Unicamente que habria un hecho sin ejemplo, inexplicable, que no podria comprenderse por las leyes conocidas de la naturaleza.

La objeccion de que no cabiendo suponer el hecho milagroso sino como contrario y superior á las leyes de la naturaleza, seria preciso, para poder formalmente asegurar la certidumbre del hecho, tener conocimiento perfecto y adecuado de todas las leyes de la naturaleza, no deja de ser especiosa, y fiene para los que la presentan el gravísimo inconveniente de dar mas allá del blanco, porque tiende nada menos que á suprimir la ciencia misma. No hay remedio, si esta dificultad es verdadera contra nosotros, tiene que serlo necesariamente contra vosotros, y os lleva, por la fuerza misma de la lógica, á no poder hacer constar científicamente ni una sola ley de la naturaleza; de tal manera, que ante todo hecho de certidumbre evidente, cuya existencia misma os muestre con no menor claridad la causa que lo produce, podreis siempre oponer, á despecho de toda evidencia física, la misma dificultad; porque siempre, en efecto, podreis decir: *¿quién sabe* si este hecho, atribuido á una causa que á nosotros se nos figura que conocemos, no será efecto de otra causa que hoy no conocemos, pero que podemos conocer mañana?

Pues ahora, decídmelo, ¿por qué afortunadamente no sucede así? ¿por qué esa cosa desconocida que vosotros suponéis, no puede nada contra la certidumbre que abrigais? ¿por qué no hay ciencia alguna que amengüe ó destruya el valor del testimonio del hecho evidente? ¿Por qué? porque juntamente con las leyes de la naturaleza admitís la *armonía* en la naturaleza; porque sabéis que la naturaleza, lo propio que Dios su autor, no se miente jamás á sí misma; porque estais absolutamente seguros de que la naturaleza, que os decía ayer sí acerca de un punto determinado, no os dirá mañana no; en fin, porque tan científicamente ciertos como estais de la existencia de una ley de la naturaleza, otro tanto lo estais de que no será desmentida por otra ley de la naturaleza.

Pues bien, esta base que vosotros mismos dais á la ciencia de la naturaleza, nosotros la aceptamos, y aun fundando sobre ella la posibilidad de comprobar el hecho milagroso, decimos con vosotros: — Así como en el mundo matemático no puede haber fórmula verdadera que esté en contradiccion con otra fórmula verdadera, así tambien y del propio modo en el mundo físico no puede haber una ley real de la naturaleza que esté en contradiccion flagrante con otra ley real de la naturaleza. Y por eso yo os pregunto: ¿por qué, una vez sentado que existe un hecho milagroso, por qué yo no he de poder nunca hacer constar como cierto é incue-

tionable el hecho milagroso? El que por una parte posea yo un hecho radiante con su luz propia, y por otra parte tenga encerrado en el círculo de una fórmula científica una ley de la naturaleza, una ley sola, la ley misma en cuya virtud se ha realizado ese hecho, ¿puede ser para mí cosa demostrada de antemano que jamás ninguna otra ley de la naturaleza vendrá á desmentirla.... (Véase la conferencia 4.<sup>a</sup> pronunciada en el presente año por el padre Félix en Nuestra Señora de Paris.)

Pág. 73, línea 24 y siguientes. *Este Evangelio (el de San Lucas), de seguro fué escrito despues del sitio de Jerusalén.*

Esta asercion la ha tomado M. Renan al pie de la letra de Kaiser (*Bibl. Theol.*, t. 247), de Weete (*Einleitung*, núm. 101), y de Credner, mas no se ha hecho cargo de las pruebas contrarias con que la combaten Michaelis, Berthold, Scott, Kuhn y Neudecker.

M. Renan comete aquí un grave error cronológico, segun vamos á probar. Debe afirmarse desde luego que San Lucas no publicó su Evangelio antes del año 47. Es opinion comun y tradicion solemne de la antigüedad cristiana que San Lucas no principió á escribir el Evangelio sine invitado por San Pablo, que le auxilió en su obra. No pudo pues escribirlo antes de asociarse á este apóstol y de ser su hermano de armas, y como se deduce de los actos apostólicos que esto no se verificó hasta el año 47, no pudo escribir el Evangelio anteriormente.

Asimismo San Lucas publicó su Evangelio antes que el libro de los Actos de los Apóstoles, segun el mismo asegura, diciendo: "he comparado el primer libro, ó Teófilo, sobre todas las cosas que Jesus emprendió hacer y enseñar." Los Actos fueron, pues, el segundo libro que compuso: por consiguiente, había compuesto antes el Evangelio. El libro de los Actos apostólicos apareció cerca del año 57, segun las palabras con que lo termina San Lucas: "Pablo permaneció dos años (en Roma) predicando el reino de Dios, y enseñando lo concerniente al Señor Jesucristo, sin que nadie se opusiera á ello." No pudo pues escribir San Lucas el libro de los Actos apostólicos sino despues del fin del segundo año de la primera estancia de San Pablo en Roma. Segun la cronología Paulina, este segundo año corresponde al año 58 de la era vulgar; luego el libro de los Actos apareció cerca del año 58.

Finalmente, San Lucas publicó su Evangelio entre el año 49 y el año 58, pues segun hemos demostrado, no pudiendo publicarlo antes del año 48 ni despues del año 58, lo publicó en el intervalo que separa el año 48 del año 58.

Pues bien, entre el año 58, antes del cual publicó San Lucas su Evangelio, y la destruccion de Jerusalén, hay el intervalo de doce años. Publicó pues San Lucas su Evangelio doce años por lo menos anteriormente á la destruccion de Jerusalén.

M. Renan funda su opinion, tan remota de lo verdadero y verosímil, en los versículos 9, 20, 24, 28 y 32 del cap. XXI de San Lucas, paralelos al versículo 36 del cap. XXII. Examinemos pues lo que se dice en estos pasajes.

Hallándose los Apóstoles en el monte de los Olivos (Luc., XXI, 7; con Math., XXIV, 3 y Marc., XIII, 3, 4), preguntaron aparte á Jesus sobre la época en que debía ser destruido el templo de Jerusalén, y sobre las

señales que debian preceder y seguir su venida entre ellos y su segunda epifanía, así como sobre la consumacion de los siglos. El Salvador, contestándoles, principió por la tercer pregunta (Luc., XXI, 8, 19; con Math. XXIV, 4, 14 y Marc. XIII, 6, 13), la relativa al fin de los siglos. Pasó despues á la primera (Luc., XXI, 20, 24; con Math. XXIV, 15, 22 y Marc. XIII, 14, 29), la relativa á la destruccion de Jerusalén y del templo, y terminó por la segunda (Luc., XXI, 25, 33; con Math. XXIV, 23, 41, y Marc., XIII, 21, 32), la de las señales que debian preceder y acompañar su nueva manifestacion.

¿Dónde encuentra M. Renan en todo esto apoyo para avanzar como cierto que Lucas escribió de seguro su Evangelio poco tiempo despues de la catástrofe de Jerusalén? No puede apoyarse en las palabras de Jesus referidas por S. Lucas, y relativas á la segunda y tercer pregunta de los apóstoles, puesto que son enteramente estrañas á la cuestion sobre la época en que publicó su Evangelio.

¿Cuál ha sido, pues, el fundamento de su deduccion? La respuesta de Jesus á la primera de las tres preguntas referidas por S. Lucas (XXI, 20, 24). "Y cuando viéreis cercar á Jerusalén con un ejército, sabed que su desolacion está cerca. Entonces los que estén en Judea huyan á los montes, y los que estén en medio de ella retirense, y los que estén en los contornos no entren en ella. Porque estos serán dias de venganza para que se cumpla todo lo que está escrito. Y serán pasados á filo de espada y llevados cautivos á todas partes, y Jerusalén será pisada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones."

Pero si estas palabras pudieran convencer á M. Renan de que no publicó S. Lucas el Evangelio antes de la Iliada Hierosolomitana, debieran convencerle al mismo tiempo de que S. Mateo y S. Marcos escribieron sus comentarios despues del triunfo mortífero de Vespasiano y de Tito, porque no se lee nada en S. Lucas que no se halle en S. Mateo y en S. Marcos.

Digamos pues mas bien que lejos de iluminar tanta claridad los ojos enfermos de M. Renan, los ha cegado, prefiriendo obrar contra la evidencia, cambiar la cronología y profesarse intérprete audaz y racionalista, en vez de racional y cristiano, antes que reverenciar á Jesus como profeta.

M. Renan ha confundido pues la predicción de la ruina de Jerusalén con el anuncio del fin del mundo, no habiendo comprendido el pasaje por falta de conocimientos en las lenguas antiguas.

Además, San Mateo y San Marcos contienen con menos estension que San Lucas, pero en términos mas marcados, oráculos relativos á algunos de los hechos futuros de que habla éste. Así se anuncia la destruccion del templo tan categóricamente por el primero y el segundo, como por el tercero, etc. ¿Debe deducirse de aquí que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos son posteriores tambien al sitio de Jerusalén? Entonces se desmiente M. Renan. Pero que lo demuestre este escritor si lo pretende. Tiene contra sí la tradicion que considera estos pasajes como auténticos, y no es fácil sustraerse á la autoridad de semejante testimonio con una simple afirmacion. Así, se halla M. Renan inevitablemente colocado entre una contradicción y una inconsecuencia; si admite que los textos proféticos de San Mateo y de San Marcos son contemporáneos de los de San Lucas, se contradice por la fecha de los dos primeros Evangelios; si son anteriores á la fecha que asigna á los de San

Lúcas, es inconsecuente, no sacando de los dos primeros la consecuencia cronológica que deduce del tercero. Siendo las mismas premisas, ¿por qué no hemos de sacar igual consecuencia?

Por lo demás, una prueba de que hizo Jesucristo contra Jerusalén las mismas amenazas que le atribuyen los Evangelistas, San Mateo y San Marcos, así como San Lúcas: es la impresion que recibieron por ellas los nuevos cristianos de la Judea. Cuando vieron comenzar la guerra de Roma contra los judíos, se refugiaron hácia el nordeste de la Palestina, en la Gaulonitida, el Hauran y la Batanea, sirviéndoles de asilo la villa de Pella, donde permanecieron hasta el momento en que les permitió Adriano volver á Jerusalén, entonces Elia. Es evidente que no se hubiera verificado esta emigracion si no hubieran llamado la atencion de los discípulos, oráculos verdaderos, ciertos, públicos y atribuidos universalmente al Maestro, y no hubieran impulsado á aquellos á huir de la ciudad de Jerusalén, sobre la cual iba á recaer aquel torrente de fuego, aquella sangre del Hombre-Dios que habia derramado en un furor sacrilego. Lo que dicen pues los Evangelios, halla por consiguiente apoyo en la opinion de los primeros fieles y en hechos solemnes, manifiestos, incontestables, á los cuales dieron impulso. (Véase la segunda pastoral del obispo de Nimes, M. Plantier.)

Pág. 85, lin. 1. Si quereis comprenderlo, Juan es Elías, que debe venir (S. Math. XI, 14).

Esto es, Juan es Elías, en el oficio de precursor de la primera venida de Jesucristo, así como Elías lo será de la segunda. (V. San Gregorio, Hom. 7 in Evangel.) "Algunos, con San Gerónimo, son de sentir, dice el padre Scio en la nota á este versículo, que el Señor dió el nombre de Elías al Bautista, porque así como éste en la segunda venida de Jesucristo, vendrá á anunciar que este Señor ha de venir como juez, del mismo modo en la primera, San Juan fué el Precursor, que anunció que debia de venir en calidad de Redentor. (Véase la profecía de Malaquías, IV, 5 y 6.)" No debe pues entenderse que el testo citado quiere decir que Juan era Elías en la persona, pues este es un error de los herejes que creen que el alma de Elías pasó al Bautista, error que impugnó ya San Gerónimo en su Epístola á los Algas. Quæst. I.

Pág. 87, lin. 9. La reciente formacion del imperio exaltaba todas las imaginaciones. La grande era de paz en que se iba entrando y esa impresion de sensibilidad melancólica que experimentan las almas despues de largos periodos de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas esperanzas.

Precisamente la formacion misma del imperio y la paz general que habia fundado debian calmar la sensibilidad melancólica de las almas é impedir esas esperanzas ilimitadas de que se preocupaba entonces el género humano. Preciso es pues buscar en otras partes, y mas alto, con la gran razon de este gran fenómeno, el alma y el nudo de lo pasado. Arrancando M. Renan á Cristo de la historia, lo ha envuelto todo en tinieblas. Al contrario, existiendo Cristo en la historia, todo se ilumina y en-

cadena. Presentante los patriarcas; Moisés es su precursor y su figura; supónese toda la ley antigua: los justos del Antiguo Testamento le llaman; cantan los profetas; forman su genealogía los reyes de Judá; los grandes reinos de la antigüedad lo preparan. Llega un momento en que dispersado el pueblo judío por do quiera, en la alta Asia, en el Asia menor, en Asiria menor, en Egipto, en Grecia, en la misma Italia, lleva á todas partes las Escrituras, no solo en su idioma primitivo, sino tambien traducidas en la lengua mas conocida entonces en el universo, la que habian hablado Homero, Sócrates y Demóstenes. Llenos de la grande idea del Mesías que habia saludado Abraham por sobre la cúspide de los siglos; que habia anunciado Moisés como un legislador mas grande que él; que los Videntes de Judá habian predicho como un conquistador pacífico pero sin igual; que los mismos judíos, diseminados por todos los puntos del globo, esperaban como un libertador, estos libros sagrados dejaron penetrar algunos rayos de la divina luz que contenian, en medio de las naciones en que se hallaban esparcidos los hijos de Israel. Las esperanzas del pueblo de Dios despertaron cierta espectacion general en el mundo: volviéronse hácia el Oriente las miradas de un extremo á otro del Imperio, y entonces fué cuando con universal silencio de guerra y de armas, en el momento en que César, dueño, con el nombre de Augusto y con el título de emperador, de todas las regiones sometidas á Roma acababa de cerrar el templo de Jano, apareció en la tierra Aquel á quien habian llamado anticipadamente los profetas el *Príncipe de la Paz* y el *Deseado de las naciones*. He aquí cómo se logra fijar el verdadero sitio de Cristo en la historia, mientras M. Renan, en vez de asignarle un sitio, le marca á lo mas una fecha en el pasado del mundo. (Mr. Plantier en su segunda pastoral sobre el libro de M. Renan.)

Pág. 93, lin. 9. Segun M. Renan, Jesus solo fué un hábil y feliz intérprete de las profecías.

Hay una profecía, entre otras, en el Cristianismo, que ofrece una prueba en extremo patente y perceptible de la venida de Jesucristo al mundo: una profecía de la Santísima Virgen, incontestable en su origen, manifiesta en su cumplimiento, y que solo puede explicarse por la divinidad de Nuestro Señor.

Nadie hay que ignore aquellas palabras que pronunció María en el bello cántico que nos hace recitar la Iglesia diariamente: "*Me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Beatam me dicent omnes generationes.*"

He aquí pues á una pobre mujer que vive oscurecida en un rincón de la Judea, y que afirma con ocasion del niño que lleva en su seno, que será su nombre inmortal, y que todos los siglos agregarán á este nombre felicitaciones imperdurables, llamándola bienaventurada.

He aquí pues una profecía clara y determinada, cuya realizacion podrá comprobarse perpetuamente puesto que debe realizarse sin interrupcion y sin fin. *Omnes generationes.*

Pues bien: si no es Dios el Hijo de María, esta profecía es insensata, porque ¿qué probabilidad, qué posibilidad habia de que todas las generaciones futuras felicitasen á este nombre completamente oscuro?

Y sin embargo, esto es lo que se ha verificado. No han justificado los

to en la nota á la pág. 102, línea 1. Así, pues, en lugar de deducirse de los hechos sobrenaturales contenidos en los Evangelios la naturaleza legendaria de estos, debe deducirse el carácter sobrehumano y divino de la economía terrestre de Jesús.

Pág. 107, lin. 7 y siguientes. Los Evangelios son composiciones impersonales en que desaparece enteramente su autor, puesto que no significa gran cosa un nombre propio en esta clase de obras, etc.

M. Renan se engaña al sentar que las fórmulas solemnes *según Mateo*, *según Marcos*, *según Lucas*, *según Juan*, no indican los cuatro autores del Evangelio. No hubiera caído en este error, si hubiera advertido con Eickhorn, Schmidz, Bertholdt, Gratz y Olshausen, que las fórmulas en griego: Evangelio según Mateo y demás, son *elípticas*, y que debe suplirlas intercalando, *de Jesucristo*; de manera que la fórmula completa es: *Evangelio de Jesucristo según Mateo*. Por esto ha sido necesario valerse, para indicar el autor, de la perífrasis del genitivo, *según Mateo*, mas bien que del genitivo mismo, *de Mateo*.

En efecto, dos argumentos, el uno filológico y sacado de la manera de hablar, y el otro histórico y fundado en el testimonio de nuestros antiguos, nos dan la prueba de ser éste el valor de dichas fórmulas: 1º Por la manera de hablar profana, puesto que en Platón (*Cratyl.* 4), según Eutidemo, significa, autor eutidemo; 2º por el modo de hablar bíblico, puesto que se lee en el segundo libro de los Macabeos (II, 13), *según*, por, en los comentarios de Nehemías; 3º por el modo de hablar eclesiástico, porque se encuentra con gran frecuencia en los Santos Padres y en los antiguos escritores cristianos las frases, *según los Setenta*, *según Aquila*, es decir, de los Setenta, de Aquila, ó lo que es lo mismo, intérpretes y autores los Setenta, Aquila; y finalmente; 4º por la autoridad del testimonio de los antiguos que empleaban *indiferentemente* las fórmulas, *según Mateo*, y *de Mateo según Marcos* y *de Marcos*, etc. Por consiguiente, para ellos *Evangelio según Mateo*, es lo mismo que *Evangelio de Mateo* y así de los demás. Hé aquí cómo se explica Eusebio en su *Historia eclesiástica* hablando del orden de los Evangelios: "Habiendo predicado Mateo en un principio á los judíos, y yendo á separarse de ellos para enseñar á las demás naciones, escribió su Evangelio en su propia lengua. Marcos y Lucas, habiendo publicado cada uno su propio Evangelio, refieren que Juan que no había anunciado hasta entonces la palabra de Dios mas que de viva voz, se determinó al fin á escribirla."

El sabio Valkenarius (*Selectæ Scholæ Valkenariæ*, t. I. p. 3), no vaciló en afirmar, que las palabras griegas que se traducían por Evangelio según Mateo, etc., se interpretaban por lo común muy mal y contra el uso de la lengua griega, pues deberían traducirse por Evangelio de Mateo.

Mas añade M. Renan que así como las fórmulas: Evangelio, según los hebreos, según los egipcios, significan los Evangelios que contienen las tradiciones de los hebreos y de los egipcios, así las fórmulas paralelas: *Evangelio según Mateo* y *Evangelio según Marcos*, significan los Evangelios compilados según las tradiciones de Mateo, de Marcos, etc.

Es admirable en verdad, que no haya advertido M. Renan ni la *false*

dad de su comentario ni el abuso manifiesto del paralelismo, pues verdaderamente al llamar á los Evangelios, evangelios según los hebreos y según los egipcios, lejos de decir que signifiquen comentarios y libros redactados "según las tradiciones de los unos y de los otros," significan únicamente los Evangelios recibidos y venerados por los egipcios y por los hebreos. La historia y la naturaleza misma de las cosas impedían que se atribuyera el mismo sentido á las fórmulas, según Mateo, según Marcos, que á las, según los hebreos, según los egipcios. Lo impedía la historia, puesto que presentándonos á Mateo y á Marcos como AUTORES de los Evangelios, no nos presenta como tales ni á los hebreos ni á los egipcios. Las cosas en sí lo impedían, pues es contrario á ellas que las frases "según los hebreos, según los egipcios," se entiendan como refiriéndose á autores particulares.

Esplicando M. Renan á su modo las cuatro fórmulas, nos advierte que con ellas se ha querido decir absolutamente que en los cuatro Evangelios se hallan compiladas las tradiciones de cada uno de los cuatro apóstoles, y en esto no puede ocultarse el abuso del lenguaje á los menos perspicaces. Y cómo no podía ser de otra suerte, si consultando el catálogo de los apóstoles, tal como se lee en los Evangelios y se repite en los Actos, se encuentran los nombres de Juan y de Mateo, pero no así los de Lucas y de Marcos? Estos no fueron del número de los apóstoles que pone Pablo á la cabeza de la gerarquía, sino del número de los evangelistas que coloca en el tercer lugar al decir (Efes. IV, 11.) "Y Cristo hizo á unos apóstoles, á otros profetas y á otros evangelistas."

Pág. 109, lin. 38 y siguientes. La consecuencia de que es de San Juan el cuarto Evangelio, experimenta una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan.

Si hay entre los cuatro evangelios canónicos alguno que hubiera debido al parecer disipar toda sospecha de fraude ó de impostura, es el de S. Juan, porque ó no se revela en ninguna parte el Salvador del mundo, ó se halla en esas páginas que retratan su fisonomía con un acento de verdad inimitable. Así es que desde la oscura secta de los Alogos hasta la pretendida reforma, nadie se había atrevido á emitir una duda sobre la autenticidad de esta obra. Cuando en 1820 las *Probabilia* de Bretschneider vinieron á poner en cuestión lo que consideraban la fe y la ciencia como punto incontestable, se levantó una voz unánime de reprobación contra el escritor de Gotha. El mismo autor de este escándalo reconoció que había avanzado á la ligera. No hubo nadie, hasta el doctor de Wete, tan temerario en materia de crítica, que no se creyese obligado á protestar contra una tesis insostenible. Es verdad que Strauss, y después de él la escuela racionalista de Tubinga, y á su cabeza Baur y Selwegler, reprodujeron por su cuenta las proposiciones de Bretschneider; pero Strauss daba tan poco valor á estas futilidades, que se servía de ellas ó las sacrificaba una á una según convenía á su objeto. En resumen, si el ataque del racionalismo alemán contra nuestros libros sagrados ha tenido un resultado sólido, claro y generalmente reconocido, es el de haber puesto al Evangelio de San Juan, para lo sucesivo, fuera de todo ataque.

Hoy el émulo de los Socinianos exhala su mal humor contra el Evan-

gelo de San Juan, contra ese libro admirable que según se complacía en decir el sabio Herder, fué escrito por mano de un ángel; y se comprende tal aque, porque este magnífico testimonio de la Divinidad de Jesucristo estorba en extremo á cuantos la niegan.

M. Renan apoya sus dudas en las omisiones que advierte en este Evangelio y en algunas diferencias en el tono y estilo de algunos pasajes respecto de los otros Evangelios.

Pero los primeros escritores de la Iglesia, mucho más próximos á los orígenes que nosotros, reconocen unánimemente el carácter distintivo y el objeto del Evangelio según San Juan. Comparando los testimonios de San Ireneo, de San Clemente de Alejandría, de Eusebio, de San Jerónimo y de San Epifanio, se ve claramente que San Juan se propuso completar el relato de los otros evangelistas, reproduciendo toda una serie de acciones y discursos del Señor que estos habían omitido; porque ningún evangelista ha tenido intención de relatar todas las palabras y todos los actos del Maestro, según lo declara formalmente San Juan (XX, 30). Por esto omite mencionar la mayor parte de los hechos y de los discursos ya referidos por San Mateo, San Marcos y San Lucas, sin exceptuar la Transfiguración, no obstante haber sido uno de sus testigos privilegiados, porque supone sabido todo esto por la relación auténtica de sus antecesores. El, que da tanta importancia á la prueba sacada de los milagros del Salvador (II, 11; XII, 37; XX, 30), mira como superfluo repetir los prodigios puestos ya en conocimiento de todo el mundo por los demás evangelistas. Al paso que éstos se circunscriben principalmente al cuadro de la predicación de Jesucristo en Galilea, San Juan se fija sobre todo en trazar la enseñanza de Jesucristo en Jerusalén y en la Judea, en el templo y entre los doctores de la ley. Escena, auditorio, interlocutores, todo difiere con frecuencia respecto de los unos y del otro. ¿Y es de extrañar que ocasionen algunas diferencias en el discurso y el estilo, materias y situaciones distintas? (Véase el folleto del abate Freppel, titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesús* por M. Renan.)

San Juan se fijó especialmente en la parte sacramental y dogmática de la revelación de Cristo; quiso contestar á Cerintio y á otros herejes que preludiaban los errores del gnosticismo. Sus predecesores habían considerado al Hombre-Dios en su vida en el mundo; San Juan, semejante al águila que le sirve de emblema, se elevó hasta los cielos para escribirnos el origen eterno del Verbo Divino, y por eso llaman los Padres espiritual al Evangelio de San Juan, al paso que llaman corporal al de S. Mateo. (Véase el folleto de M. de Arros, titulado: *Ojeada sobre la Vida de Jesús* de M. Renan.)

Pág. 110, lin. 2. M. Renan no puede perdonar al evangelista San Juan el tono místico de los discursos que en su Evangelio pronuncia Jesús sobre su filiación divina y su encarnación humana, y hace de ello un cargo á San Juan.

Los tres primeros Evangelios reproducen una parte de los discursos de Jesucristo, y el cuarto reproduce otra. Aquellos repiten las palabras del Salvador, cuya sencillez suave, ingenua, popular, llena de gracia, unión, naturalidad y abandono, constituye su principal carácter; éste hace conocer la parte más elevada de las revelaciones y enseñanzas del

Hombre-Dios. Es el mismo Jesús, pero bajo distintos aspectos: allí es Jesús hablando especialmente como legislador de los pueblos y Salvador del mundo; aquí es Jesús hablando especialmente como Verbo encarnado, como sabiduría eterna del Padre y como doctor de las naciones; allí se baja para instruir á los humildes; aquí, al contrario, se eleva para confundir á los soberbios. Pero no hay entre estos dos modos nada inconcilliable, y espresándose Jesús como quiere San Mateo, pudo espresarse como quiere San Juan. (Segunda pastoral del Obispo de Nimes.)

¿No es distinta una enseñanza en el tono y la forma, según lo es el asunto, los oyentes y las circunstancias? dice el abate Freppel en su folleto contra la obra de M. Renan. ¿No es natural que cuando el Salvador trataba de instruir al pobre pueblo de Galilea, usara otras espresiones y otra forma que cuando contestaba á las argucias de los doctores de la ley en Jerusalén? ¿Quién no comprende que en una conversación con uno de los principales sabios del país, ó en el comercio íntimo con aquellos á quienes destinaba á predicar su doctrina, antes de separarse de ellos en la última cena, pudiera en semejantes circunstancias enseñar verdades que no decía de ordinario á la multitud, al menos en una forma tan elevada? ¿No se indica con claridad esta distinción en el Evangelio de San Lucas? (VIII, 10.) "A vosotros os he dado á conocer el misterio del reino de Dios, pero á los otros, hablo en parábola." Sí, pues, se encuentra entre los cuatro evangelistas, tres cuyo objeto particular hubiera sido reproducir sobre todo esta enseñanza parabólica, moral, popular, mientras se hubiera dedicado el cuarto, principalmente á poner por escrito la parte dogmática, sacramental, mística, si se quiere, de la revelación de Cristo; ¿deberíamos admirarnos de hallar entre sus relatos alguna diferencia de tono, de forma y de colorido? ¿Y si esta diferencia resultase de la diversidad del asunto, de los oyentes y de las circunstancias, formaría una preocupación desfavorable á la veracidad de su testimonio? Para que así fuera sería necesario nada menos que una candidez extraordinaria ó poca buena fe.

Finalmente, como dice el abate Julio Loyson, en su folleto contra M. Renan, el dogma cristiano de la inspiración misma no ha llegado nunca á pretender que se refieran las palabras de Jesucristo testualmente por los Evangelios. Todo lo que se quiere es que se espresen fielmente su sentido y valor dogmático ó moral. Así es que aun cuando hubiera San Juan recargado algún tanto los discursos de N. S., no se seguiría de aquí que hubiese alterado su enseñanza.

Pág. 116, lin. 12. Así ha salido la cosa más bella del mundo de una elaboración oscura y completamente popular.

M. Renan olvida aquí que los apóstoles vigilaron siempre con sumo rigor por la tradición cristiana; que sus predicaciones se fundaban en las palabras y en los hechos de la vida del Señor, y que nada se dejó á la casualidad y á la libre interpretación de cada uno.

Además, lo que prueba la confianza que han inspirado los cuatro Evangelios á la sociedad cristiana, es la indiferencia con que se miraron desde entonces todos los diversos relatos que trataron de hacer desear los evangelistas, y la facilidad con que fueron aquellos olvidados.

Pág. 117, lin. 25. El Evangelio de San Lucas es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila, que exagera lo maravilloso, etc.

Viendo San Lucas que habían escrito algunos cristianos sin autoridad las palabras y acciones de Jesús, trató de oponer á estas historias que podían ser no muy exactas, su Evangelio que sabía por el mismo S. Pablo y los demás apóstoles. San Lucas es por confesión del mismo Strauss, el compañero de San Pablo, que escribió los actos de los apóstoles. Además tuvo ocasión de conversar con los testigos oculares de las acciones de Jesús, puesto que fué natural de Antioquia, donde ejerció la medicina antes de viajar con San Pablo, y sabido es que Antioquia, sede principal del cristianismo apostólico, después de Jerusalén, mantenía un comercio nacional con Palestina. (Véanse los Actos y la epístola á los Gálatas).

Pudo, pues, ver San Lucas á los discípulos inmediatos de Jesús, y particularmente, visitó á Santiago, pariente del Salvador y á todos los mas ancianos congregados en este lugar (V. Act. 21, 8). El gran conocimiento de las relaciones entre los griegos y los romanos que revela en sus Actos, y el proemio que pone á la cabeza de su Evangelio, á la manera de los griegos; revela en San Lucas un historiador ilustrado. (V. el folleto de M. J. Arros).

Pág. 119, lin. 26. (V. la nota á la pág. 13.)

Pág. 136, lin. 1 y siguientes. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creación. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador, sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, estos actos extraordinarios de creación eran los únicos medios de revelación extraordinaria del Criador.

Esta hermosa doctrina se apoya enteramente en la enseñanza de los Santos Padres, y en especial en la de San Agustín quien (in Joann., Tract. XXIV), demostró perfectamente el objeto general de los milagros, así como el lugar que ocupan en el plan divino y en el gobierno del mundo, con las siguientes palabras:

“Los milagros que hizo Nuestro Señor Jesucristo, dice este santo, son obras divinas, y avisan por medio de cosas visibles á la inteligencia humana que se eleva á Dios. Porque como Dios no es una sustancia que puedan ver nuestros ojos, y como los milagros por los cuales gobierna al mundo y provee á las necesidades de todas las criaturas, han llegado á ser poco estimados por su continuidad, de manera que apenas hay nadie que se digne prestar atención á sus obras, no obstante lo admirables y poderosas que son en cada grano de cada semilla, hay otros que se ha reservado en su misericordia para hacerlos en los tiempos oportunos fuera del

curso acostumbrado y del orden de la naturaleza, para escitar con estos milagros, no mas grandes que los anteriores, sino extraordinarios, mas raros ó poco frecuentes, la admiración de aquellos que no aprecian debidamente los milagros cotidianos. En efecto, mayor milagro es regir el universo que saciar á cinco mil hombres con cinco panes, y no obstante, nadie admira el primero mientras se admira el segundo, no porque sea mas grande, sino porque es mas raro. Porque ¿quién sostiene aún en el día el mundo entero, sino el que produce las mieses, con un reducido número de granos? Jesucristo procedió, pues, como Dios: y así como con un pequeño número de granos multiplica las mieses, así multiplicó los cinco panes, porque Cristo tenia este poder. Estos cinco panes eran como semillas, no confiadas á la tierra, sino multiplicadas por el que hizo la tierra. Así lo que hizo mella en nuestros sentidos se dirigía á conmover nuestra alma; lo que se nos puso á la vista, tenia por objeto ejercitar nuestra inteligencia para que fuéramos conducidos de las obras visibles á la admiración del Dios invisible, y que, elevados á la fé y purificados por la fé, desearamos ver á este mismo ser invisible, después de haber aprendido á conocerle, no obstante ser tan invisible, por medio de las cosas visibles.”

Segun, pues, este testo, lo que distingue el milagro á los ojos del creyente es el ser insólito, no superior al poder de Dios, sino fuera del orden acostumbrado de la naturaleza.

Así como cuando nuestra mano levanta una piedra, dice el reverendo padre Gratry en su comentario al Evangelio segun San Mateo, no destruye ley alguna, sino que sobrepone á la ley y á la fuerza de la atracción otra fuerza sometida á otras leyes, á saber, la fuerza de mi cuerpo vivo que gobierna á mi voluntad libre, asimismo cuando sobrepone Dios su fuerza á las fuerzas de la naturaleza, las fuerzas superiores vencen y envuelven á las menores, pero sin absorberlas, sin destruirlas, sin quitarles parte alguna de sus efectos, de suerte que subsisten todos ellos aunque compuestos.

Y M. Laménais, en sus buenos tiempos, decia sobre esta materia: Jamás Dios al revelarse al hombre y al dictarle sus leyes, separó los prodigios de su poder de las maravillas de su pensamiento, á fin de que, reconociendo en esta señal infalible la autoridad suprema que obedece el universo, el hombre, incapaz de comprender todas las verdades que debe creer, obedeciera por sí mismo á la palabra del Eterno Infinito.

Finalmente, conforme á las enseñanzas de Orígenes (contra Cels., I, 68; III, 25, 28), de Arnobio (cont. Gentil., I, 43), de Eusebio (Preparat. evangel., I, 3, y demost. evang., III, 2, 5, 6), y de San Agustín (de civit. Dei, XXII, 6), en los Milagros se ve á Dios inmanente en el mundo, que guía sus fenómenos, segun la altura de sus piadosos consejos.

Pág. 136, lin. 22 y 23. El milagro es, así como la divina potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural*.

A pesar de lo que dice aquí M. Augusto Nicolás, debe advertirse que los teólogos dicen que el milagro puede ser *sobrenatural*, *antinatural* y *preternatural*, esto es sobre, contra ó fuera de la naturaleza. Santo To-

más lo explica con mucha claridad en su libro contra los libertinos, (quasi 6<sup>o</sup> art. 2<sup>o</sup>, ad 3).

*Circa ea quæ Deus miraculose facit talis solet adhiberi distinctio quod quedam dicuntur fieri supra naturam, quedam contra naturam, quedam præter naturam.*

Pone á continuación ejemplos muy claros: *Sobrenatural*, cuando escede las fuerzas de la naturaleza, como la resurrección de un muerto, pues aun cuando la naturaleza puede dar la vida, no puede darla á un cadáver.

*Ainatural* ó contra la naturaleza, como el parto de la Virgen.

*Preternatural*, cuando se hace una cosa que la naturaleza puede hacer, pero de un modo que ésta no puede usar, como la multiplicación de ranas producida instantáneamente en el Egipto, la curación instantánea de la sagra de San Pedro.

El milagro sobrenatural ó *supra naturam*, se concibe fácilmente por la razón en el caso mismo de la resurrección de un muerto. La vida humana consiste en unir el espíritu á la materia, el alma racional al cuerpo humano. Si Dios pudo unir el alma con el cuerpo antes que naciera el hombre, ¿dejará de poder unir otra vez el alma con el cuerpo cuando quiera reanimar el cadáver? y con todo, á eso se reduce la resurrección; imposible al hombre, facilísimo al Omnipotente.

(Nota del censor.)

Pág. 141, lin. 20. Deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, ante otro concurso.

En el Evangelio se lee un relato de un milagro, notable por haberse repetido su experiencia dos veces: tal es el de la multiplicación de los panes y de los peces en el desierto que traen San Math, XIV, 14; San Marc., VI, 32; San Luc., IX, 10 y San Juan, VI, 14-15. Bastaría haber efectuado este milagro una vez para convencer á los espíritus sinceros; pero hay exigencias que no pueden satisfacerse con nada. Ante otro público, en otro lugar, como exige el crítico, se repitió la experiencia y salió bien nuevamente. "Habiéndose sentado Jesus en la montaña, la multitud pasmada de admiración al oír hablar á los mudos, andar á los ciegos y ver á los ciegos, bendecian al Dios de Israel y no podian separarse de Jesus. Movidó de piedad por la fé de esta multitud, reprodujo el mismo acto maravilloso, y con siete panes y algunos peces, alimento á cuatro mil hombres, hasta que se saciaron, y aun sobraron siete cestas llenas. (Mat., XIV, 129-39.—Marc., VIII, 1-9).

M. Renan interpreta este milagro con dos palabras, atribuyéndolo á la frugalidad. No podia interpretarse mejor. ¿Es tan natural con efecto ver un milagro en privaciones impuestas ó aceptadas pacientemente, gracias á una frugalidad extrema? Pero mas evidente es aún figurarse en semejante caso que se ha comido hasta saciarse, encontrar natural que se traigan cestos llenos de los restos de ésta frugal refacción, y considerar como profeta á quien obra tales prodigios! (Véase la carta del obispo de Grenoble).

Puede servir tambien de ejemplo, de que los milagros de Jesucristo, lejos de haberse verificado ante personas dispuestas á creer en ellos se efectuaron ante personas incrédulas y hostiles á Jesucristo, el milagro del ciego de nacimiento.

La curación del ciego de nacimiento se verificó en presencia de los fariseos y de los doctores de la ley, que no estaban en manera alguna dispuestos á creer en ella, y que eran muy hostiles á nuestro Salvador. Hubo tambien informacion por parte suya; se consignó el hecho de la ceguera con el testimonio de los padres del ciego: el hijo fué interrogado dos veces, y los enemigos del taumaturgo hicieron varias tentativas para negar esta curación maravillosa. (Véase San Juan, capítulo IX.)

Además, y hablando en general, en el momento en que apareció Jesus habian cesado los milagros en Jerusalén así como los oráculos, y aunque se concediese que estuvieran dispuestos en general los judíos á creer en ellos, se puede afirmar que con respecto á Jesucristo en particular estaban poco inclinados á admitirlos. Es imposible la menor duda respecto de los escribas, fariseos y sacerdotes, puesto que despreciaban ú odiaban al Hombre-Dios, y lo manifestaban así á él en todas ocasiones con bastante fuerza para que se les pudiera acusar de credulidad. De lejos, negaban sus prodigios que no habian visto; de cerca, cuando habian sido testigos de ellos, hacian cuanto podian para explicarlos por causas naturales, y cuando no podian negarlos ni explicarlos, se irritaban contra el Salvador y á veces trataban de desencadenar en contra suya la ira de las turbas con su propia cólera. La generalidad del pueblo por su parte no creía con mas facilidad en los milagros del Salvador, y solo cuando contempló con sus ojos y tocó con sus manos cierto número de hechos extraordinarios tuvo un espíritu menos rebelde, pero no dejó de conservar cierto resto de reserva y casi de desconfianza. No habia ninguno, ni aun los mismos apóstoles, que no se mostrasen lentos en creer, no solamente las consecuencias de los milagros sino su realidad. Testigo Santo Tomás. (Véase la pastoral del señor obispo de Nimes.)

Por último, hay un milagro que refiere el Evangelio y que (además de ser el cumplimiento de una gran profecía) se presta á que se verifique del modo mas completo y absoluto el examen sobre si concurren en él todas las circunstancias y condiciones que M. Renan considera necesarias para que pueda calificarse el hecho sobre que versa de milagroso.

Segun la historia evangélica, cuando fué crucificado Jesus se eclipsó el sol, de suerte que se cubrió toda la tierra de tinieblas, desde la hora de sexta á la de nona (Luc. XXIII, 44, 45; Mat. XXVI, 45; Marc. XV, 23). Al testimonio de los escritores sagrados viene á agregarse el de los paganos mismos. Phlegon, liberto de Adriano, asegura que las predicciones de San Pedro se cumplieron exactamente, y habla en estos términos del terremoto y del eclipse de sol que ocurrió extraordinariamente en el momento de la muerte de Jesus y á la misma hora indicada por los evangelistas.

"El año cuarto de la 202 olimpiada hubo un eclipse de sol mayor que ninguno de los que se habian visto. A la hora sexta se cubrió la luz de tinieblas tan espesas, que aparecieron las estrellas en el cielo, y hubo un terrible terremoto."

Tales, autor griego del primer siglo, y Castor consigan tambien que en este mismo año, 18 de Tiberio, se estendió por la tierra una oscuridad súbita á la hora de medio día. Y la prueba oficial de este hecho existia por lo menos cuatro siglos despues. Tertuliano decia á los paganos, ha-

Mando de este prodigio: "Lo hallareis consignado en vuestros archivos," y el mártir S. Luciano, hombre de vasta erudición, respondió en el interrogatorio que sufrió antes de ser llevado al suplicio: "Si rehúsais referiros á mi testimonio sobre la divinidad de Jesucristo, no tenéis mas que consultar vuestros anales y ojear en vuestros propios archivos, y vereis que en tiempo de Pilatos, y cuando padeció Cristo, desapareció el sol y fué reemplazada la luz por tinieblas." Los anales de la China atestiguan asimismo que el 7º año del reinado de Konan-on-Ti, que cae en el año 33 de la era cristiana, y el día 30 de la 3ª luna, que corresponde á fines de Marzo, que fué el tiempo de la muerte de Jesús, hubo un eclipse total de sol y profundas tinieblas que duraron tres horas enteras.

He aquí pues un hecho que tiene todas las garantías históricas apetecibles y que se apoya en declaraciones conformes de testigos idóneos. ¿Se creerian nuestros críticos con derecho á desechar este acontecimiento, á pretesto de no haber pasado á vista de los astrónomos, y de no haberse invitado á una comisión nombrada por la Academia de Ciencias á regular sus condiciones? Pero además de que pudieron observarlos los astrónomos de aquel tiempo, lo mismo que los demás mortales, y que hubieran debido reclamar contra el relato de los historiadores si lo hubieran juzgado falso, ¿hay necesidad de ellos para saber que el mundo se halle sumergido súbitamente en tinieblas á la hora de medio día? ¿Es esto tan difícil de probar? Lo que se deberá averiguar por los astrónomos no es pues el hecho, el cual es incontestable, sea el que quiera su testimonio, sino únicamente la cualidad del hecho. ¿Provenian estas tinieblas de las leyes de la naturaleza ó de la intervencion de una causa superior? En otros términos, ¿debemos ver en ellas un eclipse ordinario ó un milagro? Esto es lo que pueden decir en el día, lo mismo que en el que aparecieron. Si de sus cálculos astronómicos resulta que en el día de la muerte de Jesucristo, es decir en la Pascua de los judíos, y por consiguiente en la época de plenilunio debió verificarse en toda la tierra un eclipse de tres horas, convendremos en que este fué solo un hecho natural, sin relacion alguna con lo que ocurría en el Calvario; mas si, por el contrario, resulta de aquellos mismos cálculos que este eclipse era imposible segun las leyes naturales (y sabido es que no puede verificarse un eclipse de sol sino el día de conjuncion de luna nueva, y que el eclipse total mas prolongado solo dura cinco minutos), deduciremos sin temor la consecuencia que estas tinieblas fueron un acontecimiento milagroso y un testimonio patente de la inocencia y de la divinidad del que espiró, como rey de los judíos, en un infame cadalso y entre dos ladrones. (Véase el folleto del abate Crellier, titulado: *M. Renan batallando contra lo sobrenatural y el milagro.*)

Pág. 144, lín. 29 y siguientes. Hostigado de continuo, no obraba por sí mismo. . . . Toleraba ó se veía impulsado á hacer los milagros que exigía de él la opinion, mas bien que los obraba voluntariamente.

No solamente hizo Jesús milagros desde el principio de su ministerio, sino que solo despues de haberse captado autoridad por la multitud y celebridad de sus milagros, dirigió al pueblo los discursos que traen S. Mateo y S. Lucas. Cuando quiso mostrar á los discípulos que era el Mesías,

hizo delante de ellos grandes prodigios y les dijo: "Id á decir á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, los sordos oyen y resucitan los muertos." (Luc., VII, 21 y 22.)

Es cierto que no siempre quiso Jesús que se publicaran prontamente algunos milagros, pero era porque no queria hacer alarde de ellos y por contemplacion á algunos espíritus débiles y aun á sus enemigos. Es cierto tambien que no quiso prestarse á las súplicas de los fariseos, que le pedían hiciera un milagro inútil y por capricho; pero no es verdad que, como dice M. Renan, se negara á ello obstinadamente. No se negó á hacer respecto á estos toda clase de milagros, remitiéndoles al de la Resurreccion, que debía coronar y sancionar todos los demás segun se dice formalmente en uno de los pasajes que cita el mismo crítico. (Math., 19, 40.) (Véase la carta del obispo de Grenoble, escrita á uno de sus vicarios.)

Pág. 145, lín. 17. La fama atribuía ya á Jesús dos ó tres hechos de esta clase.

Los hechos de que habla aquí M. Renan, como si se hubieran realizado secretamente ó ante testigos escogidos, son:

La resurreccion del hijo de la viuda de Naim, ante un gran gentío de todas clases y condiciones, en un tiempo en que eran poco numerosos los amigos de Jesús para que no se comprenda que muchos de los testigos le eran mas hostiles que favorables.

El segundo hecho, la resurreccion de la hija del jefe de la Sinagoga. En este hecho se consigna ó demuestra su muerte: habiendo llegado ya los músicos y todos los que, segun costumbre, debían concurrir á la pompa de los funerales.

Estos dos hechos tuvieron toda la publicidad posible, y no puede decirse que fueran escogidos ó preparados los testigos.

El uno acontece ostensiblemente en una casa invadida ya por toda clase de personas; el otro á la puerta de la ciudad ante un gentío en que habia muchas personas indiferentes á Jesucristo, y sobre todo, mas enemigos que amigos suyos.

La una se halla muerta, pero no sepultada; la otra se halla depositada en el féretro y sacada fuera de la ciudad.

El tercero se refiere á una persona no solamente muerta, sino enterada en el sepulcro. Esta persona es Lázaro.

Adviértase que, segun costumbre invariable de los judíos, acudían los amigos del difunto durante los tres primeros dias de su muerte á ver el cadáver, por creer que revoloteaba al rededor de éste su alma durante aquellos dias, y que no lo abandonaba hasta que se descomponía el rostro; y solo despues de la tercer visita comenzaban las lamentaciones, porque hasta entonces no se consideraba como indudable la realidad de la muerte.

M. Renan sabe todo esto, pero lo olvida y no tienen para él importancia alguna todas estas circunstancias renvidas que deben satisfacer á los espíritus mas descontentadizos y que responden á las condiciones de publicidad, de notoriedad y de evidencia que M. Renan mismo ha sentado.

Hace cuatro dias que se halla Lázaro en el sepulcro; Jesús le cree

muerto: las lágrimas de sus hermanas, el olor fétido que exhala el sepulcro, todo le confirma en su persuasión, y de la cual participan todos los asistentes. La mayor parte, procedentes de Jerusalén, habían hecho su visita al sepulcro: escribas, herodioses, doctores, sacerdotes y fariseos, porque había gentes de todos los partidos en la multitud congregada, y además los enemigos de Jesús que estaban dispuestos á negar todo cuanto pudieran, y que componían el mayor número, puesto que, como dice M. Renan, hasta aquella época había hecho Jesús muy pocos discípulos. Y todos tienen la misma convicción, sin abrigar la menor duda, sin decir una sola palabra sobre que aquello fuera una ilusión ó un engaño, porque esto solo cabía que lo hiciera M. Renan diez y nueve siglos después del acontecimiento, mostrándose de esta suerte mas hostil á Jesús que los escribas y los fariseos. (Véase el folleto del abate Pinard, titulado: *Notas para uso de los lectores del Jesús de M. Renan.*)

Pág. 146, lin. 4 y siguientes. La emoción que experimentó Jesús pudo tomarse por los asistentes por esa turbación, ese estremecimiento que acompaña á los milagros; queriendo la opinión popular que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico.

La virtud divina á que se refiere el Evangelio al decir que salía de Jesucristo una cosa como una virtud, era una eficiencia misteriosa que se exhalaba sin fatiga de su persona adorable, como se exhala de la flor el perfume, como del rol sale y se difunde el rayo. Generalmente se ha visto en este hecho un brillante testimonio de la Divinidad de Jesucristo, puesto que sin la intervención de su persona y por el solo contacto de su túnica se curaban instantáneamente las enfermedades mas pertinaces. Respecto á los estremecimientos, solo en un milagro parece turbarse Jesús, en el de la resurrección de Lazaro, por lo mucho que le amaba; y así lo comprendieron los mismos judíos, puesto que exclamaron: ¡Ved cómo le amaba! Pero cuando llegó la hora de verificar el milagro permaneció tranquilo y sereno. Además, es muy sencilla la explicación de estos estremecimientos, que se obstina M. Renan en considerar aquí como indicios de charlatanismo, puesto que eran efecto de la impresión que experimentaba Jesús, y que quería manifestar, ya para instrucción de los que los presenciaban, ya para escitar mas su atención. (Véase la carta del señor obispo de Grenoble.)

Pág. 173, lins. 4, 5, 14 y siguientes. M. Renan afecta cercenar el nombre del Salvador. Nunca le llama mas que Jesús, suprimiendo el gran nombre de Cristo.... En cuanto al nombre mismo de Jesús, cree M. Renan añadir, que era un nombre muy comun; pero naturalmente se buscaron en él misterios.

De esta suerte quiere M. Renan aminorar la grande importancia y la sublime significación que tiene el nombre de Jesús unido al de Cristo. Siendo el original del nombre de Jesús, según fray Luis de Leon en su obra, *Los Nombres de Cristo, Jehosuah*, todas cuyas letras se contienen

en el nombre de Dios (*Jehovah*), y significando además *Salvador*, según su raíz hebrea *Jasha*, revela desde luego la idea de Dios Salvador; y queriendo decir el nombre de *Cristo*, Mesías, Enviado, Rey y Pontífice, unidos ambos nombres de Jesús y de Cristo, denotan el Dios Salvador, enviado como rey y pontífice al mundo; la venida de Dios mas superior y elevado de lo humano al mundo, unidos para salvarlo.

Respecto de los misterios y de la alusión al carácter de Salvador que indica M. Renan haberse buscado en el nombre de Jesús, indudablemente se prestaba este nombre á misterios, mas no á misterios forjados por los hombres después del nacimiento de Jesucristo para darle importancia, sino á misterios revelados antes de su nacimiento por el Angel del Señor al aparecerse á Josef y decirle: "Josef, no temas retener á María tu mujer, porque lo que ha de nacer en ella será obra del Espíritu Santo, y parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque ha de salvar á su pueblo de sus pecados." (Math. I, 20, 21.) Y por el arcángel San Gabriel al decir á María: "No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor; concebirás y parirás un Hijo, á quien darás el nombre de Jesús." (Luc., I, 30, 31.) Así pues, según el relato de los dos evangelios, el hijo de María recibió aquel nombre antes de nacer, habiéndolo notificado dos ángeles en dos visiones distintas, el uno á María y el otro á Josef. Dios mismo fué quien eligió este nombre para designar la gran misión salvadora á que destinaba á Aquel que debía llevarlo. No es pues esta designación un hecho humano y arbitrario: el cielo es quien fijó el nombre del recién nacido antes de que dejara el seno virginal de María.

Pág. 173, lin. 32. M. Renan no quiere que naciera Jesús en Belén, á pesar de la historia evangélica (sino en Nazareth).

M. Renan apoya su proposición, pretendiendo que Jesús nació en Nazareth, en llamar San Mateo á Nazareth la patria de Jesús (XIII, 54); y asimismo San Marcos (VI, 1); en haber dicho San Lucas que fué criado en Nazareth Jesús (IV, 16); en llamarle Nazareno y Galileo el evangelista San Juan (XIX, 19). Apóyase tambien en no considerar histórico el viaje de la familia de Jesús á Belén, por el motivo que se le atribuye, negando que Jesús fuera de la raza de David, y en no concebir que se hubieran visto obligados los padres de Jesús á ir á empadronarse desde Nazareth á Belén, y finalmente, en que el empadronamiento verificado por Quirino á que refiere la leyenda el viaje á Belén, es diez años por lo menos posterior al en que, según San Lucas y San Mateo, nació Jesucristo.

Respecto del primer fundamento, sobre decir San Mateo y San Marcos que era Nazareth la patria de Jesucristo, debe advertirse que con esta palabra patria, no se designa solamente el país en que se nace, sino tambien el en que se reside habitualmente, en el que existen el centro de la familia, el patrimonio, los recuerdos de la vida. No hay duda que se llama patria el lugar donde se nace, aun cuando se le abandone en la infancia, pero se designa mas solemnemente con este nombre el punto en que prolonga la existencia sus raíces mas profundas y duraderas. Así se verificaba con Jesucristo respecto de Nazareth, designándose esta población como su patria, y llamándosele á él mismo Nazareno, Galileo, por

que residió comunmente en Nazareth con Josef y María, en cuya compañía permaneció por mas de treinta años (Lúc., II, 41, 42, 43). Pero estos textos, especialmente el de San Mateo, en que se usa de la palabra *patria* relativamente á Nazareth, no pueden prevalecer ni destruir la fuerza del testo del mismo evangelista (cap. 3, v. 3, 4, 5 y 6), en que dice circunstanciada y terminantemente que "habiendo nacido Jesus en Belén de Judá en los dias del rey Heródes, vinieron del Oriente á Jerusalén unos magos;" en que refiere el nacimiento de Jesus en Belén, el cumplimiento de la profecía de Micheas, que ocupaba y dominaba todas las almas, sobre que Jesus naciera en Belén, espresando circunstanciada y positivamente el anuncio hecho á Heródes por los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo de que debía nacer Cristo en Belén, el hecho de enviar este rey á Belén á los magos que venian de Oriente siguiendo la estrella que les habia de designar el sitio en que habia de nacer Jesus, y el de haber encontrado éstos y adorado efectivamente al niño recién nacido en Belén. Así, pues, aunque quisiera hallarse contradicción entre la palabra fugitiva *patria* usada en el cap. XIII, v. 54, y el relato del cap. 2, v. 1 y siguientes, no podria aquella destruir la fuerza de este, puesto que afirmando y repitiendo San Mateo en una narracion seguida y terminante que nació Jesus en Belén preciso es dar á lo que dice como de paso de Nazareth una interpretacion que deja en pié aquel testimonio.

El testo de San Lucas sobre que Jesus fué criado en Nazareth se halla tambien explicado y suplido, digámoslo así, por el testo del cap. II, v. 1 y siguientes, en que traza este evangelista el admirable relato del viaje de María y de Josef á Belén para empadronarse: *el nacimiento de Jesus en Belén* en el pesebre que le sirve de cuna; "y estando allí (en Belén), se cumplió el tiempo en que habia de parir, y parió á su hijo primogénito (v. 6 y 7); la aparicion milagrosa de los ángeles á los pastores que guardaban sus rebaños, la adoracion del recién nacido con el título de Salvador por estos humildes pastores en presencia de María y de José, que admiran, meditando, las maravillas que oyen referir. Este relato es de gran exactitud y coincide confirmando con el de San Mateo. San Lucas usa de una espresion mas suave en el primer testo que la de San Mateo, puesto que dice que Jesus fué criado en Nazareth, pero tanto el uno como el otro evangelista declaran terminantemente que *Jesus nació en Belén*.

Funda tambien M. Renan su asercion en que no dice nada San Juan del viaje á Belén, y en que llama á Jesus Nazareno y Galileo; pero respecto de lo primero no dice nada San Juan porque ya lo habian verificado los otros evangelistas, y respecto de lo segundo, San Juan no llama por sí Nazareno á Jesus, sino refiriéndose á conversaciones sobre Jesus entre judíos y otras personas y en especial Nathanael, que estaba aun imbuido de las preocupaciones de su nacion.

Respecto á la afirmacion de no ser Jesus de la familia de David, no hay mas que leer las genealogías que lo proclaman de esta descendencia en San Mateo (I, 1, 5 y 20) y en San Lucas (III, 31, y I, 27). Además, el ángel que anuncia á María los misterios que habian de realizarse en ella, le dice que concebirá un hijo que se llamará el Hijo del Altísimo y que el Señor le dará el trono de David su padre (Lúc., I, 31 y 32), y así se le llama y por tal se le reconoce repetidas veces, segun otros varios textos (Marc., X, 47, 48; Lúe., XVIII, 38 y 39; Mat., XXI, 9, 15).

M. Renan pretende que estas genealogías son discordantes, pero no por eso son inconciliables, y hace ya catorce siglos que las conciliaron San Hilario, San Gerónimo y San Agustín. Pretende asimismo que ninguna de ellas fué afirmada por Jesus en los Evangelios, como si los evangelistas no hubieran tenido que buscar en la familia de Jesus estas genealogías, y en su consecuencia, como si no hubieran sido aprobadas por Jesus. ¿Y no es sabido tambien, que segun dice San Juan (XXI, 25), los evangelistas no reprodujeron todo lo que dijo é hizo el Salvador? Además, ¿no hizo aquella afirmacion indirectamente Jesus cuando llamado unas veces por las turbas y otras por los lisiados *Hijo de David*, en vez de negar este título, lo aceptó en silencio? Finalmente, ¿no se anunció ser el Mesías, el cual debía salir del tronco de David?

En cuanto á no comprenderse la razon por la que se vieran obligados los padres de Jesus á ir á empadronarse á Belén, no se sigue de aquí que aquella no existiese realmente, habiendo podido desaparecer en el abismo de diez ocho siglos que nos separan del nacimiento de Jesucristo. ¿Y no era interesante para los romanos saber dónde se hallaban las diferentes tribus judías, y la accion que el tiempo habia ejercido sobre ellas? ¿No era suficiente este motivo para que se obligase á las familias á dar sus nombres en los mismos lugares en que habian habitado sus padres? Además, sabido es que era costumbre en Roma hacer cada cinco años un estado de todos los ciudadanos y de sus bienes, y que Augusto fué el primero que estendió esta disposicion económico-política á todas las provincias del Imperio.

Pero la gran dificultad parece consistir en ser, segun M. Renan, la fecha del empadronamiento verificado por Quirino, posterior en diez años por lo menos al año en que, segun San Lucas y San Mateo, nació Jesucristo, puesto que dicen que nació en el reinado de Heródes, y que el empadronamiento no se verificó hasta despues de la deposicion de Arquelaos, esto es, diez años despues de la muerte de Heródes, el 37 de la era de Accio. Natal Alexandro y Pagi opinan que el testo griego puede traducirse por "este empadronamiento se hizo antes que fuese gobernador de Siria Cirino" (así llama San Lucas y tambien Cyrenio, siguiendo la pronunciacion griega, á Quirino). Otros dicen que se llama aquí gobernador de la Siria á Cirino, no porque lo fuese cuando se hizo el empadronamiento, sino porque lo fué mas adelante, y de hecho lo habia sido cuando escribió San Lucas su Evangelio, cuyo testo sobre este punto debe entenderse como si dijera: "Cirino, el mismo que fué despues gobernador de la Siria," modo de espresarse familiar á los historiadores. Segun esto, deben distinguirse dos empadronamientos: el uno verificado en tiempo de Heródes por Cirino, simple legado imperial; y este es el primero de que habla San Lucas; el otro despues de la deposicion de Arquelaos, bajo Cirino, que era ya gobernador, y este es el segundo, supuesto por el primero que recuerda el evangelista.

Segun la historia, mandó hacer Augusto tres empadronamientos; el primero solo se estendió á la Judea y comenzó en 726, tres años despues de la batalla de Accio, en el sexto consulado de César Octavio y en el segundo de Agripa. El segundo principió hácia el año 746, siendo gobernador de Siria Saturnino, y siendo enviado Cirenic, personaje consular muy importante, para hacer el empadronamiento de las poblaciones, cuya direccion general tenia Saturnino: así lo atestigua Muratori en su obra *sobre las Inscripciones antiguas*, y esta es precisamente la grande opera-

ción de que habla San Lucas. Este fué el segundo empadronamiento mandado por Augusto, pero fué el primero respecto de la Judea, habiéndolo dirigido Cirenio con plena autoridad y viviendo aún Heródes. El tercero se verificó trece años mas adelante, despues de la deposición de Arquelao y siendo ya gobernador de la Siria Cirenio con Caponio. El anterior empadronamiento solo se refirió á la poblacion, el tercero á los bienes para dar base fija al impuesto en la Judea, provincia entonces ya de Imperio. Este es del que habla Josefo en el libro 18 de sus *Antigüedades judaicas*, y del que se prevale injustamente M. Renan como de una objecion victoriosa contra el relato de San Lucas y el viaje á Belén. Finalmente, San Justino (Apol.) y Teruliano (lib. 4 *contra judcos*, y lib. 4 *contra Marcion*), dicen que se veia aun en su tiempo, en los registros públicos del empadronamiento hecho en tiempo de Augusto, el nombre de Jesus y el de sus padres.

Así, pues, no hay testo alguno histórico, cronológico ó filológico que nos obliguen á dejar de considerar á Belén como el lugar bendito donde nació el Salvador: esta certidumbre se halla afirmada por una multitud de hechos que se desarrollan paralelos al relato evangélico, y por autoridades de gran peso. Así, San Justino, en su diálogo contra el judío Trifon, habla de la gruta de Belén en que María dió á Jesus á la luz del mundo, y Orígenes opone á los sarcasmos blasfematorios de Celso, el vivo y público recuerdo del nacimiento de Jesus en Belén. "Si hay alguno, dice, á quien no baste el Evangelio, para convencerle de que nació Jesucristo en Belén, sepa y recuerde, que se enseña aun en aquel sitio el establo en que nació Jesus, y el pesebre en que fué envuelto en pañales, y no hay nadie en aquellos lugares que no publique y se complazca en repetir, contra los enemigos de la fé, que allí es donde nació aquel Jesus á quien admiran y adoran los cristianos." (Véase la segunda pastoral de M. Plantier, pág. 34 y siguientes; la Historia de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, por el señor Martínez Marina, donde se habla estensamente sobre el empadronamiento mandado ejecutar por César Augusto, y la Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, por don Joaquín Roca y Cornet).

Pág. 177, lín. 1.<sup>a</sup> y siguientes. Segun M. Renan, "Jesus no sabia bastante historia para comprender cuán á punto venia su doctrina."

En vano una crítica anticristiana que lee el Evangelio con los ojos vendados, dice el R. P. Félix en su tercer conferencia pronunciada en el presente año en Nuestra Señora de París, presume disputar á Cristo la autonomía de su querer y la perfeccion absoluta de su resolucion, del propio modo que le disputa la propiedad absoluta de su idea y la plenitud instantánea de su concepcion; en vano imagina en el Cristo reformador una especie de voluntad prestada. Verdaderamente que es forzoso tener propósito, muy deliberado y resolucion muy calculada de falsear la mas evidente, verdad histórica para desnaturalizar hasta este extremo la narracion del Evangelio, en el cual ciertamente no se encontrará una suella, ni una palabra, ni una sílaba de todos esos, pretendidos préstamos tomados de voluntades estrañas; al contrario en todas partes y á cada página del Evangelio no se ve en Jesucristo sino una voluntad gran-

de y vasta, propia y personal como su idea, y que como esta idea misma, llega de un solo golpe á su plenitud y á su perfeccion.

En primer lugar se ve un hecho que por sí solo exige un milagro, á saber, la tranquilidad absoluta de Jesucristo ante la plena vision de todo lo que se prepone hacer, y de todos los obstáculos que ha de encontrar....

Para la conquista de Jesucristo y la trasformacion consumada por él en el mundo, no se le ve pedir auxilio alguno á los acontecimientos para sostener su voluntad, ni para animarle en su propósito; no se le ve invocar la complicidad de las cosas, ni la conspiracion de los siglos, para que secunden sus proyectos; al contrario, en lugar de seguir á los acontecimientos, los desafía, en lugar de plegar su voluntad á la exigencia de las circunstancias, quiere que las circunstancias se plieguen á la soberanía de su voluntad; en lugar de hacer lo que todos los reformadores humanos, que se arrojan en el torrente para dejarse arrastrar por él y no para arrastrarle, Jesucristo hace refluir hácia sí, como el Jordan hácia su fuente, el gran rio que lleva en sus ondas á la humanidad contemporánea. En una palabra, su resolucion es absolutamente independiente de los acontecimientos y de las cosas, y respecto de los hombres aun es mayor su independencia.

Como su voluntad es hacer que los acontecimientos se plieguen y le conviertan á su gloria, así quiere tambien doblegar las libertades humanas y hacerlas servir á su propósito. Los filósofos le aguardan para combatirle con la palabra, pero él les hace el mismo caso que si jamás hubiera habido filosofía ni filósofos en el mundo; los políticos le esperan con la espada desenvainada, aprestados para ahogar en la sangre de los suyos su idea y su institucion; mas él nada teme de esos poderosos de la tierra, ni para el triunfo de su obra les pide nada, ni siquiera tolerancia y derecho de ciudadanía: lo quiere y basta: él no tiene que contar sino con su voluntad, y lo que es aun mas prodigioso, se atreve á contar anticipadamente con la voluntad de los demas; se atreve á contar con que no le faltarán hombres, sino que ántes bien los hallará en todos lugares, en todos tiempos, en todas clases ó condiciones de la gerarquía social y esto sin transigir en nada con sus intereses ni con sus ideas, ni con sus pasiones, ni con nada en fin, de lo que es humano. ¿Cómo explicar esto, que no es propio del hombre sino por otra cosa que aun es menos humana, á saber, por la certidumbre del triunfo que Jesucristo ve claro en el porvenir?

Así se verifica despues del milagro de la concepcion y de la idea, el milagro de la resolucion y de la voluntad; voluntad no solamente adecuada á la idea; no solo grande, personal y plena, como la concepcion misma, sino acompañada además de una tranquilidad divina en prever su obra y todos los obstáculos de su obra; voluntad acompañada de una independencia divina para con todas las cosas, para con todos los hombres y para con todos los acontecimientos; voluntad en fin, acompañada de una voluntad divina que ante lo espantosamente desconocido de todo el porvenir humano, anuncia personalmente la certidumbre de su triunfo.

Pues aun hay otro tercer milagro todavía mas maravilloso que los otros dos; y es, despues del milagro de la concepcion y de la resolucion, el milagro de la ejecucion.

El advenimiento del cristianismo y la trasformacion realizada por él en la historia, no es solamente un fenómeno raro y un hecho estrordi-

nario, sino que es en sí mismo un hecho sobrehumano y un fenómeno extranatural. Daré una razón muy sencilla, y al mismo tiempo muy profunda. La naturaleza no es más fuerte que la naturaleza y la humanidad, no es superior á la humanidad; el hombre no puede levantarse más alto que su propia altura, ni puede cambiar con su propia energía las condiciones fundamentales de su existencia, ni alcanza, en una palabra, á dislocar por sí mismo el eje de su propia vida, ni á desquiciar los polos en que gira y en que realiza todos sus movimientos. Pues bien, esto que la humanidad no puede hacer por su propia energía, Jesucristo lo ha hecho por su poder divino; él ha dislocado el eje del mundo, cambiando así de una estremidad á la otra y del centro de la esfera á todos los puntos de su circunferencia, todas las condiciones de la vida de la humanidad.

La transformación realizada por Jesucristo, es una dislocación del eje de la vida humana. Dijo un día Dios al patriarca Jacob: ¿has cogido en tus manos para sacudirlos los dos polos de la tierra? *¿Nunquid tenuisti concutiens extrema terrae?* ¡Ah! Jesucristo hizo mas que esto; cogió por sus dos cabos, no al mundo de los cuerpos, sino al mundo de los espíritus, y lo sacudió y lo volvió todo entero de una estremidad á otra. Y como quiera que en este mundo de los espíritus, hay otros varios mundos que deben gravitar alrededor del mismo centro, Jesucristo ha dislocado el eje y removido los polos de todos estos mundos á la vez. El mundo intelectual giraba todo entero sobre el polo del pensamiento humano, y el hombre se asentaba en él teniéndose á sí propio como centro de la verdad; pues Jesucristo viene y lo cambia todo, diciendo: "la verdad soy yo;" muéstrase luego á sí propio como centro del mundo intelectual, y llega al fin un día en que todas las inteligencias cristianas gravitan al rededor de él como satélites al rededor del sol. El mundo moral giraba sobre el amor de sí mismo; en los dos puntos extremos del eje estaban el orgullo y el deleite, en el centro el goce; pues Jesucristo viene y lo cambia todo: al amor propio sustituye el amor de El; al orgullo y al deleite sustituye la humildad y la castidad, y en el centro y como perno del nuevo mundo, sustituye al egoísmo el sacrificio, principio fecundo de donde saldrán eternamente las virtudes heroicas. El mundo social giraba todo entero sobre el imperio de la espada; en un lado el despotismo, en otro la servidumbre, y en el centro la fuerza, que hacia caminar á las sociedades humanas con el acero ó con el látigo en la mano; pues Jesucristo viene y lo cambia todo: á la fuerza sustituye el derecho; el despotismo deja libre el campo á la autoridad, y la servidumbre se retira ante la libertad. Y el mundo religioso, ¿sobre qué giraba? ¿cual era el perno que sostenia todos los templos, todos los altares, todas las religiones del paganismo? Era el error fundamental, dominante por entonces en el centro del alma humana, de que era Dios excepto Dios mismo; pues Jesucristo viene, convierte hacia su verdadero polo al mundo religioso todo entero, aduna y condensa en su persona divina las adoraciones dispersadas sobre mil ídolos, y asentándose á sí propio como centro vivo del mundo religioso, crea en rededor de sí y en sí el Cristianismo, la Religion universal, la Religion definitiva.

Finalmente, ha aquí cómo esponé el abate Anglade los efectos y los frutos de la obra de Jesucristo.

La obra de Jesus fué pues una obra gigantesca y divina. Con hombres ignorantes y tímidos convirtió á sectarios orgullosos, tales como Saul y Gamaliel; á procónsules soberbios, tales como Paulo; á graves magistra-

dos, tales como Dionisio el Areopagita; á filósofos turbulentos, tales como Justino y Taziano; á princesas delicadas, tales como Domitilla; á patriarcas embriagados con la gloria de sus antepasados, tales como Paula, Marcela, Fabia; á ciudades voluptuosas, tales como Corinto y Antioquia; á ciudades soberbias y supersticiosas, tales como Roma, Atenas y Efeso; á Césares orgullosos y omnipotentes, tales como Constantino. Se presentó al mundo con mortificaciones, ayunos, disciplinas, y aquel mundo disoluto se sometió en fin á esta terrible penitencia; se presentó al mundo, tan orgulloso de sus filósofos y de sus sabios, con la cruz de los esclavos al hombro, y el mundo se inclinó al fin ante esta cruz y la tomó como signo de honor y la colocó en el corazón de los valientes y en los estandartes que los llevaron en medio de las batallas. Preciso era un poder mas que humano para operar tan gran transformación; y era necesario ser verdaderamente Dios para imponer á este mundo tan corrompido, tan sofista, tan escéptico, la creencia en la divinidad del Crucificado del Calvario (Véase el folleto del abate Anglade, escrito contra la obra de M. Ranau, y titulado: *Imposible negar la divinidad de Jesucristo*).

Pág. 180, lin. 9 y siguientes. De esta suerte ha llegado á ser toda la historia del Cristianismo naciente una *deliciosa pastoril*, un Mesías *sentado á las mesas de bodas*, la cortesana y el buen Ziqueo llamados *á sus festines*, los fundadores del reino del cielo como un cortejo de paraisifos.

¡Qué monstruosa parodia es todo esto! ¡El Cristianismo naciente una deliciosa pastoril! Un niño que nace en un pesebre entre viles animales; un niño contra el cual, apenas nace, lanza un príncipe bárbaro un decreto de muerte; un niño á quien tiene que llevar precipitadamente su familia al Egipto para librarle de la degollación; un niño que no bien entra en Jerusalén, es anunciado á su madre como debiendo ser blanco de contradicción, hasta el punto que sus pruebas serán para ella una puante espada; he aquí el primer acto de esta *deliciosa pastoril*. En cuanto llega á ser hombre, ve este niño tomar su destino un carácter aun más rigoroso; Nazareth comienza arrojándole de sí, y más adelante los judíos de Jerusalén, en pago del bien que ha hecho á sus enfermos y poseídos, le cargan de cadenas y le hacen condenar, como un malvado y morir en la cruz con el suplicio de los infames, vendido por un discípulo suyo; he aquí el segundo acto de esta deliciosa pastoril. Finalmente, el héroe de este risueño poema anuncia que los que quieran seguirle deben separarse de sus familias, renunciar á sí mismos, esperar el odio del mundo, aceptar la perspectiva de ir por las naciones, como ovejas en medio de los lobos y aceptar la certeza de perecer en la cruz, porque el discípulo no puede ser mayor que el maestro; he aquí el tercer acto de esta deliciosa pastoril; he aquí las nupcias á que son convidados los *fundadores del reino de los cielos*. ¡He aquí cómo forman en torno del Esposo coronado de espinas un cortejo de *grosos paraisifos*!

Un Mesías en *festines de bodas*. ¿Y no era necesario que santificase la institución del matrimonio? ¿Y en este banquete ¿no se conduce como un hombre divino? ¿no es allí donde verifica su primer milagro y donde comienzan á errec en él sus discípulos? (San Juan, II, 11.)

*La cortesana y el buen Zaqueo llamados á sus festines.* ¿Y cuando los llamó Jesús á sus festines? ¿No fué Zaqueo quien recibió á Jesús á su mesa y no Jesús quien recibió á Zaqueo? (S. Lúe., XIX, 2-10.) ¿No se hallaba Jesús cuando se presentó la cortesana, en casa de un extraño, y no se limitó ella, en vez de sentarse al banquete, á inundar los pies del Salvador con perfumes y lágrimas? (Véase la segunda pastoral del obispo de Nîmes.)

Pág. 186, lin. 16 y siguientes. Tributábanle pequeñas oraciones, gritando Hosanna y agitando palmas á su alrededor.

Quando se tiene una fe sincera, ó bien algun tanto de conciencia histórica, es preciso violentarse mucho para no prorumpir en indignacion ó para no sonreír de desprecio ante esas transformaciones novelescas, ante esas parodias insultantes de los relatos evangélicos. Y no una sola vez, sino casi constantemente, hay que someterse á tales pruebas al leer este libro, sobre todo, en lo concerniente á los primeros pasos del ministerio de Dios. Así pues sin otras pruebas que los relatos evangélicos, sin otra indicacion que los textos que se refieren á circunstancias únicas y escepcionales, M. Renan las generaliza para quitarles el carácter de especiales, admirables y solemnes. Sabido es cómo refieren todos los evangelistas, que en la última semana de su vida entró Jesús en Jerusalén en una asna, para enseñar al pueblo judío en su persona el triunfo del rey pobre anunciado por los profetas; añadiendo, que en estas circunstancias tendieron los discípulos sus vestidos sobre su cabalgadura y aun por el camino por donde pasaba, llevando en la mano palmas y ramos de olivo, y que se reunieron los niños á los discípulos, gritando con ellos: *Hosanna al Hijo de David*; pues bien, M. Renan, para quitar el mérito de un entusiasmo extraordinario á este acontecimiento, trata de persuadir que estas demostraciones se hacian comun y vulgarmente. (Véase la carta del obispo de Grenoble.)

Pág. 188, lin. 12 y siguientes. Lejos de abdicar el Bautista ante Jesús, le reconoció Jesús por superior durante todo el tiempo que pasó á su lado.

Quando Jesús se presentó á Juan, exclamó éste: "He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita el pecado del mundo. Este es de quien dije: despues de mí viene un hombre que fué preferido á mí, porque era antes que yo (San Juan, I, 29 y 30)." Quando Jesús fué á las orillas del Jordán para ofrecerse al bautismo de Juan, éste rehusó bautizarle diciendo: "Yo debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí? (S. Mat., III, 14.)" Quando mas adelante atrajeron á la multitud las primeras predicciones de Jesús, alarmándose los discípulos de Juan, les replicó éste: "Conviene que él crezca y que yo mengüe: el que viene de arriba es sobre todos. El que viene del cielo debe dominar á todo el mundo." (S. Juan, III, 26, 29 y 31.) He aquí la manera cómo estos dos maestros se amaron y lucharon en público en deferecias recíprocas, segun M. Renan. Mas cuando M. Renan añade que el Bautista no abdicó ante Jesús y que Jesús en todo el tiempo que pasó á su lado le reconoció por superior y

solo desarrolló su propio genio tímidamente, es desmentido por los mas formales testimonios de la historia. M. Renan añade: El bautismo habia sido muy acreditado por Juan: Jesús se creyó obligado á hacer como él y bautizó. ¿No ha leído M. Renan aquellas admirables palabras del Bautista: "He visto descender del cielo al Espíritu en figura de paloma y reposar sobre él. Y yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar en el agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres bajar el Espíritu y reposar sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo le ví, y di testimonio de que él es el Hijo de Dios (S. Juan, I, 32 y 33.)" Así, segun el mismo Juan, el bautismo de Jesús no es el de su precursor: Juan bautiza por el agua; Jesús por el Espíritu Santo: Juan, con un elemento creado por origen, inerte por esencia; Jesús por un principio divino y que lleva en sí la plenitud de la gracia y de la vida (segunda pastoral del obispo de Nîmes).

Pág. 188, lin. 18. Todo induce á creer que Jesús se inclinó un momento á favor del bautismo por una especie de concesion.

M. Renan supone que el bautismo tuvo una importancia secundaria para Jesucristo. M. Renan no ha leído sin duda estos solemnes testimonios de lo contrario, que se contienen en el Evangelio. "En verdad, en verdad os digo, nadie puede entrar en el reino de Dios si no renace del agua y del Espíritu Santo." (S. Juan, III, 5.) "El que creyere y fuere bautizado se salvará." (S. Marcos, XVI, 16.) "Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas, etc." (S. Mateo, XXVIII, 19.) Véase, pues, si habiendo leído estos textos tan esplicitos y que dan tanta importancia al bautismo, podria decirse que Jesús solo daba á este sacramento una importancia secundaria.

Págs. 191, lin. 26, y 193, lin. 2. Jesús no enuncia por un momento la idea de que sea Dios (dice M. Renan)... El es su Padre, su Padre es él.... No se niega (dice el mismo) que hubiera en estas afirmaciones de Jesús el germen de la doctrina que debía hacer de él mas adelante una hipóstasis divina.

Es cierto que Jesús se llama en el cuarto Evangelio varias veces el *Hijo de Dios*, ó simplemente el *Hijo*, por oposicion al Padre, y que en este mismo Evangelio y en los demás se llama *Rabí* ó Señor. Pero no es cierto que se contentara con este nombre, y que le bastara en época alguna de su vida y de su ministerio. En el Evangelio vemos darse á Jesús el nombre de *Hijo de Dios*, de *Hijo del Altísimo*, de *Cristo*, de *Señor*, bien antes de su nacimiento ó en el momento mismo de su aparicion en el mundo. (S. Lúe., I, 32, 35, 43; II, 11.) Allí descubrimos en el que viene de lo alto á visitar á Israel, al mismo Señor Dios de Israel que visita á su pueblo (S. Lúe., I, 78, 68); y en el nombre de Emmanuel, ó *Dios con nosotros*, que se da á Jesús naciente, vemos el fundamento de la aplicacion de las palabras del cap. XI de Isaías (V. 6): "Nos ha nacido un parvulito y nos ha sido dado un hijo, que se llamará el admirable, el Dios fuerte, el padre del siglo futuro." Despues hallaremos en estos capítu-

los de San Mateo y de San Lucas indicaciones de una encarnación de Dios mismo, no menos marcadas que en el Evangelio de San Juan.

En la época del ministerio de Jesús, y en el momento de su manifestación en Israel y aun antes de ella, apareció Juan y lo anunció como el Cristo, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y el Señor supremo que debe juzgarle. Aquel que es tan grande que *no es digno el Bautista de desatar las correas de su calzado, y que es el Señor mismo ante quien él ha sido enviado para prepararle los caminos.* (S. Márc., I, 7; S. Lucas, III, 16; S. Juan, I, 27.)

En el bautismo de Jesucristo descendió, según refieren los tres primeros evangelistas, el Espíritu Santo sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: *este es mi Hijo amadísimo, en quien he puesto todas mis complacencias;* y Juan Bautista, que según el cuarto evangelista vió al Espíritu descender sobre Jesús, testifica ser el *Hijo de Dios.* (S. Juan, I, 31.)

En la tentación del desierto, referida sucesivamente por S. Mateo y por S. Lucas, se le da en dos ocasiones el título de *Hijo de Dios* por el tentador mismo. (S. Math., IV, 3, 6; S. Luc., IV, 3, 9.)

Sus discípulos le dan este mismo título. Es cierto que le llaman *Rabí* dos discípulos de Juan Bautista, que se lo encuentran; mas para ellos este nombre es sinónimo de Mesías: *Hemos encontrado al Mesías, dice uno de ellos.* (S. Juan, I, 38.) Otro israelita le llama poco después *Rabí*, pero añadiendo: Señor, *tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel.* (Ibid., 49.)

No es, pues, exacto que se limitara nunca Jesús á usar el título de *Rabí*, y lo es menos que al aceptar el título de *Hijo de Dios* y la potestad que expresa este nombre, cediese á la admiración y al entusiasmo de sus discípulos; lejos de esto, no se limita á aceptar este título por su parte, sino que declara que tiene derecho á él. No lo considera como un testimonio de su admiración, sino que lo refiere á una revelación divina. Recuerdese la escena que ocurrió cerca de Cesarea de Filipo, y las preguntas que dirigió el Maestro á los discípulos. ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? y ellos dijeron: unos que Juan Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías ó uno de los profetas. Dijoles Jesús, y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. (Math., XVI, 13, 17.) En esta escena no sufre el Maestro los testimonios producidos por el entusiasmo de sus discípulos, sino que los provoca. Acepta el título de Hijo, y so lo aplica llamando á Dios Padre suyo de una manera especial, absoluta. Este título expresa una verdad muy elevada sobre el sentido humano, puesto que solo podía darla á conocer una revelación divina. No expresa pues una paternidad adoptiva y una filiación metafórica, sino una paternidad real y una filiación propiamente dicha. Y ateniéndonos solo á este pasaje, es manifiesta é indudable la armonía que existe entre la doctrina de San Mateo y la de San Juan. M. Renan, no obstante, no teme afirmar que solamente se sirve Jesús, en el Evangelio de San Juan, de la expresión de Hijo de Dios ó de Hijo, hablando de sí mismo.

No sé cómo explicará M. Renan la voz que según los tres primeros evangelistas se oyó en el Thabor: *Este es mi Hijo amadísimo, escuchadle;* pues si no viene del cielo, aunque los tres unánimemente lo atestiguan,

no fueron ellos sin duda los que la supusieron; fueron, pues, Pedro y Juan, que se confabularon para propagar esta fábula.

El sentido de la parábola del Padre de familias, referida por S. Marcos y por S. Lucas, contiene una afirmación clara y precisa por parte de Jesús de ser Hijo de Dios. El Padre de familias, después de haber despedido á sus siervos, envía, en fin, á su Hijo, diciendo: *ellos respetarán á mi hijo.* Y viendo los cultivadores venir al hijo, dijeron entre sí: *este es el heredero, venid y matémosle, y tendremos su herencia; y le mataron.* Estos servidores son los profetas; este Hijo es Jesucristo; así lo comprendieron los fariseos, y así se ve claramente por la serie del discurso. Jesucristo no solamente se llama aquí Hijo de Dios, sino que se atribuyen los caracteres de su hijo verdadero. Es el Hijo de una manera absoluta, porque no dice que haya otro. Es el Hijo querido, muy amado, según San Marcos y San Lucas. Es Hijo en oposición á los profetas, que no son mas siervos suyos. Y es Hijo de tal manera, que bajo este concepto es heredero de su Padre, y le pertenece la herencia.

Y cuando conducido Jesús ante Caifás, é interrogado jurídicamente por el gran sacerdote, que le dice: *Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres Cristo, Hijo de Dios bendito;* contesta Jesús: *¿tú lo has dicho: yo lo soy; no se declaró abiertamente Hijo de Dios? ¿Se engañaron sus enemigos sobre el sentido que daba á este nombre? ¿Creyeron quizá que se llamaba únicamente profeta? Ha blasfemado, exclamaron, es digno de muerte.* Esta declaración tan formal no se encuentra en San Juan, pero está consignada en los tres primeros evangelistas. (S. Math., XXVI, 63, 66; S. Marc., XIV, 61, 64; S. Luc., XXII, 66, 71.)

Y si no parecen decisivas estas observaciones y si fatiga la menor sombra de raciocinio, no apelo ya al entendimiento sino á los ojos. Léase el cap. XI del primer Evangelio (v. 27), el cap. X del tercero (v. 22) que dicen: "en aquella hora, saltó de gozo por impulso del Espíritu Santo, y dijo: Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Padre, sino es el Hijo, y aquel á quien quisiere el Hijo revelarlo." En estas palabras se llama Jesucristo el Hijo, el Hijo, de una manera absoluta, enfática, con relación al Padre. No es ya San Juan, es San Mateo, San Lucas quienes refieren estas palabras. Es pues absoluta y materialmente falsa la aseveración del crítico; basta tener ojos para convencerse de ello. Y adviértase en estos pasajes la reciprocidad entre el Padre y el Hijo, entre el Hijo y el Padre que se nota con tanta frecuencia en San Juan, y que es tal vez la prueba mas palpable de su igualdad natural, y obsérvese que allí, lo mismo que en San Juan, el Hijo es el revelador único y supremo de su Padre!

Es también falso que no tuviera Jesucristo conocimiento distinto de su personalidad, y que se confundiera nunca con su Padre, como dice M. Renan.

Nadie, al contrario, tuvo un conocimiento mas distinto de su personalidad que Jesucristo; y bastaría alegar las pruebas de los pasajes en que parece al crítico mas eclipsada la personalidad del Salvador. En ninguno de ellos, hasta en el capítulo XVII de San Juan, deja de marcarla Jesucristo de la manera mas enérgica. Antes de la creación del mundo gozaba de la gloria en el seno del Padre (v. 5). Después de su venida al mundo, es otro que el Padre, puesto que quien le envió fué el Padre, y que consiste la vida eterna en conocer al uno y al otro (v. 3). Y en la vida futura, presenta su unidad con el Padre como la imagen de la uni-

dad que tendrá con sus discípulos, y se confunde en ella tan poco con ellos, que dice: Allí donde yo esté, quiero que estén mis discípulos conmigo, para que contemplen mi gloria, la que vos me habeis dado (v. 23 y 24).

Por todas partes declara Jesucristo en el Evangelio cuarto su unidad sustancial y su igualdad natural con el Padre; pero al mismo tiempo, declara por todas partes su distincion con el Padre y su existencia personal. Así dijo: Mi Padre hasta ahora está haciendo obras y yo tambien las hago; no puede el Hijo hacer de suyo cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre, porque todo lo que hace el Padre, hace tambien de la misma suerte el Hijo. (Juan, V, 17, 19). Y tambien el Padre está en mí y yo en el Padre. Todas las cosas que tiene el Padre son mías. (Juan, X, 38, 39; XVI, 15). Pero no dijo nunca. El Padre es yo, y yo soy el Padre.

Jamás se identificó tampoco con Dios en el sentido de haberse calificado de la primera ó la sola persona divina; pero se atribuyó constantemente la unidad y la igualdad de poder, de operacion, de naturaleza con su Padre. No vemos tampoco que se llamase formalmente Dios mismo. No obstante, aceptó este homenaje del discípulo que hasta entonces incrédulo le dijo: *mi Señor y mi Dios* (Juan, XX, 28); y le elogió por haber creído al fin; pero no parece que se diese directa y públicamente el nombre de Dios, y temia para ello razones profundas, porque hubiera echado violentamente contra las susceptibilidades religiosas de una nacion y de doctores que no tenían idea distinta ó perceptible de la Trinidad divina, y se hubiera espuesto á que se le confundiese con el Padre. (Véase la carta escrita contra la obra de M. Renan por el señor obispo de Grenoble á uno de sus vicarios).

Pág. 196, lin. 6. La leyenda se complace en mostrárnoslo desde su infancia *rebelado* contra la autoridad paterna.

Justamente sucede lo contrario. En el primer versículo de S. Lucas, que cita M. Renan, se dice que descendió Jesus á Jerusalem, segun costumbre en tiempo de Pascua, pero *acompañando á su familia*. (Lúc. II, 42). Dice tambien San Lucas, que *vivió treinta años en Nazareth en la humilde condicion de sus padres, y qué hacia allí?* ESTABA SUMISO A ELLOS. (Lúc. II, 51). Hé aquí lo único que se nos revela de esta larga parte de su vida; su obediencia perpétua á María y José; hé aquí cómo se complace la leyenda en mostrárnoslo en rebelion contra la autoridad paterna.

Es verdad que en un viage á Jerusalem, en lugar de volver Jesus con sus padres, permanece sin decir nada entre los doctores; y cuando, al cabo de algunos dias de pesquisas, le encuentra su Madre y le manifiesta su sorpresa y le pregunta con mesura la causa de su conducta, Jesus le contesta: "¿No era preciso que atendiese á las cosas de mi Padre?" Pero protesta acaso María contra esta pretendida voluntad de su Padre que está en los cielos? ¿Acusa á Jesus de haberse rebelado contra sus padres de la tierra? En manera alguna; antes bien acepta con respeto las esplicaciones de su Hijo, y cree deber suyo meditarlas en su corazon. (Lúc., II). Y esto es el único hecho en que se apoya M. Renan para decir, que Jesus se ensayaba desde su infancia en rebelarse contra la autoridad paterna. (Segunda pastoral del obispo de Nimes).

Pág. 207, lin. 12 y siguientes. ¿Recordó (Jesus) las jóvenes doncellas que hubieran consentido en amarle? ¿Maldijo tal vez su duro destino que le habia prohibido los gozes concedidos á todos los demas? ¿Dolióse de su naturaleza demasiado elevada y victima de su grandeza, lloró por no haber permanecido simple artesano de Nazaret?

Jesus no maldijo lo pasado á que ni siquiera atendia; no maldijo tampoco el porvenir, puesto que se entregó con dulce resignacion en manos de su Padre. ¿Y qué legítimas alegrías habia de llorar cuando renunció á todas ellas libre y voluntariamente! Menos se dolió de su elevada naturaleza, lamentándose de no haber permanecido simple artesano de Nazaret. ¿Cómo se pretende que quien se dice y se cree Dios, se duela de su naturaleza que le hace igual al Padre, aunque debiese ser *victima de su grandeza*? Estas preguntas de M. Renan son irracionales; pero la mas odiosa, la que hace que caiga nuestra cabeza desplomada entre nuestras manos, dice el digno y sabio obispo de Nimes, al hacerse cargo de estas palabras de M. Renan, es la que se refiere á las jóvenes doncellas.

¿Y es de vos, oh Jesus, celeste esposo de las vírgenes de quien se ha tenido la horrible osadía de escribir estas repugnantes palabras! esclama el citado obispo. Vos, hijo de una Madre Virgen, vos babeis proclamado altamente vuestra predileccion por la virginidad. Para que vuestra Iglesia fuera digna de vos, ha sido preciso que fuera Virgen, como aquel de quien debia ser la esposa. En la Iglesia misma son consideradas las almas vírgenes como la flor de vuestra familia, y finalmente, es tal la intollerancia de vuestra adorable delicadeza, que no podeis sufrir en ninguno de vuestros discípulos una sola mirada apasionada, el mas leve deseo de concupiscencia voluntaria. Vos sois, pues, oh Dios mio, el hábito puro de la virtud de vuestro Padre, una misteriosa emanacion de su claridad suprema, el esplendor de su eterna luz, el espejo sin mancha de su Magestad Santísima (Cap. VII, 25 y 26). ¿Y se atreven á atribuirnos sueños y pesares, propios á lo mas de un héroe de novela, á vos mas radiante y mas inmaculado que el sol, (Juan, XIX, 35, 36) y en vísperas de esa muerte por la que debíais arrancar al mundo de la tiranía de la materia? Y cuando vais á principiar la espiacion de los crimenes que el hombre cometió por los sentidos ¡hay quien no se avergüenza de atribuirnos groseras ilusiones que jamás empañaron vuestra mente! ¡Ah, esta es una de esas cínicas impiedades por las que deberian llevar muchos siglos de luto vuestros mismos ángeles!

Pág. 208, lin. 26. Segun Juan apareceria (Judas) como un ladrón. ®

Porque dijera San Juan que Judas era un ladrón, y que Jesus predijo la traicion de este hombre y su triste fin, lo cual podia saber el mejor que un crítico cualquiera del siglo XIX, se le acusa de odiar al traidor, y se supone este odio anterior á sus crimenes. Esto revela mas que una injusticia, y tal vez es uno de esos tristes secretos del corazon humano que no nos incumbe sondear. Como quiera que sea y por grande que

sea el odio que se atribuye á San Juan contra Judas, es lo cierto que S. Juan no refirió ni la venta que hizo Judas de su maestro á los príncipes de los sacerdotes por treinta dineros, como hacen los demas Evangelistas, ni la odiosa recomendacion que hizo Judas á sus satélites de conducir á Jesus con precaucion, y que refiere San Márcos (XIV, 44); ni la circunstancia de la salutación hipócrita y del ósculo infame en el momento de la traicion (Mateo, XXVI, 48 y 49; Marc., XIV, 44, 45; Lúe., XXII, 47 y 48); ni los pormenores de su suicidio (Math., XXVII, 5; Act. I, 18); ni las tristes consecuencias que tuvo, como hace San Pedro [Act. I, 16 y 29], señalando en todo esto el cumplimiento del oráculo del Salmista y el efecto de las maldiciones de Dios. [Véase la carta del obispo de Grenoble, p. 43].

Pág. 234, lin. 19 y pág. 235, lin. 34, nota. Que *habría visto* al Señor y que le habría dicho esto. Esto es que había visto una apariencia del Señor: porque observa Grocio, ella dudaba aun si era una vision incorporea.

Hé aquí el texto de Grocio. *Quod vidisset dominum. Quod aliquem vidisset quem ipsa dominum crederat* Nam ipsa dubitabat iterum an fuisset visio incorporea. Es decir, que *vió* al Señor; que *vió* ó *habría visto* á alguno que creyó ser el Señor. Porque ella misma dudaba que *fuere* lo que *vió*, mas que una aparicion ó vision incorporea.

Pág. 233, lin. 15. (Antes del aparte). ¿Qué diremos ahora, etc.

Segun se ve por los párrafos anteriores, siempre encuentran las apariciones de Jesus la incredulidad, y siempre las determina ésta, y una incredulidad tal que debió representar la incredulidad de todos los tiempos, la nuestra, la vuestra, para convencerla con su irrecusable testimonio. Por eso añade Jesus inmediatamente; "Vosotros sois testigos de todas estas cosas." [Lúe., 14, 48]. Mas adelante dirá: "Vosotros seréis mis testigos en Judea, en Samaria y hasta en los estremos de la tierra." [Actos, I, 8]. Ahora dice: "Vosotros sois testigos de estas cosas," *testes estis horum*; lo sois en el presente, para serlo en lo futuro; yo formo, yo dispongo en vosotros, testigos históricos de mi resurreccion para la fé del mundo, que podrán decir un día con seguridad: "Dios resucitó á Jesus, y de ello somos nosotros testigos." [Act., II, 53]; y con este fin multiplicó los hechos irrecusables de vuestra incredulidad, y la verdad del grande hecho á que sirven de prueba. ¿Qué admirable economía! ¿Y cuánta razon tiene Jesuoristo para echarnos en cara la dureza de nuestros corazones, de que no creemos á los que le vieron resucitado de un modo tan palpable y convincente! [Augusto Nicolás en el pasaje citado].

Pág. 263, lins. 1 y 2. Jesus tenía hermanos y hermanas, de los cuales *parece haber sido el mayor*.

Preciso es ignorar todo estudio lingüístico para no saber que la palabra latina *frater*, la griega *adelphos* y la hebrea *akh*, se usan con mucha

frecuencia para designar los primos hermanos, los sobrinos y los parientes en general. Sin hablar de los griegos ni de los latinos, diremos solo que entre los hebreos, tiene la palabra hermano, segun Genesis y otros filólogos no menos distinguidos, una significacion muy estensa, que se refiere no solo á los primos, sino á los individuos de la misma tribu. En efecto, Abraham llama á Lot *hermano* suyo (Génesis, XIII, 8; XIV, 16), siendo así que Lot solo era sobrino suyo (Ibid., XI, 27). En el libro de Tobias se hallan varias veces las palabras hermano y hermana, para designar grados muy remotos de parentesco (VII, 4; VIII, 9). Si consultamos el Nuevo Testamento, hallamos la palabra hermano usada treseientas sesenta veces en cuatro acepciones diversas, para designar el hijo de un mismo padre, los miembros de una misma familia, los habitantes de un mismo país y los hombres reunidos por una misma fé y un afecto. No debe, pues, parecer extraño que llamaran hermanos los judíos á los primos de Jesus, porque esta denominacion es un puro hebraismo. (V. el folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la vida de Jesus de M. Renan*.)

En cuanto al error en que segun dice M. Renan incurrieron los Evangelistas, poniendo los nombres de los hijos de Cleofás en lugar de los nombres de los hermanos de Jesus, no es posible comprender este error en San Mateo, que vivió tres años en la intimidad del Salvador, ni respecto de los judíos, que son á los que se refiere aquí el Evangelista. Además San Pedro, que dictó á Márcos el mismo recuerdo, no incurre en este error. Y respecto de la oscuridad en que supone M. Renan que vivieron los hermanos de Jesus, no es tampoco creíble. San Juan Bautista, que no era mas que hijo de la prima de María, llegó á ser inmortal, y los apóstoles, hombres recogidos por Jesus en las playas, y que no tenían con él el mas remoto vínculo de parentesco ni de comunidad de patria, se hicieron célebres, divulgándose por todo el mundo sus nombres y sus obras (y no había de haberse dado á conocer ni siquiera el nombre de los que hubieran sido formados en las mismas entrañas que llevaron á Jesus, que tuvieran su misma sangre, que hubieran vivido por largos años bajo el mismo techo y sentándose á su misma mesa, mucho mas cuando concedia Jesuoristo á los que solo eran primos suyos los honores de la celebridad? (V. la segunda pastoral de M. Plantier).

Pág. 273, lin. 16 y siguientes. Hijos de Maria de Cleofás, hermana de Maria Madre de Jesus.

Los eserituarios no están todos conformes en que fuera hermana carnal de la Santísima Virgen. Así lo dice Calmet en su Diccionario bíblico (Véase *María Cleophe*), aunque parece inclinarse á que lo fuese. Como las palabras hermano y hermana entre los hebreos no significaban á los hijos de un matrimonio sino los parientes mas próximos, podía el texto sagrado llamar hermana [*soror*] de la Santísima Virgen á Maria de Cleofás, aunque solemnemente fuera prima hermana, y por tanto llamar á los hijos de ésta, hermanos de Jesus, aunque no fueran primos hermanos, sino solamente primos segundos.

En España la tradicion mas seguida ha sido ésta, suponiendo que San Joaquin y Santa Ana tuvieron á la Santísima Virgen, como hija única, despues de larga esterilidad y siendo ancianos.

Ni hubiera sido tampoco tan grande el sacrificio que hicieron llevando á la Virgen María al templo si hubiesen tenido despues otra hija ó hijos que conservaran en casa; y con todo, la presentacion de la Virgen María en el templo se ha mirado siempre como un acto de gran abnegacion por parte de aquellos piadosos ancianos.

(Nota del censor.)

#### NOTA FINAL.

Habiéndose demostrado en esta obra la Divinidad de Jesu-  
cristo, creemos oportuno rechazar, explicándola, la causa que  
opone mas resistencia, mas repulsion, para la admision de este  
dogma.

La causa permanente de la repugnancia de los entendimientos ilustra-  
dos de nuestra época en creer en la persona divina de Cristo, dice el abate  
J. H. Michon, es el imaginarse que el dogma cristiano encierra á Dios  
en este nombre, contiene en él al que no tiene límites, lo arranca de los  
cielos, de su inmensidad, para darle su camisola de fuerza, un cuerpo  
humano donde lo ven los ojos como á Júpiter, comiendo y bebiendo en  
casa de Alcorno.

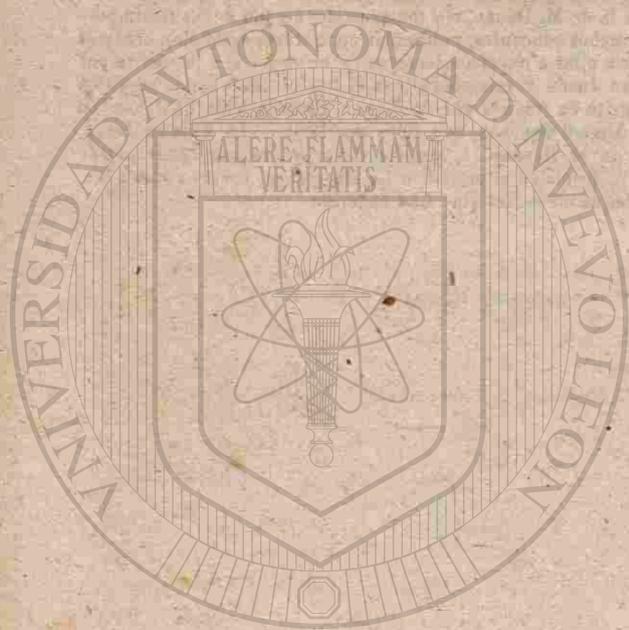
Por mas que el Catecismo enseñe que Dios no come ni bebe, que en  
Cristo son todas las funciones humanas distintas de las funciones divinas,  
puesto que el dogma le da la voluntad y los actos de hombre, limitados  
y reducidos como su naturaleza humana, y la voluntad y los actos divi-  
nos, sin límites como su naturaleza divina, queda siempre aquella im-  
presion en el ánimo. Se encuentran estas explicaciones ingeniosas y has-  
ta satisfactorias para la razon; se comienza á dudar que se haya compren-  
dido bien en efecto la idea cristiana, pero no obstante queda en pie siem-  
pre el fantasma: ¿tendré que adorar á un hombre!

Y sin embargo, no hay nada mas racional que esta union personal de  
Dios y del hombre, en el momento que entró en los designios de Dios  
para la salvacion de la humanidad!

¡No, no es preciso, para adorar á Dios, adorar á un hombre! pues por  
el contrario, precisamente vino el Cristianismo á destruir esta adoracion  
del hombre y á promulgar por toda la superficie del globo esta ley mag-  
nífica: "Solo adorarás á Dios, y no servirás mas que á él." Pero al ado-  
rar á Cristo, adorarás á Dios unido al hombre, á la manera que al dirigir  
al hombre un saludo, no se le dirige al cuerpo sino considerando la union  
del alma con el organismo. La unidad de persona impone lógicamente  
la unidad de adoracion, porque la naturaleza mas noble, sin absorber la  
otra que le es inferior, predomina esencialmente y atrae á sí todo el ho-  
menaje. *Non conversione divinitatis in carnem sed assumptione humani-  
tatis in Deum.* No hallándose separada en esta maravillosa union la hu-  
manidad, se dirige el culto de adoracion á la persona una, duple por na-  
turaleza, así como el amor en el hombre no separa del alma en su ardien-  
te afecto al cuerpo, aunque solamente sea capaz el alma de aceptar y de  
sentir el amor. (Véase el folleto del abate J. H. Michon, titulado: Se-  
gunda Leccion á M. Renan, pág. 51 y siguientes.)

#### ADVERTENCIA FINAL.

Habiendo creído deber nuestro, por respeto á la propiedad literaria,  
valernos para las notas anteriores solamente de las obras extranjeras es-  
critas contra la de M. Renan, sin tomar pasaje alguno de las tan impor-  
tantes bajo muchos conceptos, publicadas por autores españoles, creemos  
deber remitir á ellas á nuestros lectores, y en especial á la escrita por  
el Sr. D. Juan Juseu y Castanera, con el título: "Refutacion analítica  
de la obra escrita en francés por M. Renan, titulada Vida de Jesus;" á  
la del Sr. D. Miguel Sanchez, que lleva por título: "La Vida de Jesus,  
impugnacion de M. Renan;" á la série de artículos publicados por el  
Sr. D. A. J. Vildosola en el periódico *La Esperanza*, y á los dados á luz  
por D. S. Catalina en la Revista "La Concordia."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE DE MATERIAS.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.....	v
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	viii
CAPÍTULO I. Situación.....	11
II. La cuestión.....	19
III. El Método (el nuestro).....	25
IV. El Método (el suyo).....	34
V. Jesucristo es Dios.--Demostración preliminar.....	61
VI. Las profecías.....	72
VII. Los Evangelios.....	102
VIII. Los Milagros.....	128
IX. La Persona de Jesucristo.....	156
X. La Persona de Jesucristo (continuación).....	171
XI. Nueva pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	204
XII. Muerte de Jesucristo.....	219
XIII. La Resurrección.....	227
XIV. Los Apóstoles y la Iglesia.....	250
XV. La Virgen María, Madre de Dios y de los hombres.....	259
XVI. Última palabra.....	276
NOTAS E ILUSTRACIONES.....	281





NUEV  
BIOTE